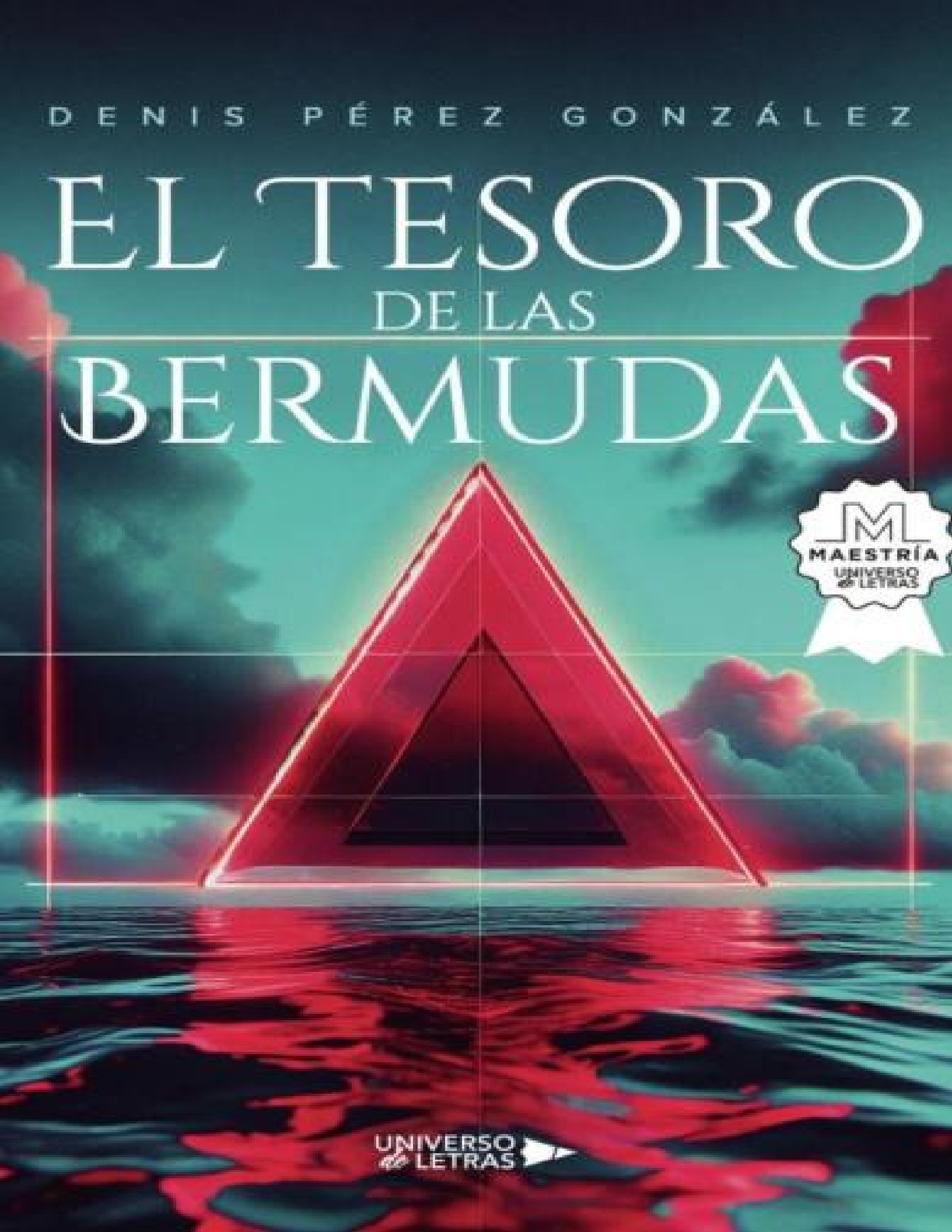
DENIS PÉREZ GONZÁLEZ

EL TESORO DE LAS BERMUDAS



UNIVERSO DE LETRAS

image-F2QLK7G8.jpg

El Tesoro de las Bermudas

Denis Pérez González

El Tesoro de las Bermudas

Denis Pérez González

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Denis Pérez González, 2024

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras

www.universodeletras.com

Primera edición: 2024

ISBN: 9788410003972

ISBN eBook: 9788410005808

A ti, que siempre creíste en mí, y que al final no tuviste esta obra entre tus manos. A ti, que me

habrías guiado en los momentos más oscuros, pero qué, por desgracia, por caprichos del destino, perdí tu luz.

A ti, que tantas veces fuiste mi ejemplo y al que tantas veces desearía poder pedir consejo.

A ti, Para que allí donde estés, con cada palabra te sientas orgulloso.

Por ti, porque sin ti, esta historia jamás habría existido.

Por ti, por ser el Alpha de esta historia, por haber sido el principio de todos. Por ti, y para ti.

Capítulo I

El misterio de Schrödinger

(Madrid, año 2023,

domingo 31 de diciembre, 23:19,

Gran vía)

Sergio García

Era la noche de fin de año y las fiestas en Madrid se sucedían una tras otra mientras miles de personas aguardaban el nuevo año junto a sus amigos y familiares en la mítica Puerta del Sol.

Yo me dirigía en coche a una de esas fiestas, cuando recibí una inesperada llamada. Miré el móvil, que reposaba en el salpicadero, y advertí que en la pantalla figuraba ese siempre intrigante «número oculto» que a tantas aventuras ha precedido. Pensé que quizás se trataría de algo importante, por lo que activé el manos libres para contestar a la llamada. Enseguida reconocí la voz exaltada del profesor David Schrödinger, que, sin darme tiempo siquiera a saludar, me citó en Cibeles: tenía que decirme algo muy importante. Antes de poder responderle, colgó.

Aunque Schrödinger no era, digamos, mentalmente estable, me fiaba de él. No era una persona de gastar bromitas, así que sin dudarlo tomé la primera ruta hacia Cibeles, a la vez que apretaba suavemente el acelerador de mi Scirocco R Tuning, cuyo preparado motor daba un toque distinto al sonido de las abarrotadas calles de Madrid.

Ahora que caigo, aún no me he presentado: mi nombre es Sergio García, tengo veinticinco años y soy un cazatesoros que se pasa la vida desentrañando los grandes misterios de la humanidad y encontrando codiciadas piezas que habitualmente acaban en el polvoriento sótano de un museo. Sin embargo, mis mayores hallazgos jamás han visto la luz. En una de estas aventuras conocí a Schrödinger, el típico doctor cincuentón, siempre acompañado de un viejo libro y las clásicas gafas redondas de los 80. No obstante, físicamente nunca se quedaba atrás. Era de complexión fuerte y bastante rápido, aunque sus canas ya dejaban entrever su edad real. Como ya he dicho, aunque probablemente era una de las mentes más brillantes que yo haya conocido, a veces también era digno de estar encerrado en el más siniestro de los manicomios. Cualquier psicólogo quedaría asombrado ante una mente tan compleja como la suya. De igual manera era capaz de desarrollar lo que podríamos definir como un trastorno obsesivo compulsivo, que una teoría que cuestionara nuestra manera de ver el universo. Schrödinger era simplemente un genio con rasgos de psicópata, aunque en sus momentos lucidos era totalmente inofensivo.

Conocí a Schrödinger de pura casualidad cuando me contrató para echarle una mano en una de sus expediciones. Sin saber muy bien cómo, acabamos en Brasil, más concretamente en Río de

Janeiro, donde buscábamos una poderosa arma usada por los antiguos indígenas brasileños para liquidar a los colonos españoles, que casualmente acabó escondida bajo la montaña que sirve de trono al Cristo Redentor. Schrödinger necesitaba alguien capaz de sobrepasar las trampas allí escondidas... y, de paso, eliminar a la competencia. Pero eso es otra historia que en otro momento contaré.

Cuando llegué a Cibeles, lo primero que vi al bajar del coche fue a una densa masa de personas que poblaban la plaza. De la nada, apareció Schrödinger, que me agarró fuertemente del hombro.

—Vamos a dar una vuelta, nadie debe oír lo que te voy a decir.

Quedé intrigado. ¿Qué me quería decir que nadie podía saber? Cuando llegamos a la plaza, comenzamos a seguir el paso de la gente, sin detenernos ni permanecer mucho tiempo a la vista de los curiosos. Cuando por fin se aseguró de estar a solas, empezó a contármelo todo.

—¿Recuerdas que hace dos meses mandé a un grupo de exploradores a unas ruinas de Egipto?

—No recuerdo que me lo contaras, pero supongo que lo harías —respondí, recordando que llevaba algo más de cuatro meses sin mediar palabra con Schrödinger.

—Vale, escucha atentamente —dijo agarrándome los brazos mientras las manos le temblaban. —Encontramos algo, un cuaderno. Perteneció a Alejandro Magno, lo que aquí se relata, de ser verdad, podría cambiar el mundo.

—¿Todo esto por un simple cuaderno? —pregunté, sin comprender bien su nerviosismo.

—No es el cuaderno, sino a lo que este conduce. Durante estos meses, lo he estado estudiando, pero ahora uno de mis socios lo quiere de vuelta.

—Pues dáselo. Si es tu socio también tiene derecho a tenerlo ¿No?

—¿Y desencadenar una desgracia? No, no. No puede encontrar lo que contiene el Triángulo de las Bermudas.

Al oírle mencionar el Triángulo de las Bermudas, algo se activó en mi interior. Escuchaba atento, pero confuso a la vez.

—Schrödinger, ahora en serio: ¿estás borracho?, ¿tomándome el pelo... o realmente pasa algo?

Justo en ese momento, los cuartos de la Puerta del Sol comenzaron a escucharse a través de los distintos televisores y altavoces allí instalados. Schrödinger miró entonces su reloj para, acto seguido, clavar sus ojos en mí.

—Mañana a las diez en mí casa; no faltes —dijo, poniéndose una capucha negra con la que escondía al completo su rostro, que a la vez ocultaba entre sus encogidos hombros. Al momento, se marchó.

Eso me hizo sospechar. Pensé que quizás alguien le buscaba y por eso estaba tan inquieto.

Estuve dándole vueltas al tema durante el camino a la fiesta de Año Nuevo, que ya se había extendido a todas las calles de Madrid. Pasé unas cuantas horas allí con unos viejos amigos, hasta que, bien entrada la madrugada del uno de enero, decidí volver a casa y dormir un poco antes de pasarme por casa de Schrödinger.

Al llegar a mi apartamento, aparqué el coche en el garaje y cogí el ascensor mientras ya comenzaba a desvestirme; tan solo quería llegar a casa, darme una ducha caliente y tumbarme a descansar.

Sin embargo, lo cierto es que no podía quitarme a Schrödinger de la cabeza; de hecho, pasé toda la noche pensando en sus palabras. Cuando llegué a la fiesta, incluso mi mejor amigo, Martín, supo que algo sucedía.

—Tú tienes la misma cara que pones cada vez que Schrödinger se monta una de sus películas —dijo, conociéndonos bien al doctor y a mí.

—¿Es eso verdad? Joder, Sergio, que es Año Nuevo —se quejó nuestro amigo Manuel.

—Mira, esas dos gemelas quieren empezar el año por todo lo alto... —sentenció Martín, acercándose a mi oído para, disimuladamente, señalar desde nuestro reservado a dos gemelas a los Zipi y Zape, que, a lo lejos, nos saludaban con picardía y una copa en la mano.

Pero lo de Schrödinger sí me había afectado, me había llegado hondo. Aquella noche, mi cabeza no estaba para ligues ni más bailes o copas de las necesarias.

Una vez acabé de ducharme, observé por la ventana del gigantesco apartamento una ciudad que, a diferencia de mí, no dormiría esa noche. Fui poniéndome poco a poco el pijama para acabar de un solo salto en mi cama, donde la calefacción me aliviaba el frío propio de las calles en estos meses. A pesar de todas estas comodidades, no era capaz de conciliar el sueño: no paré de pensar en mi charla con Schrödinger.

Capítulo II

La desaparición de Schrödinger

(Madrid, lunes 1 de enero, 9:55)

Sergio García

Me desperté con el ruido de la gran capital española y, aún aturdido, miré el despertador. ¡Eran las 9:55! Había quedado con Schrödinger en cinco minutos. Me levanté de la cama de un brinco y corrí a la cocina a por una tostada, mientras me colocaba el pantalón dando saltos. Llevaba una prisa descomunal, no podía llegar tarde, Schrödinger no soportaba eso.

De una sola carrera, agarré al vuelo la tostada recién salida y la metí en mi boca, a la vez que bajaba al garaje mientras me ponía la camiseta sin prestar mucha atención. Cogí el coche, esta vez un Renault Clio preparado hasta la bola y salí derrapando, literalmente, en dirección al apartamento de Schrödinger, rezando para no encontrarme un semáforo en rojo.

Tuve suerte: llegué al apartamento de Schrödinger a las 10:15, aunque no descartaba encontrarme alguna multa de tráfico a la vuelta. Subí las escaleras hasta el tercero, que era donde vivía. Al llegar, me tomé un segundo para respirar y, entonces, intenté llamar a la puerta antes de percatarme de que la cerradura estaba completamente reventada, como si alguien hubiera intentado acceder al apartamento tirando la puerta abajo.

Preocupado por la actitud de Schrödinger y por lo que mis ojos estaban viendo, empujé suavemente la puerta para acceder al apartamento, donde no tenía la más mínima idea de que iba a encontrar...

Al entrar al viejo apartamento, advertí que, efectivamente, Schrödinger no estaba, pero eso no era lo más inquietante. Fuera del permanente desorden en el que Schrödinger vivía, encontré tres marcas de bala en la pared opuesta a la puerta. Sospeché lo peor: alguien había venido a por Schrödinger. Necesitaba saber a dónde se habían llevado a David, así que empecé a explorar el apartamento en busca de pistas.

No tenía demasiado por donde mirar, su diminuto apartamento tampoco me ofrecía demasiado espacio para jugar y tampoco ayudó el hecho de que las sillas estuvieran apiladas frente a su escritorio a modo de barricada. Intentó defenderse de algo, obviamente, pero ¿de qué? O mejor dicho: ¿de quién? Para responder esas preguntas, solo encontré un trozo de papel con manchas de sangre, que probablemente estaban relacionadas con los agujeros de bala. En el papel había algo dibujado que me sonaba mucho, pero no sabía de qué se trataba. Era como una especie de isla alargada, que no estaba completamente cerrada por su parte norte, lo que me hizo pensar que quizás el dibujo no había sido terminado. En una de las costas de la isla había un punto marcado.

Cogí el papel y seguí buscando.

En una de las esquinas de ese pequeño y desordenado apartamento había un mapa de los Estados Unidos; entonces miré el papel, recorté el dibujo por los bordes y lo puse en el mapa... ¡era el Estado de Florida! Y el punto marcado era Miami. Recordé que Schrödinger mencionó el Triángulo de las Bermudas la pasada noche. Demasiadas coincidencias para Schrödinger, teniendo en cuenta que Miami es uno de los vértices del triángulo. Imaginé que, si alguien había secuestrado a Schrödinger, probablemente irían a llevarlo allí. Buscaban lo mismo que él y, fuese lo que fuese, todo indicaba que estaba en ese triángulo. De hecho, él mismo lo dijo anoche...

No había duda: sabía que Schrödinger dejó ese papel ahí a propósito. No lo dudé ni un segundo. Salí corriendo del apartamento y, bajando los escalones de tres en tres, llegué a la calle y me monté de nuevo en el coche.

Una vez abajo, justo antes de arrancar, me fijé en un billete de avión que alguien había dejado caer junto a la puerta del bloque de apartamentos. Un vuelo dirección Madrid-Miami, solo de ida. Demasiada casualidad, ¿verdad? Me encanta tener razón.

Sabía que iba a tener que enfrentarme a los que habían secuestrado a Schrödinger y, teniendo en cuenta sus métodos, no iba a ser un paseo por el parque. Si iba a meterme en una pelea y, probablemente, en un tiroteo, lo mejor sería ir preparado, así que llamé a mis socios, por así decirlo, ya que, si uno era de mi familia, el otro pasaba tanto tiempo con la familia que ya era como un hermano. Mi mejor amigo y mi primo, Martín Rossetti (sí, el ligón de las gemelas) y Hugo Rodríguez.

En cuanto a Martín, la verdad no era nada del otro mundo, veinticuatro años, metro ochenta, rubio y de ojos azules; era el típico ligón de película, con la afición de romper «parejas felices» y coleccionar tías, a cada cual más buena. Era bastante chulo y presumido, lo que en más de una ocasión le había jugado una mala pasada. Por su autoestima y el carácter luchador que mi familia nos inculcó, jamás se daba por vencido.

Mi primo, sin embargo, no parecía ser de mi familia. A pesar de ser el pequeño y tener solo veintidós años, alcanzaba casi dos metros de altura y acumulaba más de cien kilos de puro músculo, forjado a fuego en un duro gimnasio. Heredó la altura de su padre, lo que rompía la media familiar de metro setenta. Lo único que había recibido como legado de la familia fueron sus cabellos y ojos castaños, propios de mi abuelo. A pesar de la fortaleza física que mostraba, Hugo era probablemente el más vulnerable de la familia; cualquier crítica era capaz de calar hasta lo más hondo de su ser.

Lo cierto es que, cuando llamé a Hugo, no puso muchos problemas. Apenas había dormido la noche anterior, pero él se apuntaba siempre a un bombardeo. A Martín, madrugar le costaba algo más, pero en cuanto le di unos pocos detalles, se apresuró en levantarse de la cama y prepararse para lo que venía.

Ambos decidieron ayudarme, así que quedamos en el aeropuerto para dirigirnos a Miami. Al colgar el manos libres, agarré con fuerza el volante y pisé a tope para pasar por casa a recoger unos juguetitos.

No quería perder tiempo, sabía que, con cada segundo que pasaba, Schrödinger se alejaba más y más de nosotros. Diré que, de haber llevado un poli en el asiento derecho, mi carné habría comenzado a restar puntos. Creo que más de los que tengo. ¿A quién quiero engañar?, deberían quitarme el permiso de conducir.

Después de pasar por casa y recoger mis cosas, me dirigí al aeropuerto Adolfo Suarez Madrid-Barajas. Llegué el primero, tal y como esperaba, así que aparqué el coche en el parking de larga estancia. Supuse que estaríamos fuera un tiempo y me dispuse a esperar. Estuve sentado durante minutos sobre el capó de mi coche mirando mi reloj a cada poco. Schrödinger se alejaba y yo seguía aquí...

Desesperado, levanté la cabeza para echar un vistazo por si Martín o Hugo hubieran llegado, pero no había ni rastro de ellos. Me giré, y pasando la mano sobre la carrocería, me apoyé en la parte trasera del coche. Fue entonces cuando vi a tres hombres vestidos completamente de negro llevando a un hombre algo mayor y de, más o menos, metro ochenta. Los miré fijamente durante un momento hasta que el hombre al que llevaban giró la cabeza, como esperando a que alguien apareciera para salvarlo. Supe que era Schrödinger. Esa barba desaliñada de dos días, junto a sus anticuadas gafas... Era inconfundible. Salí corriendo hacia ellos, pero me fue difícil encontrarlos entre el barullo de la gente y las emociones de los reencuentros de muchos viajeros que volvían de unas placenteras vacaciones navideñas con su familia. Aun así, pude seguir vagamente la pista hasta el momento en el que entraron en el edificio central de Barajas.

Si el mapa y el billete no me habían convencido del todo, tras ver esto sabía que estábamos en buen camino.

Salí a esperar a Martín y a Hugo y, al poner un pie en el parking, volví a ver a uno de esos hombres de traje negro: mientras lanzaba al aire una moneda, clavaba en mí su mirada, oculta tras unas gruesas gafas de sol con detalles dorados. Quizá no debí haberlos seguido, ahora sabían que no eran los únicos que andaban tras Schrödinger... o que buscaban lo que quiera que hubiera en el triángulo.

Acto seguido, volví junto a mi coche y encontré allí a Martín y a Hugo, quienes, al verme, levantaron los brazos.

—¿Se puede saber dónde habías ido?

Pasé de largo la pregunta de mi primo, pensando aún en esos misteriosos hombres ¿Para quién trabajarían? Sin tiempo para reaccionar a la primera pregunta, Martín continuó el interrogatorio.

—¿Qué pasa? ¿Por qué querías que viniéramos? Más vale que no sea una de las tonterías del viejo, porque acabo de sacar a dos gemelas de mi cama por él. Y Tampoco es que anoche durmiese mucho... —dijo riendo y golpeando con el codo a Hugo.

—Creía que una de las gemelas era para mí —dije abriendo el maletero y echándome una bolsa de deportes al hombro.

—Oye, si estabas empanado con lo de Schrödinger no es culpa mía. Y tampoco iba a dejar a una de las hermanas sin el fin de año que se merecía.

—Ya... —contesté a Martín, cerrando el maletero.

—¡Venga ya! ¿Vas a enfadarte? Sabes que tenías a la rubia a tiro.

—Y tú que me gustan las mujeres con algo más de cinco neuronas.

—Ni que les fueses a pedir que te escriban un libro. Para lo que las quiero, con tres me valen —sentenció antes de que Hugo interviniese.

—Para los buenazos que respetan a su novia... ¿se puede saber qué sucede?

—Te recuerdo que a tu novia también te la presenté yo. ¿¡Qué haríais sin mí!?

Ambos miramos a fijamente a Martín, antes de que yo comenzase a contarles lo que sabía.

—Han secuestrado a Schrödinger, pero eso ya lo sabéis. Por lo que intuyo, lo llevan al Triángulo de las Bermudas, pero primero pasarán por Miami. Supongo que allí cogerán un barco. Por lo que he podido ver, esos tíos van uniformados y seguramente sean profesionales, así que tendremos que andarnos con ojo y probablemente dar unos cuantos tiros ¿Habéis traído los equipos?

—¡Por supuesto! —respondieron a mi pregunta, golpeando cada uno de ellos una bolsa de deportes que colgaba de sus hombros.

Me puse contento al ver las bolsas, en las que entre otras cosas habíamos metido un par de armas y dos brazaletes, a los que mi abuelo y Naoko habían tenido la idea de incorporar un gancho bastante útil. Aparte, yo llevaba, al igual que ellos, un traje negro diseñado por Naoko, que había sido mejorado por mi tía Victoria, el cual permitía llevar varias armas y otorgar una gran libertad de movimiento, a la vez que protección frente a las balas. Por no hablar de esa capacidad de camuflaje adaptativo... ¿De dónde sacábamos estas cosas? De momento, eso es información clasificada.

Me colgué la bolsa del hombro, cerré el maletero y echamos a andar hacia la terminal. Martín me paró, agarrándome del hombro.

—A ver, ¿se te ha ocurrido pensar que, aunque tengamos la suerte de encontrar tres billetes minutos antes de que salga el avión, ni de coña nos van a dejar entrar con las bolsas? ¿Te recuerdo lo que llevamos?

—Además del peso, tendremos que utilizar las acreditaciones de la Alpha Force y eso, además de llevar tiempo, ya sabéis a quien alertará —puntualizó Hugo.

Eso era algo que había pensado no contarles hasta que estuvieran aquí.

—No vamos a comprar billete ni a usar acreditaciones, esto no es cosa del Estado. Vamos a colarnos con el equipaje cuando el avión vaya a despegar, pero tendremos que ser sigilosos, así que vamos a ponernos los trajes ya... a menos que queráis hacerlo aquí en medio, creo que sería conveniente entrar al retrete...

Mi primo y yo echamos a andar y, más tarde, suspirando mientras agachaba la cabeza y colocaba su mano a modo de visera sobre sus ojos, Martín se acomodó la bolsa y echó a andar tras nosotros.

—Más os vale que la bodega sea cómoda, estoy muerto de sueño.

Cuando estuvimos listos y con los relojes sincronizados, nos colamos evadiendo a los guardias a través de los distintos edificios, terminales y zonas de seguridad, hasta llegar por fin a la pista de aterrizaje.

El sistema de seguridad de Barajas era francamente un juego de niños, comparado con los estadounidenses, que ya habíamos esquivado en varias ocasiones.

Mientras caminábamos entre camiones por los bordes de la pista, pude ver un avión que se preparaba para despegar: ese era nuestro avión. Lo difícil iba a ser cruzar la pista hasta el compartimento de carga del avión, que estaba siendo provisto hasta arriba de maletas y demás, sin que nos detectaran, ya que no es muy normal ver a tres individuos correteando por la pista con tres bolsas de deporte y unos trajes, cuanto menos, extraños.

Buscamos una oportunidad de entrar y fue entonces cuando vimos una pequeña camioneta que zigzagueaba entre camiones para llevar unas cuantas maletas hacia el avión. Corrimos hacia ella y, de un salto, nos colamos en la parte de atrás, camuflándonos con las maletas. Cuando pasamos bajo la cola del avión, nos colgamos del lado del remolque, dejándonos caer ante la puerta del compartimento del avión. Nos colamos aprovechando un momento de confusión y, ocultos entre las sombras, vimos cómo la puerta se cerraba, dejando fuera hasta el último rayo de luz.

Ya estábamos dentro, pero ahora teníamos que resistir algo peor: el frío de la bodega. Saqué tres mantas térmicas y, enrollados en ellas, nos calentamos como pudimos con la esperanza de llegar vivos a Miami. Dicen que lo que no hay que hacer en una circunstancia así es dormir. Fue lo que hizo Martín: se acomodó sobre una maleta y pasó el viaje durmiendo hasta que llegamos al aeropuerto de Miami.

Las ocho horas que Hugo y yo pasamos tiritando, esas horas de sufrimiento para nosotros se quedaban. A decir verdad, las gemelas pentaneuronales habrían venido muy bien en este momento. Al menos, calor sí que nos habrían dado...

Al aterrizar, el bote de los amortiguadores del avión nos levantó del suelo, ayudándonos a mover nuestras congeladas articulaciones, que crujían como si se rompieran a la vez que las movíamos.

Cuando el avión paró por completo, se abrió la puerta de la bodega y vimos a tres hombres de negro buscando entre las maletas. Supe que eran los que habían secuestrado a Schrödinger al escuchar a uno de ellos decir que, si encontraban a alguien, no dudarían en matarlo. Iban armados y sabían que estábamos allí, pero ¿cómo? Eran tres, uno para cada uno, así que, aprovechando la oscuridad, nos acercamos lentamente entre las maletas y con un golpe seco en el cuello los dejamos caer al suelo. Buscamos en sus cuerpos algo que nos diera la más mínima pista de hacia dónde se dirigían, pero el tiempo no corría a nuestro favor, tenía que ser un registro rápido. Lo único que encontramos fueron unas acreditaciones azules. Se las di a Martín, quien, nada más verlas, se las guardó en el bolsillo.

—Estas acreditaciones solo se las dan a personas de importancia, que se embarcan en grandes barcos con arsenal militar; lleven donde lleven a Schrödinger, esta gente se espera lo peor.

Lo miré fijamente, entendiendo que quizá no supiéramos qué barco era el que buscábamos y, considerando que el puerto de Miami era bastante grande, no era fácil saber cuántos barcos llevarían un arsenal militar encima. Mi primo cortó nuestra tensa mirada, al salir tiritando del avión.

—¡Manda huevos!, con las cuentas corrientes desbordando y viajando así...

Capítulo III

Niños fugados

(Madrid, lunes 1 de enero, 19:50)

Jaime García

Qué raro, Sergio no suele ser de esos que se pegan dormidos hasta las ocho de la noche después de una noche de fiesta; que no se haya pasado por casa para el almuerzo del día uno es, cuanto menos, extraño. Más aun, teniendo en cuenta que Martín y Hugo también están desaparecidos. Estaba claro que esos tres se traían algo entre manos... o quizás hayan acabado en Ibiza.

Llamé varias veces a Sergio, Martín y Hugo, pero siempre obtuve el mismo resultado: estaban sin cobertura. Decidí llamar a mi hermana, a ver si por casualidad sabía algo de él. Lo cierto es que Alma era bastante controladora con sus hijos y, al ver que Hugo no se había presentado a la comida, se le fue un poco la cabeza. Seguro que habrá investigado por su cuenta y ya sabrá algo. Aunque no es que ella sea de responder al teléfono a la primera, tenía que intentarlo. Me sorprendió el hecho de que no necesitase más de dos tonos para coger el teléfono, eso no era una buena señal.

—¿¡Qué quieres!?

—Alma, ¿sabes dónde está tu hijo? Es que no hay manera de localizar a Sergio y he pensado que quizá Hugo esté con él.

—¡Sí, obviamente se ha ido con Sergio y Martín, pero no tengo ni idea de a dónde han ido; solo sé que están sin cobertura! —mi hermana me respondió contundentemente casi dejándome sordo —. ¡Llevo desde el almuerzo llamando! ¡Cualquier día este niño me da un disgusto! ¿¡Te crees que ni siquiera me ha dicho si va a aparecer para la cena!? ¿¡Qué le cuesta mandar un puto WhatsApp!?

Mi hermana siempre fue un poco paranoica con sus hijos, pero empecé a pensar que era muy raro que Sergio, Hugo y Martín estuvieran los tres sin cobertura, así que decidí pasarme por su casa, para comprobar una cosa que, de seguro, ella y su histeria habrían pasado por alto.

Al llegar a casa de mi hermana, le saludé y, tras responder a un largo interrogatorio sobre donde podría estar su hijo, aunque ya le dije que no tenía ni idea, y tras rechazar bebidas y comida de todo tipo, me fui directamente al cuarto de Hugo. Al llegar al cuarto, me dirigí hacia el armario y lo abrí, buscando ese distintivo traje que, a lo largo de las décadas, mi familia había ido mejorando... ¡pero no estaba! Solo podía inferir una cosa si ese traje no estaba en su armario: estaban metidos en algo gordo, si es que, como parecía, los tres estaban juntos y con los trajes.

Me fui, despidiéndome de mi hermana con un simple «adiós». Bajé los escalones del edificio de dos en dos y, una vez en la calle, me apresuré en coger el coche.

Antes de arrancar, me apresuré a hacer una última llamada al doctor David Schrödinger, el único capaz de llevarse a los tres sin que pasaran por casa a contar lo que pasaba. Sin embargo, esta llamada tuvo igual resultado que las demás: sin cobertura. Supe entonces el lugar exacto donde tenía que ir, si quería sacar algo más de información. A casa de Schrödinger.

Cuando llegué, golpeé la puerta para llamar, pero esta se abrió sola con un molesto chirrido. Mi mentalidad de manitas me hizo pensar en buscar algo de lubricante, pero, al mirar bien la puerta, observé que no solo necesitaba algo de aceite, sino también una cerradura nueva. Olvidándome de la puerta, eché un vistazo al interior del apartamento, el cual estaba sumido en el más completo caos. En la pared, vi tres agujeros de bala que llamaron mi atención. Ante ese desorden, comencé a apartar papeles inútiles. Entre ellos, encontré ciertos informes sobre una especie de meteoro, lo que me hizo pensar que Schrödinger podría volver a tener una de sus incontables locuras entre manos. Me fijé en un mapa de los Estados Unidos que tenía clavado con una chincheta un pequeño recorte de la península de Florida, donde, además, estaba marcada la ciudad de Miami. Por alguna razón, tuve la corazonada de que la falta de cobertura se debía a que Sergio, Martín y Hugo estaban en un avión de camino a Miami. Eso explicaría muchas cosas, aunque lo cierto es que quizás tenía una gran falta de pruebas para ir a Miami, pero el tiempo es oro y mi instinto jamás me había fallado, así que salí de allí dispuesto a embarcar hacia Miami.

Al darme la vuelta, golpeé con el pie algo metálico. Me agaché a observar qué podía ser y entonces la vi, ahí tirada en una esquina: una llave junto a un pequeño llavero en el que se podía leer «Labor», laboratorio en alemán. Reconocí la letra de Schrödinger y, con la esperanza de encontrar algo más, subí a ojear la última planta del edificio, donde Schrödinger tenía un pequeño laboratorio privado.

Al llegar arriba, abrí la pesada puerta de metal. Nada más entrar, el horrible olor de la putrefacción que flotaba en el ambiente de la blanca habitación invadió mis fosas nasales. Roedores muertos, diferentes fluidos de vivos colores que Schrödinger sintetizaba y un montón de fotocopias, fotografías y papeles pegados a las paredes o tirados por los suelos... ¿Qué era lo que Schrödinger tenía entre manos?

Más tarde, me fijé en una gran imagen impresa que mostraba el Triángulo de las Bermudas en el amplio océano. En el interior del triángulo, un punto señalado con grandes letras rojas. «Schwarzer Punkt», punto negro. Comprendí que Miami tan solo era un punto de paso y que desde allí partirían hacia las Bermudas. Arranqué el papel de la pared y bajé a la calle con la intención de salir hacia Miami inmediatamente, pero me di cuenta de que ya era demasiado tarde para coger un avión. Eran las doce menos cuarto, así que al día siguiente, tras preparar todo lo necesario, despegaría hacia Miami.

No quise decirle nada a Alma sobre dónde estaba su hijo; sabía que, si le decía que se había ido al Triángulo de las Bermudas, se pondría histérica; sin embargo, si no le decía nada, también lo haría... así que le mentí diciendo que se había ido con Sergio a pasar unos días al campo. Me sorprende que se lo tragase y que no intentase ir a por ellos; creo que se huele algo... Por lo

menos, la calmé para que me diera tiempo a buscarlos.

Reservé un billete a Miami y llamé a un viejo amigo para que me preparara un barco capaz de llevarme sin problemas hacia el «Punto Negro». Necesitaba algo rápido y potente.

Dejé de pensar en lo que Sergio estaría haciendo para poder dormir un poco. Iba a necesitar fuerzas y este misterio me hacía comerme la cabeza mientras miraba al techo, tumbado sobre la cama.

Mañana iría a Miami, donde mi amigo me prestaría el barco y entonces empezaría mi búsqueda. ¿Cómo nos hemos metido en esto en menos de veinticuatro horas tras empezar el año? 2024 va a ser un año, cuanto menos, curioso; no me cabe duda.

Al día siguiente, me levanté a las siete de la mañana y fui directamente al aeropuerto Adolfo Suarez Madrid-Barajas. Allí me embarqué en el primer avión y me dirigí a Miami, donde mi amigo me tendría el barco preparado a primera hora. Pasé todo el vuelo buscando información sobre el Triángulo de las Bermudas y aquello que fuera lo que Schrödinger esperaba encontrar allí, intentando toparme con algo, pero no hallé nada relevante, lo que me intrigó aún más.

Decidí echar un vistazo a unos papeles que había sacado del laboratorio de Schrödinger. Fue en esos papeles donde leí un par de cosas sobre un meteoro capaz de producir potentes ondas de radio al caer, asemejándose así a una baliza. Por lo que Schrödinger decía en esos papeles, el meteorito tenía unas características impresionantes, tanto que lo convertían en un instrumento capaz de levantar civilizaciones desde la nada, debido a su increíble potencial. Aunque, claro, debía caer en las manos adecuadas.

¿Era eso lo que buscaba Schrödinger? ¿Para qué? Mientras más leía, más preguntas tenía: ¿por qué querría Schrödinger levantar una civilización? ¿Por qué querría el meteoro? Demasiadas preguntas sin respuesta todavía.

Capítulo IV

Un barco indestructible

(Miami, lunes 1 de enero

aeropuerto internacional, 16:04)

Sergio García

Salimos corriendo del aeropuerto antes de que encontraran a los tres hombres que habíamos dejado atrás. No tardaron mucho: en cuanto llegamos a la salida del aeropuerto, se dieron cuenta de lo que habíamos hecho y saltaron las alarmas. Por fortuna, nosotros ya estábamos metiéndonos en un taxi que, por un par de dólares de más, nos sacó de allí a toda prisa y sin preguntar nada más que el destino.

Cuando entramos en el taxi, fue Hugo el que se apresuró en comenzar con las preguntas.

—¿Y cuál es el plan? ¿Vamos a ir allí, barco por barco, hasta que demos con Schrödinger?

—No saben lo que pueden encontrarse, así que el barco seguramente tendrán un gran arsenal. Irán preparados para lo peor, deberíamos verlo de lejos —contesté.

—¿Y si sí lo saben? —preguntó Martín.

—Entonces, irán concienzudamente armados —aseguré.

—¡Genial! Pase lo que pase, van a ir armados hasta los dientes.

—Más o menos... —dijo Martín, al oír a Hugo.

—Y, si tanto arsenal tienen, ¿cómo coño se supone que vamos a entrar? —preguntó.

—Improvisaremos; lo importante es entrar y, una vez dentro, sacar a Schrödinger de allí y volver a Madrid.

Los dos me miraron pensativamente hasta que Martín lanzó la pregunta que ambos se planteaban.

—¿Vamos a dejarlo a medias? Si no acabamos esto, volverán a por Schrödinger.

—Ya que estamos aquí y que vamos a meternos en ese puto barco, no podemos volver atrás —Hugo continuó lo que Martín había dejado en el aire. —El abuelo no lo haría y nosotros

tampoco. Si algo nos han enseñado es a defender nuestra causa. Y, además, no querría que dejásemos que cuatro idiotas consigan lo que quieran que haya allí, ¡así que vamos a ir y vamos a tirarlos por la borda de su propio barco!

Martín y yo nos miramos sorprendidos ante el discursito de Hugo.

—Hugo, me tienes confundido. ¿Quieres entrar a ese barco o no? —pregunté.

—Quiero entrar, pero con un plan ¡No a lo loco y a ver qué pasa! Vosotros mismos lo habéis dicho: esos tíos irán armados hasta los dientes y nosotros somos tres. ¿Y si nos pegan un tiro? O peor, ¿y si nos matan?

—Si nos preocupásemos por esas cosas, no nos dedicaríamos a lo que nos dedicamos. Además, ¿quién sabe? Podrían ser inofensivos científicos desarmados en un barquito camino a las Bermudas...

Esta vez, Hugo y yo miramos extrañados a Martín.

—En todos estos años, ¿cuántas veces has visto a inofensivos científicos desarmados secuestrando a alguien a base de tiros en mitad de la noche? ¿A cuántos inofensivos científicos te has cruzado, si se puede saber? —pregunté.

—A ninguno.

—¿Entonces...?

—Van a ir armados hasta los dientes.

—Sí, señor —dije, finalizando nuestro diálogo.

—Bueno, ¿qué más da? Sea lo que sea que nos encontremos, estamos metidos en esto, así que, Sergio, si repites lo que te contó Schrödinger para que la bella durmiente se entere... —dijo Hugo refiriéndose a Martín.

—¡Eh!, cuando acabes con dos gemelas en la cama después de un treinta y uno, me cuentas si necesitas dormir o no... Pero sí, ¿por qué no me explicas de qué va esto exactamente?

Mientras llegábamos al puerto de Miami, me dediqué a explicarle a Martín la breve conversación que tuve con Schrödinger. Lo cierto es que realmente disponíamos de pocos detalles. De hecho, ellos esbozaron la misma expresión de incertidumbre que se apoderó de mi rostro.

Cuando llegamos al puerto, eran casi las 16:50, así que cogimos los trajes y fuimos a buscar nuestro barco. Una vez en los astilleros, buscamos un barco con un gran arsenal, pero no vimos ninguno con estas características. Entonces, miré hacia el mar y algo cautivó mi atención: cogí mis prismáticos electrónicos para hacer zoom y observar un barco que se adentraba mar adentro. Estaba adornado por una ancha franja roja en la parte superior del casco y se defendía, además, con varios lanzamisiles, ubicados tanto a babor como a estribor, y otro par en la parte superior del puente de mando, sobre el que descansaba un gran helicóptero, concretamente un Super

Puma. Sabía que era ese, ese era el barco de los secuestradores de Schrödinger. Eso, o es que los del Pentágono se estaba dedicando a reformar barcos de carga...

El barco seguía revelándome un enorme y carísimo potencial bélico, ciertamente propio de la Marina de los Estados Unidos. Además, pude imaginar que los numerosos contenedores que transportaba estarían cargados de armas capaces de tumbar a cualquier cosa que se interpusiera entre ellas y su objetivo.

La cosa, a continuación, era encontrar la manera de llegar hasta el barco, que comenzaba a alejarse cada vez más hasta acabar desapareciendo en el horizonte. En ese momento, tres voces llamaron mi atención. Al girar la cabeza, vi a tres «niños de papá» entrando en un pequeño yate. Iban vestidos con la típica camisa de marca, metida en unos ajustados pantalones y con un suéter a modo de capa. No tenía claro si se preparaban para una tarde en el mar o si se habían dejado algo en el yate tras una posible fiesta de Año Nuevo. Lo único marítimo que esos chavales tenían, y únicamente lo digo por el nombre, eran sus náuticos sin calcetines.

No teníamos mucho tiempo antes de que el transatlántico se alejara hasta quedar fuera de nuestro alcance, así que bajamos al atracadero donde se encontraba el yate e intentamos como pudimos sacar a aquellos imbéciles de allí. Sí, reconozco que no me gustan para nada estos tipejos incapaces de atarse sus cordones y mirar más allá de su propio ombligo, aunque he de admitir que esperaba que fueran un poco menos tenaces.

Al llegar al yate, saltamos a bordo y simplemente tiramos de ingenio.

—¡Policía de Miami! Necesitamos su barco para una operación marítima. ¡Todo el mundo fuera! —dije mientras sacaban botellas de ron y demás.

—Agente, se lo aconsejo, lárguese —dijo uno de ellos, con la intención de seguir sacando botellas.

—¿Policía? ¿En serio? Parecemos los de «vamos de polis» —susurró Martín, cabreándome.

—A ver, chavales, que os bajéis del puto barco —insistí con tranquilidad.

—¿Sabes con quién hablas? —me dijo uno de ellos, acercándose a mí con un aire chulesco.

—Sí, con un gilipollas que va a quedarse sin barco ¡vamos, abajo!

—Mira, u os vais de aquí o me encargaré de que acabéis de vigilantes en un todo a cien. Y ya podéis ir sacando las placas, ¡que pasamos de vosotros! —respondió uno de ellos, empujándome mientras los demás se reían.

—Mira, Sergio, no hay tiempo para esto —dijo Hugo para, al instante, agarrar por la camisa al que me había empujado y tirarl por la borda. Sí, al mismo que nos había chuleado hacía tan solo unos segundos.

Otro de ellos, al ver eso, adoptó una típica postura de karate, casi intentando dar miedo, para después lanzar una patada al aire que Hugo esquivó. Sin dar tiempo al karateca siquiera de tocar

el suelo, lanzó un puñetazo que lo mandó al agua. Al fijar mi primo la vista sobre el tercero y comenzar a acercarse a él, el miedo tomó su cuerpo y lo llevó a saltar por la borda junto a los demás. Típico.

—Pues podríamos haber empezado por ahí —puntualizó Martín.

—Pues sí —admití.

Arrancamos el pequeño, pero lujoso yate, que no tendría más de un verano encima, y salimos tras el trasatlántico, mientras aún escuchábamos los gritos de los pijos a nuestras espaldas.

—¡Voy a llamar a mi padre!

La verdad es que dudé que sus iPhones hubieran sobrevivido a ese baño...

Mientras nos acercábamos al transatlántico, yo seguía mirando la extensa borda del barco con los prismáticos digitales, buscando algo que me aclarara por qué habían secuestrado a Schrödinger o, mejor dicho, para qué. Fue entonces cuando vi a una persona que me sonaba una barbaridad y que se apoyaba sobre una de las barandillas del barco, mirando cómo la ciudad de Miami era sustituida por el vasto Océano Atlántico. Iba vestido con la indumentaria propia de un soldado, chaleco negro repleto de lujosas armas y pantalones largos de camuflaje militar, que dejaban entrever otro par de armas y varios cuchillos.

A pesar de sus distintivos rasgos, tardé en reconocerlo. De hecho, fueron los prismáticos los que, accediendo a la base de datos de la Alpha Force, reconocieron al individuo.

Rapado completamente al cero, con una distintiva cicatriz que atravesaba su cara desde el pómulo derecho hasta llegar al ojo izquierdo, atravesando el tabique nasal, y con un ojo de cada color, azul el izquierdo y marrón el derecho, tal y como si de un husky se tratase. De metro noventa y complexión bastante fuerte. Era Dimitri Kuznetsov, magnate ruso que había conseguido su fortuna gracias al tráfico legal e ilegal de armas. Una persona que estaba tras todos los conflictos internacionales. Casi más un mafioso que un empresario; le gustaba llamarse a sí mismo «visionario», aunque la mayoría de los medios europeos y norteamericanos lo vendían como un demonio sin compasión, cuyos rasgos de psicópata lo convertían en una amenaza, pues no conocía los remordimientos ni la culpa. Le daba igual a quién matara directa o indirectamente, mientras que con eso consiguiera venganza o aquello que realmente le atraía: poder.

Durante años, estuvo en el punto de mira de la CIA, pero Kuznetsov era un hombre sin pasado, nadie sabía nada de él hasta que apareció en escena al vender cabezas nucleares a los norcoreanos, extendiendo su negocio así, gracias a su fortuna y presencia política en países orientales, al mundo de las armas y los ejércitos privados. Las alarmas saltaban sin parar, pues multitud de países buscaban al magnate, del mismo modo que lo hacía la Alpha Force, aunque, dada su escasa presencia, en los últimos años había pasado a ser un objetivo de baja prioridad. Algo había estado preparando, algo gordo como para salir y dejarse ver, así como así.

Dos de los soldados de Dimitri aparecieron entonces en escena para llevar ante su presencia a un hombre encapuchado con la típica bolsa de tela que tanto gusta en las películas de Hollywood. Tras ellos, apareció una chica morena y de ojos azules, de metro ochenta y con un pequeño aire a Lara Croft, moldeada como si de una escultura se tratase. Si entrábamos en ese barco, seguro que Martín le tiraría los tejos.

Iba vestida con un atuendo de camuflaje con pantalones largos ceñidos y una camisa de manga corta a juego, la cual estaba adornada por un par de cinturones... que dejaban entrever varias armas.

Al retirar la bolsa al encapuchado para que Dimitri fijara su gélida mirada en él, pude reconocerlo: era Schrödinger. Dimitri quería algo de él, se lo exigía con violencia, golpeándole y apuntándole en la sien con una inconfundible Desert-Eagle negra, con detalles en oro. Schrödinger se negó sin miedo, siendo sabedor de que lo necesitaban vivo. La única razón por la que seguía con vida era porque les era útil, así que aguantar los golpes y guardar silencio era su mejor baza.

Aun así, la frustración de Dimitri no impidió que, con un rápido movimiento, invirtiera su pistola y golpeara con su culata a Schrödinger, que cayó desplomado al instante. Dos de los soldados lo arrastraron por el suelo a la orden de Dimitri, mientras él permanecía hablando con la chica, que ahora atraía mi atención.

—Vaya morena que se ha agenciado ese hijo de perra. Yo le daba —dijo Martín, quien sigilosamente observaba la escena a mi lado.

—Tú le dabas hasta a tu hermana ¡Venga, tira ya!

—¡Eh, eh!, con mi hermana no, que ya sabes cómo me pongo. Me parece increíble que te liases con ella.

—Quita, no me lo recuerdes, vaya drama montaste.

—En realidad, me gustaba la idea de tenerte como cuñado ¿Por qué rompisteis? —preguntó.

—Martín, casi me mata cuando se enteró de a qué nos dedicamos y dónde te había metido.

—Cierto... —dijo él, recordando aquella pelea en casa de sus padres.

—Chicos estamos llegando y, por más guapa que me parezca la hermana de Martín, creo que deberíamos prepararnos.

—Hugo, no te pases. —

—¿O qué? ¿Vas a decirle que deje de seguirme en Instagram? —preguntó Hugo, comenzando una discusión que, sinceramente, no me interesaba.

Dejé los prismáticos y preparé las armas. Viendo a esos tíos, supe que la cosa iba a estar complicada. En unos minutos, abordaríamos el barco para sacar de allí a Schrödinger o, al

menos, eso intentaríamos...

Capítulo V

Búsqueda de una vida mejor

(Madrid, domingo 31 de diciembre, Gran vía, 12:43)

Laura Ascanio

Hace ya tres meses que recibí esa llamada. El magnate ruso Dimitri Kuznetsov me contrató para una campaña de exploración al Triángulo de las Bermudas. Todos me dicen que es muy peligroso, me recuerdan la de barcos y aviones que se han perdido allí en condiciones cuanto menos desconocidas, pero necesito el dinero. Hace ya siete años que perdimos a mi padre y con tan solo diecisiete primaveras me encontré con la obligación de cuidar de mi hermana pequeña. Para eso, hace falta cierto dinero; dinero que Dimitri estaba dispuesto a darme. Eso, y más.

Una de las desventajas de ese trabajo es que mañana tendría que volar a Miami y dejar durante un tiempo indefinido a mi hermana.

Se supone que hoy me llamarían para empezar esta misma noche, pero ¿para qué querrían que trabajara la noche de Año Nuevo? Bueno, supongo que, al ser la nueva, me comería todos los marrones y yo me los tendría que tragar, ya que me niego rotundamente a dejar a mi hermana abandonada en un sucio orfanato, por no poder mantenerla. Las cuotas de la hipoteca apremian y las compañías de luz, agua y gas nos tienen en el punto de mira. Nos quedamos sin oxígeno y este trabajo es una bocanada de aire fresco. Haré lo que sea necesario.

Llegó por fin la esperada noche. Dejé a mi hermana con mi vecina. Le prometí que volvería pronto, concretamente en un mes, aunque realmente el tiempo era una magnitud que escapaba totalmente a mi control.

Fui al punto de encuentro que mí jefe había acordado. Caminé por las calles de Madrid, que estaban llenas de personas que celebraban felices la entrada del nuevo año. Allí me esperaban tres hombres con dos coches. Todos iban enfundados en un negro traje, todos tenían una estatura similar, todos eran rubios, de piel blanquecina y, cómo no, todos escondían sus ojos bajo unas extrañas gafas de sol.

Al llegar, me metieron en uno de los coches. Una vez dentro, me arrojaron a las piernas unas gafas similares a las suyas, un pequeño comunicador y una foto.

—No te preocupes por las gafas, no restarán claridad a tu visión, tan solo esconden un rastreador —comenzó a explicarme el que parecía mi jefe. —Queremos que encuentres al tío de la foto, así que memorízalo, aunque el localizador hará su trabajo y te lo indicará en cuanto entre en tu campo de visión.

Miré fijamente la foto y pude ver que el hombre al que buscábamos pasaba de cincuenta años. En la foto también advertí una característica barba desaliñada que se acompañaba de unas anticuadas gafas. Sin darme tiempo a más, salieron del coche y, con una simple señal, se separaron y comenzaron a buscar.

La búsqueda comenzó sobre las 22:00. Tras horas buscando, seguíamos a ciegas y, por si fuera poco, la gente de las calles que celebraba el nuevo año se multiplicaba por segundos. Cuando dieron las doce en punto, la calle estaba repleta de gente, pero dos hombres resaltaban entre la multitud. Uno de ellos era él. El que le acompañaba era visiblemente más joven, de unos veinticinco años. Lucía un moreno veraniego junto a unos profundos ojos verdes, que brillaban en la noche madrileña; sus cabellos negros se camuflaban en la oscuridad. Tras una charla en la que el cincuentón miraba de un lado a otro, casi sabiendo que lo estábamos buscando, se separaron y mi objetivo se puso una capucha negra... que no evitó que las gafas le rastrearan. «Objetivo localizado: doctor David Schrödinger», pude leer en los cristales de las gafas.

Avisé mediante el comunicador a mis compañeros y recibí la orden de parar a Schrödinger. Empecé a seguirle sigilosamente, esperando a encontrarme en un lugar menos concurrido donde poder abordarle. Sin embargo, él evitaba continuamente quedarse solo. Comencé a comprender que este viejo sabía lo que hacía.

Veía que mis compañeros se agolpaban a mi alrededor, intentando cerrar la salida a Schrödinger... hasta que nos vio. En milésimas de segundo, el doctor comenzó a correr como alma que lleva el diablo. No es que yo sea precisamente lenta; de hecho, gozo de una buena condición física, pero, aun así, me fue difícil seguir el ritmo a Schrödinger. Tras una larga carrera, quedó atrapado por un alto muro, en el cual vi la oportunidad de atraparle. Oportunidad que se desvaneció cuando, con agilidad felina, Schrödinger trepó el muro para saltar al otro lado. Mis compañeros se detuvieron asombrados, pero no podía dejar que se escapara. Conseguí saltar a duras penas el muro, apoyando mi mano en el suelo tras una dura caída de la que me levanté rodando para seguir corriendo tras el doctor. Tenía que cogerle como fuera, pero Schrödinger corría cada vez más, cada vez se alejaba más. Sabía que no podría cogerle, ya que no apreciaba el más mínimo cansancio en el doctor. Pero, por suerte y gracias a mi infancia, conocía bien las calles, por lo que conseguí recortarle camino a través de un oscuro callejón que atravesé esquivando gatos y contenedores de basura. Llegamos al mismo tiempo al cruce entre ambas calles. Salté sobre él para intentar agarrarlo, pero no salió del todo bien. Con un quiebro de cadera hacia su izquierda, evitó que le placara, aunque conseguí agarrar la cola de su gabardina. No obstante, se desprendió de ella, nuevamente con un ágil movimiento, antes de que pudiera siquiera frenarle.

Me quedé en el suelo empapada tras caer en un charco, con una vieja y roída gabardina de cuero, mientras lo veía alejarse y desaparecer entre la multitud.

—¡Maldición! —grité golpeando el suelo y mojando mi cara, al ver que ya no le cogería.

Segundos después, llegaron mis compañeros. Me imaginaba sus caras de decepción e incluso me preparé para disculparme, pero, cuando me vieron con la gabardina, sus rostros se iluminaron.

—Ahora entiendo por qué te cogieron para este trabajo. No eres solo una cara bonita —dijo mi

jefe, riendo tras arrebatarme la gabardina.

Uno de mis compañeros hizo entonces uso del comunicador: «A todos los hombres, detened la búsqueda del doctor. Ya sabemos a dónde va».

Entonces, miré más de cerca la gabardina, para ver una dirección escrita en la etiqueta. ¡Maldito rata! Lo comprendí al instante: íbamos a casa de Schrödinger.

Cogimos el coche y nos dirigimos a esperarle en la puerta de su casa, pero yo necesitaba preguntar algo.

—¿Cómo sabéis que es aquí? Podría ser una gabardina de segunda mano o simplemente una prenda robada. Ese hombre no tenía pinta de ir de estreno.

Mi compañero, al oírme, esbozó una leve sonrisa.

—Este tío es tan tacaño que etiqueta hasta su ropa, por si la pierde, para que alguien pueda llevársela a casa ¿Quién demonios hace eso?

—Mi madre solía hacerlo. Por si mi hermana o yo nos olvidábamos la chaqueta en el colegio —dije, recordándola con pena.

—Vaya, no pretendía.

—Tranquilo, está bien —le excusé.

—Pero mira por dónde, de todo se aprende algo. Esta tacañería le va a costar cara.

Al escuchar esto, yo también me reí.

—Soy Juanan, encantado —dijo él, siendo al fin capaz de presentarse, cosa que el resto aún no había hecho.

—Laura —respondí, aún con una sonrisa en la cara.

Al llegar al apartamento de Schrödinger, vimos desde la calle cómo se encendía una luz en su interior. La sombra del doctor se veía en la ventana. Se movía rápido, parecía nervioso. ¿Quizá una rayita de Año Nuevo? Eso explicaría cómo corría por los callejones...

Unos minutos después, nos ordenaron por el comunicador entrar a por él, así que bajamos del coche y nos dispusimos a ello.

—Laura, abre el maletero —me ordenaron, al cerrar la puerta del coche.

Al hacerlo, no pude disimular mi rostro de sorpresa: ¡tenían un fusil de asalto y cuatro pistolas con silenciador! El jefe me dijo que cogiera el fusil y entonces comencé a entender por qué me habían contratado. Mi padre era soldado, experto en armas y en combate cuerpo a cuerpo en el Ejército. Además, yo era cinturón negro de karate, judo, taekwondo y demás artes marciales, muchas de las cuales me había enseñado mi padre. Trabajaba para una unidad especial de la que

jamás nos habló, pero debía de estar formada por los mejores soldados, para que mi padre, pese a su nivel, no hubiera sido capaz de pasar de soldado raso. Tras prepararnos y cargar nuestras armas para sacar a Schrödinger del apartamento a la fuerza, subimos a buscarlo.

—¿De verdad necesitaremos todo esto?

—El jefe dice que no nos confiemos, que tiene sus ases bajo la manga y gente peligrosa a sus espaldas —respondió mi jefe a mi pregunta.

—Genial... —dije irónicamente.

Subimos por las escaleras cuando las gotas de sudor comenzaban a recorrer nuestras sienes. Sabía cómo hacerlo, sí, pero jamás había matado a nadie. Cuando llegamos junto a la puerta, el jefe comenzó a dar instrucciones.

—Laura, abre la puerta de una patada y nosotros le disparamos; si las cosas se complican, disparadle a la pierna. Lo necesitamos vivo.

Asentimos con la cabeza; personalmente, yo esperaba que no se complicase nada. Pegarle un tiro a un viejo no era algo que ciertamente me hiciese ilusión.

Me coloqué junto a la puerta y, levantando la pierna a la altura de la cerradura, la golpeé en seco. Se abrió violentamente. El jefe fue el primero en entrar, pero no el primero en disparar. Oímos el fuerte estruendo de una escopeta que le alcanzó en el pecho, sacándolo por los aires del apartamento y llenándonos de sangre al resto. Lo vi apoyado en la pared del rellano, con el pecho totalmente desfigurado, casi desaparecido. Por un momento, no escuché nada. Impactada, solo podía observar la sangre corriendo por su cuerpo hasta llegar al piso.

Poco a poco, los tiros llegaron a mis oídos y, sacudiendo la cabeza, vi cómo los demás disparaban con extrema precaución. Exactamente tres balas dispararon, de las cuales ninguna tocó a Schrödinger, que volvió a disparar, destrozando la rodilla de otro de mis compañeros.

Ese viejo iba a reventarnos. Sabiendo que debería recargar sus cañones y que aún tenía a otro compañero a mi lado, decidí salir de la esquina en la que me resguardaba y disparar una sola bala a la pierna de Schrödinger. La bala le atravesó y él soltó el arma al instante, entre gritos de dolor.

Entré al apartamento viendo el desastre que había allí, desastre que el mismo había provocado, creando con muebles apilados una barricada para cubrirse y desde la que disparar.

—¡No te muevas, hijo de puta! —dije apuntándole a la cabeza al rodear la barricada.

—Loca ¡Me has disparado en la pierna!

—¿Loca yo? ¿Has visto lo que has hecho tú? —pregunté antes de que Juanan apareciese para pegarle una patada en la boca.

—¿Qué parte de «vivo» no has entendido?

—¿Sigue vivo no? Además, este loco hijo de perra se lo merece.

—Recuerda esas palabras cuando te mate —contestó Schrödinger, cuando yo estaba ya harta de oírle.

—Si vas a darle, al menos asegúrate de que no se levante —dije, pegándole con la culata del fusil en la frente para hacerle caer inconsciente tras la barricada.

Juanan y yo lo metimos en el coche y después conseguimos arrastrar a nuestro compañero hasta el mismo para salvarle la vida. Se negaba a darnos su nombre. Estos tíos son gente rara.

El jefe tuvo peor suerte: quedó totalmente pulverizado por el disparo. No había nada que pudiésemos hacer. Nos llevamos el cuerpo y limpiamos rápidamente la sangre para no tener a la Policía husmeando. Policía que, con la que habíamos liado, pronto estaría aquí. Acto seguido, nos fuimos directos a la sede en Madrid que Dimitri había montado.

No pude dejar de lado la imagen del jefe emparedado contra la pared, con el pecho totalmente perforado por el disparo; siempre fui muy aprensiva y eso no ayudaba.

Cuando Dimitri vio el cuerpo de su mano derecha sin vida, lo lamentó por dentro, pero sin dar muestras de dolor en el exterior. De hecho, dudo que lo lamentase, aunque quería pensar que sí lo hacía. Tan solo se limitó a mirarlo por unos segundos para después dirigirse a mí.

—¿Tú has sido quien ha capturado a Schrödinger?

—Sí. Le disparé en la pierna derecha con el fusil y le dejé después inconsciente con un golpe. Despertará, señor, sé que lo quería vivo —respondí sin saber muy bien que iba a pasar.

Dimitri no paró de mirarme, mientras con los brazos cruzados a la espalda caminaba pensativo.

—A segundo muerto, segundo puesto; total, lo mismo da un inútil que otro. ¿Cómo se le dará a usted, señorita? A partir de ahora le rendiréis cuentas a ella cuando yo no esté. Espero que nadie tenga pegas —dijo él, mirando a los hombres, que tan solo agacharon la cabeza.

Dimitri se retiró entonces.

—Eso sí que es un ascenso rápido —susurró Juanan.

—Usted hable cuando le sea ordenado. No está aquí para ligar, sino para cumplir mis órdenes —dijo Dimitri desde el umbral de la puerta al oír a Juanan.

—¿Cómo te llamas?

—Laura Ascanio, señor —contesté nerviosa.

—Señorita Ascanio, acompáñeme por favor.

Seguí a Dimitri con miedo, pero, en cierto modo, también con la idea de pedirle explicaciones. A partir de ahora sería su segunda, pero desconocía lo que buscábamos, qué tenía que ver

Schrödinger y, sobre todo, por qué era tan importante.

—Señor, no querría parecer indiscreta, pero para desarrollar correctamente mis funciones, quizá debería saber algo más sobre nuestra empresa.

—¿Qué sabes por ahora? —preguntó él.

—Ni siquiera sabía que íbamos a liarnos a tiros en un apartamento para coger a Schrödinger, así que sugeriría que empiece por el principio.

No dudó en comenzar a explicármelo todo, ya que yo era su mano derecha desde ese momento. Me lo explicó mientras se echaba una copa de vodka.

—Como ya sabrás, soy un hombre conocido por mis riquezas y por no tener miedo a nada, con tal de conseguir mis objetivos. He llevado a cabo cosas que tú no aprobarías y eso me ha hecho estar en el ojo de FBI, la Interpol y demás. Pero esto no se trata de riquezas, sino del sueño de todo hombre, que es dominarlo todo, tenerlo todo, saberlo todo. ¿Sabes lo que es vivir escondido? Esto no es más que el principio del fin de esa vida para mí. Después de esto, seré libre.

Fui incapaz de no plantearme más preguntas, que quedaron únicamente en mi mente. ¿Estaba la libertad en las Bermudas? ¿Buscaba Dimitri quizá una nueva tierra? Él, simplemente, continuó.

—Grandes filósofos de la historia aseguraron que eso con lo que soñamos es imposible. Pero hay una forma, un meteoro que impactó contra las Bermudas hace milenios. Eso es lo que buscamos. Schrödinger sabe el punto exacto donde se encuentra el meteoro y él es el mayor y único experto en la materia.

—¿Todo por una piedra? —pregunté sin poder resistirme.

—Es más que eso: busco el poder que ella encierra. Dice la leyenda que los indígenas de una tierra perdida en las Bermudas crearon soldados invencibles basados en los cuatro elementos con este meteoro. Pero estos soldados se rebelaron contra ellos. Crearon monstruos, una especie de dragones que esperaban controlar, pero la cosa no salió como esperaban. El jefe de los indígenas luchó contra un dragón nacido de la fusión de los cuatro elementos. Aquel jefe engañó al dragón, sacrificando su vida para que este muriera con él. Ambos pueblos, al ver el caos, se separaron, y los seguidores del dragón crearon un hechizo capaz de traerlo de vuelta. Por suerte, yo lo tengo ahora en mis manos —explicó, mostrándome un roído cuaderno que le había arrebatado a Schrödinger.

Me quede atónita, no podía creer lo que me estaba diciendo. ¿Me estaría engañando? No ¿Quién iba a inventarse una historia así? Parecía muy seguro de lo que decía.

—¿Has montado todo esto basándote únicamente en una leyenda?

—No. Durante un tiempo, fui socio de Schrödinger, incluso financié sus investigaciones. Hace unos meses, encontró esto en unas ruinas egipcias. El cuaderno perteneció a Alejandro Magno. En él, explica muchas cosas de interés arqueológico, pero también verifica que todo esto no es

solo una leyenda.

—¿Que pintaba Alejandro Magno en Egipto?

—A sus oídos llegó la leyenda del meteoro. Por motivos que desconozco, decidió buscarlo en Egipto, sin saber que en realidad quedaba al otro lado del mundo.

—Y, si ya tienes el cuaderno, ¿por qué necesitas a Schrödinger?

—Solo él entiende la gran mayoría de lo aquí está reflejado. La parte escrita por Alejandro Magno la podemos descifrar, pero el resto es un dialecto nunca visto. Cómo obtuvo estos papiros que transcribió a su diario es algo que desconozco.

—¿Papiros? Entonces sí tiene sentido que buscase en Egipto —aseguré.

—No. Hay una parte del diario que hemos perdido, pero la que queda, la que tenemos, nos lleva a las Bermudas. Fue lo último que Schrödinger me dijo antes de desaparecer con el diario.

—¿Y si esa parte perdida fue la que llevó a Alejandro a Egipto? ¿Y si hay algo allí que estamos pasando por alto?

—No me interesa Egipto, tan solo el poder que se esconde en las Bermudas. Si después de esto quieres investigar en Egipto, con gusto te cederé mi ejército.

Yo lo pensé por unos instantes.

—Solo quiero volver a casa con mi hermana.

—Pronto, Laura. Si me ayudas, pronto estarás en casa y todos tus problemas serán historia. Ayúdame a conseguir el poder y mis riquezas serán tan tuyas como mías —dijo acabándose la copa y acercándose lentamente a mí. —Debería presentarte a mi hijo. Sí, creo que haríais buenas migas, ya me entiendes —murmuró antes de marcharse.Tras la explicación de Dimitri sobre el meteoro y la importancia de Schrödinger en la expedición, aún me quedaba una pregunta.

—¿Por qué no lo resucitaron? —pregunté deteniéndome.

—¿Perdón?

—Los seguidores del dragón... ¿Por qué no usaron ese hechizo?

Dimitri tan solo sonrió.

—¿Quién sabe? Tuvo que haber un motivo, ¿verdad?

—¿No se explica en el cuaderno?

—Quizá. Convence a Schrödinger y puede que te lo diga —sentenció Dimitri.

Tras esa charla, Dimitri se fue y yo comprendí que quizá estaba preguntando demasiado. Poder...

¿para qué? Un hombre puede hacer muchas cosas con poder y, a menudo, aquellos que lo han tenido no han hecho nada bueno. ¿Y si el éxito de esta empresa marcaba una nueva etapa en la historia? Dejé de pensar en ello y me fui a dormir, pues eran ya las 02:00 y mañana sería un día largo.

Al día siguiente, me levanté a las 12:00. Me despertó el barullo de la cocina. Aunque parece un poco irresponsable la hora a la que desperté, Dimitri me había dado permiso, ya que hoy mi equipo tendría el día libre como recompensa por el éxito de ayer. A las 12:45 fuimos al aeropuerto de Barajas, teníamos que tomar un avión a Miami.

Cuando estábamos embarcando, vi a tres hombres saltando en el camión del equipaje del avión. No quise hacer saltar las alarmas, así que tan solo se lo comenté a Dimitri. Estaba tranquilo, me dijo que tenía unos cuantos hombres vigilando el equipaje, lo que me alivió en cierto modo. Aun así, seguí pensando en ellos durante todo el viaje, sobre todo en el que iba delante. Tenía algo que me llamaba la atención, algo familiar... Estuve más de una hora pensando en él, hasta que mis pensamientos se fueron junto a mi hermana. A pesar de que pude haberla llamado nada más despertar, no fui capaz de hacerlo. El relato de Dimitri seguía dando vueltas en mi cabeza. Tenía que estar centrada al cien por cien en el trabajo. Tenía la sensación de que no sería fácil. Supe que probablemente no volvería a hablar con ella hasta mi vuelta.

Cuando llegamos a Miami, fuimos al puerto para embarcar en un gran barco cargado de armas hasta los dientes. El barco estaba totalmente acorazado y, además, multiplicaba la velocidad de crucero de los mejores barcos de la Armada. Dimitri nos enseñó un poco el funcionamiento del barco, el manejo de sus armas y motores. Más tarde, comenzamos a movernos hacia el horizonte. Cerca de las 15:30, Dimitri nos ordenó llevar a Schrödinger ante él.

Capítulo VI

Empieza la aventura

(Miami, salida marítima del puerto,

lunes 1 de enero, 17:25)

Martín Rossetti

Estábamos en el yate cuando supimos que íbamos en buen camino. Acabábamos de ver a Schrödinger, aunque lo malo era que lo habían dejado inconsciente de un culatazo en la boca. Tras ver esa imagen, noté cierta ira en el rostro de Sergio. No hizo falta decir lo más mínimo. Empujé el acelerador dirigiéndome al barco, mientras el casco rompía suavemente las olas.

—¿Y la Policía? —preguntó Hugo.

—Tranquilo, les devolveremos el yate —contesté.

—Los americanos no, me refiero a los españoles. Hubo un tiroteo en el apartamento de Schrödinger y ni siquiera aparecieron.

—Eso es verdad —dije mirando a Sergio.

—Pensé lo mismo, así que llamé a Manuel.

—¿Y qué?

—Los vecinos denunciaron dos disparos de escopeta. Por algún motivo, tardaron en enviar a una patrulla y, cuando llegaron, no encontraron nada. Hablaron con los vecinos y, cuando vieron que era Schrödinger, se marcharon —explicó Sergio.

—Un poco extraño, ¿no? —preguntó Hugo.

—Extraño no ¿Has visto a quien nos enfrentamos? Debe de tener a alguien comprado en la Policía. Retrasaría el envío de una patrulla hasta que sus hombres limpiaran sus huellas y se marchasen —dije, sabiendo bien cómo funcionaban las cosas en España.

—¿Y no entraron en su casa? —prosiguió Hugo.

—¿Y qué crees que hicieron? Verían el caos que había y, como no había heridos, se quitaron de en medio. Cuarenta y ocho horas y que alguien denuncie la desaparición si lo estima oportuno... Esto no es como en Hollywood. Aquí, mientras menos se trabaje, mejor —contestó Sergio

cuando llegamos junto al barco.

—¿Y qué dijo Manuel? —pregunté.

—Que ya encontraría al vendido. La verdad es que no me importa y casi que prefiero no tener a la Policía metiendo sus narices en esto. Les viene grande —contestó Sergio, mirando hacia la cubierta del barco.

Sergio tenía el plan completamente elaborado. Paramos junto a la popa y activamos el magnetismo de nuestros guantes y botas para abordar el barco. Sin los inventos de Tata, estas cosas se harían mucho más difíciles.

Nada más subir, vimos a dos guardias hablando y patrullando con sus fusiles de asalto en las manos. Saltamos a la cubierta del barco y, con un rápido movimiento, nos acercamos a ellos desde sus espaldas para agarrarlos y tirarlos por la borda, sin que les diera tiempo a reaccionar. Teníamos que llegar hasta la posición de Schrödinger, la cual aún nos era desconocida y, por si fuese poco, sin que nos vieran e intentando no hacer mucho ruido.

Nos dividimos y peinamos el barco, esquivando o liquidando silenciosamente a los guardias que parecían estar esperándonos. Los numerosos contenedores creaban callejones, a menudo sin salida, lo que nos dificultaba la búsqueda, pero, al llegar junto a la grúa que desplazaba los contenedores, vi una rejilla bajo mis pies. Tan solo un rayo de luz iluminaba la improvisada celda del barco en la que retenían a un hombre que rodaba en el suelo. Pude ver que ese que rodaba lenta e inconscientemente por el suelo era Schrödinger: parecía estar comenzando a recobrar el conocimiento.

—Chavales, creo que he encontrado a Schrödinger.

—¿Creo? ¿Cómo puedes creerlo?

—Tú calla y ven aquí —contesté a Hugo.

Ambos vinieron enseguida, localizándome con el dispositivo GPS, gracias al cual conocíamos nuestra posición. Sí, otro invento de Tata. En cuanto llegaron, se apresuraron a mirar por la rejilla para ver a Schrödinger.

—¿Cómo abrimos esto? —preguntó Hugo oteando de un lado a otro, intentando encontrar una manera de abrir la reja.

Miramos detenidamente el cierre: solo podía ser abierto con una llave que, presumiblemente y por experiencia, tendrían los altos cargos de Dimitri. Lo más probable es que quien tuviese esa llave estuviera en la sala de control con Dimitri.

En ese momento, empecé a notar movimiento en el barco, que ya había perdido de vista las costas de Miami. Las voces en cubierta comenzaban a oírse a través de los contenedores. Los soldados de Dimitri sabían que algo extraño estaba pasando a bordo. Sus camaradas no respondían y Dimitri debió de dar la orden de buscar y acabar con lo que fuese que encontrasen, esa amenaza que aún no conocían, pero que Dimitri debía de estar imaginando. Sin

complicaciones.

—Vuélala —ordenó Sergio.

—Nos pillarán.

—Hugo, ya nos han pillado; tú vuela esa cerradura —contestó, sabiendo que el enfrentamiento era inevitable.

Hugo colocó un pequeño, pero potente explosivo, en la cerradura de la reja, la cual abrimos en cuanto la cerradura voló por los aires. Comenzamos a bajar a la oscura sala por una oxidada escalera, a la vez que escuchábamos cómo los hombres de Dimitri se acercaban, evidentemente atraídos por el estruendo de la explosión. Cuando llegamos abajo, Sergio fue directo a por Schrödinger, que seguía en un estado de leve inconsciencia. Mientras tanto, nosotros nos escondimos detrás de unas cajas para tomar posiciones de cara al tiroteo que se nos venía encima.

Los hombres de Dimitri asomaron entonces sus cabezas, al descubrir a Sergio junto a Schrödinger. En unos segundos empezaron a dispararnos unos diez hombres, a los que a cada minuto se les unían otra decena. Sergio comenzó a darnos órdenes, mientras arrastraba a Schrödinger hacia una cobertura segura tras las cajas.

—Hugo, despierta a Schrödinger; Martín y yo te daremos fuego de cobertura a la de tres.

—Uno... dos... ¡y tres! —contamos todos a la vez.

En ese momento, Sergio y yo empezamos a disparar a los guardias de Dimitri, que se precipitaban abatidos desde la cubierta del barco. Unos segundos después, escuchamos un estallido sucedido de un grito de dolor.

—¡Ay!

Miramos hacia atrás y vimos cómo Hugo cargaba con Schrödinger, mientras este ponía su mano en la mejilla.

—¿Se puede saber qué le has hecho? —preguntó Sergio.

—Nada, solo le he dado un toque en la cara.

Schrödinger no parecía de acuerdo.

—¿Un toque? ¡Casi me arrancas las muelas del juicio! —aunque sus primeras palabras no eran muy agradables, nos alegramos de volver a oírle, pero teníamos que pensar cómo salir de ese agujero sin salida en el que habían metido a Schrödinger.

La única manera de salir era la misma que habíanos usado para entrar. Esa roída escalera era nuestro único billete de salida de este infierno, pero no podíamos llegar hasta ella, pues nos fusilarían antes de dar siquiera dos pasos. Con una rápida mirada, Sergio apuntó a un soldado,

que cayó fulminado de un solo tiro.

—¡Cubridme! —exclamó antes de echar a correr hacia el cuerpo del soldado.

No sabía lo que iba a hacer hasta que le vi tirar hacia la cubierta un tubo amarillo. ¡Era una granada aturdidora!

—¡Aturdidora! —grité para que Hugo y Schrödinger cerrasen los ojos y se tapasen los oídos.

Tras un fuerte estallido, se hizo el silencio. No se escuchaban armas, tan solo el distintivo y agudo pitido de la aturdidora. Salimos corriendo hacia la escalera, mientras veía a los soldados caer desde la cubierta tapando sus oídos, a la vez que esbozaban distintos gestos de dolor, intentando dejar de oír ese molesto pitido que les taladraba el cerebro. Cuando el efecto se pasó, nosotros nos habíamos perdido ya entre los contenedores e imaginábamos cómo escapar de aquella trampa flotante.

—¿Que vamos a hacer ahora? No tenemos forma de ir al Triángulo y el yate se ha quedado tirado. Aunque cruzásemos el barco, jamás llegaríamos a nado —dijo Hugo.

Sergio miró hacia atrás.

—Martín, ¿sabes ruso? Porque ya sé cómo vamos a salir de aquí.

Cada día me sorprendía más. Pilotar un Super Puma era una cosa que requería años de experiencia a los mandos de un helicóptero. Los cuales me sobraban, pero, aun así, me sorprendía la seguridad con la que Sergio miraba al Super Puma.

Para llegar hasta el helicóptero, tendríamos que pasar por la sala de control, lo que sería una auténtico escenario de fuego cruzado. De hecho, así fue. Avanzamos a hurtadillas y esquivando a los hombres de Dimitri hasta el puente de mando y, nada más abrir la puerta, empezaron a dispararnos desde todos los ángulos posibles. Nos mantuvimos organizados y a cubierto, tumbando poco a poco a los soldados de Dimitri hasta que llegamos al puente.

Al despejar la sala, pude observar a través de la cristalera cómo los hombres de Dimitri atravesaban la cubierta hacia nosotros.

—Os vais a cagar —dije, dirigiéndome a los mandos de la grúa para golpear con esta los contenedores, que hicieron bailar el barco al caer, lo que provocó el caos en cubierta. De hecho, al tirar los contenedores, algún que otro soldado se encontró desafortunadamente en un punto poco recomendable de cubierta. Vamos, que acabaron como tranchetes bajo los contenedores.

Tras esto, me di la vuelta y subimos la escalera que llevaba hacia el helipuerto, que estaba situado sobre el puente de mando. Rápidamente nos apresuramos en subir al Super Puma. Sergio intentó cerrar y bloquear la pesada puerta que conducía al helipuerto, pero, antes de conseguirlo, una chica entró dando una ágil voltereta. Era aquella morena de ojos azules a lo Lara Croft. Una pena que estuviese en el bando equivocado, aunque no perdía mis esperanzas de apuntarme con ella el tercer tanto de dos mil veinticuatro.

Cumplir ese fugaz deseo iba a ser complicado: la chica parecía de armas tomar, pues al llegar frente a Sergio, rápidamente sacó un cuchillo del tobillo y se lanzó a por él. Sergio no paraba de esquivar sus repetidos y coordinados ataques hasta que, con un sutil movimiento, como está acostumbrado a hacer, golpeó la muñeca de la chica haciendo que soltase el cuchillo. Ella no se rindió y, con hábiles patadas, intentó tumbar a Sergio, que consiguió colocarse a su espalda y agarrarla sin otorgarle posibilidad alguna de movimiento.

Comenzó a arrastrarla hasta el helicóptero. Sabía bien que Sergio sería incapaz de matar a una belleza así, pero esperaba que ella no le obligase a hacerlo. Una aventura así, sin una chica guapa como ella, no tendría tanto sentido. Al llegar junto al helicóptero, la lanzó hacia el interior, donde Hugo se apresuró en amarrarla a uno de los asientos antes de que pudiese levantarse.

Me habría gustado ser yo el que la amarrase, aunque por preferencias me habría gustado aún más que fuese ella la que me amarrase a mí, pero no a un helicóptero... sino a mi cama.

Sin embargo, con un ejército al otro lado de la puerta, la cosa quizá no estaba para ligar. Arranqué los motores y me preparé para despegar, hasta que noté que habíamos olvidado lo primero que hay que hacer para despegar.

—¡Hugo!, ¿no has soldado las amarras?

—¿¡Me lo has dicho!?

—¿¡A estas alturas tengo que decirte lo que hacer!?

—¡Callaos ya! Yo me ocupo de las amarras —dijo Sergio, saltando del helicóptero para, una por una, liberar las ruedas de las amarras metálicas que nos sujetaban.

Cuando liberó las ruedas y, por tanto, al Super Puma, teníamos la intención de esperarle, de verdad, pero ver a un RPG apuntándonos me hizo cambiar algo los planes. Despegué inmediatamente, desplazando el helicóptero hacia la izquierda, lo que evitó por centímetros la tragedia, ya que el misil pasó rozando el rotor de cola del helicóptero. Intenté bajar a por Sergio, pero la puerta de acceso al helipuerto se abrió con una fuerte explosión, que tiró a Sergio al suelo. Los soldados que entraron por la puerta empezaron a dispararle. Rápidamente, Sergio se levantó y echó a correr para saltar a cubierta desde el techo de la sala de control. Antes de llegar al suelo, lanzó el gancho de su antebrazo a un contenedor, balanceándose suavemente hasta la cubierta, a la vez que sacaba su fusil. Incluso antes de poner sus pies en cubierta, ya había comenzado a disparar a los soldados que allí le esperaban, para abatirles y echar a correr.

—¡Nos vemos en la pasarela en treinta segundos; si no he llegado, idos! —exclamó sin parar de correr.

Fijando mi mirada en la corta pasarela que asomaba desde la cubierta, me coloqué bajo la línea de fuego antiaéreo y recorrí el trayecto junto al barco, a escasos metros de las olas atlánticas.

Seguimos escuchando el tiroteo durante unos veinte segundos. Luego, un solo disparo, de esos que solo un Barret genera, lo calmó todo. Solo el motor del helicóptero se escuchaba cuando ascendimos hasta la pasarela, rezando para que Sergio siguiese vivo... pero no vimos a nadie. Los

antiaéreos comenzaban ya a fijarnos y un misil atravesó entonces el helicóptero, entrando y saliendo por las puertas laterales del Super Puma.

—¡Martín, nos van a derribar! —exclamó Hugo.

Teníamos que irnos, pero no podíamos dejar a Sergio allí.

—¿¡Y qué pasa con Sergio!? —pregunté, intentando ganar tiempo y sintiendo sin previo aviso cómo el helicóptero se desestabilizaba. Sergio apareció del cielo, saltando desde el barco y agarrándose al helicóptero.

—¡Vamos, vamos! —gritó, colgando todavía de la puerta del helicóptero, mientras poco a poco se resbalaba.

Hugo le ayudó rápidamente a subir, mientras yo esquivaba los misiles que aún nos lanzaban desde el barco. Volví a volar a escasos centímetros de las olas, reduciendo así la capacidad de fuego de los antiaéreos que, poco a poco, dejaron de acosarnos.

Lo habíamos conseguido, habíamos conseguido penetrar en el barco y sacar a Schrödinger y, además, llevárnosla a ella.

Tras un largo silencio que pareció durar horas, Schrödinger se acercó y le miró fijamente antes de levantar el puño para golpearle en el rostro. Sergio se interpuso rápidamente y detuvo el puño de Schrödinger, cuando ella cerraba los ojos preparándose para el golpe.

—Tócala y te tiro al océano.

—¿Por qué le proteges? ¿Es que no ves para quién trabaja? —preguntó Schrödinger.

—Los soldados prisioneros deben ser bien tratados.

—¿Para conseguir que en el futuro luchen por ti? Puedes olvidarlo —terminó ella la cita de Sergio.

—Vaya, parece que no somos los únicos que han leído El arte de la guerra. —dijo Hugo, sorprendido.

—¿De verdad lo habéis leído? ¿En qué momento pensasteis que tendríais una oportunidad contra Dimitri? ¿No veis que os supera en todo? —preguntó ella.

—En todo no. Por algo le hemos robado a su prisionero y su helicóptero.

—¿Y cuánto crees que tardará en encontraros? Él es más poderoso que vosotros y lo será aún más —dijo ella iniciando un dialogo con Sergio.

—Si utilizas al enemigo para derrotar al enemigo, serás poderoso en cualquier lugar a donde vayas. Te tenemos a ti, así que ya tenemos cierta ventaja.

—Solo debería preocuparte si me suelto...

Sergio sonrió al oírle.

—Ya has perdido una vez contra mí. ¿Qué te hace pensar que vas a ganar si te sueltas?

—Suéltame y te lo mostraré.

—Tienes buena base, pero tus movimientos parecen algo forzados. Aprendiste de un buen maestro, pero esto no es tu pan de cada día. No has interiorizado la pelea, no te mueves de manera natural, sin necesidad de pensar cada uno de tus movimientos. Eso, a gente como nosotros, nos da unos vitales segundos de ventaja.

—¿Quiénes sois? —preguntó, mirando con atención el logo de la Alpha Force en el traje de Sergio.

—Eso no te interesa —contestó Sergio.

—¿Y pretendes que te ayude? ¡Será mejor que me tires al océano! —exclamó ella, despertando la risa de Sergio.

—Si tu oponente tiene un temperamento colérico, intenta irritarlo. Si es arrogante, trata de fomentar su egoísmo. Pero tú no pareces tener ninguna de esas cualidades, aunque insistes en mostrarlas. ¿Por qué?

—Tú no me conoces. Y deja ya las citas de Sun Tzu.

—Sí, parece que se lo ha leído entero —dijo él, mirando a Hugo para aliviar tensiones antes de continuar.

—¿Por qué?, ¿por qué ayudas a Kuznetsov?

—Eso no es de tu incumbencia —respondió ella.

—¿Que no? Creo que lleva siéndolo desde que me intentaste rajar y Hugo te ató.

—¿Y por qué iba a decírtelo?

—Porque tienes razón. No nos conocemos y no lo entiendo, no entiendo por qué harías algo así. Intento comprenderte.

—O sacarme la información que puedas antes de matarme.

—Así que tienes información... —insinuó Sergio, haciéndole el lío a la pobre—. ¿Tan malo te parezco? ¿Te parece que sería capaz de matarte a sangre fría?

—Las apariencias engañan —contestó ella.

—Habitualmente, no. Pero, oye, te parezco bueno ¿Y Dimitri malo? Ciertamente, tiene cara de serlo. ¿Desde cuándo el bueno va rodeado por un ejército? No sé, piénsalo.

—No siempre hay buenos y malos.

—No, pero teniendo en cuenta que él tiene varias órdenes de busca y captura internacionales y que se dedica a lo que se dedica, creo que está claro quién es el malo. Reformularé la pregunta: ¿por qué trabajar para un tipo así?

Ella quiso apartar entonces la mirada de los ojos de Sergio, esos ojos que se clavaban en su alma y que le daban la sensación de conocer todas y cada una de las respuestas a sus preguntas. Odio sus interrogatorios, odio cuando hace eso, me hace sudar hasta a mí.

Ella pensó su respuesta por unos segundos antes de volver a hablar.

—Quizás no sea el mejor hombre del mundo, pero paga bien y yo tengo una hermana a la que mantener ¿Quién de vosotros no habría hecho lo mismo? ¿Sabéis lo que es veros en las frías calles? No siempre se puede elegir para quién se trabaja, a veces solo se trabaja.

Sergio se acercó y la miró fijamente a los ojos, clavando su rodilla derecha frente a ella. Tomando su cuchillo, cortó suavemente las cuerdas que sujetaban las manos de la chica al asiento. La soltó y ella se apresuró en levantarse de un salto sin apartar la vista de Sergio.

—¿Qué haces?

—Lo que habría hecho el abuelo. No es una amenaza, solo una niña buscándose la vida.

—¿Niña? Tendremos casi la misma edad —dijo ella haciendo reír a Sergio.

—Sí, lo cierto es que ahí estaremos. Diría incluso que tú has madurado algo más que nosotros. La calle te hace dura, ¿verdad? —preguntó Sergio.

—No solo la calle; mi padre se encargó de enseñarme a protegerme de hombres como vosotros.

—Lo dudo. Tu padre te enseñaría a protegerte de hombres como Dimitri.

—Me enseñó a no fiarme de nadie.

—Eso también lo enseña la calle.

—La mencionas demasiado ¿Acaso has vivido en ella?

—No, a nosotros nos ha ido algo mejor.

—¡Claro! Y por eso estáis aquí, metiendo las narices en los negocios de los demás.

Se alternaron, acercándose en uno al otro hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros.

—En realidad, el negocio es mío y vosotros me secuestrasteis —intervino Schrödinger.

—¿No será que tú le robaste a tu socio?

—¿Robarle yo?

—Schrödinger, cállate la boca. Tú y yo ya hablaremos de tus asociaciones con criminales de guerra —dijo Sergio, sentando a Schrödinger.

—Entonces, dime. Dimitri ya sé que hace aquí, ¿qué hacéis vosotros?

—Pararle los pies.

—¿Para usar vosotros el poder que busca?

—Lo cierto es que ni siquiera sabemos qué busca, pero gracias. Poder, eso me deja aún más claro que tenemos que detenerle.

Ella soltó un grito de rabia.

—¡Él debería saber perfectamente lo que busca! ¡Sabe incluso más que Dimitri! —gritó señalando a Schrödinger.

—Con él puedo hablar en cualquier momento y, créeme, lo haré. Pero la que me interesa ahora mismo eres tú —dijo Sergio, manteniendo el suspense por unos segundos—. ¿Cómo te llamas? —preguntó

—Laura, Laura Ascanio.

En ese momento, una robótica voz se apoderó del lugar y Sergio sacó su móvil del bolsillo. Ese cabrón estaba grabando la conversación para buscar en la base de datos de la Alpha Force si Laura estaba fichada.

—Laura Ascanio, ningún resultado.

—¿Qué demonios es...?

Sergio levantó entonces el índice, haciéndole callar.

—Posiblemente relacionada con Miguel Ascanio ¿Desea más información? —preguntó la mecánica voz, mostrando en la pantalla del teléfono una foto del tal Miguel.

—Papá... ¿De qué conocíais a mi padre? —preguntó Laura.

—Supongo que podemos decírselo, ¿no, sargento?

—El capitán eres tú, es decisión tuya —respondió Hugo.

—Martín, ¿qué me dices?

—Que ya no le vas a dejar con la intriga y que, total, estamos metidos hasta el cuello en esto —contesté.

Sergio miró entonces por unos segundos a los ojos de Laura.

—No conocimos a tu padre, falleció antes de que nos uniésemos a la Alpha Force. Muy seguramente, sirviese junto al mío. Laura, tu padre, como nosotros, se dedicaba a detener a hombres como Dimitri —le confesó Sergio. —Laura, ¿no te das cuenta? Él habría luchado contra Dimitri, porque sabía cuán peligroso es. Si Dimitri encuentra lo que busca, quizás tu hermana no volverá a ver la luz del día ¿Es eso lo que quieres? Solo quiere timarte con sus promesas de un mañana que él mismo oscurecerá. Es a lo que se dedica, vive de la guerra.

—No, mi padre era militar.

—Y nosotros, pero en nuestros ratos libres también nos gusta tocarles las narices a tipos así —aseguró Sergio.

—¿Por qué se supone que he de creeros?

—Porque reconociste este símbolo —dijo Sergio, señalando la «A» de la Alpha Force que lucíamos en el hombro derecho. —No sabes dónde, pero lo viste. Tu padre lo dejaría ver en un descuido —continuó él sin que Laura pudiese responder—. Mira, Laura, deberías tener claro en qué bando luchar. Si es por dinero, te aseguro que Dimitri no es el único dispuesto a pagar por tus servicios, pero haz lo que quieras. Haz lo que creas que tu padre habría hecho. Si sirvió en la Alpha Force es porque fue un gran hombre.

Diciendo esto, Sergio se sentó junto a mí en el helicóptero y ella, lentamente, hizo lo mismo en una de las esquinas de la cabina. Estaba cabizbaja y pensativa, con la cabeza metida entre las rodillas y los brazos cruzados frente a ella.

—¿Y qué hacemos contigo? ¿Vas a explicarnos que busca Dimitri? —preguntó Hugo, sentándose junto a Schrödinger.

—Déjalo, busque lo que busque, acabaremos en el mismo sitio. Ya nos lo contará —dijo Sergio, con la intención de mantener un incómodo silencio en el helicóptero. Un silencio que esperaba se metiese en la mente de Laura.

Mente con la que él había jugado. Se lo dijo: «Si utilizas al enemigo para derrotar el enemigo, serás poderoso en cualquier lugar a donde vayas». No sabíamos a dónde íbamos y necesitábamos una ventaja. Laura iba a ser esa ventaja.

Tras algo más de tres horas volando sobre el vasto océano, empecé a notar algo raro en el helicóptero. Los sistemas comenzaron a fallar, a volverse locos y, de repente, sin previo aviso, todo volvió a la normalidad.

—Chicos ¿esas islas estaban ahí antes? —pregunté al ver un archipiélago a unos cuantos kilómetros, que había aparecido como de la nada.

Algo chocó entonces contra el helicóptero, desplazándonos un par de metros en el aire: era un

monstruo gigantesco, cuyas patas destrozaron y arrancaron la cola del helicóptero. Con sus dos alas, nos movía a su antojo. Empezamos a dispararle, pero las balas solo le hacían pequeños rasguños. En ese momento, asomó su enorme cabeza, sobre la que lucía dos enormes cuernos y cuatro ojos, aparte de numerosos y afilados dientes que mostró sin pudor. Al vernos, comenzó a gruñir y a dar bocados al helicóptero.

Aprovechando uno de sus continuos gruñidos, Sergio le tiró una granada que Laura llevaba en el cinturón y que aquel extraño ser se tragó como si de un caramelo se tratase. Al explotar la granada en su estómago, la bestia soltó el helicóptero para más tarde comenzar a sangrar hasta caer fulminada sobre las aguas. Pero la pérdida del rotor de cola o, simplemente de la cola, nos dejó en una rotación incontrolada, a la vez que caíamos desde el cielo.

—Mayday, Mayday! ¿¡Por qué me molesto, si no nos va a escuchar ni Dios!? ¡Agarraos! —exclamé antes de que impactásemos violentamente contra una de las playas del archipiélago.

Un tiempo después, despertamos en la cálida playa de una isla con grandes plantas y vivos colores, que casi simulaban una selva amazónica de apariencia mucho más peligrosa, ya que, en el centro de la isla, rodeado por una espesa y oscura selva, lucía un alto volcán.

Vi a Sergio levantarse totalmente cubierto de arena y algo conmocionado por el golpe.

—¿Todos bien? —preguntó

Hugo apareció bajo una de las chapas del destruido helicóptero. Schrödinger, aunque vivo, seguía inconsciente y Laura salió del interior del helicóptero, algo más magullada que el resto.

—Martín, ¿qué hora es? —me preguntó Sergio, acercándose a Laura para ayudarle con sus heridas.

—Las doce y cuarto, del martes.

—Es decir: Hemos estado inconscientes durante unas dieciséis horas —puntualizo Hugo.

—Sí, y calculando la distancia a la que estamos de Miami y la velocidad de crucero del barco de Dimitri, puedo decir que llegarán aquí en unas dos horas. —Sergio comenzó a frotarse suavemente la nariz con el pulgar y el índice, denotando un estado pensativo.

—Bien, hemos perdido mucho tiempo y esa gente tendrá vehículos a motor, si no me equivoco —dijo mirando a Laura, que se lo pensó durante unos segundos.

—Jeeps militares de última generación armados hasta los dientes, lo mejor sería salir de aquí antes de que lleguen.

—Entonces no hay tiempo que perder ¡Schrödinger! ¿Dónde estamos? —pregunto Sergio.

Schrödinger, que poco a poco iba despertando, se puso en pie, mirando el vasto océano y las olas romper frente a él. Se dio la vuelta y, aun con una risa malévola en el rostro, respondió:

—Hemos llegado. Debemos encontrar el meteoro.

—¿Cómo? ¿No buscáis al dragón?

Schrödinger miró a Laura con curiosidad.

—Los dragones que los antiguos crearon con el meteoro... ¿no es eso lo que buscáis?

—¿Dragones? ¿Meteoros? Schrödinger, ¿de qué va esto? —pregunté alarmado.

Capítulo VII

Un yate abandonado y un barco militar

(Miami, aeropuerto internacional,

martes 2 de enero, 10:30)

Jaime García

Cuando llegué a Miami, mi amigo me estaba esperando sentado en su coche mientras se enfundaba en una anticuada chaqueta de cuero de los ochenta, tratando de ocultar sus marrones ojos y parte de su puntiaguda nariz bajo unas exageradamente grandes gafas de sol. Creo que me quedaría corto al decir que parecía sacado de una película de los 80.

—¡Jaime! Bienvenido a Miami —dijo, apresurándose en abrirme la puerta.

—Charles, sabía que podía contar contigo —repliqué, dándole un abrazo antes de montarme en el coche.

Nada más subirme y antes incluso de que rodasen las ruedas, él empezó a hacer preguntas. Siempre fue muy curioso.

—¿Para qué querías el barco? Me cogiste de improvisto cuando me llamaste.

Era un viejo amigo y de confianza, así que se lo conté todo.

—Verás, Sergio vino ayer aquí y se embarcó, creo, rumbo al Triángulo de las Bermudas para buscar algo, de seguro, peligroso. Además, no es que ese sea lugar para ir sin ayuda...

—Espera, ¿se ha ido solo?

—Bueno va con Hugo y Martín, pero nada como un padre, ¿no?

Durante un momento, pude ver que no le convenció mi explicación

—A ver, vuelve a contarme eso desde el principio.

Suspirando, volví a explicarle todo lo que sabía, aunque siguió intentando sacarme información que, por otra parte, no tenía. Llegamos al puerto y, una vez allí, pudo seguir preguntando mientras me llevaba hasta el barco.

—Espero que te guste, es un Monterey 278 ss. Me tomé la libertad de instalar un arpón fijo justo

delante y dos más en los laterales, la reserva de armas sigue en el mismo sitio. Suponiendo que querrías algo bueno, te he dejado algunas sorpresitas...

—Espero no tener que usarlas, pero gracias, Charles —respondí.

Me dispuse a zarpar cuando de nuevo volvió a lanzar una de sus preguntas.

—¿Cómo sabes cuál es el barco que buscas y el punto exacto al que han ido? Deberías revisar el registro antes de salir.

Tenía razón: ¿cómo podía haber pasado por alto algo así? Algo avergonzado, bajé del barco y fui al registro marítimo junto a él.

Basándome en mi instinto, comencé a buscar las huellas de grandes barcos, capaces de cargar un gran arsenal, pues quien quiera que estuviera detrás de esto conocería perfectamente a qué se enfrentaba y estaría preparado. Aun así, era imposible saber en qué barco había embarcado Sergio. Comenzaba a impacientarme, el tiempo se agotaba y Sergio estaría cada vez más lejos. Vi entonces una página en el suelo. Era de un informe que alguien había roto. Habían tratado de cubrir sus huellas. Cuando leí la página, mis sospechas se confirmaron: era un transatlántico con carga militar, cuya ruta atravesaba las Bermudas.

Corrí hacia el barco y subí a bordo tras ponerme mi traje. Arranqué los motores y me dispuse a surcar los mares hasta el Triángulo de las Bermudas... o a donde fuese que esos cabrones hubieran ido, porque no es que sea un área pequeña.

—¿No quieres que vaya contigo? Será peligroso y lo sabes —preguntó Charles.

—Precisamente, porque es peligroso no quiero que vengas conmigo. Esto es cosa mía, pero gracias —dije despidiéndome de Charles y acelerando para abandonar el puerto y empezar a alejarme de la costa.

A los pocos minutos en el mar, divisé a babor un pequeño yate flotando a la deriva y decidí virar para inspeccionarlo. Cuando llegué a su lado, abordé el yate de un salto. Además de ser lujosa, la embarcación contaba con un motor muy potente. No creo que nadie la hubiese abandonado y, mucho menos, que hubiera llegado sola hasta aquí. Miré bien por si encontraba algo que la relacionara con Sergio. No pude ver nada, así que me di la vuelta dispuesto a volver a mi embarcación. Entonces, vi en uno de los asientos del yate un dibujo tallado: ¡era nuestro emblema! Un águila que sostenía una katana sobre un lobo que aullaba a la luz de la Luna. Era como si Sergio estuviese dejándome pistas... ¿Qué coño? Seguro que esto era cosa de cosa de Hugo, que es el único con algo de sentido común. Supe que iba bien encaminado. Ahora solo tenía que volver a mi barco y tomar el rumbo correcto.

Puse rumbo hacia el Triángulo, sin saber ciertamente lo que me esperaba ni a dónde iba.

Capítulo VII

El mundo perdido

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

martes 2 de enero, 12:13)

Sergio García

Cuando vi la cara de Schrödinger al escuchar la historia que Laura nos contó, supe que nos enfrentábamos a fuerzas muy superiores a las nuestras. En cuanto por fin asimilé lo que Dimitri buscaba, separé a Schrödinger del resto para poder hablar a solas con él.

—¡Me hablaste de un puto cuaderno, no de meteoros ni bestias apocalípticas! —exclamé agarrándole por la pechera.

—Te lo habría explicado si no me hubieran secuestrado.

Dándome la vuelta, pasé ambas manos por mi cabellera, sabiendo que no estábamos preparados para enfrentar a aquello que encontraríamos.

—¿Dónde está el bicho? ¿Dónde está la piedra? Y, sobre todo, ¿cómo podemos cargárnoslo? —le pregunté visiblemente preocupado.

—Hombre, muerto ya está; la cosa es que no lo resuciten.

—¡Schrödinger! —grité desesperado.

—¡Vale! Como ya sabrás por lo que acaba de contaros Laura, el dragón está oculto en algún lugar del archipiélago. Pero eso no me interesa, yo quiero el meteoro ¿Sabes las aplicaciones científicas que tiene? —preguntó.

—¿Y cómo vamos a encontrarlo?

Schrödinger apartó la mirada intentando evitar decirme lo que venía.

—¡Nos has traído al infierno! Así que ahora dime cómo salir —grité.

—Por lo que he podido traducir del cuaderno, se supone que el camino al meteoro será iluminado por los cristales de los cuatro elementos, una vez los activemos. Los cristales fueron creados por los chamanes del pueblo y deben activarse desde los templos de los elementos que, aparentemente, están guardados por los cuatro dragones.

Mientras intentaba no matar a Schrödinger, volví junto al resto, que seguían prestando atención a Laura.

—Dimitri fue el que dijo que el dragón fue encerrado para que un hombre con poder sin igual le domase. El cree ser ese hombre.

Schrödinger la miró con cara de desconfianza.

—No sé qué hacemos contigo aquí. No podemos confiar en ti. Volverás a pegarme un tiro en cuanto tengas oportunidad.

—Te recuerdo que el que le voló el pecho con una recortada a mi jefe fuiste tú. ¿Qué querías? ¿Que dejara que me hicieras lo mismo?

—¡Ibais a matarme! —exclamó Schrödinger indignado y obligándome a separarlos.

—¡Ya vale! Ahora lo único que importa es que Dimitri no encuentre la piedra y, sobre todo, que no traiga de vuelta al dragón.

—Emplubik.

Cuando Schrödinger pronunció ese nombre, el volcán que se alzaba en el centro de la isla empezó a temblar y, tras él, toda la tierra. En ese momento, nos callamos todos durante unos segundos.

—¿Qué has dicho? —pregunté a Schrödinger.

—Que el dragón tiene nombre. En el cuaderno se refieren a él como Emplubik.

La tierra volvió entonces a temblar.

—Vaya casualidad, justo cuando mencionas a Emplubik...

El volcán volvió a temblar con las palabras de Martín,

—Vale, no es casualidad; allí arriba ahí algo que no quiere que mencionemos a...

Todos fuimos hacia él y le tapamos la boca.

—¡No vuelvas a decirlo! A partir de ahora diremos... No sé, ya se nos ocurrirá algo.

Hugo se sentó en la orilla, donde las olas empapaban suavemente la fina y blanca arena de aquella isla inexplorada.

—Así que esa es la razón de tantas desapariciones: dragones y monstruos gigantescos capaces de devorar aviones y barcos.

En ese momento miramos todos a Schrödinger.

—La verdad, ahora que estamos aquí, todo encaja.

—Pues empieza a contarnos, porque no vamos a dar un paso más sin saber a qué nos enfrentamos —dije.

Tras esto, Schrödinger se sentó junto a Hugo y comenzó a contarnos.

—Al llegar aquí habréis notado que los instrumentos del helicóptero dejaron de funcionar por un momento. Pues bien, esto se debe al campo electromagnético emitido por el meteoro, que bloquea las señales y transmisiones en ambas direcciones y, además, crea también un escudo visual que no permite que las islas sean vistas sin entrar en esta cúpula electromagnética.

—Es decir, que estamos aislados. Nadie puede emitir una señal que atraviese la cúpula y tampoco pueden vernos. Estamos solos en esta mierda.

Comencé a notar que Martín estaba un poco nervioso y es que no era para menos.

—Exactamente, Martín —dijo Schrödinger antes de continuar—. Muchos aviones y barcos transmitieron por última vez justo antes de entrar en el Triángulo. Al atravesar la cúpula, no hay manera de pedir ayuda.

Schrödinger se levantó y se acercó al helicóptero, que yacía inútil en el suelo. Sentándose sobre los restos de este, comenzó a enumerar.

—1840. El HMS Rosalie, con dirección a La Habana, fue hallado sin tripulación, nadie sabe qué le pasó. En 1917, el SS Timandra, que transportaba carbón a Buenos Aires con una tripulación de veintiuna personas, desaparece dándose por hundido. No emitió ninguna señal, a pesar de estar capacitado para ello. Dos años después, se hunde el carguero Cyclops, con 308 hombres a bordo. Se atribuye el hundimiento a un huracán.

Tras una breve pausa, Schrödinger retomó su cronología.

—Octubre de 1925, el SS Cotopaxi transmite que el clima es tranquilo y las condiciones favorables. Se hundió sin transmitir señal alguna de auxilio, aunque algunos dicen que el capitán Meyers, al mando del barco, consiguió informar de que el navío se escoraba y la bodega se llenaba de agua. Se hundió con el mar en calma y jamás fue encontrado.

Schrödinger volvió a levantarse para caminar con la cabeza agachada hacia el extenso mar.

—En 1926, otro huracán hunde un navío en segundos: fue el SS Suducurfo. Un capitán que salió en búsqueda del barco definió el clima como el peor de su vida. En 1945, cinco aviones militares estadounidenses TBM Avenger desaparecen sin dar señal de auxilio; simplemente se esfumaron. En el 48, otro barco se hunde. Su última señal se emite en las coordenadas 41º48’ N 24º O, fuera del Triángulo, solo transmite que todo va bien antes de llegar al mismo. Ese mismo año desaparecen dos aviones con un total de 59 pasajeros, el Tudor IV Star Tiger y el DC-3 NC16002. Al año siguiente, desaparece el hermano gemelo del Tudor, el Tudor IV Star Ariel. En 1950, un avión Globemaster de la Fuerza Aérea norteamericana desaparece. Ese mismo año el SS Sandra, de 350 pies, se hunde en condiciones desconocidas. En 1952, un avión de pasajeros

British York con 33 personas a bordo desaparece. Dos años más tarde, otro avión de la Armada estadounidense, el Lockheed Constellation, desaparece con 42 pasajeros. Otra avioneta de diez pasajeros desapareció también en el 56...

—¿La lista es muy larga? Lo digo porque tenemos a un ejército pisándonos los talones —dije cuando ya lo teníamos todo preparado.

Schrödinger, sin embargo, respiró hondo y prosiguió.

—En 1962 desaparece un KB-50 Tanker de la Fuerza Aérea estadounidense, que perdió también un YC-122 en el 67. Y aquí viene mi favorita: dos barcos alemanes, el Anita y su barco gemelo, el Norse Variant, ambos de veinte mil toneladas de peso y con una tripulación de 32 hombres, se hunden en una tormenta. El único superviviente del hundimiento informó de que el barco había sido engullido en segundos por un enorme huracán que había aparecido de la nada y que grandes olas llegaron a quebrar el casco, hundiendo el barco en minutos. En el 80, se hunde el SS Poet en iguales circunstancias y en el 95 cae el Jamanic K, con el mar totalmente en calma. Cuatro años después, el Genesis, con una carga de 465 toneladas, se hunde en las aguas del Triángulo informando de un problema en la bomba de achique justo antes de perder el contacto; se buscó el barco en un área de 85.000 kilómetros cuadrados. Ni rastro.

Entonces se hizo el silencio.

—¡Joder, menos mal que ha acabado! —dijo Martín.

—Esos solo son los casos más extraños; después, hay cientos de hundimientos de pequeños barcos en condiciones inexplicables —sentenció Schrödinger.

—Será mejor que nos movamos, no me gusta estar tanto tiempo quieto, somos una presa fácil —dije mientras me alejaba de la playa, aburrido por la charla de Schrödinger.

Cuando por fin atravesamos la playa y llegamos a la entrada de aquella inmensa jungla inexplorada, me giré.

—Vale, Schrödinger, tú sabes dónde ir; guíanos.

A mis espaldas se escuchaban extraños ruidos procedentes de la densa oscuridad de la jungla. Schrödinger se acercó a mí y puso su mano en mi hombro.

—No deberíamos haber venido, pero, ya que estamos aquí, la única manera de salir está allí arriba, en el templo del fuego —dijo Schrödinger mientras señalaba el volcán.

Empezamos a atravesar la selva en dirección al volcán, donde según Schrödinger estaba el templo del fuego. A medida que atravesábamos la selva y, por tanto, la isla, podíamos ver cómo unos gigantescos ojos se dejaban entrever entre las hojas de las verdes plantas del bosque y cómo muchos animales, insectos gigantes y demás anomalías de la naturaleza, nos rodeaban, casi intentando tendernos una emboscada. Nos empezamos a poner nerviosos. En la inmensidad de la

selva no estábamos seguros y la densidad floral de la misma suponía un claro hándicap que jugaba en nuestra contra.

Hugo, Martín y yo rodeábamos a Schrödinger y a Laura, a la espera de un ataque que no llegaba, pero que temíamos más a cada segundo que se demoraba,

Cuando estábamos totalmente adentrados en la selva, comenzamos a oír unas patas que chirriaban contra la madera de los árboles, que a su vez crujían casi intentando avisarnos. Sacamos los fusiles y nos apiñamos pegando nuestras espaldas. En ese momento, vi a Laura desarmada, sin ningún tipo de protección.

—Laura —dije casi susurrando.

Al mirarme, pude notar el miedo en sus ojos. Levantando la pierna, lancé al aire la pistola de mi tobillo que ella cogió si dudar.

—¿¡Le vas a dar un arma!? —exclamó Schrödinger en voz baja.

—No hagas que me arrepienta —dije ignorándole.

No sé por qué, pero me fiaba de ella a pesar de que los demás no lo hacían. Podía ver en sus ojos algo especial. Supe que lo de su padre le había calado y, a decir verdad, yo sentía algo de curiosidad.

—¡Hostia! —Escuché gritar a Martín tras unos segundos de calma.

Miré hacia arriba y vi un ciempiés gigantesco que colgaba de la rama de uno de los árboles. Sin pensarlo, Martín vació medio cargador en su enorme cabeza para asegurarse de dejarle bien muerto.

Al caer este al suelo, vimos como desprendía un viscoso líquido verde desde el interior de su cráneo. El ruido entonces se intensificó y las ramas comenzaron a moverse violentamente. En ese momento, empezaron a saltar más de una docena de aquellos engendros: venían a por nosotros. Las balas volaban en todas direcciones mientras ellos caían. Muchos llegaron hasta nosotros, pero duraban poco al probar el acero de nuestros cuchillos. Cuando vimos cómo los pocos que quedaron vivos, pero heridos, se retiraban, dejamos de disparar. Cuando creíamos que todo había pasado, vimos cómo una cabeza gigantesca que movía las hojas de un lado a otro asomaba entre las mismas, mientras se levantaba abriendo sus gigantescas fauces. Hugo se plantó frente a ella, apretando fuertemente los puños. El ciempiés paró frente a él, levantándose este por completo, rozando casi los tres metros de altura. Ambos se miraron fijamente hasta que el enorme monstruo se lanzó sobre Hugo, abriendo la boca con un agudo chillido. Hugo ni siquiera se movió, simplemente levantó el puño y golpeó al ciempiés en la parte alta de la cabeza, dejándolo así postrado ante sus pies para aplastarle el cráneo de un violento pisotón.

Cuando se aseguró de que estaba muerto, arrancó uno de sus largos colmillos y, usándolo para despejar el camino, se dio la vuelta y comenzó a atravesar la jungla en dirección al volcán, que ahora se encontraba en total silencio.

—Así hacemos las cosas en mi pueblo —dijo con semblante serio.

Capítulo IX

La montaña de fuego

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

martes 2 de enero 18:00)

Sergio García

Seguimos atravesando la jungla durante horas hasta llegar a un pequeño claro a los pies del volcán. Al salir de la jungla, pudimos ver el enorme y puntiagudo volcán que se levantaba majestuoso frente a nosotros. A sus pies identificamos un pueblo que se encontraba en ruinas. El paso del tiempo hizo mella en ese antiguo poblado de indígenas que, como un imán, atrajo nuestra curiosidad. Entramos en el pueblo, y perdidos entre sus calles, comenzamos a atravesarlo en dirección a la ladera del volcán. En las grandes construcciones del pueblo pudimos ver unas extrañas letras que parecían ser una fusión primitiva de distintas tipografías. Algunas letras se asemejaban a las antiguas griegas, latinas, chinas, japonesas e incluso rusas. Todas ellas formaban un dialecto incomprensible a mis ojos.

—Schrödinger, ¿sabes leer esto? —pregunté mirando unas letras rojas que parecían escritas con sangre en uno de los muros de la polis.

Schrödinger se acercó a las enormes letras rojas que lucían en una amplia construcción que daba la impresión de ser una especie de ayuntamiento. Él las miró y analizó detenidamente con su cuaderno en las manos.

—«Alejaos, curiosos, pues aquí yace el dragón del elemento del volcán, quien un día nos hizo sufrir inundando en llamas nuestro mundo. Aquí yace, Ichak».

Un descomunal silencio se apoderó entonces de nosotros. Miré hacia arriba y vi cómo la luz del Sol comenzaba a dar paso a las estrellas, que poco a poco se apoderaban del oscuro cielo. Solo había algo de lo que realmente estuviera seguro en ese momento: no iba a dormir con Ichak sobre mi cabeza.

—Esto tuvo que escribirse como advertencia, tras la rebelión de los dragones —dijo Schrödinger a la vez que retrasaba su posición.

—No sé vosotros, pero yo voy a subir allí arriba —aseguré.

Martín y Hugo dieron un paso adelante y, sin que nadie lo esperara, Laura también lo dio.

—Estoy con vosotros. Después de ver esto, tenéis razón. Nadie debe encontrar a Emplu... Bueno,

ya sabéis.

—¡No! —gritó Schrödinger, alejándose de los demás.

—¿Sabes qué? Que Dimitri encuentre al dragón. Jamás lo hará, ni él ni nosotros ¡Escapemos de aquí cuanto antes!

Yo me acerqué a él; estaba muy preocupado.

—David, te he visto de hacer cosas que pocas personas serían capaces de llevar a cabo. Un dragón de cinco metros no va a hacer que te escondas tras tus libros. El único que haría eso será mi padre si se enterase de que después de traernos aquí, decides abandonarnos.

Sin dudarlo un segundo, Schrödinger me apartó de su camino, se dirigió hacia el volcán y comenzó a escalarlo.

—Pero, ¿dónde vas, tarado? Espera que nos pongamos los equipos ¡Que solo falta que te caigas! —exclamó Martín.

—¡Me lo ponéis arriba! Es mejor subirme aquí sin cuerda y enfrentarme a puño descubierto con lo que quiera que encuentre ahí arriba que enfrentarme a Jaime y que me mate con una aguja —aseguró Schrödinger mientras seguía escalando.

—¿A qué se debe este repentino cambio de actitud? Parecía contento de estar aquí.

—Hasta que se ha dado cuenta de dónde se ha metido —contesté a Hugo.

—¿No pretendía venir aquí cuando habló contigo?

—¿Schrödinger? Simplemente iba a mandarnos a nosotros, mientras él se sentaba a salvo en su sofá —aseguré.

Una vez tuvimos puestos los equipos, Martín se acercó a mí.

—Se ha tragado lo de Jaime —dijo en voz baja.

—No estaba mintiendo —confesé.

Empezamos entonces a reírnos. Cosa que acabó en cuanto oímos un extraño estruendo metálico y recordamos que el tiempo corría en nuestra contra.

A los cinco minutos de escalada, una fuerte lluvia comenzó a precipitarse sobre nosotros. Aguantamos bastante tiempo bajo las frías gotas, pero nos vimos obligados a parar en una cueva excavada en la pared del volcán

—Quedaos aquí, yo subiré a ver lo que hay ahí arriba.

—No voy a dejar que subas tú solo —replicó Martín.

—En estas circunstancias, escalar la montaña es aún más peligroso; si subimos todos juntos, nos exponemos a acabar aplastados por una roca o, simplemente, estampados contra el suelo. Sabes que es la única manera, Martín.

—¿Tú estás mal? —preguntó mientras yo me preparaba para escalar.

—Cuida bien de ellos.

Miré hacia arriba y, de un salto, me enganché a la ladera del volcán para comenzar a escalar.

—¡¡Me harás caso alguna vez!?

—¿Para qué preguntas si ya sabes que no? —preguntó Hugo.

Tras horas de escalada, comencé a notar cómo la respiración se hacía imposible. Utilizando mi último aliento, agarré un pequeño saliente y me impulsé hacia arriba. Al ascender, noté que el hueco por el que había subido era parte de un camino que caía sobre el pueblo. Al darme la vuelta, vi que era una vía de tren. ¡No podía creer lo que estaba viendo! Seguí la vía, que me llevó a una cueva en la que había un pequeño vagón. Me subí a él y le quité el seguro, esperando que funcionase. Hubo suerte, funcionó. El vagón salió disparado escalando el volcán, siendo arrastrado por una cuerda que se plegaba rápidamente. El vagón se introdujo entonces en el interior del volcán, dejándome caer en una cálida cavidad. Quedé un poco traspuesto por el golpe, pero finalmente conseguí levantarme... algo mareado.

Aún algo aturdido, miré el suelo que había bajo mis pies. Era una gruesa capa de piedra volcánica que evitaba que la lava subiera a la superficie. Al mirar hacia arriba, vi un saliente. Disparé el gancho del traje que se enganchó a la primera. Salí corriendo hacia la pared y, a la vez que salté, recogí el gancho para poder elevarme en el aire. Me agarré al saliente y empecé a escalar la empinada pared interior del volcán.

Cuando escalé la chimenea para abandonar el volcán a través del cráter, vi un panteón casi en ruinas con un aro gigante que contenía un cristal rojo. Miré a su alrededor y vi unos trozos de madera que formaban una especie de hoguera. Casi instintivamente, saqué de mi cinturón el antiguo zipo de mi bisabuelo. Cuando iba a encender la hoguera, que por suerte quedaba protegida de la lluvia por el panteón, el suelo empezó a temblar y del volcán emergió una ola de lava que, al diluirse, mostró a un enorme dragón: Ichak. Encendí rápidamente la hoguera y, con una voltereta, salí del panteón.

Miré al dragón y luego empecé a oír las balas que rozaban mi cabeza. Me di la vuelta y vi a Dimitri con un soldado a su lado, ambos seguidos por su ejército.

Eché mano a mi fusil y empecé a disparar mientras me escondía tras Ichak, ya que era la única cobertura posible. Tras un tiempo disparando a los soldados de Dimitri, empecé a pensar que Ichak sabía que estaba ahí y que con un rápido pisotón podría deshacerse de mí. Sin embargo, por alguna extraña razón decidió ignorar mi presencia, seguramente viendo que juntos enfrentábamos al ejército de Dimitri. De algún modo, entendió que yo era un mal menor para él. Se centraba más en los soldados de Dimitri, a los que disparó una enorme ola de lava desde sus fauces, la cual arrastró a muchos de ellos, haciéndolos caer por la ladera del volcán.

Dimitri se apartaba casi previendo nuestros movimientos, acompañado por un joven hombre que tomó el liderazgo del ejército que nos acribillaba. Cada vez venían más soldados, a cada segundo sus fuerzas se multiplicaban.

—Te avisamos de que nos necesitarías —dijeron Martín y Hugo al aparecer a mi lado, mientras disparaban a los hombres de Dimitri.

—Y yo que os quedaseis abajo ¿Dónde están Schrödinger y Laura?

—Escondidos ahí detrás. No vimos conveniente que los encontraran —contestó Hugo.

Entonces, noté una mano en mi hombro y al darme la vuelta, pude ver a Laura junto a mí.

—Dadme un fusil y cubriré a Schrödinger desde aquí, mientras activa el cristal.

Martín la vio y no se lo creía. No es que yo le ignorase, es que nadie le hacía ni puto caso. Pero, ya que estaban allí, teníamos que hacerlo.

Empezamos a disparar para cubrir a Schrödinger. Los soldados de Dimitri se acercaban mientras tanto a nosotros, imparables, liderados por aquel hombre que, vestido con uniforme blanco, destacaba entre el resto de soldados.

Un haz de luz atravesó entonces el improvisado campo de batalla. Ichak se dio la vuelta y, al ver que el rayo salía del cristal del panteón, destrozó el mismo intentando evitar que activásemos el cristal... pero era tarde. Un fuerte temblor azotó el volcán, lo que tiró a varios soldados de Dimitri hacia la ardiente lava. Ichak se volvió completamente loco tras ese temblor. Laura y Hugo fueron a ayudar a Schrödinger, que se encontraba traspuesto tras el destructivo golpe de Ichak. Martín y yo seguimos disparando a los soldados de Dimitri, que nos ganaban terreno.

En ese momento, un RPG pasó junto a nosotros. El segundo misil impactó directamente en el pecho de Ichak, que cayó por la ladera del volcán, arrastrándonos inevitablemente.

Capítulo X

De perdidos a secuestrados

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

miércoles 3 de enero, 10:12).

Sergio García

Martín me levantó a la mañana siguiente. Nos habíamos quedado inconscientes tras caer por la ladera del volcán. Cuando me puse en pie, me giré y choqué con algo bastante grande: Ichak. Seguía allí tirado, dormido. Lo rodeé y me puse frente a su cabeza. Podía ver perfectamente el impacto del RPG en su chamuscado pecho. Le miré a los ojos, ojos que mantenía cerrados. En ese momento, más que un monstruo, Ichak me pareció un prodigio de la naturaleza. Pude tocar su cabeza y notar su fuerte respiración. El gigantesco dragón rojo, de enormes alas y temibles garras y dentadura, yacía frente a mí, tranquilo, dormido. Justo en ese momento, cuando miraba fijamente sus grandes ojos, sus párpados se plegaron y sus enormes ojos negros se clavaron en mí. Inevitablemente, obedecí a mi instinto de huir y di un par de pasos atrás.

Ichak se puso en pie, mostrando sus casi cinco metros de altura. Nos miró a ambos y, para nuestra sorpresa, comenzó a rugir casi intentando comunicarse con nosotros. No entendimos nada y él parecía darse cuenta de ello. Paró y volvió a comenzar, hablando esta vez en latín, lengua de la cual conocía bastante poco, ya que siempre fui más de ciencias. Conseguí comunicarme como pude con él, intenté decirle de dónde veníamos, pero parecía estar liándolo todo aún más.

—A ver. Nosotros españoles, español. Spines ¿Entiendes? English maybe? —intervino Martín, a quien Ichak miró con atención.

—Sabíamos que algún día vendríais a buscarlo, pero no entendéis nada, no tenéis ni idea.

Martín y yo dimos un salto de sorpresa quedándonos simplemente sin palabras.

—¿Seguimos soñando o nos hemos dado un fuerte golpe en la cabeza?

—¿Y soñamos lo mismo?

—¿¡Te parecería más raro que encontrar a un dragón parlante y que encima nos hable en español!? —exclamó Martín.

—¿No es eso lo que esperabas? —preguntó Ichak.

—Para ser sincero, esperaba que nos devorases —contestó Martín.

—Aún puedo hacer eso.

—A ver, a ver, que nos vamos del tema. Nosotros no buscamos nada, intentamos evitar que lo encuentren, supongo que al igual que tú. No podemos dejar que Dimitri halle a Emplubik.

—¡Jamás pronuncies ese nombre ante mí! —gruñó Ichak, enfadado. —Él no es más que producto del poder que realmente buscáis, el que yo protejo —continuó Ichak antes de que Martín se adelantase valientemente ante sus gruñidos.

—¿Qué se supone íbamos a buscar?

—La piedra —contestó Ichak.

—La piedra no era más que un mapa para llegar hasta aquí, ¿no? —preguntó Martín.

—¿No tenéis ni idea de para qué sirve?

Ambos negamos con la cabeza y entonces Ichak se agachó, enseñándonos sus afilados dientes y comenzó a explicarnos.

—El día que el meteoro llegó a nuestro planeta, se desintegró en partes iguales al entrar en la atmósfera. Roma, China, Egipto... las grandes civilizaciones de la historia se levantaron gracias a pedazos de ese meteoro. No tenéis ni idea de para qué sirve la piedra. Os lo explicaré: es un dispositivo capaz de mantener la comunicación entre sí e intercambiar datos en el vacío del universo, manipular códigos genéticos, forjar armas temibles... En ese meteoro se contiene todo el conocimiento de una civilización en las estrellas.

—Perfecto, solo una preguntita de nada, sin importancia: ¿cómo cojones eres capaz de hablar? —preguntó Martín.

—Manipulación genética. Eso, y que todos los idiomas de vuestras civilizaciones derivan de aquel que el meteoro nos enseñó.

Me quedé sin palabras. Schrödinger y Dimitri no tenían ni idea de lo que iban a encontrar. O quizás sí la tenían y simplemente se lo callaban.

Viendo que Martín y yo estábamos aún intentando asimilar lo ocurrido y sabiendo que no tenía un segundo que perder, Ichak levantó la mirada al cielo.

—Si él regresa a la vida, no volverá a caer en la trampa y no habrá forma de detenerlo.

—Luchamos por lo mismo: que Dimitri no encuentre lo que busca. Pero nos haces falta para eso.

Ichak levantó las alas y echó a volar, levantando la tierra bajo nuestros pies hasta que, elevándose, desapareció entre las nubes del cielo azul.

—¿Y ahora qué? —preguntó Martín.

Yo miré de un lado a otro, encontrando únicamente jungla.

—Por allí.

—¿Por qué por allí? —preguntó Martín.

—Vale, ¿por dónde entonces?

—No, si yo era por saber por qué por allí.

—¡Por instinto! ¿¡Te vale!? ¡Anda y tira ya! —exclamé empujándole desde el cuello.

Empezamos a andar sin parar, volviendo a travesar la jungla con la esperanza de encontrar a Hugo, Laura y Schrödinger. Después de media hora andando, vimos entre las plantas a unos hombres que se movían rápido. En unos segundos estábamos rodeados por un convoy y por soldados que nos apuntaban a la cabeza. De uno de los coches bajó Dimitri y también ese hombre que le acompañaba en el volcán.

Me fijé detenidamente en él: era rubio y solo un poco más bajo que Dimitri. Sus claros ojos se camuflaban tras unas lentillas que cambiaban el color de su iris a un claro azul casi imperceptible. No destacaba por su gigantesca musculatura, aunque se encontraba bastante tonificado y en buena forma, totalmente compensado. Su ropa, muy similar a la de los hombres de Dimitri, variaba únicamente en el color, pues su vestimenta era completamente blanca, diferenciándose así de los demás soldados, que vestían distintos atuendos de camuflaje con oscuros colores.

Acto seguido, Dimitri se acercó a nosotros.

—Vaya, vaya, si tenemos aquí a dos jóvenes exploradores... Os presento a mi hijo y general de mis fuerzas, Víctor Kuznetsov. Será lo último que veáis.

Víctor paró a los soldados, quienes, levantando sus armas, se dispusieron a fusilarnos.

—¡No!, pueden ser útiles. Son capaces de activar los cristales. Esposadlos y metedlos en un camión.

—¿Estás loco? —Dimitri no parecía de acuerdo—. Ya has visto lo que pueden hacer. Si nos descuidamos, nos matarán a todos.

—Tranquilo, papá; estoy muy seguro de lo que hago y, si intentan algo, se las verán conmigo.

—Vaya, qué miedito me das —dijo irónicamente Martín antes de que yo le pegase un codazo en las costillas para que dejase de tentar a la suerte.

Nos pusieron un par esposas y nos metieron en un pequeño camión del convoy. El interior del camión estaba únicamente iluminado por unas pequeñas rejillas en la parte alta, por las que la luz entraba iluminando los ácaros en el ambiente.

—Instinto... Menudo instinto el tuyo: en lugar de acercarnos a los nuestros, nos ha hecho acabar

prisioneros.

—Mira el lado bueno: al menos, ellos saben a dónde debemos ir —respondí.

—Entonces, ¿para que querían a Schrödinger? Están tan perdidos como nosotros y lo sabes.

—Al menos, vamos en coche.

—Sergio, me vale con un: «Lo siento, Martín, mi instinto no es tan bueno como creía».

—¿¡Y donde estaba el tuyo!?

—¡Al menos, el mío no nos deja esposados en un camión a merced de un tarado como Dimitri!

—Tienes razón ¡Si fuese por el tuyo, seguiríamos en el claro!

—безмолвие! —exclamó el conductor del camión, mandándonos a callar.

—Mejor que lo hagamos, porque me estás poniendo de muy mala leche —dije, resignándome al oír a Martín hacer una serie de infantiles ruidos.

—Ahora pegaría una cachimbita, la verdad —replicó él, tumbándose en el camión para mirar el techo de mismo.

—Sí, vamos, en eso estoy pensando yo ahora…

—Venga: pera-menta... —dijo intentando tentarme.

—Desde que estuvimos en La Línea le cogiste el gusto a esa mierda, ¿eh?

—¡No te jode!, se pasaban el día fumando en el pub.

—Si salimos de aquí, deberíamos volver a Chocolatt —dije con una clara morriña en mis palabras.

—Te compro esa idea —sentenció Martín.

Poco después, el camión paró con un brusco frenazo, que hizo que nos levantásemos. En unos segundos, las puertas se abrieron y dos soldados nos sacaron del camión, tirándonos al suelo. Levantamos la cara del suelo y, aun cegados por el Sol, conseguimos poco a poco ver a Víctor.

—Preparaos, nos hacéis falta.

—¿Qué pasa?, ¿el hijo prodigio no puede matar a un gusano gigante? —preguntó Martín poniéndose en pie con un rápido movimiento.

Víctor le miró fijamente. Parecía casi que iba a matarlo allí mismo. Sin embargo, se controló.

—Cállate la boca y no te anudes tu propia soga al cuello.

Víctor se dio la vuelta y, juntando las manos en la espalda, prosiguió hablando

—Lo que pasa es que allí delante hay una antigua trampa que no sabemos desactivar ni sortear. Pienso que, si va a matar a alguien, será a vosotros...

Miré hacia atrás y vi a un soldado empalado en la pared por una cantidad considerable de flechas, claramente incompatibles con la vida humana.

Víctor dio una clara orden con su mano derecha y sus soldados nos empujaron, tirándonos nuevamente de bruces al suelo. ¿Es que no entendían que con las manos a la espalda iban a acabar partiéndonos la nariz contra el suelo? Clavaron sus rodillas en nuestras espaldas y, mientras nos quitaban las esposas, pude ver unas placas de presión salteadas, que estaban escondidas entre la vegetación del suelo.

La trampa se basaba en el lanzamiento de flechas envenenadas en dirección a la posición de la placa pulsada. Para desactivarla, tenía que entrar en la maquinaria y atascar el mecanismo de movimiento de los dispensadores. Justo entonces, una idea mejor llegó a mi mente.

—Víctor, voy a necesitar que dos de tus antidisturbios me acompañen al interior de la maquinaria. Martín tiene que venir conmigo.

Se lo pensó mucho, demasiado quizá.

—Vale, pero nada de trucos raros.

—¿Te parece que estamos en situación para hacer trucos? —pregunté caminando hacia la trampa.

Nos dirigimos hacia la maquinaria y suavemente nos deslizamos a su interior, junto a los antidisturbios de Dimitri.

—Vosotros, quedaos ahí y dejad el escudo a vuestra derecha; tranquilos, nos veréis en todo momento —ordené a los antidisturbios.

—Vale, pero si veo algo extraño, disparo —dijo uno de ellos amenazantemente.

Me fui hacia uno de los dispensadores del final, dejando a Martín junto a ellos. Estaba convencido de que después de tantos años, él sabría bien lo que iba a hacer.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto? ¡No puede ser! —gritó Martín en cuanto me vio junto al dispensador, atrayendo así la atención de los soldados.

Ambos antidisturbios se giraron, a la vez que sacaban sus armas apuntando asustados a Martín. Mientras no me miraban, yo giré el dispensador hacia ellos, activándolo justo antes de que uno de ellos tornase su mirada hacia mí.

—¡Patata! —exclamé sonriendo al ver sus rostros, en los que se reflejaba el sentimiento de inevitable perdición.

Los antidisturbios no habían sospechado nada y lo último que vieron fue la ráfaga de flechas que los empaló contra la maquinaria de la trampa, sumiéndolos en un profundo y eterno sueño. Martín se acercó a ellos con extremo cuidado hasta llegar a los escudos y, con ellos, se acercó a mí.

—¿Has visto qué actuación? Casi he parecido una auténtica nenaza asustadiza con ese grito.

—Es que eres una nenaza asustadiza —dije tomando uno de los escudos.

—Y, aun así, estoy aquí. No lo seré tanto.

—¿Ah, no? Payasos...

—Por ahí sí que no, eh. Con los payasos, no. Además, ¿qué me estás contando? Si eres incapaz de ver una película de miedo.

—Pero no por miedo, sino porque paso de pagar para estar sentado en una butaca esperando a que me asusten —aclaré.

—Sí, sí ¡Nenaza!

—No fui yo quien lloró con It.

—Y dale con los payasos... —se quejó Martín antes de que oyésemos la voz de Víctor.

—¿¡Todo bien ahí dentro!?

—Mierda. ¡Sí, sí, a punto de acabar! —respondí rápidamente, tocando el escudo de Martín para que lo levantase.

—¿¡Y por qué no responden mis hombres!? —preguntó Víctor justo antes de saliésemos rápidamente de la maquinaria, cubriéndonos con los escudos mientras caminábamos hacia una colina cercana.

Víctor nos miró muy extrañado y, cuando vio que sus hombres no estaban con nosotros, dio la orden.

—¡Disparad! ¡Matadlos!

Conseguimos llegar al borde de la colina, deteniendo las balas con los antidisturbios hasta hallar cobertura en una roca cercana. Desde allí, asomé la cabeza y vi cómo un enfadado y frustrado Víctor atravesaba la trampa, esquivando hábilmente las flechas.

—Salta, joder —dijo Martín tirando de mí.

Nos tiramos por la empinada colina usando el escudo a modo de snowboard. Víctor nos siguió, pero él se tiró a pelo, deslizándose sobre su blanco pantalón y siguiendo la estela de tierra dejada por los escudos. Contenta iba a estar su madre...

Llegamos a un pequeño llano donde el escudo se detuvo. Tras recogerlo, nos acercamos al siguiente borde para seguir descendiendo la alta colina y desde allí arriba vimos a Hugo, que se dirigía hacia un puente de roca que atravesaba el mar hacia la siguiente isla.

Por suerte, seguía acompañado de Schrödinger y Laura. Recordé que ese puente no estaba ahí cuando llegamos al archipiélago. Debió de aparecer al activar el cristal del volcán, siendo probablemente consecuencia o causa del terremoto de anoche.

Pusimos los escudos de nuevo en el suelo y, mientras pensábamos de dónde habría salido ese puente, Víctor llegó hasta nosotros. Mandé a Martín de un empujón colina abajo para que parase a Hugo, quedando yo cara a cara con Víctor.

—Parece que no te he durado mucho como prisionero.

El respondió desenfundando lentamente uno de sus cuchillos.

—Te hare sufrir por esto, hasta el momento en el que maldigas el día en el que osaste desafiarme.

Él se lanzó directo a por mí, con bastante seguridad. De hecho, llegó a hacerme un pequeño corte en el brazo. No se le daba mal, nada mal. Saqué mi cuchillo y, sin apenas mostrarlo, lo escondí en mi espalda y esperé a que volviese a tirarse a por mí. No tardó, pues debido a la ira, se lanzó en cuanto vio la oportunidad. Solo que esta vez la cosa fue diferente: me aparté y le agarré por el brazo y, empujándolo hacia abajo, clavé el cuchillo en su pierna. Víctor se arrodilló, intentando sacar el cuchillo de su muslo, pero yo comencé a golpearle repetidamente en el rostro... hasta que cayó al suelo. Me acerqué a él y, girando el cuchillo aún clavado en el interior de su pierna, lo saqué con un fuerte tirón. El muy cabezón soltó un cabezazo con el que me hizo retroceder y volvió a levantarse. Golpe tras golpe, acabamos al filo de un escarpado acantilado. Víctor pisó el borde, que se quebró con su peso, cayendo así al vacío. Consiguió agarrarse a una de las raíces del árbol que crecía junto al acantilado, la cual sobresalía en los riscos.

Inclinándome frente al barranco, lo observaba mientras desesperadamente luchaba para volver a tierra firme.

—¡Vamos, acaba con esto ahora! Te prometo que no tendrás una segunda oportunidad —dijo al verme sobre él.

—Más vale que no me la des, pues no tendrás la suerte de volver a encontrarte con una raíz en tu camino.

Matar a un hombre de esa manera me parecía inmoral. Pegarle un tiro en la cabeza habría sido demasiado fácil y, al ver cómo los hombres de Dimitri atravesaban finalmente la trampa y se deslizaban colina abajo para ayudar a Víctor, decidí marcharme.

Me fui dejando esa frase en el aire y recogí el escudo para saltar adoptando una típica pose de snow y bajar con Hugo y Martín, deslizándome rápidamente por la colina.

—Sergio —dijo Hugo al verme llegar.

—¿Estáis todos bien? ¿Cómo habéis escapado de allí arriba? —pregunté algo preocupado al llegar junto a ellos.

—Conseguimos descolgarnos por la ladera del volcán con los equipos, pero escapamos vivos por los pelos. ¿Y vosotros? Os vimos caer arrollados por Ichak —contestó Hugo.

—Es una larga historia y el tiempo nos es desfavorable. No quiero que Dimitri coja la delantera. Así que, andando; os contaré por el camino.

Comenzamos a cruzar el largo puente mientras veía cómo uno de sus hombres ayudaba a subir a Víctor. Mientras tanto, Dimitri nos observaba con unos prismáticos. Esos dos no iban a rendirse. Sabía que Víctor acabaría dándome la segunda oportunidad, oportunidad que esta vez se cobraría la vida de uno de los dos.

Capítulo XI

El dragón de las arenas

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

miércoles 3 de enero 14:00)

Sergio García

Cuando terminamos de cruzar el puente y llegamos a la siguiente isla, a lo largo y ancho solo se veían dunas y dunas de arena, que se perdían en el horizonte.

El calor se intensificó de repente. Casi por arte de magia, ascendió desde los treinta y cuatro grados hasta rozar casi los sesenta cuando cruzamos el puente. En ese momento, oímos unos coches que se acercaban hacia nosotros a toda mecha.

Un convoy atravesaba rápidamente el puente. Parecía que Dimitri ya había rescatado a Víctor y que estaban buscando el siguiente templo. Inmediatamente, saltamos rodando por las altas dunas junto al acantilado de la isla. Bien pensado: si no encontrábamos el templo rápido, podríamos morir en estas condiciones tan extremas.

El convoy pasó de largo y, al subir de nuevo la duna para seguir las huellas de los jeeps, observamos que estas ya se habían borrado. La velocidad de movimiento de las dunas era vertiginosa, tanto que el paisaje cambiaba cada pocos minutos. Nuestras huellas desaparecían en segundos, por lo que ni siquiera podíamos saber si andábamos en círculos. Esto era una trampa mortal; una calurosa, agonizante y seca trampa infernal.

En ese momento, volví a oír el motor de un solitario jeep, que venía con retraso. Cogí los prismáticos y examiné el jeep. A simple vista, pude ver dos soldados en la parte delantera, pero la visión térmica detectó a otros dos en la parte de atrás.

Hugo, Martín, Laura y yo sacamos los fusiles, a los que acoplamos sus respectivos silenciadores. Con un solo disparo, Martín pinchó la rueda delantera derecha. Los dos soldados al frente salieron para cambiar la rueda. Laura y yo los eliminamos con un preciso y silencioso tiro.

Luego, extrañados por la larga detención, sus compañeros salieron de la parte de atrás empuñando sus pistolas, pero antes de poder ver siquiera los cuerpos de sus compañeros, cayeron fulminados. Sus cuerpos fueron enterrados por las dunas... que rápidamente los engulleron. Tan solo algunos granos de arena, rojos a causa de la sangre, evidenciaban su muerte en las arenas del desierto. Sin embargo, esta prueba pronto también desaparecería.

Cuando comprobé que no había nadie en el camión, subimos a él. El tanque estaba lleno, pero no

teníamos ni idea de hacia dónde ir, lo único que teníamos eran anotaciones y dibujos de un libro que Schrödinger encontró en otro poblado indígena mientras cruzaban el bosque.

—«El templo de la Tierra aparecerá en el paraíso del infierno». Podría ser una pista —dijo bastante convencido.

Después de pensar un rato, conseguí descifrar la adivinanza, la cual no era para nada complicada. El calor estaba matando nuestras neuronas.

—¡Claro!

El resto se quedó mirándome, todo estaban extrañados.

—¿Qué es lo que buscan todos los viajeros perdidos en el infierno del desierto? ¡Un oasis! Un paraíso rodeado por un interminable infierno.

—¿Y cómo se supone que vamos a encontrar el oasis? ¿Vamos a dar vueltas por las dunas como si esto fuese el Dakar, siguiendo el GPS de tu instinto? —preguntó Martín.

Schrödinger recordó un antiguo método que los africanos usaban para encontrar lagos de agua subterránea.

—En uno de mis viajes al continente africano, pude aprender esta técnica; tan solo necesitamos un palo en forma de Y.

Bajamos rápidamente del coche para examinar detenidamente los alrededores.

—Te puedes olvidar, aquí solo ahí arena, arena, y más arena —dijo Martín, rindiéndose a la evidencia.

Desesperados, nos metimos en el coche para comenzar a movernos por, si más que el instinto, la suerte nos era propicia. Cuando arranqué, una pequeña abeja se posó sobre la luna del jeep

—Anda, mira; si esa abeja fuese un palo, habríamos triunfado —dijo un aburrido y chistoso Martín.

—¡Claro! —gritó Hugo.

Todos lo miramos con sorpresa, creyendo que el calor le había vuelto ya loco.

—¡Las abejas vuelan hasta mil metros en línea recta desde una fuente de agua, que es donde suelen tener la colmena! Si la seguimos, puede que...

—¡Corre, que se va! —gritó Martín.

Salí detrás de la abeja saltando dunas con el jeep, al más puro estilo Carlos Sainz, mientras Martín seguía a la abeja con los prismáticos y me daba indicaciones.

—¡Derecha... a la izquierda... todo recto... izquierda otra vez... vuelve a la derecha!

Estuvo así un buen rato. La abeja zigzagueaba casi intentando perdernos, pero finalmente llegamos a su colmena, que se asentaba junto a un ancho río, cuyos bordes se diferenciaban de la amarillenta arena y las grandes dunas y que se convertían en verdes brotes y grandes árboles. Inmediatamente, a mi cabeza llegó la imagen del Nilo, un pequeño cordón de vida que parecía conducir directamente al mismísimo Aaru como si de un verde camino se tratase.

Seguimos la senda del río con el jeep, mientras veíamos cómo poco a poco el majestuoso pasillo de árboles se hacía cada vez más y más grande, hasta que estos desaparecieron y, como por arte de magia, una gigantesca puerta, cuyos muros se camuflaban con la arena del desierto, apareció frente a nosotros cortándonos el paso.

Sobre la puerta pude ver unas grandes letras en relieve, pero se ordenaban sin ningún sentido.

—Schrödinger... —dije esperando que arrojase algo de luz.

Él volvió a consultar el libro.

—Creo que es un rompecabezas. Para abrir la puerta, hay que conseguir ordenar las letras y formar la palabra correcta.

Cogí el libro de Schrödinger y miré esas extrañas letras, pero no las pude comprender.

—A ver, Schrödinger, traduce —dije mientras le devolvía el libro

—«Aquí yace Ifchat, señor de la Tierra, que, con un luto de mil años, llora a su sangre. Llora a su sangre con...».

—¿Ahí acaba? ¿Dónde está la pista? —pregunté.

—Bueno, hay dos huecos en la hoja, dos palabras.

—¡Pues vaya pista! —dijo Martín entre risas.

Mientras miraba esas extrañas letras, vi una incisión en el muro. Pensé que nos teníamos que haber dejado algo atrás: una pieza que debía de encajar ahí.

Un grito inundó entonces el ambiente.

—¡Eh, venid aquí! —gritó Hugo.

Echamos a correr rodeando los muros, que formaban una circunferencia perfecta. Al llegar al otro lado, vi a Hugo con dos pesadas ruedas de piedra en las manos, mientras observaba el muro. De nuevo, vi letras sin sentido en lo alto de la muralla. Hugo se acercó a la enorme pared, que también tenía una incisión en ella. Sin dudarlo, encajó una de las ruedas, de las que sobresalían unos pequeños cilindros, en la incisión del muro. La rueda quedó bien encajada y, sin dudarlo, comenzó a girarla. Al hacerlo, las letras comenzaron a ordenarse, dejando caer un fino polvo que parecía producto del roce de algún mecanismo.

—Ya tenemos el segundo hueco, nos faltan las palabras —dije.

—¿Y dónde tenemos la pista? —me preguntó Hugo.

Le enseñé la frase y quedó, al igual que todos, completamente en blanco. Laura se acercó y volvió a leer la frase.

—¿Qué piensas? —le pregunté.

—He velado tanto a mis abuelos como a mis padres, hasta quedarme sola con mi hermana. Si algo he aprendido es que, junto a la palabra «luto», suelen venir la soledad y la tristeza.

Noté las lágrimas en los ojos de Laura cuando recordaba esos malos momentos. En ellos, vi la solución mientras la abrazaba haciendo mío su dolor.

—Hugo, «soledad». Yo me encargo de la tristeza.

Hugo se quedó con Schrödinger formando la primera palabra «soledad». Mientras, yo, tomando el libro de Schrödinger en el que él mismo había confeccionado un abecedario traducido, conseguí formar la segunda: «tristeza».

Cuando estuvieron por fin acabadas, no pasó nada. Me acerqué a la rueda y casi por instinto la empujé hasta que quedó traslapada con el muro. Al solapar la rueda, una fuerte sacudida nos tiró al suelo y, al mirar de nuevo las letras, vi que estas también se habían superpuesto. De nuevo, otra sacudida. Esta vez, la puerta comenzó a desaparecer, quedando enterrada bajo las arenas.

Al ocultarse la puerta, vimos cómo las grandes dunas pasaban a convertirse en vastos campos de verde hierba y cómo un camino coloreado por las flores y adornado por las palmeras conducía a un enorme lago, cuyos bordes estaban formados por una alargada y ancha banda de húmeda arena. En esta arena crecían, de forma majestuosa, cuatro grandes torres de unos veinte metros. Se unían entre sí mediante dos pasarelas sobre el lago. En el punto de intersección, justo en el centro del lago, las pasarelas se juntaban formando un descansillo sobre el que pude ver el segundo cristal.

Me fijé en otra torre, un poco más alta y situada justo al fondo. Esta crecía rodeada de verdes praderas y pequeñas flores que parecían surgir de su base. En ella se esculpía la cara de un dragón, cuyas fauces abiertas y sus ojos furiosos inspiraban un inevitable terror. Di un paso al frente para intentar averiguar cómo llegar hasta el cristal, pero justo al dar el primer paso, el suelo comenzó a temblar y desde la arena junto al lago se elevó el largo cuerpo del segundo dragón: Ifchat, señor de la Tierra.

Su cuerpo siguió elevándose hacia el cielo hasta alcanzar los quince metros de altura. Estaba claro que no iba a permitir que llegásemos al cristal.

Capítulo XII

Los achaques de la edad

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

miércoles 3 de enero 10:18)

Jaime García

Después de quince horas navegando por aguas desconocidas y de pasar la noche en alta mar, conseguí llegar a mi destino. Un extraño pulso que alteró los sistemas electrónicos llamó mi atención y, como por arte de magia, apareció frente a mí un archipiélago formado por cuatro islas. La más cercana tenía un volcán del que salían columnas de humo. Cogí los prismáticos para ver bien la isla, en la que destacaba una profunda y frondosa selva, cuyos árboles se balanceaban suavemente con el viento.

Observé entonces que un helicóptero estrellado en la costa rompía esa idílica imagen. Decidido a dirigirme hacia el lugar del accidente, intenté acelerar, pero justo en ese momento el barco se balanceó. Miré al mar, que segundos atrás se mantenía en calma, y pude ver en él una gigantesca ola que avanzaba implacable contra el casco. Conseguí agacharme a tiempo y evitar caer al agua. Aun así, quedé completamente empapado. Pero eso no fue lo peor: al volver a calmarse el agua, pude ver emerger de ella una enorme cabeza. Quedé inmóvil, mirando fijamente a sus ojos. La bestia comenzó a acercarse cada vez más a mí, hasta que nuestros rostros casi se solaparon, dejándome ver unos afilados colmillos que podrían fácilmente rebasar los veinte centímetros. Por curiosa que fuera esa escena, no pude rehuir mi instinto. Me fue imposible no desenfundar la pistola y vaciar el cargador en su enorme cabeza. Con un fuerte quejido, la bestia volvió a sumergirse.

Volví junto al timón y empecé a acelerar, pero el barco se detuvo tras un violento golpe que me tiró al suelo. Al levantarme, golpeé uno de los falsos fondos que Charles había instalado y saqué de allí un potente fusil. Vi de nuevo al monstruo marino, que ahora denotaba estar con algo de enfado. Alargando su largo y escamado cuello, puso su cabeza tras de mí. Sin presiones, levanté el fusil y volví a disparar. Él se movió hacia atrás, rompiendo así la cubierta del timón. Salí a intentar rematarlo, pero justo cuando puse un pie a descubierto, la cola del monstruo me agarró el tobillo. No tuve tiempo apenas de parpadear... cuando comenzó a nadar mar adentro.

Sumergidos ya en el vasto océano, conseguí sacar el cuchillo y clavárselo en la cola, librándome así de él. Sin embargo, no desistía: dándose la vuelta a unos cuantos metros, se lanzó hacia mí con las fauces abiertas. Me aparté y, como pude, clavé el cuchillo en su cabeza. Tiré de él hacia atrás e inevitablemente la bestia se dirigió hacia la superficie. Al salir del agua, di una enorme bocanada de aire. Encontré la manera de manejar a la criatura, que se desplazaba a grandes

velocidades. Intenté volver al barco, pero vi cómo este se hundía, siendo rodeado por grandes tentáculos. Asombrado por la imagen, no me percaté de que otros tres tentáculos se levantaban a mis espaldas.

Uno de ellos se abalanzó sobre mí, golpeando violentamente a la bestia, que se había convertido en mi único medio de transporte. Intentando evitar al enorme depredador, clavé fuertemente el cuchillo sobre la bestia e intenté dirigirla como pude hacia una de las islas, mientras esquivaba los distintos tentáculos, cuya única ambición era atraparme.

Al llegar a la costa, saqué el cuchillo y salté sobre la arena. Me di entonces la vuelta y pude ver a la criatura herida, tirada en la arena, cansada por el esfuerzo. Al levantarme, esta gruñó violentamente mientras se acercaba reptando hacia mí. Comencé a recular alejándome de la bestia, la cual fue rápidamente rodeada por otros dos tentáculos que la arrastraron hacia las profundidades.

Me di cuenta entonces del lugar al que había llegado: un infierno en el que nadie estaba a salvo. Tras esto, me di la vuelta y observé la jungla. Había algo en ella que no me gustaba. La madera de los árboles crujía, a la vez que oía extraños chillidos de criaturas que prefería no encontrarme. Sobre todo, después del enfrentamiento con la bestia marina.

Decidí dar un rodeo por la playa hasta el lugar donde se había estrellado el helicóptero. Supuse que el lugar del accidente no estaría a más de unos cuantos kilómetros.

Caminé por la fina y húmeda arena de la playa de la isla y entonces lo vi: el helicóptero era un Super Puma ruso, cuya cola había sido violentamente arrancada. Por dentro estaba igual, reventado y abollado por todas partes.

Comencé a registrar el helicóptero en busca de alguna pista que me indicara el paradero de Sergio. Cerca de los mandos encontré una tarjeta de identificación: «Laura Ascanio, jefa de seguridad». Empecé a dudar si realmente Sergio había venido en el helicóptero.

Al dirigirme de nuevo al exterior, justo antes de atravesar la puerta del helicóptero, un resplandor me cegó. De alguna manera, ese resplandor me guio hacia una lupa bajo el asiento del piloto: tenía una M grabada. Entonces la reconocí: era la M que Martín grababa en sus más preciadas pertenencias. ¿Y si los habían secuestrado? No, no le habrían puesto a pilotar. Deduje que la secuestrada era Laura.

Me llevé la tarjeta y la lupa, esperando encontrarles antes de que algo peor lo hiciese por mí.

Al salir del helicóptero, miré al suelo buscando huellas que ya se habían borrado. Entonces, apareció una sombra que se reflejaba en el suelo. Miré hacia arriba y vi una especie de dragón rojo que se dirigía rápidamente hacia otra de las islas.

A lo lejos, observé un puente de piedra que unía dos de las islas del archipiélago. Sobre él, destacaba una nube de polvo que se movía poco a poco. Eché un vistazo con los prismáticos y vi un convoy que cruzaba el puente. Estaba claro que Sergio debía de estar en esa isla o, al menos, debía de estar en camino.

Salí corriendo hacia la jungla, ignorando los escalofriantes sonidos que a cada paso se agudizaban más y más. A cada centímetro que recorría, las sombras de los árboles se volvían cada vez más oscuras y profundas. A mi espalda empezaron a moverse las hojas. De entre los árboles, asomó una gigantesca cabeza decorada con grandes colmillos, que sobresalían de una enorme boca que la atravesaba de lado a lado. Como era de esperar, la cabeza vino seguida de un largo cuerpo. Era un ciempiés gigante... que se lanzó sin reparo alguno hacía mí.

Caí al suelo de espaldas, quedando justo debajo del ciempiés, que acercaba violentamente sus colmillos, rozando con estos mi cara. Con un puñetazo, conseguí quitármelo de encima y correr hacía mi subfusil, que cayó al suelo debido al placaje del ciempiés. Me di la vuelta viendo cómo el ciempiés se acercaba rápidamente hacia mí. Una igualmente rápida ráfaga de balas tumbó sin demoras a la bestia, que cayó abatida frente a mí.

Me levanté limpiándome la tierra y las babas del ciempiés que se habían quedado en mi traje, pero lo peor aún estaba por venir: ¡de entre los árboles comenzaron a aparecer docenas de ciempiés! Rendido ante la evidencia de que no podría enfrentarme a ellos, empecé a correr por la jungla. Llegué a un pequeño barranco plagado de salientes que permitían descenderlo. Pero, para mí desgracia, cada saliente quedaba adornado por un nido de ciempiés. Bajé el barranco saltando de saliente en saliente, pero los ciempiés, que bajaban clavando sus patas en las rocas, me seguían recortando terreno. Llegué al final del barranco buscando algún lugar en el que esconderme, pero tan solo encontré un acantilado totalmente vertical, que daba a un ancho río.

Valoré mis opciones: enfrentarme a decenas de ciempiés furiosos o saltar a un río que probablemente estaría infestado de otros engendros, desde una altura de unos 70 metros. Aun así, me decidí por el río.

Al caer, saqué rápidamente la cabeza del agua y me agarré a un trozo de madera, pero las cosas no mejoraron. Las aguas comenzaron a acelerar y unos vertiginosos rápidos me llevaron hacia una enorme catarata, por la cual irremediablemente me precipité.

A partir de ahí, solo recuerdo un tremendo ajetreo y despertar echando agua en las orillas del río.

Me puse en pie, aun conmocionado y tosiendo, pero me di la vuelta para volver a entrar a la jungla. Entonces, vi entre la arboleda una gran ciudad que se levantaba a las orillas del río, camuflada por los árboles que la habían tomado tras el paso del tiempo. Aunque estuviera prácticamente derruida, la ciudad era increíble, una fusión de todas las artes y culturas: pirámides escalonadas, panteones griegos, templos egipcios y remates chinos. Era increíble... ¿Cómo habían llegado hasta este lugar esos conocimientos tan variados y avanzados?

Caminando por la ciudad, a la vez que anotaba todo en un cuaderno junto a un par de bocetos, vi en el centro de la urbe, en una amplia plaza, un altar con forma circunvalada. No había nada apoyado en él. Desde el altar, salían unas líneas grabadas en el suelo, que se extendían comunicando toda la ciudad. La red era todo un misterio. Tenía que saber para qué servía, pero lo primero era encontrar a Sergio.

Nuevamente, volví a escuchar un gruñido y miré hacia el cielo: el dragón que había visto antes se tiraba en picado hacia el suelo. Aunque estaba intrigado por la majestuosidad del dragón y sus movimientos, decidí ignorarlo y seguir la senda del río.

Tiempo después, llegué junto al puente. Esperándome lo peor, saqué el subfusil y comencé a atravesar el puente en dirección a la siguiente isla, con paso seguro y constante.

Capítulo XIII

La fuerza del calor

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

miércoles 3 de enero 15:08)

Sergio García

Cuando el alargado dragón se levantó casi como cobra frente a una flauta, llegó a la pasarela donde se ubicaba el cristal. Mientras se mantenía en pie, pude observarlo detenidamente. Su cuerpo, del color de la arena, era alargado, aplanado y bastante parecido al de los ciempiés de la primera isla. Era evidente que el dragón, cuya cabeza se adornaba por enormes colmillos laterales con los que podía fácilmente partirnos en dos, se movía bajo la superficie de la isla, siendo de esta su único señor.

Tras vernos, se abalanzó sobre nosotros. Conseguimos esquivarlo casi por los pelos, mientras se volvía a hundir en la tierra dejando tras de sí una nube de arena que, poco a poco, se asemejó a una tormenta. Movidos por el viento, los granos de arena cortaban incluso nuestra piel, como si se tratasen de un afilado papel. El escozor se hacía notar en nuestro rostro con cada corte. El traje cubría la mayor parte de nuestro cuerpo, pero no nuestras cabezas. Pulsando el botón en el cuello del traje, materialicé el casco del traje para protegerme de las cuchillas de arena, del mismo modo que hicieron Martín y Hugo. Laura y Schrödinger lo tenían más difícil, pues únicamente podían cubrirse con sus brazos.

Tenía que encontrar la manera de llegar al cristal antes de que Ifchat nos arrastrase a la tumba aprovechando el caos de la tormenta.

—¡Martín, cuida de ellos! —grité mientras corría hacia la alta torre del dragón intentando llegar al cristal.

Cuando menos me lo esperaba, la arena comenzó a moverse bajo mis pies e Ifchat volvió a la superficie. Conseguí saltar y esquivar su ataque, pero no se daba por vencido, seguía persiguiéndome, intentando tumbarme con sus embestidas y lanzando olas de arena que amenazaban con sepultarme.

Finalmente, lo consiguió y, estando tirado en la caliente arena, pude ver cómo mientras Ifchat se preparaba para un último ataque que, con total probabilidad, me hundiría en su reino subterráneo. Un fuerte rugido llamó entonces su atención: ¡Ichak se lanzaba en picado desde el aire para quitarme a Ifchat de encima!

Ambos dragones se enzarzaron así en una épica batalla en la que las llamas de Ichak no hacían

más que aumentar la ya de por sí infernal temperatura del desierto.

Estando aun un poco aturdido, Martín llego juntó a mí y me levantó del suelo.

—¡¿De verdad pensabas hacerlo solo?! —gritó justo antes de que nos diésemos cuenta de que los dragones se acercaban a nosotros, amenazando con aplastarnos.

Conseguimos salir de allí esquivando las pisadas y los ataques de ambos dragones. No sé cuál era realmente la intención de Ichak, pero había conseguido que Ifchat se olvidase completamente de nosotros y se centrara totalmente en el combate.

Mientras Martín y yo corríamos hacia una de las cuatro torres, pude ver cómo Hugo, Laura y Schrödinger intentaban esconderse apartándose así del combate. Al llegar a la torre, vimos que, en realidad, no era más que la cubierta de una gran escalera de caracol que subía hacia una de las pasarelas. Martín y yo comenzamos a subir hasta lo más alto de la torre, corriendo por aquella ruinosa escalera que se derruía a nuestro paso.

Finalmente, conseguimos llegar a la pasarela. Una vez allí, pude ver el segundo cristal, justo sobre el claro y cristalino lago, solo que esta vez el mecanismo era diferente: a unos metros del cristal, encontramos una espacie de lupa que concentraba los rayos solares. La lupa se situaba sobre una losa que giraba alrededor del cristal. Estaba claro que el cristal se activaría con un haz de luz, pero no había manera alguna de provocar este haz.

—Martín, ¿tienes tu lupa, no? —pregunté creyendo haber dado con la solución.

—¡Claro! Si duplicamos el efecto, es probable que podamos iluminar el cristal.

Comenzó a buscar la lupa hasta que se dio cuenta de que esta había desaparecido.

—¡Mierda! ¡Debió de caérseme cuando Ichak nos arrastró por el volcán!

Intentamos buscar una solución desesperadamente y, a los pocos segundos, Martín la encontró. Se quedó mirando la más alta y solitaria de las torres.

—¿Qué pasa? —pregunté

—Fíjate en la torre: dentro de la cabeza del dragón hay una hoguera.

Miré detenidamente a la parte más alta de la torre y observé que, además de haber una hoguera en su interior, los ojos del dragón estaban formados por un fino cristal.

—¡Lo tengo! Si encendemos esa hoguera, el cristal de los ojos debería crear un rayo que llegue hasta el primer cristal, el cual amplificará y redirigirá ese rayo hacia el segundo cristal... consiguiendo activarlo.

—¿Y cómo se supone que vamos a llegar hasta allí? —preguntó Martín.

Pasando mis dedos por el antebrazo, activé el comunicador de los trajes, compuesto por una fina lamina de grafeno que se extendía a lo largo del antebrazo derecho.

—Hugo, ¿me copias?

—Alto y claro, dime.

—Necesito que vayáis a la última de las torres y encendáis una hoguera que encontrareis en su punto alto. Y, por lo que más queráis, intentad que Ifchat no os vea.

Tras esto, un fuerte rugido hizo temblar la pasarela, haciéndome caer a los bordes de ella.

—Tranquilos, parece que Ichak ya se ha encargado de él.

Aún tirados en el suelo, Martín y yo observamos el combate entre ambos dragones: Ifchat yacía derrotado en el suelo... cortado en dos. Ichak se retiró sin esperar que cada una de las partes resultantes de la muerte de Ifchat cobrasen vida propia, atacando una de estas a Ichak y dirigiéndose la otra hacia Hugo, Laura y Schrödinger, que corrían hacia la torre.

Atónitos, Martín y yo observamos cómo la parte inferior de Ifchat formaba una nueva cabeza, que amenazaba con devorar a Hugo y al resto, quienes, a su vez, eran rodeados por el cuerpo del dragón.

Sin dudarlo dos veces, saqué mi fusil y comencé a disparar, intentando llamar su atención, dando así unos segundos vitales a Hugo para que salieran de allí. Aunque Ifchat había conseguido multiplicarse, aún éramos superiores en número y esa era probablemente la única baza a nuestro favor. Aun así, teníamos que seguir distrayendo al dragón hasta que Hugo llegara a la torre, por lo que seguimos disparándole, hasta que, finalmente, harto de encajar balazos, se ocultó bajo la tierra para más tarde aparecer junto a una de las cuatro torres que conducían a la pasarela y escalarla para dirigirse velozmente hacía nosotros.

—¡Mierda! Martín, pon los cristales en posición.

Mientras Ifchat escalaba la torre, Martín hizo girar las ruedas y puso los cristales en posición. Cuando Martín volvió junto a mí, Ifchat ya nos encaraba en la pasarela.

—¿Y ahora que, Sergio?

—¿Has traído el salvavidas? —pregunté manteniendo una sonrisa en la cara, a pesar de que realmente el miedo se apoderaba de mí.

En ese momento, Ifchat se abalanzó sobre nosotros.

—¡Salta!

Martín y yo saltamos hacia el lago, evitando así la embestida de Ifchat, que inevitablemente acabó cayendo junto a nosotros.

Conseguimos nadar hacia la superficie y rápidamente nos dirigimos hacia la orilla, pensando que Ifchat nos hundiría en el agua. No obstante, echando un vistazo atrás pude ver cómo Ifchat se hundía inevitablemente en el lago. Su arenoso cuerpo poco a poco se deshacía hasta que, al tocar

el fondo del lago, nada quedó de él.

Al salir del agua, nos tiramos sobre la arena.

—Uno menos —dijo Martín mientras se daba perezosamente la vuelta.

Levantándome mientras asentía dejando denotar mi cansancio, volví a contactar con Hugo.

—Hugo, ¿cómo vais?

—Acabamos de llegar al cristal.

—Bien, buscad la manera de encenderlo y salid de ahí.

Justo al terminar la frase, la arena bajo nosotros comenzó a inundarse en un pequeño charco y nuestros pies empezaron a hundirse. Salimos de allí preocupados y, con razón, pues de entre las arenas volvió a surgir Ifchat.

—¿¡Cómo se mata a esta mierda!? —gritó Martín desesperado.

Observé cómo Ifchat se descomponía en el agua y nuevamente avanzaba hacia nosotros. Comprendí que el dragón debía de estar compuesto en gran parte por arena y que, al llegar al fondo del lago, había sido capaz de recomponerse bajo tierra. Sin embargo, aún no estaba en condiciones de luchar...

Sin dudarlo, apunté con mi pistola a una de sus patas, que se desintegró al ser atravesada por la bala. Andando hacia él, comencé a disparar al resto de las patas hasta que finalmente quedó tirado en la arena, reptando lentamente hacía mí y esperando la última bala. Le atravesó la cabeza, acabando así con él.

—¡Muere, hijo, de, perra! —gritó Martín, desfigurando la arenosa cabeza de Ifchat con una patada por palabra.

Justo en ese momento, un rayo atravesó el cielo sobre nuestras cabezas.

—Listo, Sergio, nos vemos abajo.

Tras las palabras de Hugo, una nueva sacudida azotó el archipiélago. Esta vez fue mucho más fuerte. Tan fuerte que provocó que las torres del templo comenzaran a desmoronarse sobre los muros y sobre nuestras propias cabezas. Aun así, Ichak e Ifchat seguían luchando, ignorando la situación del templo, que parecía condenado a terminar inevitablemente derruido y sepultado por las rápidas dunas.

Martín y yo echamos a correr hacia la torre del dragón, mientras esquivábamos los escombros que caían del cielo. Justo al llegar, Hugo salió junto a Laura y Schrödinger.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laura.

—La sacudida ha afectado a la estructura del templo. Tenemos que salir de aquí antes de acabar

aplastados.

Mientras aún respondía a la pregunta de Laura, observé cómo la torre comenzaba a llenarse de grietas para, más tarde, precipitarse sobre nosotros.

—¡Vamos! —gritó Martín mientras tiraba de mí.

Corrimos como alma que lleva el diablo hacia la salida, donde seguían peleando Ichak e Ifchat. Al caer la torre, el impacto fue devastador. En su caída arrasó con las pasarelas y cayó en el lago, provocando así una ola de agua que nos tiró al suelo. Conmocionados, nos levantamos y volvimos a salir corriendo, casi sin poder oír nuestros propios pensamientos. Los escombros eran cada vez más grandes y frecuentes, tan grandes que uno de ellos cayó sobre Ifchat, haciéndolo desaparecer en la arena. Ichak salió volando del templo, desapareciendo así de la escena.

—¡Podría habernos sacado de aquí! —exclamó Martín mientras corría esquivando rocas.

Nosotros solo teníamos un objetivo en mente: atravesar la puerta del templo, cuyo umbral comenzaba a resquebrajarse. A pesar del cansancio, conseguimos dar un último esprint, que nos permitió salir del templo justo antes de que la puerta y las paredes cayeran definitivamente.

A pesar de que conseguimos salir a tiempo del templo, la fuerte ola de arena que generó su destrucción nos dejó semienterrados en las cálidas arenas del desierto que rodeaba al oasis.

Cuando saqué la cabeza de la arena, pude ver a Hugo y Schrödinger escupiendo granos y a Martín preocupándose de levantar a Laura. Estaba claro que le había echado el ojo; si no fuera así, estaría con Hugo y Schrödinger, pero tenía que hacerse el macho man.

—Todos bien supongo, ¿no? —pregunté, replegando el casco e intentando sacar el resto del cuerpo de la arena.

—Porque tú no has tragado arena —contestó Hugo mientras tosía.

—¿Quieres sacarme de aquí? —pregunté frustrado, sin poder salir de la arena.

Sonriendo por el comentario de Hugo, Laura se acercó a mí y comenzó a quitar arena para liberarme.

—Deberíamos movernos, con este calor no aguantaremos mucho.

Laura tenía razón: teníamos que salir de esta isla cuanto antes, aunque mi mayor preocupación no era el calor, sino el frío que asolaría la isla al caer la noche. No lo fue por mucho tiempo, pues acto seguido la arena que había bajo los escombros se movió, detonando que algo se desplazaba bajo la arena.

—Todos al coche —dije en voz baja.

Sin esperar un momento y con movimientos lentos, sin llamar la atención, nos subimos de nuevo en el jeep y nos dirigimos hacia el norte de la isla, donde supuse que encontraríamos el segundo

puente.

Capítulo XIV

El castillo en la montaña

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

miércoles 3 de enero, 15:58)

Hugo Rodríguez

Nos montamos en el coche y nos dirigimos rápidamente hacia el norte de la isla. El calor era insoportable y, con cada segundo que transcurría, nos volvíamos más y más locos. Pasamos horas metidos en aquel coche, saltando dunas y suplicando silenciosamente por una mera gota de agua.

Justo cuando comencé a creer que estábamos dando vueltas en círculos, llegamos a una playa. Sin pensarlo, nos lanzamos a refrescarnos y desde el mar pudimos ver el segundo puente, que unía las dos islas a unos cuantos kilómetros de nosotros. Tras un breve descanso, volvimos al coche y nos dirigimos directos hacia el puente. Sin embargo, a los pocos metros el coche se detuvo.

—Se ve que nos va a tocar andar —dijo Sergio, viendo que la aguja de gasolina marcaba la fatídica «E».

Sin perder un momento, comenzamos a andar rodeando la isla junto a la línea de costa, donde las temperaturas parecían suavizarse un poco.

—Oye, ¿no tenéis calor con esos trajes? Me estáis matando con la manga larga —preguntó Laura.

—No, están hechos de un material atérmico. Nos mantienen fríos en el desierto y cálidos en los polos. Y mira... —dije, tocando el panel de grafeno en mi antebrazo para cambiar el color de mi traje al de camuflaje desértico.

—¿Cómo has hecho eso?

—Camuflaje adaptativo. Estás listo para cualquier circunstancia —le explicó Sergio.

—¿De dónde los habéis sacado? ¿Los habéis hecho vosotros?

Nosotros comenzamos entonces a reír.

—No, es cosa de Tata —respondí.

—¿Tata?

—Haces demasiadas preguntas, Laura. Quizá un día pueda responderlas —dijo Sergio, guiñándole un ojo.

Tras escalar acantilados y dunas, llegamos por fin a la base del puente, el cual rápidamente comenzamos a atravesar.

A medida que recorríamos el puente, la temperatura caía en picado, como si las islas se encontrasen bajo un extraño hechizo. Abandonamos el calor del desierto y solo entonces volvimos a sonreír, mientras la fresca brisa marina movía nuestros cabellos.

—Imbéciles, ¿de verdad creíais que íbamos a ir a por Ifchat cuando vosotros ibais a hacer todo el trabajo?

Extrañados, comenzamos a buscar el origen de la extraña voz. Laura se agachó y recogió un walkie pegado con cinta americana al rocoso puente.

—Gracias por vuestra ayuda, pero gastasteis la oportunidad que os di. ¡Hasta nunca!

—¡Víctor!

En ese momento, todos miramos a Martín, que fijaba su mirada en el extremo final del puente, donde destacaban dos hombres, Víctor y Dimitri. Tras las palabras de Víctor, ambos se dieron la vuelta y montaron en un jeep que los introdujo en el denso bosque de la tercera isla. Entonces comprendimos el sentido de las palabras de Víctor: a nuestras espaldas comenzaron a explotar cargas, una tras otra. Asustados por la gran caída, empezamos a correr, pero segundos después el puente comenzó a derrumbarse justo delante de nosotros. Seguimos corriendo hasta que nos quedamos sin tierra bajo nuestros pies. Comenzamos a saltar por los fragmentos de puente que se mantenían en el aire durante un breve instante para intentar llegar a la siguiente isla, a tierra firme.

Schrödinger, Martín, Laura y yo conseguimos llegar al otro lado con notables dificultades; de hecho, yo me quedé colgado en el acantilado. Sergio saltó justo detrás de mí, pero la roca del acantilado comenzó a deshacerse hasta que, finalmente, Sergio se precipitó al vacío. Sin dudarlo, le tendí mi mano y ambos quedamos colgados del acantilado, que comenzaba a debilitarse a cada segundo que pasaba. Por suerte, Martín me agarró el brazo justo antes de que la roca se desprendiese y, con la ayuda de Laura y Schrödinger, nos pusieron a salvo.

—Ha faltado poco —dije sonriendo, a la vez que Sergio se tumbaba mirando al cielo mientras respiraba ajetreadamente.

—Deberíamos movernos —sugirió Martín.

—¿Y a dónde vamos? —pregunté.

—¿En serio? ¿No has visto la montaña?

Justo en ese momento, Sergio se levantó como impulsado por un resorte y echó un vistazo a la isla. Observó una helada montaña que se levantaba en su centro. La blanca montaña rozaba las nubes que la coronaban, dándole un aspecto algo divinizado.

—¡No me jodas! ¿Acabamos de salir del desierto y ahora tenemos que meternos ahí?

Efectivamente, la idea de ponernos a escalar una escarpada y helada montaña no me gustaba nada. Podía soportar el calor, pero el frío era algo que había odiado desde pequeño.

Aun así, evidentemente no pude convencerles para ir al siguiente puente y dejar que Dimitri se ocupara del tercer dragón; al fin y al cabo, para él estábamos muertos y sería una buena forma de devolverle el golpe. Pero no, nosotros teníamos que meternos en todo...

Como ya he dicho, mi sugerencia fue desechada y nos adentramos en el bosque camino a la montaña.Al cabo de unos metros, aquel bosque de abetos comenzó a cubrirse de una fina capa de escarcha, que más adelante se transformó en una espesa capa de nieve que dificultaba seriamente nuestro avance.

Decidimos activar el camuflaje polar de nuestros trajes por si Dimitri hubiera dejado algunos soldados apostados esperándonos. Nosotros podíamos ser casi invisibles en la nieve, pero Laura y Schrödinger... A ellos los verían a la legua.

La noche acabó cayendo sobre nosotros. La montaña no quedaba muy lejos, pero decidimos hacer noche en una cercana cueva, que estaba camuflada por unos cuantos arbustos de aspecto albino, a causa de la nieve.

El interior de la cueva era mucho más cálido que el clima bajo cero de la isla. Eso y la hoguera que hicimos nos permitieron sobrevivir a la fría noche. Sobre todo, a Laura y el doctor, que durante todo el camino tiritaron llevando sus cuerpos al borde de la hipotermia. No tenía claro si serían capaces de subir la montaña, no estaban para nada preparados y el frío podría ser su final, el de ambos.

Comimos algo para reponer calorías mientras hacíamos recuento de los recursos armamentísticos restantes, que comenzaban a escasear. No habíamos venido preparados para esto. De alguna forma, teníamos que reabastecernos y, a falta de supermercados, lo mejor sería robar la munición a los hombres de Dimitri. La comida, de momento, no nos preocupaba. Si no escaseaba el agua, con los paquetes de comida deshidratada y las barritas energética sería suficiente. Estas cosas eran como el pan de Lembas, una para desayunar y tenías energía para un duro día de trabajo.

Tras esto, decidimos ir a dormir, estableciendo turnos de guardia para evitar que algún tipo de monstruo de las nieves nos sorprendiese mientras dormíamos. ¿Quién sabe? Lo mismo nos cruzábamos con el Yeti. Laura y yo fuimos los primeros en montar guardia. Los demás cayeron rápidamente en un profundo sueño.

Aburrido ante la espera, me dirigí hacia la mochila de Schrödinger, en la que encontré, tal y como esperaba, una botella de Jack Daniel´s. Abrí la botella y volví a sentarme junto a Laura, mientras le daba un trago.

—Será un genio, pero no deja de ser un puto borracho —dije, haciendo reír a Laura.

—Oye, ¿por qué no te escapaste cuando estábamos en el volcán? Podrías haber vuelto con Dimitri. —pregunté mientras le ofrecía la botella. Ella, sin dudarlo, la aceptó.

—Tenéis razón. Has visto a esos monstruos como yo y tengo la sensación de que los dragones no son lo peor de esta isla. Dimitri busca poder... ¿y si el meteoro le da más poder del que le dará Emplubik? Si Dimitri encuentra a Emplubik, si encuentra el meteoro, el mundo tal y como lo conocemos tocará a su fin. Y segundo: después de ver lo que Sergio, Martín y tú sois capaces de hacer, sé que estoy en el equipo adecuado.

—No somos nosotros los del arsenal militar —dije riéndome ante el optimismo de Laura.

Nos quedamos hablando durante nuestro turno de guardia. Aunque no se lo dije, la verdad es que estaba preocupado. La superioridad de Dimitri era clara y, tras haber visto a Ifchat e Ichak, no tenía ningún interés por encontrar al resto de los dragones.

—Si lo encuentra, si comprende el funcionamiento de la piedra, podría crear un ejército así. ¿Te imaginas a esas bestias luchando en la franja de Gaza? ¿Luchando del lado de los terroristas? ¿Sirviendo al mejor postor?

—No les imagino respondiendo órdenes —contestó Laura.

—Eso es lo peor. Cree que le darán poder, pero no sabrá cómo controlarlo. Se rebelaron una vez, pueden volver a hacerlo.

En ese momento se hizo el silencio.

—¿Crees que lo conseguiremos? —preguntó Laura.

—¿El qué?

—Frustrar los planes de Dimitri —respondió.

—Hemos hecho cosas peores, estamos acostumbrados a no ser los favoritos. Lo malo de eso es que alguna vez tienes que perder. ¿Cuándo? No lo sé, ¿Será hoy? ¿Aquí? Daremos todo por que no sea así. Es lo único que puedo prometerte —sentencié dándole un trago al whisky antes de que Laura me lo arrebatase.

—Hugo, ¿tú conocías a mi padre?

—No, pero sé que habría tomado la misma decisión que tú. Estaría orgulloso de ti —respondí cuando sus lágrimas comenzaban a caer. ¿Cómo podía alguien que había sufrido tanto ser todavía capaz de llorar?

—Él solía estar en casa a todas horas, solía contárnoslo todo y enseñarnos cómo luchar. Solo sirvió unos pocos años en vuestra unidad antes de perderle. Pero tú, tú ya estás en ella. ¿Qué tienes?, ¿veintitrés?

—Veintidós —contesté.

—¿Ves? Él solo nos dijo que en su unidad solo entran los mejores y más veteranos soldados. Pero a Sergio lo habéis llamado capitán. Mi padre solo era un soldado raso.

—Laura, no debería estar contándote esto, pero viendo donde estamos, con el agua hasta el cuello, te seré sincero: desde que nacemos, en nuestra familia se nos entrena para esto. Somos libres de elegir nuestro camino, pero la guerra, esto, está en nuestra sangre, nos llama. Fue nuestro principio y será nuestro final.

—¿Y Martín? Él no es de la familia —preguntó.

—No, es solo un metomentodo que acabó metido en esto y ahora es uno más —dije mirándole mientras dormía.

Cuando mis ojos comenzaban a cerrarse y el alcohol empezó a hacer efecto, la alarma de mi reloj arrancó a sonar. Laura y yo despertamos a Sergio y a Martín y, acto seguido, nos dormimos para aprovechar las pocas horas que teníamos.

A la mañana siguiente, nos despertamos con los gritos de Martín.

—¡Schrödinger! ¡Te has quedado dormido, joder!

—Mierda, ¿qué hora es? —dijo Schrödinger mientras se frotaba los ojos.

—¡Son las once de la mañana! Dimitri y sus hombres ya deben de estar a medio camino de la cima —gritó Sergio, mientras se preparaba para dirigirse a escalar la montaña.

—¿A quién se le ocurre dejar a él solo de guardia? —pregunté poniéndome en pie.

—No, si lo peor es que tienes razón —dijo Sergio, aceptando el error y preparándose para partir, sabiendo que el tiempo que invirtiésemos en discutir era tiempo perdido.

Rápidamente, llegamos al pie de la montaña. Martín entregó a Laura y Schrödinger unos equipos de escalada extra que, por suerte, llevábamos. Los equipos incorporaban un par de piolets y unos crampones que, sin duda, necesitaríamos.

En principio, la meteorología nos parecía favorable, pero al escalar tan solo unos metros, fuertes vientos comenzaron a azotar la ladera de la montaña y a ponernos en serio peligro. Al cabo de estar casi dos horas escalando, decidimos tomarnos un descanso. Nuestros dedos comenzaban a resentirse por el frío, ya casi no podía sentirlos. Mientras descansábamos en una pequeña cueva excavada en la montaña, una sombra pasó volando a toda velocidad hacia la cima. Nos levantamos rápidamente y salimos para ver qué era exactamente aquella sombra, pero cuando miramos al cielo, no vimos nada. Extrañados, volvimos al interior de la cueva para volver a coger los equipos de escalada y seguir hacia la cima.

Justo cuando nos disponíamos a salir, un fuerte estruendo hizo temblar las paredes de la cueva,

dejando caer unos cuantos carámbanos que colgaban del techo. Eché mano a mi fusil esperándome lo peor... y así fue: por la entrada a la cueva apareció Ichak. No tardé en prepararme para disparar, preocupado por cuáles serían las intenciones del dragón, pero Sergio bajó mi arma y se acercó a Ichak.

—Os llevan bastante ventaja.

En ese momento, el fusil se cayó de mis manos. Para mi sorpresa y la de todos, exceptuando a Martín y a Sergio, Ichak habló. Schrödinger cayó de espaldas al suelo por la impresión.

—El viejo se ha quedado dormido —dijo Sergio mirando a Schrödinger.

—Deberíais dejarlo ahí, os frenará.

—Si estamos aquí, es por él.

—Entonces debería devorarlo —contestó Ichak, enfadado.

—Dimitri habría llegado de todos modos. Gracias a él, tienes a alguien de tu lado.

—¿Lo estáis? —preguntó el dragón.

—¿Te parece que no lo estemos? —replicó Sergio.

—Entonces, preparaos... —dijo Ichak, poniendo fin al diálogo entre ambos.

Sin dudarlo, Ichak introdujo una de sus garras en la cueva y sacó a Sergio y a Martín, a los que condujo rápidamente a la cima. Nosotros, por otra parte, quedamos abandonados en la montaña.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté incrédulo, despertando a Schrödinger de un guantazo. Esta vez, en lugar de quejarse, saltó nervioso por la escena.

—Para mí, que un dragón milenario acaba de comunicarse con nosotros —contestó Laura, mientras trataba de asimilar la extraña escena.

—Bueno, pues nada. Vamos para abajo y a esperar a que activen el tercer cristal.

Laura y yo miramos a Schrödinger, quien se apresuró a clavar sus piolets en el hielo.

—¿En serio? Ellos ya habrán llegado a la cima. Para cuando lleguemos allí arriba, habrán activado el cristal o, simplemente, estarán muertos. No hay nada que podamos hacer más que esperar.

Justo al acabar su razonamiento, Schrödinger fue arrastrado por una garra hacia la cima de la montaña. Con una segunda rápida garra, Ichak nos sostuvo a Laura y a mí para sacarnos de la cueva y comenzar a volar más allá de las nubes. En pocos segundos, llegamos a la cima de la montaña, donde Ichak nos dejó caer para después desaparecer entre las nubes.

Cuando me levanté, observé que la cima de la montaña no era más que un llano completamente

cubierto de nieve y duros pedazos de hielo. Sobre este se levantaba un majestuoso castillo, cuyas heladas torres atravesaban las nubes. Desde la lejanía el castillo se camuflaba totalmente y parecía parte de la montaña, aunque esta estaba perfectamente sesgada en su parte superior. En ese momento, vimos a Sergio y a Martín, que inspeccionaban el castillo con los prismáticos.

—¿¡Cómo os podéis callar eso!? —gritó Schrödinger, visiblemente enfadado.

—¿El qué? —preguntó Sergio.

—¡Venga ya! ¡Un dragón milenario os habla y vosotros os lo calláis!

—No nos pareció relevante —contestó Martín, haciendo perder los nervios a Schrödinger, que comenzó a gritar en alemán palabras que prefiero no traducir.

—Pongámonos en marcha, anda —dijo Laura mientras se dirigía hacia el castillo, sonriendo por la escenita de Schrödinger.

Comenzamos a caminar hacia el castillo hasta que finalmente nos plantamos ante su gran y helada puerta. Muy alerta ante la aparición de un nuevo dragón, empujamos suavemente la puerta. Cuando entramos al castillo, observamos que estaba íntegramente construido de hielo, aunque a pesar de sus frías paredes, el clima en su interior era mucho más suave. La increíble arquitectura del castillo era una auténtica obra de arte: una ancha escalera que acababa dividiéndose en dos, hacia izquierda y derecha, al llegar a la pared del fondo, presidía el recibidor del castillo. A cada lado de la escalera había dos largos pasillos, con múltiples puertas que conducían a grandes salas.

Nos dividimos para inspeccionar el castillo, que parecía frío, abandonado y sin vida. Tras unos minutos, fue Schrödinger quien se fijó en un pequeño texto escrito en el idioma indígena del archipiélago; se ubicaba en la pared del fondo justo sobre la escalera. Todos fuimos hacia allí y, una vez subimos la escalera, quedamos mirando la inscripción y esperando la traducción de Schrödinger.

—«Habita aquí, entre gélidas paredes, Fitchlak, señor del hielo».

Capítulo XV

El helado infierno

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

miércoles 3 de enero, 17:49)

Jaime García

Cuando llegué al otro extremo del puente, encontré una isla totalmente desértica. Casi por arte de magia, la temperatura se disparó, asimilándose a la habitual en el Sahara. Evidentemente, supuse que podría encontrar el próximo puente al norte de la isla, ya que, estudiando el archipiélago, había visto que las cuatro islas formaban una especie de cuadrado. Había abandonado la anterior isla en dirección este, por lo que ahora debería dirigirme al norte, así que, sin perder el tiempo, me dirigí hacia allí.

Mientras caminaba, tropecé con una piedra, cayendo así de bruces en la caliente arena. Cuando intenté levantar el pie, noté que quedé enganchado en algo. Aparté la arena para poder liberarme, pero en vez de una piedra o alguna raíz seca, encontré un cuerpo sin vida. Observé que mi pie se había quedado atorado con su cinturón. Mientras lo soltaba, vi que la vestimenta del difunto era la de un soldado vestido de corto y con un uniforme marrón. Estaba muy bien equipado. Supuse que sería uno de los soldados del ejército al que Sergio perseguía... o el que le perseguía a él. Habitualmente, suelen perseguirle a él. Ver muerto al soldado me suponía realmente un consuelo, ya que seguramente fuese una víctima de Sergio. Decidí tomar lo más útil de su equipo y partir hacia el norte.

Justo en ese momento, un terremoto azotó la isla. Me mantuve en pie y preguntándome qué habría sido eso, proseguí mi camino aún más decidido, después de unos segundos. Di tan solo un par de pasos antes de ver cómo el cuerpo del soldado era enterrado por las rápidas y grandes dunas que atravesé durante horas.

Tiempo después, observé algo extraño a lo lejos: unas ruinas rompían el desértico paisaje. Decidí acercarme para ver si encontraba alguna pista. Allí encontré un oasis rodeado por grandes rocas y escombros de unas cuantas torres que se habían derrumbado sobre el cristalino lago que lo presidía. La base de las torres aún se mantenía en pie. La arena había cubierto poco los escombros. Esta destrucción era reciente.

Decidí refrescarme un poco en el oasis, aunque sentía que algo acechaba. No conseguía estar tranquilo y entonces comprendí por qué: junto a una de las orillas del oasis, yacía muerto y desfigurado un enorme y alargado dragón. Me acerqué a él y confirmé que, efectivamente, la vida había abandonado su cuerpo, que parecía formado por húmeda arena que, bajo el Sol,

comenzaba a secarse. En ese momento, parte de los escombros tirados en el suelo comenzaron a temblar mientras algo se hundía rápidamente en la arena. No estaba solo.

Evadiendo problemas, decidí salir de ahí y proseguir mi camino antes de encontrar algo superior a mí entre las dunas. Caminaba con cuidado, con pies de plomo sobre las dunas, sintiendo que en mi camino algo me observaba, me vigilaba esperando el momento adecuado para atacar...

Intenté contactar con Tata para que, utilizando los satélites de la Alpha Force, examinase el subsuelo bajo mis pies. Sin embargo, las comunicaciones no funcionaban. Había algo extraño en este lugar.

Seguí caminando hasta que, horas después, la inevitable noche llegó haciendo caer las temperaturas. Copos de nieve incluso comenzaron a caer y a derretirse sobre la arena. Al enfriarse, los copos comenzaron a pintar de blanco las crestas de las dunas. El desierto estaba a punto de convertirse en un desierto de nieve.

Necesitaba llegar rápidamente al puente y pasar a la siguiente isla, donde supuse que la temperatura sería más cálida. Por suerte, bien entrada la noche la temperatura comenzó a aumentar. En ese momento, llegué a un alto acantilado. La siguiente isla se ubicaba justo al frente, pero el puente había desaparecido. Observé que en el acantilado se incrustaba un mecanismo totalmente destruido. Comprendí entonces que los puentes no siempre se encontraban en el mismo lugar y que seguramente los terremotos eran provocados por la fricción de los mecanismos de los puentes sobre la isla. A pesar del descubrimiento, solo logré chocarme con un nuevo problema: debía cruzar hacia la siguiente isla, pero un ancho canal se interponía en mi camino. Decidí bajar el acantilado y acceder a una estrecha playa que había debajo. Por suerte, encontré una cueva donde pude comer y dormir, reponiendo así mis energías para cruzar el canal.

Cuando los primeros rayos de Sol iluminaron el archipiélago, comencé a prepararme para cruzar el canal. Por primera vez desde que llegué al archipiélago, tuve algo de suerte: grandes pedazos de roca formaban un camino hacia la otra isla. Pero la marea comenzaba a subir y rápidamente el camino se inundaría, por lo que eché a correr y salté de roca en roca, intentando no resbalar y caer al agua. Vete a saber lo que encontraría en ese canal, si es que un par de tentáculos no surgían del agua para arrastrarme a las profundidades...

Poco antes de que la rápida marea inundase el paso, llegué al otro lado. Busqué la manera de llegar a lo alto del acantilado y, en cuanto conseguí escalarlo, decidí otear el horizonte y buscar un posible destino. Frente a mí quedaba un bosque de abetos y pinos, entre otras vegetaciones menores. Entre los arboles destacaba una grandiosa y helada montaña, cuyo pico se perdía entre las nubes. No era necesario ser muy listo para saber que Sergio se habría dirigido a la montaña. Sabía que tardarían bastante en escalarla, así que decidí dirigirme tranquilamente hacia la montaña y esperarles al pie de ella. Total, bajar iban a tener que bajar.

Comencé a caminar, pero a medida que me adentraba en el denso bosque que rodeaba a la montaña, noté cómo la temperatura volvía a descender hasta llevar los grados al negativo. Los árboles y el propio suelo se cubrían de una capa de nieve, que dificultaba seriamente mi travesía.

El tiempo corría por primera vez a mi favor, lo que me permitía descansar de vez en cuando, aunque este hándicap se volvió contra mí cuando media docena de helicópteros OH-6 pasó zumbando sobre mi cabeza en dirección a la montaña. Era evidente que los helicópteros eran propiedad del que rivalizaba con Sergio y, por tanto, también conmigo. Conocía bastante bien a Sergio, a Martín y a Hugo como para saber que encontrarían la manera de hacerse con uno de ellos.

Decidí entonces cambiar mi estrategia y dirigirme hacía el emplazamiento del siguiente puente, compensando así la ventaja que los helicópteros darían a Sergio y al resto. Si no me equivocaba, este debería aparecer al oeste de la isla. Para cuando ellos activasen el mecanismo y el puente permitiese cruzar a la siguiente isla, yo debería estar ya allí.

A medida que iba avanzando, pude ver cómo el bosque iba despertando, cómo pequeñas ardillas comenzaban a saltar entre los árboles y cómo blancos conejos salían, recién despertados, de sus madrigueras. Me sumergí en un paisaje idílico, totalmente distinto al que había encontrado en las anteriores islas. Pero, aun así, no bajé la guardia ni un solo instante. Sabía que cualquier tipo de criatura podría esperarme a la vuelta de la esquina.

Comprendí que, con el color negro del traje, aquel que por defecto portaba, me convertía en un blanco fácil. Un punto negro en la blanca nieve. Si había algo intentando cazar el desayuno, ya te digo que yo iba a parecerle un fácil objetivo. Utilizando el camuflaje adaptativo, me mimeticé con la nieve del mismo modo que hacían los blancos conejos y avancé en dirección oeste.

Tras horas caminando entre los árboles y sobre la nieve, llegué a un ancho y congelado río, que partía desde la montaña. La capa de hielo que lo cubría era lo suficientemente gruesa como para soportar mi peso, así que decidí cruzarlo a pie. Cuando caminaba sobre el hielo, pude ver cómo la vida fluía debajo. Los peces nadaban apresurados río abajo, el miedo se denotaba en sus coletazos y, entonces, otro terremoto azotó el archipiélago.

Caí de culo en el frío hielo, provocando que, poco a poco, comenzase a agrietarse.

—¡Me cago en la puta! —exclamé.

Rápidamente, me levanté y corrí, hundiendo a veces mis pies en el agua, pero finalmente conseguí lanzarme hasta la otra orilla... justo antes de que la corriente arrastrase los fragmentos de hielo río abajo, permitiendo que el agua volviese a fluir libremente.

—Tenía que ser justo cuando yo estaba pasando —dije mirando mis empapados pies y esperando que el agua no calase hasta mis dedos. Prefería no perderlos. Llamadme loco, pero les tengo cariño. Al pequeño quizá algo menos, porque únicamente lo uso para localizar muebles por la noche y no, no es agradable.

Aun así, respiré aliviado por no haber sido arrastrado río abajo por la gélida corriente, aunque sabía que tendría que darme prisa para llegar al puente antes que Sergio. Volví a levantarme y eché a correr, suponiendo que ellos estarían ya de camino, pero segundos después me detuve. Frente a mí, sobre una enorme roca, un gran lobo blanco fijaba su gélida mirada en mí mientras, poco a poco, mostraba sus largos colmillos. Pude ver cómo la maleza que nos rodeaba comenzaba a moverse y cómo numerosos ojos amenazantes se clavaban en mí.

—Eh... Adiós —dije pensando qué hacer por unos segundos.

Tomé una decisión ciertamente tonta y eché a correr, intentando escapar de los lobos, pero, como era de esperar, ellos eran más rápidos y conocían mucho mejor que yo el bosque. No tardaron en echarse encima.

Los lobos me cercaban y cerraban todas las posibles vías de escape. Me rodeaban, esperando el momento de lanzarse sobre mí desde todos los ángulos y, si ese momento llegaba, no tendría escapatoria posible. Acabé llegando a un pequeño claro sin maleza, únicamente había nieve. Los lobos aparecían desde todas las direcciones y yo estaba solo. Me rodeaban en el claro y de nuevo tenía que decidir: volver a correr por el bosque o enfrentarme a ellos. Ya sabía cómo iba a acabar la cosa si corría, así que comprendí que no tenía otra salida más que usar mis armas.

Rápidamente, tomé mi fusil y miré la pantalla bajo la mira en la que se mostraba la munición del cargador. Sustituí su cargador original por otros verdes y, levantando el fusil, apunté a los lobos. Sin darme un segundo a respirar, ellos se lanzaron hacia a mí y comencé a disparar. La mayoría cayó mientras corrían hacia a mí, aunque me vi obligado a quitarme de encima a más de uno, a base de rápidas cuchilladas y un par de tiros de mi pistola. Finalmente, todos acabaron en el frío suelo.

Una vez estuve a salvo, me acerqué a uno de los lobos que yacían junto a mí. Coloqué mi mano en su lomo y sentí su relajada respiración. Por suerte, la munición no letal del cargador había sido suficiente para mandarlos directos a un largo y placentero sueño, aunque hubo otros a los que tuve que herir irremediablemente de muerte. Uno de ellos lloraba, aún moribundo en el suelo, derritiendo la nieve con su sangre. Me acerqué y de un tiro en la cabeza puse fin a su sufrimiento. Era curioso, no tenía remordimientos por matar a soldados, pero sufría acabando con la vida de los lobos. Supongo que en mi infancia, a Alma y a mí nos enseñaron a matar a hombres, no a animales. Los hombres se enfrentan a ti por elección, se arriesgan a morir. Los animales lo hacen por instinto, porque es lo que deben hacer. Aunque, a veces, eligen a la presa equivocada.

Volví a cargar la munición letal por si me encontraba a algo o alguien a quien no me diese tanta pena abatir y abandoné el claro para retomar mi camino hacia el puente. Minutos después de retomar mi camino, llegué a una nueva ciudad, idéntica a la que encontré en la primera isla, pero completamente construida en hielo.

—¿Seguro que esto no es un parque de Disney? —pregunté mirando atentamente los edificios y sin descartar la aparición de un muñequito de nieve parlante.

Me habría gustado poder echarle un vistazo más detenidamente a la fría ciudad, pero debía abandonarla rápidamente si quería alcanzar a Sergio. Mientras la atravesaba, escuché cómo un caballo relinchaba asustado. Sin dudarlo, fui a ver qué pasaba y encontré a un blanco caballo de pelo largo, que estaba arrinconado por dos lobos.

—Oh, vamos. Me vais a dejar sin munición no letal —me quejé sustituyendo de nuevo los cargadores para dar dos tiros a los lobos, que cayeron abatidos tras un agudo quejido. Me acerqué al caballo, que, asustado, respiraba ajetreadamente.

—Eh, eh, tranquilo. Si quisiese hacerte daño, ya lo habría hecho —dije mientras comprobaba que ningún lobo se encontraba el acecho; sabía que aún me estarían siguiendo, buscando su oportunidad. Esos cabrones pueden ser muy persistentes.

—Anda, va, márchate, hoy ha sido tu día de suerte —dije, rozando lentamente la ternilla del caballo antes de volver a caminar hacia las afueras de la ciudad. La abandoné acto seguido, pero cuando miré atrás, volví a ver al caballo, que me había seguido entre los edificios. No se cómo ni cuándo me gané su confianza. Quizá el haberle salvado la vida tuvo algo que ver.

—¿Es que quieres venir conmigo?

El caballo relinchó sacudiendo su crin.

—Bien, más te vale no jugármela —dije para, con cuidado, subir a su lomo y mantener ahí el equilibrio, esperando que intentase arrojarme al suelo. Pero no, él se mantuvo tranquilo, esperando a que yo estuviese listo.

Sostuve su blanca crin y, sin casi darme cuenta, acabé cabalgando por la fría nieve en dirección al puente. Era placentero no estar solo y, además, contar con alguien capaz de atravesar rápidamente el nevado bosque y los blancos claros. Juntos, alcanzaríamos a Sergio en un abrir y cerrar de ojos.

Capítulo XVI

Fuego y hielo

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

jueves 4 de enero 13:32)

Sergio García

—«Habita aquí, entre gélidas paredes, Fitchlak, señor del hielo».

—Pues parece que se mudó hace tiempo —dijo irónicamente Martín tras la traducción de Schrödinger.

—Hombre, para ser sinceros es raro que no nos haya recibido ya —opinó Laura.

—Con el pedazo de castillo que tiene, raro sería que estuviese esperándonos en la puerta —afirmé.

—Pues menudo anfitrión...

—¿Y qué esperabas? ¿Que un dragoncito mayordomo te trajese una copa de champagne? —preguntó Laura.

—Eso no habría estado nada mal —respondió Martín.

—Prefiero pasar desapercibido y no tener que vérmelas con ningún dragón.

—A mí me gusta esa opción —dijo Schrödinger apoyando a Hugo.

—No te hagas ilusiones, sabes que estas cosas nunca son fáciles —dije antes de tomar el mando de la situación.

—Bien. Separaos y buscad el cristal; tiene que estar en el castillo. Permaneced atentos a todo, algo me dice que Fitchlak está con nosotros.

Comenzamos a buscar el cristal, pero parecía que, al igual que Fitchlak, también había desaparecido. Peinando el castillo sala por sala, llegamos a las torres más altas, aquellas en las que se solía esconder a las princesas. Sin embargo, no encontramos más que gélidas paredes y obras de arte talladas sobre el mismo hielo. Una de esas obras parecía reflejar a una pareja frente a la Torre Eiffel. En los balcones de Trocadero, ella, de cabellos cortos, abrazaba a su amado con una sonrisa en el rostro. ¿De dónde cojones había salido esto? Sus vestimentas eran bastante

actuales. No tenía sentido alguno. Sin llegar a comprenderlo, pero entendiendo que aquella obra de arte tallada en el hielo era irrelevante, volví exasperado al recibidor, donde comencé a caminar de un lado a otro, intentando desesperadamente encontrar la respuesta al enigma que se nos planteaba.

Mientras subía las escaleras frotándome pensativamente la nariz, una fría corriente de aire me hizo estremecerme. Observé que la corriente partía desde la pared donde habíamos encontrado la inscripción. Volví a acercarme a la pared para pasar la mano sobre ella y entonces lo pude notar: una fría corriente de aire salía del interior de la pared. En ese momento, no pude contener la alegría.

—¡Es una puerta!

Hugo apareció a la carrera.

—¿Qué ha pasado?

—Hugo, corre, ven aquí y empuja —dije queriendo hacer uso de su fuerza.

Rápidamente, Hugo se situó junto a mí y comenzamos a empujar. Los demás, que llegaron unos segundos después, nos miraban extrañados mientras subían lentamente la escalera. Pero sus expresiones cambiaron en cuanto la gélida puerta cedió mostrándonos otra gran escalera.

Con una sonrisa en nuestros rostros, comenzamos a subirla viendo a lo lejos un pequeño umbral por el que accedía la luz. La escalera era bastante más larga que la que habíamos encontrado en el recibidor; de hecho, atravesaba totalmente el castillo de punta a punta. Tras unos minutos subiendo escalones, el umbral se hizo más y más grande y, al atravesarlo, llegamos a una enorme sala rodeada por docenas de espejos incrustados en las paredes. Sobre estos, encontramos distintas inscripciones que Schrödinger comenzó a traducir mientras nosotros buscábamos el cristal.

Estaba claro que la gran cantidad de cristales que había en la sala no era casualidad. Todo parecía milimétricamente calculado. Justo en el centro de la sala, encontramos en el techo un enorme y puntiagudo carámbano de hielo. Pero, aun así, seguíamos sin lo más importante: un rayo de luz. Justo al fondo de la sala, divisamos un enorme balcón desde el que se tenía una vista privilegiada de la isla y de todo el archipiélago. Me quedé allí un momento, observando en silencio... Desde allí arriba, todo aquel lugar parecía un paraíso.

Tomé los prismáticos y eché un rápido vistazo al resto de las islas, siendo atraído por cuatro enormes piedras preciosas que flotaban sobre el mar en el centro del archipiélago. Las piedras roja y amarilla se elevaban sobre la blanca y la azul, a la vez que brillaban con luz propia. Roja como el fuego, amarillenta como la arena. ¿Tendrían algo que ver con los haces de luz que los cristales desprendían? Algo me dijo que sí, pero ¿qué sucedería cuando las cuatro piedras se elevasen? La respuesta pasaba únicamente por llegar hasta el final del camino.

—Menudas vistas, ¿eh?

Miré a mi lado y vi a Laura apoyada sobre la barandilla de hielo del balcón, observando la

plenitud del archipiélago.

—Las más bonitas que he visto —dije fijando mi mirada en ella.

Por un momento, nuestras miradas se cruzaron. Ella reía mágicamente mientras yo sonreía tontamente, centrado completamente en la belleza de sus azulados ojos. Tardé un poco en volver en mí, pero finalmente lo hice.

—Deberíamos volver dentro, no parece que aquí vayamos a encontrar nada...

—¿Y esa cristalera? Quizá tenga algo que ver con el rayo que necesitamos.

Miré hacia arriba y vi una pequeña y redonda cristalera.

—Puede ser una solución, pero no tenemos tiempo para esperar, hay que buscar otra forma.

Tras esto, volvimos al interior, donde Martín y Hugo miraban los espejos mientras Schrödinger seguía traduciendo.

—¿Algo nuevo, Schrödinger? —pregunté.

—Puede ser interesante. Estas escrituras parecen explicar el origen del meteoro.

—No tiene sentido ¿Por qué ponerlas aquí y no en los otros templos? Hay algo que se nos escapa —pensó Laura voz alta.

—¿Qué tienes por ahora? —pregunté a Schrödinger.

—Resumiendo un poco: puedo decirte que, según estas escrituras, el meteoro llegó desde el cielo, pero no lo hizo solo.

—¿Cómo? —pregunté extrañado.

Al escuchar esto, Hugo y Martín se acercaron a nosotros.

—Según esto, el meteoro llegó de la mano de los dioses, dos dioses que descendieron desde el cielo, dioses de destrucción.

—¿Y dónde están esos dioses? —preguntó Martín.

—Muertos, al parecer. Los indígenas robaron sus armas y los asesinaron. O, al menos, eso creo.

—Si les robaron las armas, deberían poseerlas.

—Armas tan poderosas como para derrotar a los dioses. Y a Emplubik —dijo Schrödinger interrumpiendo a Martín.

—Si encontramos las armas, tendremos alguna probabilidad de salir vivos de aquí —dijo Hugo esperanzado.

—Según Dimitri, el jefe de los indígenas se sacrificó para derrotar a Emplubik. Si también usó esas armas, probablemente igualmente fueron destruidas —explicó Laura.

—No, el arma está aquí, oculta en el castillo.

Todos miramos sorprendidos a Schrödinger, pero había algo que aún me intrigaba.

—¿Y esto de aquí? —dijo Hugo señalando unas viñetas grabadas en el hielo que Schrödinger aún no había traducido.

—Solo se relata la visita de uno de los dioses, que fue derrotado y encarcelado por los dragones a los que nos enfrentamos.

Me acerqué a la pared, intentando confirmar la historia de Schrödinger, aunque recordé que no era capaz de entender aquel extraño dialecto.

—No fueron creados por accidente, fueron creados para derrotar a un dios.

Todos retrocedimos asombrados y es que nos enfrentábamos a poderes que desconocíamos. Nos alejamos de Schrödinger, mientras él seguía traduciendo y apuntando en su libreta.

—¿Creéis que es cierto? No es más creíble que la mitología griega —pregunto Laura.

—En casa no lo habría creído, pero tampoco lo habría creído si me hubieras dicho que estaría enfrentándome a dragones en las Bermudas —respondí a Laura.

—Pero ¿por qué entregar el meteoro a los humanos si la intención de los dioses era destruirlos?

—El meteoro llegó antes que los dioses. Ellos querían recuperarlo —respondió Schrödinger a la pregunta de Hugo.

—Les dieron el conocimiento de los dioses y, después, se lo intentaron arrebatar... ¿Por qué? —preguntó Laura.

—Si tuviese todas las respuestas, no estaríamos aquí. Centrémonos en seguir avanzando. La mitología no es más que pasado y con el pasado nada podemos hacer. Centrémonos en salir de aquí con vida y evitar que Dimitri se salga con la suya —dije, decidido a dejar que Schrödinger siguiese traduciendo mientras buscábamos la manera de iluminar el cristal azul.

Mientras caminábamos juntos, Martín resbaló levantando una de las losas circulares que se ubicaban en el centro de la sala. Dimos un salto hacia atrás mientras esta se levantaba, mostrando una escalera que parecía llevar a una sala inferior. Sin dudarlo, bajamos sus escalones, encontrando un pequeño habitáculo circular en el que solo se apreciaba una pequeña hoguera junto a una lupa orientada hacia un cristal.

—Hugo, enciende la hoguera —dije mientras volvía a la sala de los espejos, seguido por Martín y Laura.

Cuando llegamos arriba, mis sospechas se confirmaron: uno de los espejos reflejó el rayo

provocado por la hoguera, proyectándolo a su vez en otro de los espejos de la sala. Instintivamente, me acerqué al espejo y lo empujé desde uno de sus laterales, dirigiendo así el rayo a través de la sala. La luz rebotaba continuamente en los espejos y, con la ayuda de Martín y Laura, comenzamos a especular con ellos, situándolos de manera que todos reflejases el blanco rayo que cruzaba la sala.

Conseguimos reflejar el haz de luz en todos y cada uno de los espejos, pero aun así no pasó absolutamente nada.

—No tiene sentido. Ahora debería suceder algo, ¿no? —dije desesperado.

Laura miró entonces al techo y rápidamente se lanzó hacia el último de los espejos que iluminamos.

—La estalactita no está ahí por casualidad. Seguro que podemos dirigir el rayo hacia ella de alguna manera —dijo mientras empujaba el espejo.

Sabiendo que muy seguramente Laura tuviese razón, comenzamos a empujarlo junto a ella. Para nuestra sorpresa, el espejo comenzó a ceder y a tumbarse, dirigiendo lentamente el rayo hacía la estalactita. Finalmente, la estalactita amplificó el rayo proyectándolo hacia el suelo. La losa circular que estaba justo en el centro de la sala comenzó a orientarse hacia el ventanal situado sobre el balcón. El rayo atravesó el ventanal y, segundos después, un fuerte terremoto volvió a sacudir el archipiélago. Cuando se detuvo, Schrödinger se acercó a nosotros y Hugo apagó la hoguera, volviendo segundos después a la superficie.

—Deberíamos salir de aquí antes de que llegue Dimitri —sugirió Schrödinger, mientras retrocedía para abandonar la sala y salir del castillo.

Justo en ese momento, el castillo comenzó a temblar y el enorme balcón se acabó quebrando en miles de pedazos. En ese momento, una gélida pared de hielo se levantó en su lugar. Segundos después, nos dimos cuenta de que no era una pared... sino que se trataba de Fitchlak, señor del hielo. Con curiosidad, asomó su enorme cabeza, nos miraba amenazante. Quedamos helados por su mirada, intentando no hacer movimientos bruscos. Por desgracia, él no era un T-Rex. Schrödinger echó a correr, llamando así la atención de Fitchlak, que atravesó la sala con una de sus garras, lanzándonos en diferentes direcciones.

Quedé conmocionado tras el impacto que me hizo atravesar las paredes del castillo. Cuando me levanté, me encontraba en otra sala totalmente distinta. Sin puertas ni ventanas, sin más escapatoria que el agujero que yo mismo había provocado en la pared. Al levantarme, miré a mi alrededor, esperando encontrar a alguien, pero lo único que encontré fue una lanza clavada en el suelo de la extraña sala con la punta hacia arriba. Esta lanza iluminaba toda la sala... y también mis ojos. Casi hipnotizado, me acerqué a ella y la levanté provocando que las líneas de luz que atravesaban la sala se desvanecieran lentamente. La lanza, que estaba forjada en un material que jamás había visto, se asemejaba a un tridente. Una alargada y ancha hoja azulada con dos pequeños pinchos de oro a sus lados. La levanté y vi cómo se iluminaba. Con un rápido movimiento, moví la lanza hacia adelante, disparando esta un azulado rayo que destrozó otra de las paredes de la sala. Sorprendido, agarré fuertemente la lanza y me dirigí hacia el agujero de la pared que daba directamente al exterior.

Miré hacia abajo. Tal y como esperaba, encontré a mis pies una gran caída... y a Fitchlak. Me di la vuelta, intentando encontrar otra salida, pero en ese momento escuché un fuerte rugido. Volví a mirar a través del agujero y vi a Martín y a Hugo tirados en el suelo, mientras Fitchlak se preparaba para rematarlos.

—¡Joder, joder, joder! ¡Aaaaaaah! —grité, a la vez que cogía carrerilla para lanzarme en picado a por Fitchlak.

Cuando llegué a la altura de Fitchlak, conseguí clavar la lanza en su espalda, alejándolo de Hugo y Martín, que lograron escapar mientras Fitchlak se estremecía de dolor, balanceándome de un lado a otro.

Finalmente, la lanza acabó cediendo y se desprendió, cortando la escamosa piel del dragón. Yo, por mi parte, caí al suelo quedando seriamente herido por el golpe. Antes de que Fitchlak pudiera encontrarme, Martín y Hugo me pusieron a cubierto.

—¿Estas bien? —preguntó Martín.

—¡Creo que me he roto el coxis! —grité con una clara expresión de dolor en el rostro.

—Vamos, que te has roto el culo —dijo Martín entre risas.

—El coxis no sé, pero estoy seguro de que ese hombro no debería estar ahí —indicó Hugo.

Me miré el hombro y me di cuenta de que se encontraba dislocado, debido al golpe. En ese momento, el sonido de varios helicópteros nos distrajo. Laura, acompañada por Schrödinger, entró en escena armada con un fusil. Los hombres de Dimitri acababan de llegar, estábamos rodeados de helicópteros OH-6. Justo en ese momento, un misil impactó junto a nosotros.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Dejemos que ellos se encarguen de Fitchlak —dije mientras me levantaba aun algo dolorido.

—¿Estás loco? ¡No puedes bajar la montaña con el hombro así! —dijo Laura, preocupada.

Pero yo solo pensaba en el éxito de la misión, así que agarré la lanza llevándomela a la boca y me coloqué el hombro en su lugar.

—¡Hay que irse de aquí, vamos! —dije mientras abandonaba la cobertura, ignorando la batalla que el ejército de Dimitri libraba contra Fitchlak a escasos metros de nosotros.

—¡Decidle algo! —insistió Laura.

—Es mejor dejarlo, es demasiado cabezón como para parar ahora —dijo Martín antes de seguirme.

Tras atravesar el campo de batalla, llegamos al borde de la montaña, donde encontramos un gran helicóptero de transporte del que los soldados de Dimitri sacaban numerosas armas. Junto al helicóptero, vimos un gran número de paracaídas apilados en el suelo.

—Esa parece ser nuestra mejor vía de escape —indicó Martín.

—¿Y cómo nos hacemos con el helicóptero? Hay demasiados hombres y no tenemos apenas cobertura alguna —puntualizó Hugo.

—Dejadme eso a mí.

En ese momento, me levanté quedando al descubierto. Cuando los hombres de Dimitri me vieron, se apresuraron a dispararme, pero con un rápido movimiento lancé un rayo hacia el helicóptero, haciéndolo volar por los aires junto a los soldados.

Todos quedaron impresionados por la nueva arma; seguramente se trataba de la que nos había hablado Schrödinger en el castillo. Aun así, solo pudieron replicarme la destrucción del helicóptero.

—¿Quieres explicarme cómo vamos a salir de aquí ahora? —respondí a la pregunta de Schrödinger mientras recogía y me ponía uno de los paracaídas.

—No pienso montarme en un helicóptero de ese tamaño cuando sabemos lo que podemos encontrar. Hemos sobrevivido a una caída, no tentemos a la suerte —dije mientras me colocaba uno de los paracaídas.

—¡Oh no, no pienso tirarme en paracaídas! —gritó Schrödinger.

—David, ¿de verdad tenemos que pasar por esto? Tú me dirás que no piensas hacerlo, yo te dejaré aquí y acabarás saltando asustado por la batalla que se está librando a tu espalda —dije señalando con la mano abierta a los hombres de Dimitri que se enfrentaban a Fitchlak, quien los congelaba con su gélido aliento, rodeando así el palacio de estatuas de hielo.

—También es verdad —dijo Schrödinger, resignándose mientras me quitaba un paracaídas de las manos.

Tras esto, nos pusimos los paracaídas y abandonamos la montaña viendo cómo el ejército de Dimitri sometía a Fitchlak con extrañas armas eléctricas. El dragón, oponiendo resistencia, clavaba las rodillas en el suelo para finalmente caer inconsciente, abatido.

Ichak no había siquiera hecho acto de presencia en esa batalla y casi que daba las gracias. Comprendía quizá que las fuerzas de Dimitri eran demasiadas para detenerlo. Además, una batalla entre hielo y fuego habría acabado convirtiendo el castillo en una cascada de agua que nos habría arrastrado montaña abajo. Creo que Ichak comprendió que encerrar a Emplubik fue un error, que el único modo de salvar al mundo de aquel monstruo al que tanto temía era acabar con él. Acabar con él, antes de que Dimitri le encontrase.

Viendo cómo el resto se preparaban para saltar, aparté la mirada de los hombres de Dimitri y salté al vacío a la carrera. Caímos durante unos segundos y luego abrimos el paracaídas, justo antes de llegar al pie de la montaña. Una vez allí abajo, vimos cómo los helicópteros de Dimitri abandonaban la cima de la montaña atravesando las nubes en dirección a la siguiente isla.

En ese momento volvimos a escuchar cómo el convoy de jeeps arrancaba para seguir a los helicópteros por tierra. Justo antes de que el último de los camiones abandonara la montaña, conseguimos hacernos con él abatiendo al conductor y más tarde a los soldados en su interior. Subiendo de un salto al camión, introduje las llaves y, arrancando el motor, nos dispusimos a seguir al convoy de Dimitri.

—Vamos a tener que adelantarles antes de llegar al puente. Seguro que intentarán volarlo por los aires.

—Eso si ya saben que estamos vivos… —respondí a Martín.

—¿Quién si no iba a hacer estallar uno de sus helicópteros?

—¿Quizá el dragón con el que estaban luchando? —respondió Hugo mientras yo colocaba la lanza a mi lado.

—Con llegar a la otra isla, me basta. Pero agarraos, va a ser un viaje movidito —aseguré antes de soltar el embrague y levantar la nieve para alejarnos de la montaña.

Capítulo XVII

La isla flotante

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

jueves 4 de enero, 15:12)

Laura Ascanio

Abandonamos la montaña acelerando rápidamente para recorrer los nevados caminos de la isla, que a medida que nos alejábamos de la montaña, iban haciéndose más cálidos. No tardamos mucho en llegar donde estaba el resto del convoy de Dimitri, para que así, empezase la acción.

—Hugo, coge el volante —dijo Sergio tomando la lanza.

—¿Por qué yo? Que conduzca Schrödinger —se quejó él.

—¿De verdad quieres dejarle al volante?

—No. Pero... ¿y Martín? —respondió a Sergio después de pensárselo mejor.

—A ver cómo te enteras de que eres como un ladrillo de hormigón. Lo tuyo no es saltar entre camiones —dijo Martín dirigiéndose a la parte de atrás del camión para desde allí comenzar a disparar a las ruedas de los jeeps, que después de un par de vueltas de campana, acababan inevitablemente en la densa nieve.

Mientras tanto, Schrödinger se sentó junto a Hugo y comenzó a leer aquel extraño libro que habíamos encontrado, como si el tiroteo en el que estábamos inmersos no tuviera que ver con él. A medida que avanzábamos por la isla, la densidad de la nieve comenzaba a disminuir a la vez que esta se derretía lentamente. Justo antes de llegar al puente, comenzamos a ver los primeros brotes. En ese momento, Hugo dio un fuerte volantazo. Habíamos llegado al borde de la isla.

—¿¡Que cojones haces!? —gritó Martín tras caer al suelo.

—¡Evitar que nos despeñemos!

Levantando la mirada, observé que a nuestra derecha no había más que un enorme precipicio que llevaba directo al mar. A nuestra izquierda, camiones que se acercaban amenazantes para intentar tirarnos por el precipicio. Uno de los camiones impactó en nuestro lateral, tirándome de bruces al suelo del camión y llevando las ruedas derechas al borde del precipicio.

Martín se levantó rápidamente con un ágil salto y, junto a Sergio, siguió disparando por el flanco

izquierdo. Al levantarme, pude ver cómo el eje del camión estaba a punto de caer al agua. Desesperada, decidí descolgarme por el lado del precipicio y subir a lo alto de la cabeza del camión. Con un ágil salto, llegué al camión que nos acosaba a la izquierda y descolgándome por su perfil izquierdo utilicé la inercia para romper el cristal y rodear el cuello del conductor intentando ahogarlo con mis piernas. Saqué la pistola con la mano que me quedaba libre y disparé al copiloto en el oído. Cuando finalmente conseguí ahogar al conductor, guardé el arma y abrí la puerta, dejándolo caer al suelo. Con un simple movimiento de cadera, cerré la puerta y me dejé caer hacia el interior del camión. Cogí el volante tras apartar el cuerpo del copiloto y separé el camión de Hugo, dándole así un poco de aire.

—¿Cuál es el plan? ¿Qué piensas hacer ahora?

Asustada, miré hacia atrás y vi a Sergio hablándome desde una pequeña rendija a la parte trasera del camión, repleta de cadáveres que Martín observaba cuidadosamente.

—¿Crees que iba a dejar que vinieras sola? ¿Qué se supone que ibas a hacer con todos estos?

Contando rápidamente, vi que yacían en la parte trasera media docena de cadáveres.

—Lo tenía todo planeado.

—Sí, claro. Pero sigues sin decirme qué piensas hacer con el camión —dijo Sergio mientras se deslizaba hacia el asiento del copiloto por el estrecho y alargado orificio en el que debería haber un cristal; no estaba porque había sido destruido durante el tiroteo.

—Podríais haber saltado antes, ¿no? —pregunté.

—Estaba esperando a ver si tenías iniciativa...

—¿Quieres iniciativa? ¿Tienes una granada?

—¿No estarás pensando lo mismo que yo? —preguntó sonriente mientras se libraba del cuerpo del anterior copiloto arrojándolo a la carretera, que se convertía ya en un camino de piedra.

Sin decir palabra alguna, comencé a golpear los camiones y jeeps de Dimitri, enviándolos precipicio abajo o contra los árboles que adornaban la parte izquierda del infernal camino. Hugo, mientras tanto, nos seguía de cerca.

—Tenéis claro que esto no son los coches de choque y que yo sigo aquí atrás, ¿¡verdad!?

—Calla, que Laura se está divirtiendo —dijo Sergio riendo en respuesta a Martín.

—Si sigue así, va a reventar el camión —argumentó Martín para que, segundos después, llegásemos a una agrupación de cinco camiones que transportaban un buen número de explosivos.

—Tranquilo, que ya estamos aquí ¿Estás listo? —dije mirando a Sergio a los ojos.

—Vamos a ello.

Tras la contestación de Sergio, me acerqué a la agrupación. Conseguí introducir la parte delantera del camión entre los dos camiones del final, que nos cerraron el paso dejándonos aprisionados.

En ese momento, Sergio y yo abrimos las puertas y nos subimos al capó del camión, dejando que ellos tirasen de nosotros. Sergio sacó una granada de su cinturón y la enganchó como pudo entre los limpiaparabrisas del camión. Tiró de la anilla y rápidamente salimos corriendo por el techo del vehículo para saltar sobre el camión que conducía Hugo, el cual frenó rápidamente para intentar alejarse de la explosión.

—¡Cabrones! ¡Eso se avisa! —dijo Martín al encaramarse casi de milagro al capó del camión, que esquivaba los restos de la explosión.

Al explotar, los explosivos provocaron un derrumbamiento que acabó con gran parte del camino y mucho de los camiones y jeeps del convoy se precipitaron inevitablemente hacia el vacío. Los que sobrevivieron pararon por un momento, asombrados ante la magnitud de la explosión.

Mientras tanto, Hugo, rápido de visión, localizó un pequeño hueco entre árboles en el que meter el camión y comenzó a adelantar al convoy mientras esquivaba los anchos troncos de los abetos. Solo cuando adelantamos a la cabeza, el convoy se percató de nuestra presencia y comenzó a perseguirnos.

Como era de esperar, los jeeps más rápidos acabaron por cogernos. Comenzaron a disparar a Hugo, que se vio obligado a reducir la velocidad para no acabar mandándonos al precipicio. Nos quitamos de encima a los jeeps, pero ya era tarde: los camiones nos habían alcanzado y un gran número de soldados comenzaron a cruzar a nuestro camión, quedando sobre su techo. Martín y Sergio subieron al techo del camión y comenzaron a enfrentarse a ellos, mientras yo disparaba a los conductores de los camiones y los jeeps intentando frenarlos. Justo en ese momento, llegamos al puente.

A pesar de que no estaba como para distracciones, un hombre a lomos de un blanco caballo que miraba la escena con una pasividad admirable llamó mi atención.

Martín y Sergio contenían a los soldados en el techo del camión, pero no era suficiente.

—¡Mira que lo dije! ¡Coge el volante!

—¿Yo? Pero, ya has oído a Sergio —respondió Schrödinger quitándose las gafas.

—Suelta ese libro y conduce. Ahora sí que les va a hacer falta un ladrillo —dijo Hugo, arrebatándole el libro para dejar a Schrödinger al volante y subir a ayudar.

Nada más subir, Hugo corrió hacia los soldados sobre el camión y, junto a Sergio y Martín, comenzó a lanzarlos hacia los jeeps, que poco a poco nos rodeaban más y más.

Cuando llegamos al final del puente rodeados por una nube de vehículos enemigos, encontramos una bifurcación. Sin motivo evidente, Schrödinger tomó el camino de la izquierda, apartando a los jeeps en el lateral, que más allá de seguirnos, giraron a la derecha.

«¿A dónde van?», me pregunté a mí misma, sospechando de la situación ¿Sabían algo que nosotros no?

Un soldado rompió mi reflexión al caer gritando desde el techo del camión. Decidí subir a echar una mano. Al hacerlo, encontré a Sergio, Martín y Hugo luchando contra los soldados. Debido a la interrupción del flujo constante de hombres y a mi ayuda, acabamos rápidamente con todos los soldados restantes y por fin pudimos respirar aliviados.

—¿De dónde sacan a esos tíos? A veces no lo entiendo, es como si tuviesen un respawn en alguna parte. No se acaban —dijo Martín, algo exhausto.

—Te dije que dejases las cachimbas —dijo Sergio al verlo.

—Anda y vete a tomar por culo —espetó volviendo al camión.

Cuando volvimos a bajar al interior del vehículo, Sergio tomó el volante y nosotros nos quedamos en la parte trasera. Habíamos dejado atrás los precipicios y ahora nos introducíamos en una isla con un paraje singular. No encontramos árboles, sino simples brotes de verde hierba que, poco a poco, se convertían en altos pastos.

—¿Por qué se marcharían? —pregunté, aún extrañada.

—Se habrán quedado sin hombres —respondió Martín.

—¿Alguna vez los has visto hacer eso?

—Pues no, pero para todo hay una primera vez ¿A que sí, Laura? —respondió Martín, mirándome pícaramente.

Cuando llevábamos unos minutos atravesando la isla, vimos un gran muro de piedra que parecía cercar una parte de la isla. El muro era de gran anchura y altura, prácticamente infranqueable.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Schrödinger

—Tiene pinta de que nos volverá a tocar escalar.

—Tardaríamos menos en rodear el muro —puntualicé ante la afirmación de Hugo.

—¿Y si lo que buscamos está ahí dentro?

—Entonces encontraremos la entrada —dijo Sergio respondiendo ante la pregunta de Martín.

En ese momento, un estruendo singular y reconocible rompió la conversación.: un helicóptero completamente armado apareció a nuestras espaldas y comenzó a disparar sin cese. Rápidamente, Hugo, Martín y yo comenzamos a subir las chapas metálicas de los laterales del camión, cerrándolo completamente a cal y canto, pero las fuertes balas del helicóptero atravesaban el metal. Nos tiramos al suelo mientras Sergio intentaba esquivar los disparos del helicóptero, zigzagueando de un lado a otro.

—¡No tenemos escapatoria! ¡No hay cobertura alguna! —gritó Schrödinger.

—¿Eso de ahí es una grieta? —preguntó Sergio.

Martín levantó la cabeza y echó un vistazo.

—¡No! ¡Estás loco! ¡Nos vas a matar!

—¡Ya estamos muertos! ¡Agarraos a donde podáis!

Sergio comenzó a acelerar en dirección hacia una pequeña grieta en el muro. Al llegar al muro, puso el camión a dos ruedas con una rápida maniobra y, rozando el camión a la vez que se levantaban chispas como para quemar los pastos, atravesó la gruesa pared. Cuando perdimos el apoyo de las paredes y nos liberamos de su fricción, el camión acabó dando varias vueltas de campana y dejándonos a todos un poco conmocionados.

—¿Todos bien? —preguntó Sergio, abandonando el camión después de patear la puerta.

Hugo, Martín y yo respondimos afirmativamente, pero Schrödinger quedó tendido en el suelo. Rápidamente fuimos en su ayuda

—¡Vamos, David, arriba! —dijo Martín mientras ayudaba a levantarse a un magullado Schrödinger

—Llegará el día en el que me matéis en una de estas.

—No caerá esa breva —respondió Martín.

—Deberíamos escondernos, el helicóptero no tardará en sortear los muros —dijo Hugo mientras miraba a nuestro alrededor.

Nos dimos la vuelta buscando un lugar donde refugiarnos, pero no encontramos nada más que verdes prados que se alzaban sobre nuestras cabezas y un enorme cráter oscurecido por una sombra aún mayor.

—Al menos, podremos escondernos en los altos pastos —dijo Sergio.

—¡Dios mío!

Tras el grito de sorpresa de Martín, no pude evitar mirarle. Observé que todos miraban sorprendidos hacia el cielo y solo al levantar la cabeza entendí por qué: una enorme isla se levantaba sobre nosotros, flotando apaciblemente en el cielo como si de un truco de magia se tratase.

En ese momento, el helicóptero que nos perseguía sobrepasó el muro pegándose a la cara interna del mismo. Orientando su perfil derecho hacia nosotros, nos dejó en la línea de fuego directo de una potente torreta. Uno de los soldados la tomaba en sus manos, listo para disparar y abatirnos entre los prados que ondeaban con el viento. Pero todo en esta isla era impredecible, incluido los agentes atmosféricos... Así, los fuertes vientos se convirtieron en huracanados y una potente

ráfaga de viento desplazó in extremis el helicóptero contra el muro. A pesar de los esfuerzos de los pilotos, las aspas impactaron contra las paredes de roca y la torreta disparó al cielo. Poco a poco, con cada golpe, el helicóptero fue deformándose más y más hasta convertirse en una bola de fuego que rebotó contra las paredes del muro hasta impactar contra el suelo.

—Y queríais venir en helicóptero... —dijo Sergio mientras mirábamos cómo las llamas del accidentado helicóptero se extendían a las altas hebras de hierba que cubrían la tierra.

En ese momento, comenzamos a ver de nuevo helicópteros OH-6 que transportaban a las tropas de Dimitri a la isla flotante. Muchos caían presa de los fuertes vientos. Otros tantos consiguieron con dificultades posarse en la isla flotante.

Necesitábamos encontrar el modo de subir rápidamente; si no lo hacíamos, Dimitri nos sacaría demasiada ventaja. Mientras todos nosotros mirábamos a nuestro alrededor intentando buscar el modo de llegar a la isla, Schrödinger comenzó a caminar entre las altas hebras de hierba. Lo seguimos extrañados, pero esperanzados en que aquel viejo loco supiera cómo llegar a nuestro destino. Con las manos, apartábamos la hierba de nuestro camino sin poder ver a más allá de nuestras narices, sin saber a dónde caminábamos.

Tras unos minutos caminando sin apartar la vista de aquel libro que lo acompañaba desde que lo encontrara en la primera isla, Schrödinger se detuvo.

Nos habíamos adentrado en el profundo cráter, que coincidía con el centro de la isla flotante. Los altos prados desaparecieron en el interior del cráter, donde tan solo hallamos rocas y tierra. Schrödinger cerró el libró y comenzó a descender por el cráter hasta llegar a su mismísimo centro. Una vez allí, se detuvo para acabar girándose rápidamente hacia Sergio.

—Sergio, la lanza —dijo mientras extendía la mano hacia él.

Sergio, que llevaba la lanza a la espalda, la sacó y se dirigió hacia Schrödinger. El doctor orientó hacia el suelo la misma mano con la que antes había apuntado a Sergio, señalando un pequeño orificio metálico justo en el centro del cráter. Sin mediar palabra, Sergio agarró fuertemente la lanza con ambas manos e introdujo la parte posterior de esta en el orificio para después girarla como una enorme y alargada llave.

En ese momento, como por arte de magia, un rayo azulado partió desde la hoja de la lanza y atravesó el cielo hasta la isla flotante, provocando un cambio en la misma. La isla, que antes flotaba apaciblemente, comenzó a temblar y a dejar caer pedazos de tierra, sustituyendo la forma esférica de su base por un triangular montículo que descendió hasta quedar totalmente solapado, formando ahora una base triangular.

«¡Al suelo!», oí justo antes de que Martín me tirara, evitando así que una enorme piedra me arroyara en su lugar. Asomé la cabeza sobre las hebras de hierba y pude ver cómo grandes rocas que estaban camufladas por la vegetación comenzaban a volar sobre nosotros, colocándose alrededor del haz de luz que sustituyó al rayo. Las rocas se ubicaron apaciblemente en su posición alrededor de la luz, formando una escalera de caracol alrededor de la misma. Teníamos un presentimiento que cualquiera habría tenido, pero al verlo, lo certificamos: las rocas construyeron una escalera que conducía hacia la piramidal base de la isla. Una escalera al cielo,

una entrada al reino de los cielos.

Cuando la escalera estuvo totalmente ensamblada, Sergio retiró la lanza, pero para nuestra sorpresa, el haz de luz y la lítica escalera quedaron en la misma posición. Mientras colocaba la lanza en su espalda, Sergio se giró hacia Schrödinger, quien levantó tímidamente el libro a la vez que se acercaba lentamente a la escalera.

—Solo una escalera terrenal os conducirá al reino de los cielos —citó de memoria uno de los pasajes del libro.

Capítulo XVIII

Viejos enemigos

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

jueves 4 de enero, 15:35)

Jaime García

Al llegar al puente a lomos del blanco caballo, puse los pies en el suelo y miré a mi alrededor. La ausencia de huellas en las cercanías del puente me llevó a pensar que Sergio aún seguía en la gélida isla. Decidí volver a montar a mi albino amigo y atravesar el puente, pero justo en ese momento una fuerte explosión asustó al corcel, que casi me tira al relinchar rampante. Miré en la dirección opuesta al puente y vi un convoy que atravesando una columna de humo se acercaba rodeado por una nube de polvo. La tierra comenzó a temblar a medida que los vehículos se aproximaban, haciendo que sus motores, revolucionados al límite, acabasen con la paz de la isla. Comprendí que sería imposible cruzar el puente antes de que el convoy me arrollase, por lo que decidí esperar a que pasaran. Saqué un cigarrillo y, llevándomelo a la boca, lo encendí para esperar tranquilamente el paso del convoy.

Sabía que Sergio iría en ese convoy. Las explosiones como la que acababa de ver no se desencadenan por casualidad y hombres tan preparados no iban a cometer un error que volase medio convoy. Lo que ciertamente no esperaba era encontrarlo luchando junto a Martín y a Hugo en lo alto de un camión, enfrentándose a puñetazos a soldados que continuamente subían al techo del camión. En cuanto el convoy entró en el puente y la nube de polvo ocultó la isla al otro lado, comencé a seguirlos, aunque a cada segundo que pasaba se alejaban más y más de mí.

Un tiempo después llegué al final de puente, encontrando allí una nueva isla. Al acceder a ella, observé una bifurcación que dividía el camino en dos senderos bien diferenciados. Miré los caminos e inspeccioné las huellas de los neumáticos. Identifiqué cómo un camión había decidido virar a la izquierda mientras que el resto optó por girar a la derecha. Decidí hacer caso a la mayoría, siguiendo así el camino de la derecha. Justo en ese momento, un enorme y armado helicóptero sobrevoló mi cabeza. Estaba claro que estaban preparados para enfrentarse a lo que fuese que encontrarían.

A medida que avanzaba, vi un enorme muro que parecía cercar la parte central de la isla. Los verdes brotes de hierba que rodeaban el camino comenzaron a crecer, llegando a alcanzar el metro de altura. Se alzaban sobre mi cabeza. Me sentía como una pequeña hormiguita en el jardín de una casa.

Justo en ese instante, observé al convoy, que estaba detenido en el camino, y cómo varios

helicópteros OH6 despegaban cargados de soldados para superar el enorme muro de piedra.

Algunos apenas podían despegar y eran arrastrados por los huracanados vientos de la isla, que se hicieron notar en cuanto atravesé el puente. Solo los mejores pilotos eran capaces de elevar sus OH-6 y pocos fueron capaces de llegar a una isla que flotaba sobre nuestras cabezas.

—¿Dónde te has metido, Jaime? —me pregunté en voz alta. Decidí desmontar. Sabía que acercándome un poco más a lomos del corcel, llamaría la atención y probablemente acabarían por dispararnos. Con mi meto setenta, conseguiría esconderme entre la hierba y avanzar hacia los soldados.

Me despedí del corcel colocando mi mano con cuidado entre sus ojos. Agarré mi fusil y comencé a avanzar entre las altas hierbas, mientras observaba cómo el blanco corcel se alejaba al galope.

Camuflado entre las hierbas, llegué a la altura de los camiones, pero necesitaba colarme en los helicópteros si quería sortear el muro. Comencé a avanzar entre los camiones, intentando buscar una oportunidad y en ese preciso momento un soldado pasó frente a mí: se dirigía hacia uno de los helicópteros. Vi en él una clara oportunidad. Me acerqué sigilosamente y, agarrándolo por la espalda, lo llevé tras uno de los camiones mientras lo asfixiaba lentamente. Una vez cayó al suelo, elevé la lona que cubría la parte trasera del camión y lo introduje en el interior del vehículo, donde me puse su uniforme a salvo de las miradas, escondiendo mi rostro bajo una gorra a juego.

Mientras me dirigía al helicóptero, temía que otros soldados se dieran cuenta del engaño, pues el soldado mostraba rasgos propios de países de Europa del este mientras que yo, de pelo oscuro y ojos verdes, era todo lo contrario. Afortunadamente, no se percataron del cambio y el helicóptero despegó conmigo a bordo.

El helicóptero comenzó a alzarse poco a poco y observé mejor aquel pedazo de isla que flotaba como por arte de magia sobre un enorme cráter. A medida que nos acercábamos a la isla, las ráfagas de viento comenzaban a hacerse más fuertes y continuas. Los helicópteros se tambaleaban y muchos se precipitaron contra los altos prados en el interior de muro. Los que sobrevivimos rápidamente nos posamos como pudimos en la superficie de la isla voladora. Aunque nuestro OH-6 acabó dando vueltas de campana en la isla, por suerte conseguí saltar a tierra firme a tiempo.

Las ráfagas de viendo eran allí arriba incluso más fuertes y por ellas pude ver cómo el accidentado helicóptero era arrastrado por el vendaval hasta caer desde el borde de la isla. Los hombres intentaban salir del helicóptero. Fijé mi mirada en el piloto que, incapaz de salir de la cabina, gritaba en concordancia con el miedo que sus ojos reflejaban. Solo antes de caer, entendió que era su final y se resignó. Esta campaña acababa aquí para él.

Después de observar cómo el OH-6 caía arrastrando a un par de hombres con él, nos dieron la orden de avanzar. Seguí al resto de los soldados, intentando disimular hasta llegar junto al que parecía ser nuestro superior. Ciertos detalles en la vestimenta de este hombre dejaban entrever su alto rango dentro del ejército en el que ahora me encontraba inmerso. Comenzó a dar indicaciones en perfecto inglés: la mayoría de los soldados las comprendieron a la perfección.

Sus órdenes fueron simples, relacionadas con la táctica que seguiríamos para avanzar por la isla: básicamente, caminaríamos durante unas horas, dividiéndonos en columnas que permanecerían fuertemente unidas con el fin de combatir el fuerte viento.

El miedo a la aparición de extrañas criaturas se hacía notable en los soldados, que oteaban continuamente el cielo sujetando firmemente sus fusiles.

Tras una gran caminata en contra del viento, ascendimos a lo alto de una empinada colina. En ese momento, el continuo avance se detuvo. Miré al frente y vi cómo dos hombres miraban a lo lejos a través de unos prismáticos. El más viejo me sonaba bastante, su brillante calva recién afeitada y esa silueta me resultaban familiares... En ese momento, se giró y pude ver su rostro marcado por una distintiva cicatriz que atravesaba su rostro. Era él: Dimitri Kuznetsov. Deduje que el que le acompañaba sería su hijo, pero por más que lo intentaba, era incapaz de recordar su nombre.

Un grito de Dimitri atrajo mi atención.

—¡Traedme a Arman!

Pasaron unos pocos segundos antes de que una mano se apoyase sobre mi hombro, llamando mi atención.

—Creo que te buscan, amigo —dijo un soldado que se encontraba a mi lado

Eché entonces un rápido vistazo a mi pecho y vi una distintiva placa con el nombre del soldado al que pertenecía el uniforme: «Arman Kasparov».

«¡Mierda!», pensé mientras avanzaba entre los soldados. ¿Qué posibilidad había de que entre todos los soldados, Dimitri requiriese la presencia del mismo a quien yo estaba suplantando?? Daba igual, si algo podía ir mal, estaba claro que iba a salir mal.

Llegando junto a Dimitri, intenté tapar mi rostro con la gorra para evitar que me reconociera. Al pasar junto a él, vi cómo me miraba, incrédulo, pues mi presencia en el archipiélago después de tantos años le resultaba cuanto menos extraña.

Una vez junto a Dimitri, observé un potente francotirador Barret del calibre cincuenta, que se apoyaba en el suelo. Me tumbé junto a él, lo empuñé firmemente y puse mi ojo frente a la mira telescópica. Entonces los vi: Sergio y el resto estaban frente a nosotros, acompañados por una joven mujer morena que yo no conocía.

—Dispara —ordenó Dimitri sin duda alguna.

Mi respiración comenzó a agitarse. No podía disparar a mi propio hijo, pero de no hacerlo, Dimitri descubriría mi verdadera identidad. ¿Disparar a Schrödinger? Sí, quizá eso fuese una opción inteligente que nos ahorraría problemas en el futuro.

—¿Vas a matarlos? Sabes que nos son más útiles vivos.

La intervención del hijo de Dimitri me hizo ganar algo de tiempo.

—¡Te recuerdo que esos a los que te empeñas en mantener vivos ya se escaparon de nuestras manos! ¡De las nuestras y de las de Fitchlak! ¡Tienen el arma! Ya mataron a un dragón sin ella. ¿Qué crees que harán ahora que tienen semejante poder en sus manos?

—Déjalos que eliminen al último dragón y entonces los mataremos.

—No pienso arriesgarme ¡Dispara!

Tras la negativa de Dimitri a seguir el consejo de su hijo, repitió la orden y me vi obligado a disparar. Evidentemente, erré el disparo, advirtiendo nuestra posición y dando a Sergio la posibilidad de huir. Dimitri me dio una patada en las costillas, que me hizo rodar por el suelo antes de agarrarme del cuello. Levantándome en el aire, me alejó de un tirón del francotirador y volvió a lanzarme al suelo haciendo que mi gorra saliese despedida.

—¡Inútil! —gritó justo antes de percatarse de mi auténtica identidad.

—¡Tú! ¡Hace años me costaste millones, te llevaste la parte más importante de mi vida! ¿¡Y aun así eres capaz de volver!? ¿¡Que buscas ahora!?

Mientras Dimitri me apuntaba con su pistola, su hijo se interpuso entre nosotros.

—¿No es evidente? A su hijo.

Dimitri miró extrañado a su hijo, mientras yo torcía el ceño.

—Míralo, papá, este tío no es más que una vieja versión del mismo a quien estamos persiguiendo —dijo mientras observaba mi traje, idéntico al de Sergio, bajo el uniforme de su propio ejército.

—¿No querías matarlos? Pues ya tenemos la baza perfecta para atraerlos hacia su muerte.

Dimitri, aún exaltado, comenzó a dialogar con su hijo mientras gesticulaba con la pistola.

—Víctor, ¡este bastardo mató a tu madre hace doce años! ¿¡Y me pides que no acabe con él ahora mismo!?

—Te pido que multipliques tus ganancias, que los mates a todos de un solo golpe.

—Más vale pájaro en mano, que ciento volando.

Dimitri se volvió hacia mi listo para disparar.

—Quien no arriesga no gana. Puestos a tirar de refranero... Sabes que estamos aquí para ganar.

Dimitri cerró los ojos y respiró hondo. Dándose la vuelta, tiró la pistola al suelo con rabia, la cual se disparó... hiriendo a uno de sus soldados.

—¡Esto no es un juego de cartas! ¡Yo he visto lo que este hijo de puta es capaz de hacer! ¡Y ya sabemos hasta dónde puede llegar su hijo! ¿¡Y aun así quieres arriesgar!?

—¡Exactamente por eso: porque si le matas ahora, ellos te querrán muerto! Y ya sabes lo que son capaces de hacer.

Dimitri se resignó, recogió su pistola y se acercó a Víctor.

—Esta vez te enfrentas a un cuarentón ¡Procura que no se te escape!

Con un rápido chasquido de dedos y sin apartar la vista de mí, Víctor llamó a dos hombres, que rápidamente me levantaron y esposaron. Solo entonces, Víctor se acercó a mí y me propinó un soberano puñetazo.

—No creas que te he salvado. Hace años entregaste a mi madre a las frías garras de la muerte ¡Destruiste a mi familia! Y ahora yo acabaré con la tuya. No, yo no te he salvado.

Víctor me pareció un chaval que había quedado destrozado tras la muerte de su madre y que estuvo mal influenciado por su padre. Sentía lastima por él

—Yo no maté a tu madre, hijo; fue la avaricia de tu padre lo que la mató.

—¡No te atrevas a hablar de mi madre! ¡Jamás!

Víctor se giró rápidamente, tratando de ocultar las lágrimas que afloraron en sus ojos al rememorar a su madre, pero fue inútil. Tanto sus subordinados como yo pudimos ver que, bajo aquella personalidad despótica, solo superada por la de su padre, no había más que un alma destrozada, un niño que echaba de menos a su mamá.

Segundos después, los sorprendidos soldados comenzaron a empujarme hacia adelante, obligándome a seguir al ejército de Dimitri, que avanzaba rápido e imparable a lo largo de las extensas llanuras de la isla.

Nos acercábamos al borde contrario de la isla y, a cada paso que dábamos, los vientos tornaban más y más fuertes, rápidos, peligrosos... Dimitri comenzaba a desesperarse, viendo las dificultades de su ejército para avanzar por unos pacíficos páramos en los que tan solo el viento suponía un mínimo peligro, que poco a poco se acentuaba.

Me acerqué un poco a Víctor para intentar saber qué era exactamente lo que buscábamos.

—No es por molestar, pero ¿qué buscamos exactamente?

Víctor me miró extrañado mientras intentaba mantener el equilibrio y avanzar contra el viento.

—¿Por qué no intentas hacerte el tonto con otro?

—¿Crees que si lo supiera te preguntaría? —pregunté.

—¿De verdad no sabes lo que buscamos?

—Si te digo la verdad, me he dedicado exclusivamente a seguir a Sergio.

—Mira, lo sepas o no, es demasiado largo de explicar. Cuando lleguemos, lo sabrás.

En ese momento, una ráfaga de viento nos hizo caer al suelo y un fuerte rugido llamó nuestra atención. Miramos a nuestro alrededor y entonces los vi en el cielo: ¡dos dragones alzaban el vuelo en el extremo sur de la isla y sobre nuestras cabezas se enzarzaban en una fiera lucha aérea!

Sin previo aviso, los hombres de Dimitri volvieron a la formación de columnas, avanzando rápidamente hacia el punto donde se estaba produciendo el mítico combate. Mientras avanzábamos, nos hacíamos una idea de cómo se estaba desarrollando el combate, debido a los rugidos de los dragones, rugidos que se detuvieron minutos antes de que llegásemos al lugar del combate.

Parecíamos estar cerca. Llegamos al pie de una empinada colina que debíamos superar para llegar al lugar de la batalla, pero, estando aún a medio camino, una fuerte sacudida volvió a mandar a gran parte del ejército de Dimitri rodando hasta el pie de la colina. Otros muchos se despeñaron al vacío por el precipicio que, junto a la colina, delimitaba la isla. La sacudida se vio seguida por una leve ausencia de gravedad, supuse que la isla flotante ya no se mantenía en el aire. Por suerte, ayudándome por los que me custodiaban por orden de Víctor, conseguí mantenerme en la colina, aun con las esposas puestas. Dimitri y Víctor llegaron a lo alto de la colina segundos antes que yo. Nuevamente sacaron sus prismáticos y comenzaron a buscar a Sergio. Pude observar a simple vista una especie de construcción desde la que partía un haz de luz que cada vez se debilitaba más y más. Efectivamente, la isla había caído de los cielos, coincidiendo sus límites con los del muro. Nuevamente volví a sentir la tierra temblar levemente, parecía que era el único en hacerlo. Esta era la única oportunidad que tendría de escapar. Si la isla volvía a elevarse, solo podría salir de allí en los helicópteros, lo que no me parecía una opción. Me habían acercado mucho a Sergio, pero tenía claro que no me convertiría en una trampa para mi propio hijo.

Decidí escapar: justo antes de que la isla volviese a temblar, me deshice de las esposas. Eché mano a las dos pistolas que llevaba a en mi cinturón y acabé con los que me custodiaban con unos rápidos disparos. Dimitri y Víctor se giraron hacia mí, pero tal y como había calculado, en ese preciso momento la isla volvió a temblar violentamente.

Aprovechando la confusión, me acerqué a Víctor para agarrarlo por la espalda. Dimitri se volvió a incorporar y rápidamente me apuntó con aquella extravagante pistola decorada en gran medida con oro y unos pocos diamantes que aportaban el toque final.

—¡Ya me quitaste a Elena! ¡No permitiré que ahora entregues a la muerte a lo único que me queda de ella!

Víctor no se rendía, intentaba zafarse continuamente, pero yo bien sabía que le sería inútil.

—No le has contado por qué murió Elena, ¿verdad?

—¡No te atrevas a hablar de ella, ni de su marcha! —gritó Dimitri, enfadado.

El tiempo se agotaba, la isla comenzaba a levantarse de nuevo. Tenía que hallar la forma de

escapar. Miré hacia abajo y vi el acantilado junto a la colina. En ese momento supe qué hacer.

—Lo importante, Dimitri, es aprender de nuestros errores para no cometerlos en el futuro. Veamos a ver si aprendiste algo hace doce años...

Rápidamente, quité la hebilla de una de las granadas de fragmentación del cinturón de Víctor, empujándole hacia el acantilado. Dimitri tenía dos opciones: dispararme o salvar a Víctor. Por suerte, Dimitri sí que aprendió algo hace doce años y decidió salvar a su hijo. Yo, por mi parte, utilicé el cuerpo de uno de los soldados fallecidos para deslizarme por el acantilado. La isla seguía elevándose y ya no había vuelta atrás. De quedarme aquí, Dimitri y su ejército acabarían conmigo.

Seguí corriendo hasta el mismo borde de la isla, desde donde salté con todas mis fuerzas. Finalmente, aunque ayudado por mi gancho, conseguí llegar a lo alto del muro. Cuando me encontraba en el borde de la isla, creí haber visto una especie de escalera que descendía por el muro y, efectivamente, ahí estaba. Comencé a bajar rápidamente la escalera, que parecía formada por sólida roca, similar a la del alto muro. Tan similar era que la escalera era parte del propio muro. Mientras bajaba a toda prisa, un mecanismo comenzó a introducir la escalera en el muro. Acabé precipitándome contra el suelo, aunque por suerte para mí, la caída solo contó con unos cuantos metros de altura.

Llegué algo maltrecho abajo, pero me sentía bastante optimista: había recortado mucho terreno a Sergio y a los demás, y cada vez estaba más cerca de encontrarlos. Supuse que, siguiendo el patrón, el siguiente puente estaría al sur de la isla. Sin pensarlo y más animado que nunca, me puse en pie, me desprendí del uniforme de Dimitri, sacudiéndome de encima la tierra, y con la cabeza alta me dirigí hacia el sur.

Capítulo XIX

Vientos de castigo

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

jueves 4 de enero, 15:47)

Sergio García

—Solo una escalera terrenal os conducirá al reino de los cielos —con estas palabras, Schrödinger cerró el libro y comenzó a caminar hacia la escalera, apoyando su pie derecho sobre el primer peldaño. Martín se levantó del suelo algo alterado.

—¡Schrödinger! No pienso dar un paso más sin que me digas todo lo que sabes.

—¿Cómo? —dijo Schrödinger, mientras retiraba el pie, orientando su mirada hacia Martín.

—¡Cuando llegamos aquí, supimos que nos había traído directos a un infierno, toleré que nos ocultaras tan vital información, pero no lo volveré a hacer! ¡Es evidente que conoces el arma y lo que puede hacer! ¡No pienso seguir enfrentándome a un ejército y a seres de leyenda si no confiesas todo lo que sabes!

Schrödinger volvió a dirigirse hacia la escalera y comenzó a subirla, sin detenerse ante las palabras de Martín.

—¿Es sordo o que no me quiere escuchar? —nos preguntó Martín al sentirse ignorado.

—Me parece justo lo que demandas, pero no perdería otra media hora explicándoos datos que no necesitáis comprender... mientras Dimitri se dirige imparable hacia la tumba de Emplubik.

Conociendo todos los detalles o no, era cierto que no podíamos dejar que Dimitri acabase resucitando a Emplubik, así que decidí seguir a Schrödinger.

—¿De verdad vas a hacerlo?

—¿Pretendes quedarte aquí abajo, Martín? ¿Quieres respuestas? Todas ellas están al final de este camino. Las que Schrödinger conoce y las que no. Empezamos con rescatarlo y ahora luchamos para salvar el mundo. Da igual cuántas preguntas me haga, tenemos que conseguirlo —respondí a Martín.

Como era de esperar, Laura, Hugo y Martín optaron por seguirme.

Tras ascender la alta escalera, llegamos a la base triangular de la isla. La escalera terminaba ante una enorme puerta de piedra, en la que se podía observar una especie de agujero en su parte central, que se complementaba con otros dos finos agujeros a los lados. Volví a sacar la lanza e introduje su punta en el orificio mayor, coincidiendo los adornos puntiagudos de la lanza en los menores. Escuché un pequeño clic, que me llevó a rotar instintivamente la lanza. Tras esto, extraje su punta y la enorme puerta comenzó a ascender, dejándonos libre el camino.

Una vez en la parte subterránea de la isla, pudimos ver otra escalera de caracol que ascendía hasta la superficie alrededor de una lítica columna que quedaba unida a las paredes de la cilíndrica sala en la que nos encontrábamos a través de los peldaños de la escalera.

Comenzamos a ascender nuevamente para, poco después, llegar a la superficie. Al salir, el Sol me cegó y una fortísima ráfaga de viento me hizo girar la cabeza. Pude ver entonces que a nuestras espaldas se levantaba una pequeña colina que desentonaba en el llano paisaje de la isla. Me llamó la atención un dibujo tallado en piedra sobre la salida: representaba a un dragón alado que parecía surgir a partir de un enorme tornado. Una vez mis ojos se acostumbraron a la luminosidad de la superficie, volví a girar la cabeza. Schrödinger, que no había mediado palabra alguna desde que comenzamos a recorrer las escaleras, comenzó a caminar en dirección sur y sin detenerse nos dirigió la palabra.

—¿Queréis conocer la verdad? Pues bien, lo cierto es que ni yo mismo la sé.

—Venga ya, Schrödinger, no me vengas con esas tonterías —le increpó Martín.

—Es cierto, no conozco la procedencia del meteoro y mucho menos su poder total, pero sí que conozco el arma que empuñas, Sergio.

Saqué nuevamente la lanza y la miré sorprendido.

—Os hablé del final de Emplubik, pero lo que no os he dicho es que el arma que causó ese final es la misma que nos ha traído hasta aquí.

—La verdad es que lo había supuesto —dije, como respuesta a la afirmación de Schrödinger.

—Pero hay algo extraño en esa lanza, y es cómo se formó.

—¿Cómo? —preguntó Hugo, algo extrañado.

—Por mis investigaciones, sé que el meteoro se fragmentó en varios pedazos antes de llegar a nuestra atmósfera, pedazos que llegaron a la Tierra y que podrían haber sido un medio de comunicación entre civilizaciones.

—¿Existe un material capaz de hacer eso? —preguntó Laura.

—No, y es que el meteoro no es solo una aglomeración de un simple material, sino que es un artefacto en sí.

—¿Un artefacto creado por quién? —

—He ahí la cuestión, pero es evidente que no es de este mundo y que la lanza que posee Sergio tampoco lo es. La única duda es cómo llegó aquí y por qué.

Todos miramos extrañados a Schrödinger, que seguía avanzando contra el viento sin mirar atrás.

—Es todo lo que sé. Es poco, pero, aun así, sé más que Dimitri. Si estoy aquí, es solo para conocer más.

—¿Solo para eso? —preguntó Laura mientras se detenía.

Esa irónica pregunta fue la única capaz de detener a Schrödinger, que se dio la vuelta para dirigirse a Laura.

—¿Qué quieres decir, bonita?

—Cuando nos conocimos, me explicasteis lo que pasaría si Dimitri encontrara a Emplubik, pero no lo que pasará si lo encontráis vosotros.

Schrödinger se sobresaltó ante la acusación de Laura, aunque en cierto modo la comprendí. Nosotros conocíamos nuestros motivos, pero a los ojos de Laura quizá podrían parecer algo extraños. Decidí apartar a Schrödinger de Laura y resolver las dudas de esta.

—¿Quieres saber qué pasará cuando encontremos a Emplubik? —pregunté.

—Quiero saber por qué ponéis tanto empeño en llegar a Emplubik antes que Dimitri ¿Y si vuestras intenciones son las mismas que las suyas?

Martín soltó una pequeña risotada justo antes de apoyar la frente sobre el hombro de Hugo, mientras la movía de lado a lado.

—¿Qué pretendes que hagamos? No tenemos modo alguno de salir del archipiélago y, si consiguiéramos salir, nadie nos creería. La única manera de evitar la tragedia que se nos avecina es acabar con Emplubik antes de que Dimitri lo traiga de vuelta.

Laura agachó pensativamente la cabeza durante unos segundos.

—¿Cómo sé que no mientes?

Agarré a Laura de las manos y miré fijamente sus azulados ojos.

—Mírame a los ojos y dime qué ves, dime si ves tan solo un ápice de mentira en ellos.

Laura me miró a los ojos y, por un momento, se hizo el silencio; silencio que fue roto por Martín.

—Además, ya nos hemos enfrentado a cosas así, ya hemos vivido esto y siempre somos los buenos ¿Por qué cambiar ahora?

Solté las manos de Laura, avergonzado y recordando que el tiempo corría en nuestra contra.

—Deberíamos volver a movernos. Dimitri debe de estar cerca, si es que no...

En ese momento, un disparo pasó rozando nuestras cabezas y nos alertó: no estábamos solos.

Laura y Schrödinger instintivamente comenzaron a correr, mientras Martín y Hugo reculaban rápidamente, desenfundando sus armas. Yo, por mi parte, no pude evitar girarme e intentar buscar el punto desde el que había venido el disparo; al no poder encontrarlo, decidí salir corriendo detrás de Laura y Schrödinger. Hugo y Martín me siguieron de cerca.

Tras recorrer bastantes metros a esprint, Laura y Schrödinger bajaron el ritmo, lo que nos permitió alcanzarles rápidamente.

—Dimitri está cerca, debemos movernos rápido —dijo Hugo, sin parar de correr y algo exaltado por la situación que acabábamos de vivir.

Martín y yo sabíamos bien que no había tiempo para seguir discutiendo, así que seguimos corriendo junto a Hugo. Laura, algo cansada, nos alcanzó rápidamente, pero Schrödinger se quedó algo más rezagado. Parecía preocupado y asustado. Schrödinger era un tipo intrépido, pero se venía abajo en el momento en el que entraban en juego las balas. No fue capaz de contenerse y dio, sin detenerse, su visión pesimista de la situación.

—Deberíamos salir de aquí. Esos hombres tienen francotiradores y en esta isla no hay un solo resquicio en el que ocultarse. ¡Nos cazaran uno a uno!

Martín echó la vista atrás y miró inquisitivamente a Schrödinger. Jamás había aguantado esa actitud pesimista y, mucho menos, en momentos así.

—¡Si quieres salir vivo de aquí, pégate a nosotros y deja de gritar!

Schrödinger aceleró un poco y se introdujo entre nosotros, se ve que se sentía más seguro sabiendo que, en caso de un nuevo disparo, uno de nosotros detendría la bala.

La carrera disminuyó a ritmo de caminata. Sin detenernos, seguimos caminando durante bastante tiempo en dirección sureste, guiados por Schrödinger, que mantenía la cabeza continuamente agachada mientras miraba un pequeño mapa en su libro.

El viento se intensificaba a cada metro que recorríamos, lo que no me parecía un buen augurio. Minutos después, llegamos al pie de una empinada colina. Ascendimos la loma echando continuas miradas a nuestras espaldas para asegurarnos de que nuestros perseguidores no estaban cerca.

Una vez ascendimos a lo alto de la colina, pudimos ver una construcción de piedra formada por dos grandes arcos que coincidían en un punto central. Saqué los prismáticos para poder observar mejor la construcción: bajo los grandes arcos de piedra pude ver el último cristal, que reposaba sobre un altar de rocas a la misma altura que una escultura lítica, que parecía ser un tornado colocado en horizontal. Entre el cristal y el tornado había un enorme montón de piedras.

Volví a guardar los prismáticos, no sin antes mirar a mis espaldas. Comenzamos a descender por

el pequeño precipicio formado por la colina, que ocultaba el templo del viento.

Al llegar al templo, pude ver cómo la figura esculpida representaba, efectivamente, un tornado del que sobresalían dos grandes alas, quedando la parte superior adornada por una puntiaguda cabeza sobre la que se ubicaban dos pequeños cuernos.

Mis sentidos se centraron entonces en el enorme montón de piedras situado entre el cristal y el tornado. Al mirarlo detenidamente, pude observar que bajo las piedras se hallaba una pequeña hoguera, que estaba protegida por un firme triangulo metálico. Intenté quitar las piedras para prender fuego a la hoguera, pero eran demasiado pesadas.

—Hugo, Martín, venid a ayudarme —dije exhausto por el esfuerzo.

En pocos segundos ambos empujaban junto a mí, pero no conseguimos mover ni siquiera la más pequeña de las piedras. Una fuerte ráfaga de viento nos tiró al suelo. El viento, al pasar por el tornado, provocó un fuerte sonido, comparable al de los antiguos cuernos de batalla. Martín se levantó y se dirigió decididamente hacia el tornado.

—Quizá esta sea la solución —dijo dubitativamente, justo antes de soplar en el interior de este.

Un grave sonido inundó el templo, aunque los gritos de Schrödinger fueron capaces de sobreponerse. Schrödinger se acercó a Martín haciendo aspavientos con los brazos mientras sostenía aquel viejo libro en su mano derecha.

—¡Señor de los vientos y los cielos! —gritó a Martín mientras golpeaba repetidamente con su dedo índice una de las páginas del libro. Schrödinger parecía haberse vuelto loco, pero, a medida que hablaba, comprendí que soplar en el tornado pudo haber sido una mala decisión.

—¡Estos fuertes vientos no son agentes atmosféricos, sino obra de aquel a quien acabáis de despertar! ¡Son obra de...!

Una fuerte ráfaga de viento nos tiró al suelo, desplazándonos unos cuantos metros. Algo conmocionado, abrí los ojos. Lo primero que pude ver nítidamente fue a Martín intentando levantarme para esconderme tras una enorme piedra. Eché una rápida mirada hacia el templo y pude ver un enorme y alargado dragón blanco que poseía dos grandes alas, capaces de eclipsar al Sol y sumir la isla en la más profunda oscuridad. Su alargada y puntiaguda cabeza, adornada por dos pequeños cuernos, le daba un aspecto amenazante; al ver mi cabeza asomada tras la piedra, abrió sus fauces produciendo otra fuerte ráfaga que quebró los bordes de la piedra en la que Martín y yo buscábamos cobertura.

La tierra se movía a cada paso del dragón, que avanzaba lentamente hacia nosotros. Tomé la lanza en mis manos sin saber muy bien qué haría con ella. No sentía los latidos de mi propio corazón, que parecía haberse detenido en un intento por no llamar la atención. Pude notar la fuerte respiración del dragón, que comenzaba a asomar su enorme cabeza desde el lateral de la piedra. En ese momento hizo un violento movimiento, destrozando con la cabeza la piedra en la que nos escondíamos.

Nos agachamos evitando ser arrollados y, al levantar la mirada, pudimos ver cómo el dragón, con

las fauces abiertas, se lanzó a por nosotros antes de que Ichak lo arrastrase hacia el borde de la isla. Reaccionando rápidamente, Martín y yo nos levantamos del suelo y comenzamos a correr buscando otro lugar donde escondernos.

Hugo se asomó desde otra de las enormes piedras que se situaban en torno al cuarto templo, haciéndonos señales con la mano para llamar nuestra atención. Fuimos rápidamente hacia él para escondernos tras la piedra; allí también encontramos escondidos a Laura y a Schrödinger.

—¡Tenías que hacerlo sonar, tenías que llamarlo, no podías estarte quieto! —exclamó Schrödinger llevándose las manos a la cara.

—Centrémonos en intentar iluminar el último cristal y salir de una vez de aquí —dije mientras sostenía a Martín, que se inclinó hacia Schrödinger para decirle algo que habría desembocado en una larga discusión.

—Schrödinger, nombre en clave —dijo Hugo mientras cargaba su fusil.

—¿Nombre en clave? —preguntó Schrödinger extrañado.

—¡Que cómo se llama el dragón, tarado!

Schrödinger echó mano al antiguo libro y ojeo una de las páginas.

—Creo que Bhitchler. O, al menos, eso he creído entender.

—Es irrelevante. ¿Cuál es el plan? —preguntó Laura mientras se levantaba desenfundando, con un rápido movimiento, las dos pistolas que llevaba a la cintura.

Eché mano a mi espalda para intentar alcanzar la lanza... pero no estaba ahí. Recordé entonces que pude haberla dejado caer cuando fui arrollado por Bhitchler. Miré hacia los restos de la piedra que antes nos camuflaba a Martín y a mí y, efectivamente: ahí estaba, tirada en el suelo.

—Vosotros id hacia el cristal e intentad activarlo, veré qué puedo hacer con Bhitchler. —

—Id vosotros, yo me quedo contigo —dijo Hugo dando un paso al frente.

—¡Hazme caso por una vez en la vida! —grité mientras miraba inquisitivamente a Hugo.

Dando un paso atrás, Hugo siguió a Martín, a Laura y a Schrödinger, que corrieron hacia el cristal. Antes de salir a correr hacia la lanza, eché un vistazo a Ichak y Bhitchler, que seguían enfrascados en su particular batalla. La pelea se desarrollaba cerca de borde de la isla. Vi ahí una oportunidad de ganar algo de ventaja, así que salí corriendo hacia la lanza.

Salté hacia ella agarrándola con mi mano izquierda para acabar deslizándome sobre mi espalda. En ese momento, pasé la lanza a mi mano derecha y, con un rápido movimiento, la empujé hacia adelante sosteniéndola por el borde y lanzando así un rayo azul que impactó en el pecho de Bhitchler, haciéndolo caer al vacío.

Me levanté rápidamente y vi cómo Ichak se lanzaba en picado tras Bhitchler para que, acto

seguido, ambos dragones volviesen a ascender llevando la pelea a las nubes. Como si de una montaña rusa se tratase, ambos peleaban subiendo y bajando, volando sobre nuestras cabezas y bajo la isla flotante, de un lado a otro.

Puse la lanza a mi espalda y salí corriendo hacia el borde de la isla. Justo antes de llegar, Bhitchler e Ichak se elevaron frente a mí y pasaron rozando mi cabeza. El batir de las alas de Bhitchler me empujó hacia atrás, tirándome violentamente al suelo. Me levanté algo magullado y pude ver cómo se volvían a esconder bajo la isla.

Eché un vistazo al cristal. Hugo y Martín intentaban desplazar a base de fuerza bruta una de las enormes rocas, mientras Schrödinger y Laura intentaban buscar una solución más inteligente. En ese momento, di con la clave: ¡las alas de Bhitchler eran capaces de producir una fuerte ráfaga de viento que desplazaría las rocas! La pregunta era cómo conseguir que Bhitchler produjese esa ráfaga.

Eché mano a mi pierna y saqué uno de los cuchillos que llevaba conmigo, pensando que tal vez podría clavarlo en Bhitchler y controlarlo al aplicar presión en puntos determinados. La idea se cayó por su propio peso, pues la hoja del cuchillo era demasiado corta, Bhitchler no iba ni a coscarse. Lo guardé y eché mano a la lanza, la cual sostuve con ambas manos frente a mí. La hoja era mucho más resistente, pero la longitud de la lanza podría provocar que se quebrase. La rabia se apoderó de mí, tenía la solución frente a mis ojos, pero no sabía cómo conseguirlo, no tenía la herramienta correcta. Agarré fuertemente la lanza, apretando con rabia las manos.

«Dos firmes espadas me habrían venido de fábula», pensé mientras observaba la lucha.

Justo en ese momento, la lanza comenzó a brillar hasta cubrirse de una fuerte luz azul. La forma de la lanza empezó a desfigurarse y a dividirse, dibujando y materializando la silueta de dos espadas que encajaban perfectamente en mis manos. La luz comenzó a disiparse, revelando dos espadas construidas con el mismo material que la lanza.

Seguía sorprendido por la mágica escena cuando un fuerte rugido me sacó de mi alucinación. Bhitchler e Ichak volverían a aparecer en breve bajo mis pies.

«Más te vale calcular bien, más te vale que funcione... o vas a dar la hostia de tu vida», me dije a mi mismo mientras reculaba para echar a correr y saltar al vacío con un grito de guerra.

En un primer instante solo encontré eso: vacío. Un duro muro levantado sobre prados en llamas a los que inevitablemente caía. Solo cuando ya parecía que mis cálculos eran equivocados, Bhitchler e Ichak atravesaron el espacio frente a mí, permitiendome caer sobre el peludo lomo de Bhitchler, al que me sostuve clavándole fuertemente las espadas. Rápidamente, eché a correr por su alargado lomo en dirección a la cabeza, pero, herido por las espadas y sintiendo mis pasos, Bhitchler giró sobre sí mismo intentando deshacerse de mí. Conseguí lanzar el gancho a uno de los cuernos que adornaban su cabeza y evitar precipitarme así caer al mortal vacío. Una vez Bhitchler volvió a girar su cuerpo y la gravedad comenzó a jugar a mi favor, empecé a arrastrarme sigilosamente por su largo cuerpo hasta llegar casi a su cabeza. Poniéndome de rodillas sobre el lomo, levanté la cabeza y eché un rápido vistazo hacia los lados para ver cómo Bhitchler batía lenta, pero fuertemente, sus grandes alas. Contando atrás desde tres, levanté las espadas y las clavé fuertemente en el cuello de Bhitchler. El dragón se elevó verticalmente en el

aire rugiendo de dolor, llevando a cabo una post stall maneuver que hizo que Ichak pasase de largo. Agarrando fuertemente las espadas, me mantuve en el lomo de Bhitchler y tirando de ellas hacia la derecha, conseguí que se lanzase hacia el mismo lado. Comencé a dirigirlo hacia el extremo donde se ubicaba el último cristal y, tirando hacia atrás de las espadas, hice que Bhitchler ascendiera llegando a la superficie de la isla.

El dragón posó entonces sus patas en la tierra y orientó su cabeza hacia el templo en el que Martín, Schrödinger, Laura y Hugo aún intentaban apartar las piedras. Clavando aún más hondo las espadas, conseguí que Bhitchler rugiese y batiese violentamente las alas, tirándolos al suelo. Pero no fue suficiente. Hugo y Martín sacaron a Laura y a Schrödinger del templo y, viéndolo despejado, detecté mi oportunidad: agarré fuertemente las espadas y, lanzando un rayo de luz, atravesé al dragón, que movido por el dolor, esta vez se levantó provocando un huracán que hizo volar las piedras sobre la hoguera. El mecanismo quedaba así liberado de su lítica prisión, ya solo faltaba que Martí y Hugo hiciesen su parte.

El dolor que Bhitchler sentía era ya demasiado y no estaba dispuesto a soportarlo. Con un rápido movimiento me lanzó hacia atrás y, tirando yo de las espadas, estas se desprendieron para caer junto a mí al vacío.

Por suerte, Ichak se anticipó y consiguió sostenerme en el aire para hacerme caer en tierra firme. Magullado por la caída, me levanté para ver cómo Bhitchler, presa del dolor y de sus heridas, caía hasta yacer en las altas praderas ardientes bajo la isla flotante. Sus alas al descender provocaron otro huracán, que apagó las llamas y nos hizo tambalear.

Cuando levanté la mirada, Ichak llegó a mi lado, desde donde observaba atentamente la imagen. Es ese momento tuve que hacer una pregunta que se paseaba por mi cabeza desde que Laura quiso conocer nuestras verdaderas intenciones.

—¿Por qué?

Ichak giró su enorme cabeza, clavando sus ojos sobre mí.

—¿Por qué nos ayudas? ¿Por qué combates a los tuyos, en vez de evitar que encontremos a Emplubik, como hacen ellos?

—Llevo siglos escondido, procurando que nadie jamás encuentre a Emplubik. Me he cansado de vivir en las sombras. Durante milenios quise acabar con él, ser libre, y vosotros sois la oportunidad que tanto he esperado. Si acabamos con él, todo esto acabará.

En ese momento, la isla empezó a temblar y, como por arte de magia, comenzó a bajar hasta el suelo, quedando los bordes del gran muro solapados a los de la misma isla. Aprovechando la confusión, Ichak volvió a desaparecer levantando rápidamente el vuelo. Busqué en el cielo, pero no pude encontrarlo.

En ese instante, un fuerte chiflido llamó mi atención: pude ver a Martín, que movía rápidamente su brazo intentando llamar mi atención. Comencé a correr hacia él, cuando vi cómo Hugo desaparecía tras el alto muro, seguido por Laura y Schrödinger. Al llegar junto a Martín, miré hacia abajo y vi una escalera de piedra esculpida sobre el muro.

—¿Te has fijado que Schrödinger se ha pegado todo el viaje detrás de Laura? —dijo Martín soltando una carcajada mientras bajábamos la larga escalera.

—Tío listo, por algo tiene un doctorado. Aunque tú no paras de tirarle los tejos —dije, mirando cómo Schrödinger bajaba la escalera aprovechando para mirarle el culo a Laura.

—Esa cae, acuérdate de lo que digo —insistió Martín.

—No sé, la veo muy inteligente para ti —dije comenzando a bajar la escalera.

—¿Me estás llamando imbécil?

—No, solo digo que ese tipo de mujeres suelen calarte.

—Qué pena que a ti no te caló mi hermana.

—¿En serio vas a empezar con eso? ¡Tú me las quitas cada vez que salimos! —exclamé.

—¡Al menos, no me voy tirando a las hermanas de tus amigos!

—¿¡Porque yo no tengo hermana!?

—Sabes que igualmente no lo haría —insistió él.

—Porque mi padre te mataría.

—Ahí no te voy a quitar la razón —admitió Martín.

—Venga, admítelo: en realidad, te gustaba tenerme de cuñado.

—La verdad es que era raro, pero algo divertido —dijo él, antes de que llegásemos de nuevo a tierra firme después de descender la escalera del muro.

—¿De qué habláis? —preguntó Laura al vernos reír.

—Nada —respondimos los dos con seriedad al unísono.

—Vale... Cuando hayáis terminado, podemos comenzar a caminar antes de que nos pillen —dijo ella alejándose junto a Hugo y Schrödinger.

Martín y yo nos miramos fijamente el uno al otro.

—A ti te gusta Laura —dijo él levantando el índice.

—Calla y camina —dije alejándome de Martín, pues no era el momento para uno de esos interrogatorios de los suyos que tanto odiaba.

Comenzamos a caminar hacia el sur, mientras yo era incapaz de desviar la mirada de Laura. Quizá Martín tuviese razón y había algo en ella que, por algún motivo, me hipnotizaba. A cada

rato, Martín se acercaba mí para soltar alguna pullita que yo rehuía apartando mis ojos de Laura y alejándome de Martín. No tenía tiempo para pensar en cosas así. Habíamos activado todos los cristales, sí, pero aún quedaba la parte más difícil: encontrar a Emplubik.

Capítulo XX

La caída de Dimitri

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

jueves 4 de enero, 17:41)

Jaime García

Una vez en tierra firme, miré hacia la isla, que comenzaba a levantarse mágicamente sobre mi cabeza. Me dirigí hacia el sur esperando encontrarme pronto con Sergio, aunque a medida que caminaba, los recuerdos se agolpaban en mi mente. Me sorprendió ver a Dimitri en estas islas. La última vez que nos vimos fue el 23 de mayo de 2013, un día que quedó marcado en mi memoria, pero que al que más traumatizó fue a él.

Hace casi doce años, Dimitri y yo trabajamos juntos. Mis primeros trabajos se adentraron bastante en el oscuro mundo de los piratas y Dimitri encontró algo que me hizo retomar ese tipo de trabajos. Halló un pequeño rastro sobre el posible paradero de uno de los pocos piratas que se retiró sin caer en manos españolas o británicas. Uno de los pocos en morir abrazado a su inmenso tesoro: Henry Avery.

Para mí, Avery no parecía más que una leyenda, un pirata legendario que desaparece en su última batalla. Para las historias de los niños está bien, pero cualquier hombre con dos dedos de frente diría que murió en su último combate. Es curioso que creyera las historias que mi padre me contaba para dormir, las luchas entre Philips y Kraser, ese ser inmortal, pero fuese incapaz de creer que Avery sobrevivió... hasta que Dimitri puso en mis manos el viejo diario del capitán.

Necesitaba al mejor y vino a buscarme a mí. Yo era uno de los pocos con los conocimientos necesarios para descifrar las pistas que Avery dejó en su diario. Tentado por su oferta de cederme un diez por ciento del tesoro, acepté trabajar para él. Al fin y al cabo, un hallazgo así no motiva por el tesoro, sino por el hallazgo en sí, eso es realmente el tesoro. Al menos, para hombres como yo; a Dimitri, por el contrario, solo le interesaba el oro.

Tras casi más de un año de investigación, llegamos a Australia. Dimitri, que siempre iba acompañado de su mujer, Elena, me ofreció un grupo de once hombres que estarían bajo mi mando.

Fuimos a Australia, más concretamente a la barrera de coral, pero las distintas trampas que Avery dejó junto a las pistas que conducían a su tesoro acabaron con la vida de nueve de mis hombres. Era la típica historia también sin sentido: un pirata que entierra su tesoro y deja un mapa para encontrarlo, pero en el camino coloca trampas para que nadie se acerque. ¿Por qué dejar un mapa, pues? Llegué a creer que Avery se estaba riendo de nosotros. Si sobrevivió,

seguro que se bebió su tesoro pasado por ron.

Diezmados en nuestra búsqueda y deseando volver a casa, llegó aquel 23 de mayo de 2013.

Vimos el amanecer en un pequeño barco, mientras nos preparábamos para entrar al agua. Las pistas nos llevaron a creer que la puerta al tesoro de Avery se encontraba camuflada entre los enormes corales australianos. Nos lanzamos al agua y, efectivamente, tras varias horas de búsqueda pudimos encontrar la puerta. Sobre ella descansaba un complejo rompecabezas. Tardé bastante, pero finalmente pude resolverlo y atravesamos la puerta que se cerró a nuestras espaldas.

Tras bucear a través de un largo túnel subacuático, llegamos a una inmensa cueva donde grandes montañas de oro cubrían el suelo mientras rodeaban, a su vez, el inmenso barco del capitán Avery. Vi cómo los ojos de Dimitri se iluminaban con el reflejo del oro, su mente no pensaba en otra cosa y sus ojos no veían más allá que los de un ciego.

Mientras Dimitri se lanzaba al suelo rozando cariñosamente las monedas de oro, yo me percaté de algo más: sobre el barro que manchaba alguna de las monedas, pude ver unas huellas que se dirigían al barco de Avery. Yo, al igual que Elena, estaba mucho más centrado en el enorme barco que en las monedas de oro. Llevó un tiempo separar a Dimitri de ellas; al conseguirlo, nos dirigimos hacia el barco.

La escena sobre el navío comenzó a ser bastante terrorífica. Este se hallaba justo al borde de una inmensa catarata, donde el agua caía violentamente formando un enorme y mortal remolino. Aun así, nos adentramos en el barco, cuyas maderas crujían a cada paso que dábamos. Tras unos minutos andando, llegamos a la puerta del camarote del capitán Avery. Empujé fuertemente la puerta, reventando la cerradura. El sonido al romperse me pareció excesivo, pero cuando vi de reojo cómo mis dos compañeros caían desplomados al suelo con un tiro en la nuca, me giré rápidamente, desenfundando las dos pistolas de mi cinturón. Comprendí entonces el origen del estruendo, al ver a Elena y Dimitri apuntándome con sus respectivas armas.

—Vamos, no creerías que íbamos a dividir el tesoro después de lo que hemos pasado, ¿no? —dijo Dimitri con una pícara sonrisa en su rostro.

—La verdad es que me lo estaba viendo venir.

Tras responder a Dimitri, el silencio se apoderó del lugar. Elena comenzó a caminar hacia un mapa situado a estribor, sin quitarme ojo. Yo, por mi parte, empecé a recular hasta toparme con un denso escritorio de madera.

—Esto acaba aquí, García; no tienes escapatoria.

—Sí. Tengo una.

En ese momento y con un rápido movimiento, lancé los ganchos que lucían en mis antebrazos, agarrando las pistolas de Elena y Dimitri, arrancándoselas así de las manos. Antes de que pudiera apuntar nuevamente a Dimitri, este se lanzó hacia mí y ambos sobrepasamos el escritorio, derribando un enorme sillón rojo donde descansaba el cuerpo del capitán Avery. Al caer su

cuerpo al suelo, vimos un mapa que sostenía en sus manos. Me levanté rápidamente y eché a correr hacia la puerta del camarote, pero Elena se cruzó en mi camino tumbándome sobre el escritorio y clavando sobre él un cuchillo que rozo mi oreja. La alejé de una patada y me levanté de nuevo, pero ella volvió a acercarse, esta vez con una escopeta que portaba uno de mis compañeros abatidos. Forcejeamos y un disparo salió en dirección a la cristalera que adornaba el fondo del camarote. El cartucho reventó una enorme viga de madera, que cedía por momentos. Conseguí arrebatarle el arma y empujarla contra la ya inexistente cristalera. Elena tropezó y, al caer, quedó colgada del navío, teniendo a sus pies una caída mortal: un torbellino de agua que la arrastraría a una muerte subacuática. Me dirigí corriendo hacia la puerta del camarote, pero algo me perturbaba. Podía escuchar cómo Dimitri, mientras sacaba monedas de oro de uno de los cajones del escritorio, balbuceaba

—¡Déjalo! ¡Es nuestro, Elena, es nuestro!

No sé si llegó a percatarse de la situación, pero, para cuando levantó los ojos del brillante oro de Avery, la enorme viga cayó sobre Elena, arrastrándola al vacío. Dimitri cayó entonces de rodillas mientras gritaba el nombre de su mujer, alargando la mano en un tardío e inútil intento de salvarla.

Abandoné el navío con paso tranquilo, supe que Dimitri, no me seguiría. Sin llevarme ni una sola moneda de oro, me marché de la cueva para ver el Sol y decidí que solo volvería pocos días después. El tesoro se encontraba allí intacto. Sacamos hasta la última moneda de aquella oscura cueva, pero jamás conté la historia real a la prensa ni volví a ver a Dimitri, que desapareció sin llevarse ni una sola de las monedas de Avery, aquellas por las que había dejado morir a Elena.

Jamás encontramos su cuerpo, no pudo siquiera despedirse. Nuestro camino hacia el tesoro fue digno de uno de los mejores libros de acción, y el final, de película. Incluso a mí me dolió ese final. Dimitri no era buena persona y conocía bien para quién trabajaba. Yo mismo tenía la intención de venderlo a la Alpha Force en cuanto encontrásemos el tesoro, pero la sangre de cazatesoros de mi abuelo corre por mis venas: necesitaba encontrar el tesoro antes de detenerlo.

Elena era distinta: parecía una mujer amable, compasiva y cariñosa, que a veces se comportaba como una dictadora para satisfacer al loco con el que cada noche se acostaba. Una ucraniana criada en la pobreza, en el seno de una familia que apenas podía mantener un techo sobre sus cabezas. Siempre pensé que lo de Dimitri era por dinero, que le aguantaba solo por eso. Pero quizá me equivoqué, pues no dudó en asesinar a hombres junto a los que había reído a carcajadas. Quizá ella estuviese tan loca como él y en sus locuras se complementasen... Quizá a su modo era la pareja perfecta, que acabó siendo separada por la avaricia. Quizá solo lo fueran a su modo, pero ¿quién soy yo para juzgarlos si eran felices?

Debí haber matado a Dimitri y haber llevado su cadáver a la sede de la Alpha Force, no por las medallas, sino porque habría evitado todo esto, y la muerte de muchos inocentes en las guerras que financia. Ahora, Dimitri no busca oro; no, ahora está mucho más loco, busca algo más. Vete a saber el qué, pero si se enfrenta a lo que se enfrenta, es porque le merece la pena. Dimitri busca algo que le permita tener el mundo en sus manos. Pude apretar el gatillo en el camarote de Avery y evitarlo todo. De haberlo hecho, ahora no estaríamos en este infernal archipiélago intentando salvar al mundo de la demencia de Dimitri. Espero que aquello que está buscando no sea más

que un producto de su demencia, aunque lo dudo. Sea lo que sea que pretende conseguir, debemos llegar antes que él y destruirlo si es necesario. Cometí el error una vez, no lo volveré a repetir. Movido por la muerte de Elena, me marché dejándolo con vida. Esta vez no, no saldrá de estas islas; esta vez cumpliré con mi deber y pondré fin a su locura.

Para cuando quise darme cuenta, ya me encontraba en el extremo sur de la isla, justo frente a un enorme puente de piedra. Había caído preso de mis recuerdos y había perdido totalmente la noción de tiempo. Sacudí mi cabeza y miré el logo de la Alpha Force en mi hombro para recordar, una vez más, mi deber como general de la Alpha Force. Comencé a caminar a través del enorme puente, centrándome ahora en el presente, en encontrar a Sergio antes que Dimitri, pues ahora la sed de venganza le embriagaba y Sergio era para él un jugoso objetivo al que no renunciaría, un cebo perfecto que Dimitri no debía morder. Acabaré con él antes de que se acerque.

Capítulo XXI

La celda submarina

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

jueves 4 de enero, 17:36)

Sergio García

Mientras caminábamos rápidamente hacia el sur de la isla, las dudas comenzaron a asaltarnos. Habíamos hecho todo lo que creíamos necesario, pero lo único que habíamos obtenido era un temblor similar al resto, aunque esta vez todo el archipiélago temblaba a cada pocos minutos.

—¿Qué se supone que pasa ahora? —preguntó Martín a Schrödinger, que se encontraba inmerso en aquel antiguo libro.

—Presupongo que debemos encontrar a Emplubik, lo poco que puedo entender solo habla de una celda submarina y una tumba eterna.

—¿Submarina? Pues hasta aquí hemos llegado, a no ser que alguno de vosotros tenga un submarino —dijo Hugo en tono irónico.

—Ahí tiene razón Hugo: Dimitri está preparado para todo. Nosotros vamos improvisando y hemos llegado a una situación en la que nos vemos sobrepasados.

—Dimitri no tiene ningún submarino y viene preparado para todo —me interrumpió Laura.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Hugo.

—Pude ver un informe de todo lo que se introdujo en el barco de Dimitri y te aseguro que no había ningún submarino.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Martín mirándome fijamente.

En ese momento, varios helicópteros sobrevolaron nuestras cabezas. La ausencia de otra vegetación distinta a los altos pastos que adornaban la isla tuvo que permitir que los helicópteros nos avistaran, pero pasaron totalmente de largo.

—Tienen prisa —pensé en voz alta.

Justo entonces eché a correr, remontando una empinada colina que se encontraba a nuestra izquierda. Una vez allí, pude ver perfectamente el horizonte. Poco después, Martín y Hugo

llegaron a mi lado.

—Bonita celda, ¿no?

Tal y como Hugo puntualizó, una enorme isla se levantaba ahora en el centro del archipiélago. Cogí los prismáticos y comencé a observarla desde la lejanía. Pude ver cómo el agua caía desde los altos acantilados que rodeaban la isla, que se antojaba inaccesible para nosotros.

—¿Y cómo pretendéis llegar allí? —preguntó Schrödinger.

Martín aprovechó la pregunta para hacerme pensar, mientras yo continuaba observando la isla, en cuyo extremo este se alzaba una puntiaguda montaña rodeada por un bosque que, en el centro de la isla, daba paso a una densa jungla cercada por escarpados riscos.

—Tiene razón Sergio: no tenemos helicópteros, no tenemos barco y no sabemos siquiera qué clase de criaturas pueda haber en esas aguas. Estamos en un callejón sin salida.

Sabía que algo se nos escapaba, ¿pero el qué?

—Lo estamos enfocando mal.

Sorprendido por la intervención de Laura, miré hacia atrás. Ella se quedó ahí, callada y de brazos cruzados. Con un leve movimiento de hombros y cejas, intenté hacerla continuar.

—Estamos buscando una solución que se adapte a los medios de nuestra época, pero todo esto fue construido hace miles de años.

—Tiene razón, tenemos que pensar como los indígenas que construyeron esto. Toda la isla está plagada de puzles y construcciones milimétricas. Tiene que haber alguna forma de llegar hasta allí.

Comencé a caminar nuevamente hacia el sur, mientras los demás seguían esperando escuchar un razonamiento que aún no había llegado a mi cabeza.

—Tiene que haber un patrón simple, algo que se nos escapa.

—¡Simple! Eso es —gritó Hugo acelerando el paso—. Todas las construcciones antiguas utilizan sistemas milimétricos para construir cosas que a primera vista parecen simples... ¿y qué es lo lógico ahora?

—Ir hacia el sur. Es lo que indica el patrón. —dijo Martín.

—¡Exacto! Si el objetivo es hacernos llegar a esa isla, ¿por qué construir un puente que nos lleve de nuevo al punto de salida, si no debemos atravesarlo?

—No tiene sentido ninguno, Hugo. ¿Por qué tiene que ser esa isla el punto de partida?, ¿por qué no cualquier otra? —pregunté.

—No digo que sea el punto de partida; es más, esa isla es el final de todo esto, la puerta a la

celda submarina.

—¿Y en que te basas? —pregunto Schrödinger.

—Mientras Laura y tú dabais vueltas por la ciudad que encontramos, pasasteis por alto una cosa. Yo también subestimé su importancia, pero ahora lo veo claro.

Todos mirábamos extrañados a Hugo, aunque a medida que hablaba nos convencía aún más y, a medida que nos convencía, aumentábamos el ritmo.

—Cuando estábamos a la puerta de ese templo donde encontraste el libro, pude ver al fondo de una pequeña callejuela la estatua de un dragón con las alas cerradas, cuya mirada se clavaba fijamente sobre la iglesia. Me acerqué un poco y observé cómo sobre su frente se iluminaba un punto rojo, un punto rojo que correspondía con uno de los vértices de un cuadrado. Pero eso no fue lo que más llamó mi atención. Al acercarme a la estatua, noté una corriente de aire frío. Entre sus alas pude ver un hueco que parecía contener unos peldaños. Estoy seguro de que esa es la puerta a la celda.

—Bien. Pues vamos —dije sin ser capaz de encontrar una opción mejor.

Los helicópteros de Dimitri llegarían en breve a la isla y nos aventajaban bastante, así que, con prisas, comenzamos a correr rápidamente hacia el mismo lugar donde empezó todo. El lugar donde debería haber acabado.

Atravesamos rápidamente los altos prados, llegando nuevamente a un enorme puente que comunicaba ambas islas. Lo cruzamos sin parar de correr, pues desde el puente podíamos ver perfectamente cómo los helicópteros de Dimitri sobrevolaban el perímetro de la isla central, donde se alzaba una ancha montaña. El barco de Dimitri se acercaba rápidamente a la isla para preparar lo que sería el último avance de su ejército. Cuando estábamos casi llegando al final del puente, Martín se paró en seco.

—¿Qué cojones es eso? —dijo observando a lo lejos el barco de Dimitri.

Nos paramos por un instante para observar la curiosa imagen. El barco estaba rodeado por unos largos tentáculos que parecían querer arrastrarlo hacia el fondo del océano.

—¡Dios mío, con razón se hundían los barcos! —dijo Schrödinger mientras miraba atónito la escena.

Yo, por mi parte, volví a echar a andar.

—Mejor será llegar allí mientras mantienen ocupada a esa bestia. Ya era hora de que por una vez alguien hiciera el trabajo difícil —dije, en cierto modo temiendo a esa bestia que incluso era capaz de enfrentarse al navío de Dimitri. Y he decir que los pulpos no es que me hagan mucha gracia, si no es a la gallega. O una pata con limón. Lo cierto es que están buenos, pero vivos es otra cosa.

Desde siempre habíamos sido nosotros los que teníamos que acabar con problemas como ese y,

la verdad, prefería evitarlos.

En cuanto cruzamos por completo el puente, llegamos a la jungla, la cual atravesamos rápidamente mientras nos manteníamos atentos a los diferentes ojos que desde la vegetación nos vigilaban. Un tiempo después, llegamos a la ciudad de la que hablaba Hugo.

Quedé impresionado al entrar en la ciudad y ver que las construcciones se habían conservado en óptimas condiciones, aunque todas ellas estaban cubiertas ahora por altas plantas trepaderas. La naturaleza se había apoderado de la ciudad. Los árboles crecían por doquier, rompiendo la armonía de grandes plazas. Muchos edificios veían crecer vida en su interior, atravesando aquellos arboles los ventanales de la construcción en busca de la luz. La imagen era la de una perfecta ciudad abandonada donde la huella del hombre se fusionaba con la majestuosidad de la naturaleza para dar vida a un paraje sin igual.

Hugo, Laura y Schrödinger comenzaron a callejear entre las distintas casas que se articulaban simétricamente alrededor de una enorme plaza. Los seguimos a través de la ciudad hasta llegar a lo que parecía ser un enorme templo. Laura y Schrödinger se detuvieron en los patios frontales del templo, justo frente a un pedestal que, tiempo atrás, tuvo que servir de trono a alguna estatua. Hugo, por su parte, continuó andando en dirección contraria y, entonces, todos lo vimos.

En el límite de la ciudad, ya incrustada en la misma selva, divisamos una enorme estatua de un dragón con las alas abiertas, cuyos ojos se hallaban iluminados por la cálida luz de dos grandes llamas. En su frente, cuatro luces encendidas que formaban un cuadrado.

—Parece que tenías razón, Hugo —dijo Martín mientras palmeaba la espalda de Hugo.

Las alas del dragón, que ahora estaban abiertas, daban paso a través del vientre de la criatura a una larga y empinada escalera cercada por las rocas. Estando Martín justo frente a la escalera, Schrödinger le dio un imperceptible empujoncito con la palma de la mano, casi invitándole a adentrarse en la oscuridad.

—Vamos, sabes que soy algo claustrofóbico —dijo Schrödinger, justo cuando Martín le miró fijamente por encima del hombro.

—No hay tiempo que perder —dije mientras me adentraba en el oscuro pasaje tras encender la linterna que llevaba en mi cinturón. Los demás hicieron lo propio y me siguieron.

—¿Tú estás seguro de que esto es buena idea? —preguntó Martín antes de comenzar a bajar la escalera.

—No, pero es la única —aseguré.

—Oye, ¿y si vais vosotros y yo os espero aquí?

—¡Tú vienes! —exclamamos todos al oír cómo Schrödinger se resistía a introducirse en el claustrofóbico subsuelo.

Tras un par de minutos bajando por la empinada escalera, los peldaños se agotaron dando paso al

oscuro vacío. Miré hacia abajo, pero no conseguí ver nada de nada. Justo entonces, escuché el sonido de una bengala encendiéndose. Martín avanzó y la sostuvo al borde del agujero. Tras pensárselo unos segundos, la arrojó a la oscuridad, dotándola ahora de algo de luz. Tras unos pocos segundos, la bengala tocó el suelo, revelando a unas pequeñas criaturas que, ante la luz, se escondieron en las paredes.

—Ahí abajo hay algo —dijo Martín tomando su fusil.

—Si no lo hubiera, probablemente no sería el camino correcto —dije haciendo exactamente lo mismo.

Laura se abrió paso entre nosotros y se asomó al agujero.

—Eso de ahí parece una especie de escalera, ¿no? —indicó, señalando una derruida escalera de madera que descansaba en el fondo del abismo.

—Sea lo que sea, ya no nos sirve de nada. ¿Cómo bajamos? —preguntó Hugo, quien también portaba su fusil en la mano.

—Quizá me arrepienta, pero eso podría resultaros útil.

Al girarme, vi a Schrödinger señalando tímidamente una pequeña viga de madera en el techo.

—Bien, doctor, bien —dije mientras encendía la linterna de mi fusil para luego lanzar el gancho de mi brazalete izquierdo. Con un tirón, me aseguré de que quedase perfectamente fijado a la viga. De lo que no me fiaba era de la integridad de la viga y de su rigidez, aunque decidí arriesgarme. Salté al vacío descolgándome los aproximadamente diez metros de caída que tendría el profundo agujero. Una vez en el húmedo suelo, hinqué mi rodilla derecha y apunté hacia delante mientras echaba un vistazo de reojo a los lados, sintiendo la leve capa de agua a mis pies. Levanté la mano izquierda y, moviendo los dedos índice y corazón adelante y atrás respectivamente, indiqué a Martín que bajase junto a los demás.

Primero llegaron Hugo y Schrödinger y, unos segundos después, Laura y Martín, quien la abrazaba y descendía mirándola a los ojos como si del mismísimo Spider-Man se tratase. Martín se acercaba poco a poco a ella y por un momento pensé que, en cuanto sus pies tocasen el suelo, él se lanzaría a besarla. Y creo que lo habría hecho, de no ser porque Laura se separó rápidamente de él para levantar atenta su fusil. Martín sonrió casi decepcionado por haber perdido la oportunidad y lentamente levantó su fusil.

Una vez que estuvimos todos juntos, bajé mi fusil por un momento. La situación era crítica, sabíamos que algo nos vigilaba, pero no desde dónde podría atacar. Llevándome el índice a los labios, pedí silencio absoluto para luego indicar la táctica que usaríamos para andar por el túnel. Dedos índice y corazón arriba, llevándolos hacia adelante y atrás tres veces, dedo índice arriba, señalando después hacia abajo otras tres veces y, por último, dedos índice y corazón nuevamente arriba, señalando después hacia atrás con el pulgar. Fácil de entender: en columnas, dos adelante, dos atrás y uno al medio. Laura se puso junto a mí al frente de la columna, Schrödinger quedó solo en el centro vigilando los flancos mientras Hugo y Martín caminaban de espaldas cubriendo la retaguardia.

Avanzamos en silencio a través del túnel, pero un agudo sonido que parecía provenir de distintos lugares entre las rocosas paredes nos perturbaba. Seguimos avanzando, ignorando el agudo sonido hasta que se cruzó en nuestro camino una extraña criatura, parecida a un enorme cangrejo con grandes pinzas y ojos penetrantes. Sin durarlo, levanté el puño izquierdo dando inmediatamente el alto. Laura y yo miramos fijamente al monstruoso crustáceo, que se acercaba lentamente con las pinzas en alto. De nuevo ese agudo sonido, ese molesto chasquido que se acercaba cada vez más. Obviamente, el crustáceo era el responsable de aquel sonido, pero bien sabíamos que no estaba solo.

Las oscuras paredes parecían caerse sobre nosotros mientras frías gotas de agua humedecían irremediablemente nuestros trajes para deslizarse hasta el húmedo piso. La escena, que parecía sacada de una película de terror, despertaba cada vez más dudas en mi interior, pues cualquier brusco movimiento o simplemente el hecho de matar a aquel terrorífico crustáceo podría tener consecuencias devastadoras. En el silencio solo se escuchaba el agudo chasquido que penetraba nuestros tímpanos. Luego, la calma total.

«¡Ah!». Tras un fuerte grito, Schrödinger disparó contra la pared y pude ver cómo otro crustáceo caía abatido de uno de los orificios excavados en la misma.

En ese momento, el sonido se volvió aún más intenso y descontrolado. Desde el interior de las paredes comenzaron a aparecer crustáceos de lo más variados, que se aliaban para intentar degollarnos con sus enormes pinzas. Laura abatió al primero de un disparo, pero en cuestión de segundos la cantidad de bestias que nos rodeaban superaba nuestro número en varias decenas. Caí al húmedo suelo, embestido por uno de los cangrejos que lanzó rápidamente una de sus pinzas contra mi cuello. Luchaba por alejarlo de mí, pero en ese forcejeo, una de sus afiladas patas se clavó sobre mi pecho. desgarrando mi traje y mi propia piel. Dolido, conseguí zafarme, pudiendo desplegar el cuchillo de mi brazalete para clavárselo en la base de su cabeza. Conseguí matarlo y ponerme rápidamente en pie. Pude ver cómo el brazo de Hugo había caído presa de una de las pinzas de los crustáceos, Laura estaba atrincherada contra la pared, intentando cubrir a Schrödinger, mientras Martín estaba luchando por quitarse de encima a una de esas bestias.

Fue al ver a Martín cuando di con una posible solución: salí corriendo hacia él y, justo después de disparar al crustáceo del que intentaba deshacerse, arranqué una de las bengalas de su cinturón y rápidamente la encendí. Con un par de disparos, liberé a Hugo y rápidamente nos acercamos a Laura y Schrödinger.

Los crustáceos, movidos por el miedo a las llamas, habían desistido en su empeño de atacarnos, aunque no dejaban de fijar sus penetrantes miradas asesinas sobre nosotros.

—Le tienen miedo al fuego —dije esgrimiendo la bengala contra ellos.

En ese momento, otro de los crustáceos se intentó abalanzar contra mí. Tras un fuerte sobresalto, clavé la bengala en su vientre dejándolo caer al suelo, a la vez que emitía un fuerte quejido mientras arqueaba las patas sobre su vientre para acabar muriendo.

—¡Su puta madre! —dijo Martín por el sobresalto, mientras encendía la última bengala de su cinturón—. Tenemos que salir de aquí ya.

Comenzamos a recular mientras esgrimíamos las bengalas en todas las direcciones posibles, intentando alejar, cuanto más mejor, a los diferentes crustáceos que nos seguían amenazantes. A cada paso que dábamos, ellos nos seguían. Cada vez que miraba hacia las oscuras y porosas paredes, veía cómo decenas de ojos nos observaban amenazantes desde el interior. Nuestros corazones latían rápidamente y juraría que llegué a oír más de un latido desbocado. El miedo a una nueva embestida se apoderaba de nosotros mientras nos preguntábamos a cuántos metros estaríamos de la salida de aquel infernal túnel... si es que había una salida.

En ese momento, la fría sensación del agua ascendió por mis tobillos.

—¡Mierda! —gritó Schrödinger mientras rozaba tímidamente la pared intentando buscar una salida—. No hay salida —dijo mientras se echaba temerosamente las manos a la cabeza.

—En realidad sí, pero tendremos que nadar.

Miré rápidamente hacia atrás y vi a Hugo señalando el agua. El túnel seguía hacia abajo, pero estaba totalmente inundado.

—No podemos atravesarlo con estos cabrones detrás de nosotros —dijo Martín, arqueando lentamente la cabeza hacia mí.

—Ya, ya —respondí mirando en todas las direcciones.

—Son mucho más rápidos que nosotros bajo el agua.

—Ya, ya.

—Y además, no sabemos cuánto tiempo tendremos que estar sumergidos, teniendo solo tres respiradores para cinco personas..

—Ya, ya.

—¿Qué hacemos entonces?

—Ya, ya.

—¿Cómo que «ya, ya»?

—¡Déjame pensar algo, cojones!

Tras mi fuerte grito provocado por el nerviosismo y el hastío ante las intervenciones de Martín, los crustáceos se abalanzaron sobre nosotros. Rápidamente, dirigimos las bengalas hacia ellos, haciéndolos retroceder aún más. Comencé a mirar rápidamente en todas las direcciones hasta que llegué a dar con una solución, que me pareció suficientemente viable.

—Hugo, toma, meteos ahí, cruzad el túnel y vuelve con los respiradores —dije cediéndole la bengala y los respiradores.

—¿No se apagará debajo de agua? —preguntó Schrödinger.

—Son de calcio —respondí, sabiendo que al fin y al cabo Schrödinger no entendería la diferencia entre una bengala de calcio y otra cualquiera. Doctor, sí, pero únicamente en su campo.

Sin perder un segundo, Hugo dio los respiradores a Laura y Schrödinger para introducirse en las frías aguas del túnel.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Martín, una vez todos se habían sumergido en el agua.

—Le tienen miedo al fuego, ¿no? Pues hagamos fuego

—Pues hay que darse prisa, esta mierda está a punto de apagarse —dijo Martín algo asustado, mientras movía arriba y abajo la bengala intentando aumentar su vida útil.

Un par de minutos después vi cómo la intensidad de la bengala comenzaba ya a venirse abajo.

—¡Joder, nos quedamos sin tiempo! ¡Tírasela!

—¿Cómo? —preguntó incrédulo Martín.

—¿Ves esa viga de madera? Tírales la bengala y haz que retrocedan hasta ella —dije señalando una enorme viga de madera que atravesaba el techo del túnel.

Agarré una de las granadas de mi cinturón con la mano izquierda, sosteniendo mi pistola con la derecha.

—A mi señal, lanzas y te cubres. ¡Una, dos y tres!

Martín lanzó la bengala, haciendo retroceder a los crustáceos hasta que se colocaron sobre la viga. En ese momento, aprovechando la confusión de las bestias que observaban tímidamente la débil bengala, lancé la granada al aire, que colisionó con la viga de madera. Entonces, disparé una única y solitaria bala que impactó con la granada, provocando una sonora explosión, que nos tumbó por unos instantes.

Al levantarnos, vi que mi plan había funcionado: la viga, ahora en el suelo, ardía rodeada de rocas desprendidas del techo, dando ahora entrada a unos finos, pero potentes, hilos de agua. Con un inconfundible sonido, Hugo apareció emergiendo del agua con nuestros respiradores en la mano.

—¿Que cojones ha sido eso? —preguntó con la relación a la explosión.

Ignoramos su pregunta, algo enfadados por la demora.

—No podías haber venido antes, ¿no? —preguntó Martín mientras le arrancaba de la mano uno de los respiradores.

—¿Crees que nadar hasta el otro lado con Schrödinger ha sido fácil? —respondió antes de sumergirnos.

Nos sumergimos rápidamente y comenzamos a atravesar el túnel. Nuestra visión se limitaba a lo poco que alumbraban nuestras linternas. Rezaba por no encontrarme con ninguna bestia que, al igual que las otras, deseara comernos lentamente; por suerte, mis plegarias fueron oídas. Tras unos minutos nadando, nos topamos con una rígida pared. Hugo señaló hacia arriba y Martín y yo lo seguimos en una larga subida, que nos acercó a la superficie. Poco después, salimos del agua guardando los respiradores.

—¡Joder! ¡Qué frío! —se quejó Martín, aun tiritando.

En ese momento, un fortísimo y agudo chillido similar al de los crustáceos llamó nuestra atención.

—No, me, jodas... —dijo Martín, temblando ahora de puro terror.

Habíamos llegado a una enorme cueva, donde encontramos a un monstruoso y gigantesco cangrejo, mucho más grande que los otros. Se perfilaba hacia nosotros mientras abría y cerraba sus pinzas violentamente. El enorme crustáceo comenzó a correr hacia nosotros, saliendo cada uno en una dirección diferente. Hugo se llevó la peor parte, pues el extraño cangrejo decidió correr detrás de él. Yo miraba la escena impotente, sin saber qué hacer. Hugo corría zigzagueando entre las diferentes columnas de piedra que atravesaban y sostenían la cueva, pero el cangrejo las atravesaba demorándose unos segundos, que rápidamente recuperaba. Era cuestión de tiempo que atrapase a Hugo.

En ese momento, observé de reojo una potente luz azul que emanaba de mi espalda. Ambas espadas se iluminaban casi queriendo decirme algo. Les eché mano y las puse frente a mis ojos. No sé cómo, pero supe qué hacer: llevándome rápidamente las manos a los hombros mientras empuñaba fuertemente las espadas, esperé el momento adecuado: justo cuando el crustáceo quedó frente a mí, justo cuando alargaba su pinza a unos centímetros de Hugo, abrí los brazos con un movimiento circular, provocando un abanico azul que atravesó la cueva cortando de cuajo las patas de la enorme bestia. El cangrejo cayó al suelo mientras gritaba y cerraba violentamente sus terroríficas y dentadas pinzas.

Una vez fuera de peligro, Hugo se echó las manos a las rodillas metiendo la cabeza entre las mismas, mientras jadeaba ajetreadamente. Martín y yo nos acercamos al crustáceo, manteniendo siempre una distancia prudencial.

—No podías haber hecho esto en el túnel, ¿no?

—No caí en intentar descubrir las cosas que pueden hacer estas espadas cuando casi una centena de mutantes intentaban cortarme el cuello, no —respondí con flema a la pregunta de Martín.

En ese momento, se acercaron Laura y Schrödinger, que se habían escondido al ver a la bestia.

—¿Qué mierda hicisteis antes? —preguntó Schrödinger algo alterado.

—¿Nosotros? ¿De quién fue la idea de no comentarnos lo que nos íbamos a encontrar al otro lado? —respondió Martín con otra pregunta mientras buscaba con su mirada a Hugo.

—No tengo ni idea de dónde ha salido esto —respondió él, aún exhausto, a la vez que levantaba el índice derecho.

—Creíamos que era una roca, pero se puso en pie después de una pequeña explosión —dijo Laura tornando su mirada hacia mí.

Martín, al igual que ella, me miró fijamente.

—Haber dado tú una idea —respondí resoplando.

—Porque tirar una granada a los cangrejos e incendiar el túnel fue una brillante idea —afirmó él irónicamente.

—¿En serio? ¿Una granada en un túnel subacuático? —preguntó Laura en el mismo tono, levantado las manos para después llevarse los índices a la sien.

—¿Qué más da? Estamos aquí, ¿no? Y, la verdad, me gustaría dejar de estarlo —dijo Hugo, un poco más descansado, mientras señalaba una alta escalera incrustada sobre una de las paredes de la cueva, la cual conducía a la salida.

—Sí, mejor será movernos. Dimitri no se detiene —dijo Schrödinger antes de que todos comenzásemos a caminar hacia la alta escalera.

Algo pesaba aun en mi conciencia: el enorme crustáceo aún yacía tendido en el suelo, agonizando lentamente. Me apiadé de él, así que levanté mi brazo izquierdo, agarré fuertemente la espada apuntándola a la base de su cráneo y, tras iluminarse brevemente, lancé un efímero rayo que acabó rápidamente con la vida del enorme animal.

Guardando la espada, me acerqué a la demacrada escalera y comenzamos a ascender cuidadosamente por los estrechos peldaños incrustados en la roca, que estaba cubierta de una fina capa de resbaladizo verdín. Finalmente, conseguimos llegar al punto más alto de la escalera y pudimos por fin ver de nuevo la luz del Sol, que se filtraba a través de un empinado túnel. Echamos a andar y, dejando de lado el olor a pescadería y la humedad de los túneles, llegamos al exterior.

El paisaje en el exterior era, cuanto menos, deprimente. Sin vida, los restos de árboles muertos debido a la larga estancia bajo el agua se sucedían uno tras otro. La tierra no era más que un espeso barro marrón en el que hundíamos nuestras botas. La isla evacuaba rápidamente el agua, que arrastraba todo resto de vida a su paso. Sin embargo, zonas de la isla en la lejanía se mantenían intactas tras tantos años bajo el agua. Era como si una especie de fuerza hubiese protegido el lugar de las inclemencias del océano. Todo estaba pensado al milímetro, pero, aun así, la imagen era completamente desoladora. Comenzamos a caminar siguiendo un estrecho sendero de piedra. Pocos minutos después, las explosiones llegaron a nuestros oídos sucediéndose una tras otra.

—Deben de haber encontrado algo —dijo Schrödinger, refiriéndose al ejército de Dimitri.

—No, solo lo buscan —respondió Martín mirando al ancho monte, que se alzaba al otro lado del

bosque—. Intentan entrar ahí dentro —prosiguió mientras todos mirábamos hacia el monte.

En ese momento, otra explosión llamó nuestra atención, pero Hugo se percató de algo más.

—¿Habéis visto eso? —preguntó

—¿El qué? —respondí mirando preocupado de lado a lado. En este sitio no es que puedas fiarte mucho.

—Cada vez que detonan los explosivos, el monte se ilumina con una fina capa casi incolora.

Observamos fijamente el monte sin detener el paso. Pocos segundos después, se produjo otra explosión y el monte se cubrió brevemente de una pequeña capa blanquecina.

—Es un campo de fuerza —dictaminó Schrödinger, viendo cómo se extendía sobre la vegetación de la isla.

—Entonces, van en la dirección correcta.

Laura tenía razón. Si ese monte estaba tan bien protegido, es que en su interior se ocultaba algo muy importante.

—Vamos retrasados, no tenemos tiempo que perder —dije aumentando rápidamente el paso.

Tras un tiempo vagando por la isla, llegamos a una enorme ciudad que parecía rodear todo el monte. La inmensa ciudad contaba con edificios de todo tipo, todos ellos conquistados por el verdín y la vegetación propia de las profundidades del océano. Peces de todos los tamaños se apilaban muertos en las calles de la ciudad. Sabíamos que los hombres de Dimitri estaban cerca, pero no había rastro alguno de ellos... lo que me preocupaba aún más.

Hacía rato que las explosiones habían cesado, aunque no podía afirmar si Dimitri y sus hombres habían desistido en su intento por penetrar el campo de fuerza o si, directamente, lo habían conseguido.

Seguimos atravesando la ciudad, sin rastro de los hombres de Dimitri. Las callejuelas se hacían cada vez más estrechas. Nuestros corazones latían cada vez más rápido. Algo no me cuadraba y eso me ponía nervioso. Al igual que Hugo y Martín, dirigía mi fusil allí a donde iban mis ojos, esperando encontrarme con algo a lo que disparar. El silencio y la calma eran similares al del ojo de huracán, totalmente efímeros. Cualquier cosa era fácilmente perceptible para los sentidos, el aire entre las grietas o el suave aleteo de una pequeña mariposa. En ese momento, el sonido de una pisada en un charco rompió el equilibrio, fue algo imprevisto. Fijé mi mirada en un muro que quedaba a mi derecha. El muro, agrietado por el paso del tiempo, mostraba distintas tonalidades entre las grietas. Apunté a una de ellas para, más tarde, disparar una sola bala que rompió totalmente la calma.

Segundos después de disparar, el cuerpo de un soldado cayó abatido sobre el espeso barro.

—¡Hijos de puta! —dije en voz baja mientras lanzaba una granada al otro lado del agrietado

muro—. ¡A cubierto! —grité justo antes de que la granada explotara, haciendo saltar por los aires a varios de los hombres de Dimitri.

Martín me arrastró detrás de un muro cuando las balas comenzaron a llover.

—¡Están en los edificios! —me dijo Martín mientras asomaba su fusil intentando alcanzar a alguien.

Miré a mi alrededor y vi al resto a cubierto tras los muros, intentando repeler la embestida de los hombres de Dimitri. Y a Schrödinger, como siempre, yendo a lo suyo.

—¡Se acercan por la derecha! —gritó Laura mientras cubría ese mismo flanco.

—Y por la izquierda ¡Nos tienen rodeados, joder! —exclamó Hugo algo nervioso.

Seguí disparando, intentando repeler las sucesivas hordas de soldados que se amontonaban frente a nosotros. Los cargadores caían vacíos al suelo cada pocos segundos, hasta que inevitablemente la munición comenzó a escasear.

—¡Sin munición! —grité, esperando recibir un par de cargadores.

—¡Mierda, estoy seco! —gritó Hugo.

Miré a Martín, quien equipaba ya su último cargador.

—¡Tenemos que salir de aquí ya! —le dije a Martín, mientras asomaba la cabeza intentando buscar una ruta de escape.

En ese momento, un fuerte estruendo me hizo girar la cabeza, algo pasó rozando, llegando incluso a peinarme para acabar atravesando la pared de uno de los edificios a mi espalda, que tembló intentando no venirse abajo.

—¡Su puta madre! —grité llevándome las manos a la cabeza para asegurarme de que todavía seguía ahí.

—¿Qué cojones ha sido eso? —preguntó Martín.

—¡Calibre cincuenta, joder! ¡Esos cabrones vienen con todo!

Martín lanzó dos granadas de humo. Una a cada lado del edificio que nos cubría. Miré a Hugo, quien nos hacía señas con el brazo. En cuanto el humo obstaculizó la visión de los soldados, Laura y Schrödinger pasaron zumbando a mi lado. Me levanté rápidamente y los seguí en dirección a Hugo, quien, al vernos llegar, echó a correr hacia atrás entrando por un estrecho callejón. Una vez allí, giró a la derecha reventando de una patada la segunda puerta a la izquierda. Entramos a una casa baja, la cual tenía justo enfrente una cristalera que Hugo atravesó como si nada. Nos lanzamos tras él, llegando a un empinado y resbaladizo tejado sobre el que nos dejamos caer, deslizándonos durante unos segundos hacia la pared de otro edificio contiguo. Con ayuda del lanzagranadas de su fusil, Hugo abrió un orificio en la construcción que, poco a

poco, comenzó a venirse abajo. Por suerte, pasamos sanos y salvos y caímos a través de otra cristalera, dando a una especie de patio cercado por tres edificios y un alto muro.

—Hay que salir de aquí antes de que vuelvan a rodearnos —dijo Laura, que tras levantarse, intentó dirigirse al muro, el cual fue rápidamente derruido al ser embestido por un enorme T-90.

—¡Cómo no...! ¿Tenían que tener un tanque! —dije resignado mientras me llevaba las manos a la cabeza.

Numerosos soldados comenzaron a aparecer detrás del tanque. No teníamos nada que hacer, más que rendirnos. Todavía con las manos en alto y alguna que otra mueca de decepción por volver a caer ante Dimitri, sus soldados nos pusieron de rodillas para esposarnos con las manos a la espalda.

Con un brusco empujón, me tiraron al suelo y nos desarmaron. Me levanté con la cara repleta de barro mientras escuchaba cómo los soldados nos gritaban que anduviésemos.

Rodeamos al tanque y comenzamos a atravesar la ciudad, siendo escoltados siempre por el enorme cañón del T-90 y varias docenas de soldados. Salimos de la ciudad y llegamos a un descampado entre el monte y la misma ciudad, donde los hombres de Dimitri se apostaban preparándose para enfrentar a Emplubik.

Al llegar justo al pie del monte, vimos una enorme puerta. Eso me hizo suponer que el monte estaría completamente hueco. Frente a la puerta, Dimitri discutía con su hijo.

Los soldados nos tiraron al suelo, justo a los pies de Dimitri y Víctor. Este último se acercó a mí, propinándome un puñetazo mientras intentaba levantarme que acabó por volver a sentarme.

—Te lo debía —dijo mientras se frotaba los nudillos.

—Quítame las esposas e intenta darme entonces.

Víctor se acercó a mí cuchillo en mano, pero Dimitri cruzó su brazo entre él y yo.

—Se acabó el recreo, Víctor. Tú, resuelve el puzle —dijo Dimitri, a la vez que me apuntaba con el cañón de su pistola.

—¿Qué pasa? No podéis reventar la puerta, ¿verdad? —dije sonriendo en un intento de desesperar un poco a Dimitri.

—Vas a resolverlo o te juro que...

—Pues mira vale, tengo curiosidad por ver lo que hay ahí dentro.

—¿Cómo? —preguntaron todos extrañados.

—Sí, después de todo lo que me he tragado, al menos quiero ver para qué y por qué.

Dimitri, que había bajado su pistola, balbuceaba sin saber bien qué decir. Seguramente no

esperaba que aceptara ayudarlo. Martín, Hugo y Laura me miraban con los ojos como platos mientras Schrödinger se reía a carcajadas.

—¿De qué se ríe este imbécil? —preguntó Víctor.

—Vete a saber. No es que esté muy cuerdo, ¿sabes?

—¿Te seguirás riendo si te meto una bala en la cabeza? —volvió a preguntar, encañonando a Schrödinger en la frente.

—Víctor, sabes que lo queremos vivo.

—¿Vivo? ¿Vivo para qué? Este vejestorio solo iba a traernos hasta aquí y, ahora que hemos llegado y ellos van a abrir la puerta, él nos es inútil.

—Lo quiero vivo. Quiero que vea lo que consiguió para mí.

Padre e hijo estaban en plena discusión.

—No es por nada, pero él entiende el idioma, así que en cierto modo lo necesito —aseguré.

—¿Sí? ¿Y al rubio? ¿Qué pasa con el grandullón? ¿O con la traidora? ¿Los necesitas a todos? Porque te aseguro que voy a meterle una bala en la cabeza a alguien por lo que me hiciste —amenazó Víctor.

—Tócala y te prometo que pasarás el resto de tu vida frente a esa puerta —respondí yo.

—¿Sabes qué? Pégamelo a mí —exigió Laura antes de continuar hablando—: Me vendisteis la moto de que queríais evitarlo, pero mírate, miraos: solo queréis descubrir y tomar lo que hay al otro lado de esa puerta. Él, al menos lo hace por poder, pero ¿vosotros? Vais a condenar al mundo por simple curiosidad.

—Es una pena que se dé cuenta ahora de la estupidez de su traición, pero ya me traicionó y no puedo volver a confiar en usted —dijo Dimitri apuntando a Laura a la cabeza.

—Sin embargo, no puedo matarte... de momento, aunque lo desee. No puedo, porque veo cómo su mirada cambia al mirarte, cómo se abren sus pupilas. Míralo, su rostro de póquer muestra algo cuando me acerco a ti. Patético, ¿cómo puedes enamorarte de alguien en un par de días? ¿Solo porque ha recorrido un par de islas contigo? ¿Darías la vida por ella? —me preguntó Dimitri.

—Déjala, yo me encargo.

—Sí lo hicieras, condenarías al mundo por ella. Patético, pero me vale. Vamos —dijo Dimitri con una macabra sonrisa en su rostro.

—¡Sergio, no!

—Laura, tranquila, no hay otra opción. Confía en mí.

Enseñé entonces a Dimitri las esposas que aprisionaban mis manos a mi espalda, pidiéndole con una sonrisa totalmente fuera de lugar y sin mediar palabra alguna que me liberase. En ese momento, Dimitri comenzó a reírse a carcajadas mientras apuntaba a Schrödinger ladeando su pistola.

—¿De eso se ríe el alemán? ¿¡Creéis que soy gilipollas!?

—Puedo ser todo lo bueno que quieras, pero resolver un puzle sin usar las manos... —dije irónicamente, respondiendo así a la pregunta de Dimitri.

—Bien. ¡Tú, acompáñalo! —gritó apuntando a uno de sus soldados

—Ya tienes manos —dijo Dimitri luciendo una pícara sonrisa en el rostro.

Con un gesto de resignación, me dirigí hacia la puerta junto al soldado que Dimitri me había proporcionado. Una vez llegué frente a la puerta, encontré a pocos metros un atril donde pude ver un curioso puzle: un distintivo cuadrado de treinta por treinta centímetros, adornado por noventa y nueve piezas incrustadas en el mismo y un hueco en el centro. Un clásico puzle donde había que deslizar las piezas hasta dar con la combinación correcta. Cada una de las piezas estaba adornada con líneas blancas talladas, que parecían no tener sentido alguno. Solo una de las piezas contaba, además, con un distintivo punto rojo sobre las líneas.

—Bien. ¿Ves esa pieza? —pregunté al soldado, que señaló una de las noventa y nueve piezas.

—No, esa no. Tampoco. ¡Joder, esa de ahí!

Y así durante un par de minutos, que acabaron por desesperar a Dimitri.

—¡Por fin! —grité después de cuarenta y tres piezas.

—Vale, arrástrala a la izquierda. Mi izquierda no, tu izquierda.

—¡Es la misma! —gritó el desesperado soldado, al que ya se le notaban algunas gotas de sudor frío corriendo por su sien.

—Si vas a decirme cómo hacerlo, mejor lo haces tú —respondí tranquilamente.

El soldado volvió a mirar hacia el puzle, no sin antes suspirar profundamente.

—No, no me cuadra. Ponla donde estaba y desliza esa pieza. No, la otra. Joder.

Con claras muestras de cansancio ante la torpeza del soldado, giré mi cabeza hacia atrás, mirando a Dimitri.

—Tienes tiendas de campaña, ¿no? Porque, a este ritmo, la noche la pasamos aquí.

—¡Quítale las esposas, joder! —gritó Dimitri, ya harto de la situación.

En ese momento, el soldado se acercó a despojarme de las esposas. Justo cuando mis manos se

liberaron, arranqué de su cinturón dos pistolas, disparando a sus rodillas para acabar el movimiento apuntando a Dimitri y a Víctor.

—¡Inútil! —gritó Dimitri mirando al soldado, que sollozaba en el suelo mientras se llevaba las manos a la rodilla.

Durante unos segundos, solo los quejidos del soldado rompieron el silencio. Dimitri y yo nos mirábamos fijamente, desafiantes.

—Tu padre ya se me escapó una vez así —dijo Dimitri, rompiendo el silencio.

—¿De que conoces tú a mi padre?

—El mundo es muy pequeño, hijo, y llevo ya el suficiente tiempo aquí como para afirmar conocerlo.

Dimitri bajó la pistola.

—Tienes un ejército frente a ti, a tus amigos esposados. ¿Quieres disparar? Vamos, pero ¿qué ganarás?

—¿Y que gano de no hacerlo?

Dimitri sonrió bajando la mirada al suelo.

—A veces, solo podemos resignarnos ante la derrota —dijo levantando la cabeza para volver a apuntarme con su arma.

—Nos resignaremos ambos —sentencié.

—Yo ya lo hice... hace mucho.

—¿Qué haces aquí entonces?

Dimitri volvió a sonreír.

—Tomarme la revancha.

—Eso no es resignación.

—¡Sí que lo es! Acepté mi pérdida, pero sin renunciar a la venganza.

Dimitri comenzó a caminar hacia Hugo, que se encontraba de rodillas en el suelo, junto a Martín, Schrödinger y, por último, Laura.

—Este vil mundo ya no tiene sentido. Me arrancaron lo que más quería: la vida de Elena. El destino dejo huérfanos a mis hijos. Esta es mi venganza, mi venganza con el mundo.

—Destruir el mundo no te la devolverá, Dimitri.

—Destruirlo no, someterlo —dijo mientras llevaba el cañón de su brillante Desert hacia la sien de Hugo—. No estás en posición alguna para negociar. Tú eres como yo: tu vida te da lo mismo. Pero ¿y la suya?

—Tengo más primos.

Dimitri sonrió ante mi respuesta y comenzó a caminar hacia Martín.

—Lo suponía. ¿Y la suya?

—Si quieres, yo mismo aprieto el gatillo —dijo Martín acercando su cabeza a la pistola de Dimitri, que comenzó a reír tras su respuesta.

—Se nota quién os ha educado, todos tenéis ese «gen García» que os hace ser algo desafiantes.

Dimitri se apartó de Martín y comenzó a caminar hacia Laura.

—El doctor Schrödinger muy probablemente suplicaría por su vida entre numerosas lágrimas. Pero no, eso te da igual; hay muchos doctores, amigos o familiares, pero...

Dimitri levantó entonces su pistola, encañonando a Laura.

—Pero ¿y ella?, ¿tiene más familia?

Suspiré profundamente sin dejar de apuntar a Dimitri, que comenzaba a apretar lentamente el gatillo.

—Esa es una diferencia entre nosotros. Ese gen también os hace ser compasivos. ¿La dejaras morir? ¿Quién cuidará entonces de su pobre hermanita?

—¡No le escuches! —gritó Laura con alguna que otra lágrima en los ojos.

Las palabras de Dimitri se llenaron de una falsa pena, que adornaba inclinando su cabeza a la derecha mientras abría los ojos en un intento por apenarme.

—Ya te lo he dicho: eres patético, conozco el mundo y esa mirada tuya cuando la miras. Tu rostro, con ella aquí, es un libro abierto.

—Bien —dije, bajando mis armas.

Dimitri se apartó de Laura para acercarse unos metros hacia mí, mientras me apuntaba fijamente.

—Pero te equivocas, sí que estoy en posición de negociar —dije... volviendo a levantar ambas pistolas—. Si abro esta puerta, bien sabemos que, en cuanto tengas el paso libre, nos matarás a todos. Quizá yo consiga escapar, pero ellos ya estarían muertos. Para mí, no hay diferencia entre joderte la vida o solucionártela.

—Negociemos, pues —dijo Dimitri, confiando en su faceta de empresario.

—Obviamente, ya habéis intentado resolver el puzle. Y os habéis comido una mierda. Me necesitáis.

—Ambos conocemos la situación. Déjate de rodeos y suelta tu oferta.

Durante unos segundos, tan solo miré fijamente a Dimitri, dando así algo de suspense a la negociación.

—Nos dejas ir a todos totalmente rearmados, retiras tus tanques y la puerta se abre.

—Os dejo ir, un cargador por arma y los tanques se quedan.

—¿Cómo sé que no nos harás volar por los aires?

—¿Cómo sé que volveréis a casa y no a darme por culo?

—Nunca he dicho que nos fuésemos a retirar.

—Entonces, ¿por qué dejaros ir? —preguntó Dimitri levantando los brazos con una irónica sonrisa en el rostro.

—Ese es tu peaje, la puerta se abre y nosotros seguimos dándote por culo.

Dimitri se lo pensó durante unos instantes hasta que levantó el puño, dando así a los T-90 la orden de retroceder hasta quedar ocultos tras los muros de la ciudad.

—Haced lo que pide —dijo al aire, provocando que cinco soldados se acercaran a Martín, Laura, Hugo y Schrödinger, liberándolos y devolviéndoles las armas junto a un solo cargador.

—Dijimos un cargador por arma.

—Pues ahora será uno por cabeza —contestó Dimitri.

—Ese no era el trato —dije mientras Laura, Hugo, Schrödinger y Martín se acercaban a mí, introduciendo el cargador en sus fusiles

—¡No tientes a la suerte! Resuélvelo de una vez —ordenó Dimitri, algo enfadado.

Me di la vuelta cubierto por Martín y Hugo, quienes, sin bajar sus fusiles, seguían apuntando a los hombres de Dimitri, que miraban con los brazos cruzados.

—¿Tienes idea de cómo hacer esto? —me preguntó Laura en voz baja.

—Creo que sí. ¿Ves el dibujo de la puerta?

Laura levantó la mirada hacia la enorme entrada mientras yo intentaba resolver el puzle. Esta contaba con un dibujo similar al de las piezas del rompecabezas: líneas blancas que parecían no tener sentido alguno.

—Creo que es Laniakea, el cúmulo donde se sitúa la Vía Láctea; de ahí el punto rojo —concluí.

—¿Cuánto tardarás en resolverlo? —preguntó nuevamente Laura.

—Minutos, horas... Depende de lo inteligente que fuera quien lo diseñó.

—Tenemos la noche encima, Sergio, y la paciencia de Dimitri parece haberse agotado.

—Gracias por la presión extra —respondí con una sonrisa, sin parar de intentar resolver el puzle.

Afortunadamente, estuve fino y terminé el puzle en unos pocos minutos. Sin embargo, no sucedió nada. Miré extrañado la puerta, algo no funcionaba. El dibujo coincidía a la perfección, pero el punto rojo que caracterizaba al rompecabezas no aparecía en la puerta. Levanté y bajé la mirada un par de veces, hasta decidirme por presionar la pieza en la cual quedaba el característico punto. Esta cedió, cayendo al interior del atril y dejando un segundo hueco. Segundos después, las piezas giraron, mostrando un nuevo dibujo.

En ese momento, un fuerte estruendo llamó nuestra atención. Schrödinger se echó hacia atrás, debido al enorme estallido. Me di cuenta de que la puerta era un fiel reflejo del puzle, también dividida en 100 cuadros de un metro por un metro. Más que cuadros, la puerta estaba confeccionada a partir de cubos que, al girar, mostraron un nuevo dibujo sobre la misma.

—La Vía Láctea, ¿no? —preguntó Laura.

Sin siquiera responder, comencé a resolver el puzle, aislando los dos espacios y conformando un perfecto mapa de la galaxia, donde otro punto rojo se situaba esta vez en el brazo de Orión, señalando sin duda la posición del Sistema Solar. Volví a presionar el cubo donde se encontraba el punto, perdiéndose este al igual que el anterior, provocando que los cubos del atril y la puerta giraran mostrando nuevamente un dibujo distinto: el Sistema Solar.

Rápidamente resolví el tercer rompecabezas; era bastante fácil, a decir verdad, pero esta vez ningún punto rojo lo adornaba. Levanté la vista hacia la puerta, intentando buscar alguna pista. Justo en ese momento, los cubos de la puerta comenzaron a girar con el ya característico sonido de los engranajes que parecían abrir la puerta lentamente.

Miré extrañado a Laura.

—Era obvio, ¿no? El punto era la Tierra.

Sonreí y torné mi mirada nuevamente hacia el puzle: efectivamente, lucía un nuevo espacio. Volví a echar un vistazo hacia la puerta, encontrando esta vez el dibujo de un enorme mapamundi, donde se podía apreciar el mundo al completo, de este a oeste, norte y sur: todo el orbe estaba ahí representado.

—¿Cómo podía una civilización que vivía aislada del resto del mundo conocer casi a la perfección todo el globo? —pregunté en voz baja, sin hallar respuesta.

Es cierto que Ichak ya nos reveló que esta civilización fue una especie de precursora de la

nuestra, pero ¿cómo podían conocer territorios que se descubrieron milenios más tarde?

—Esto me parece una gilipollez —dijo Martín sin dejar de apuntar a los hombres de Dimitri.

—¿Cuánto crees que tardarán en dispararnos como a platos al vuelo en cuanto se abra esa puerta? —prosiguió.

—No tenemos otra opción: o nos disparan por la espalda o nos meten una bala en la sien. Así, al menos, tendremos una oportunidad.

—¿Oportunidad? Sin humo, sin cegadoras, con las balas contadas y a cien metros de esa puerta... Tendremos suerte si recorremos cincuenta.

Mientras Martín y Hugo seguían discutiendo y, aun con la semilla de la incertidumbre en mi mente, resolví el puzle.

Un círculo rojo representaba nuestra posición en el mapa. Al igual que los otros, volví a presionarlo haciéndolo descender, pero al levantar mi dedo del cubo, este se elevó sobre los demás, como impulsado por algún mecanismo. Saqué el cubo, que tenía en su interior un alargado artefacto similar a una circular y extraña llave.

Miré la puerta y, casi instintivamente, comencé a caminar hacia ella mientras Martín y Hugo me seguían de espaldas, sin dejar de apuntar al ejército de Dimitri. Llegué ante la puerta, encontrando un pequeño agujero que parecía coincidir con el diámetro del artefacto. Observé fijamente el pequeño agujero, que se elevaba sobre mi cabeza. Levanté el brazo y casi de puntillas introduje el artefacto en el agujero. El sonido de los engranajes volvió a llamar nuestra atención. El artefacto comenzó a dar vueltas sobre sí mismo hasta que finalmente se introdujo en los muros de la puerta. El silencio se apoderó de la situación para que, segundos más tarde, tras un fuerte estruendo, los cubos que conformaban la puerta se escondieran tras los muros que cercaban la tumba de Emplubik.

Capítulo XXII

La última esperanza

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

jueves 4 de enero 18:49)

Jaime García

Dejando atrás mis recuerdos, comencé a cruzar el puente de piedra, mientras miraba atentamente cómo el barco de Dimitri era atacado por el mismo ser que se había encargado de hundir mi barco en cuanto llegué al archipiélago. Con suerte, el transatlántico acabaría también en las profundidades y las fuerzas de Dimitri se verían drásticamente reducidas. Seguí avanzando a lo largo del puente mientras pensaba cómo llegar a la isla, que ahora se levantaba en el centro del archipiélago. Una isla muerta bajo el agua, pero donde extrañamente se elevaba una frondosa jungla junto a un ancho monte. Había algo extraño en este lugar, que no paraba de sorprenderme. La isla parecía, obviamente, el siguiente punto al que se dirigiría Sergio. Pero ¿cómo llegarían allí? No tenían forma evidente de cruzar, pues la única manera parecía ser por aire o por mar. Descarté automáticamente ambas opciones. Debía de haber otro modo de pasar, aunque no lograba encontrarlo.

Terminé de cruzar el puente cuando encontré unas cuantas huellas. Estaban húmedas, por lo que hacía poco que quien fuera que las dejó había pasado de largo. Miré la suela de mis botas y vi que el dibujo coincidía con el de las huellas. Indudablemente, Sergio había pasado por aquí. La mayoría de las pisadas coincidían con mi dibujo, pero encontré en la tierra otros dos dibujos. Uno de ellos sería Schrödinger, pero ¿y el otro? Recordé aquella tarjeta de identificación: «Laura Ascanio». Seguía con ellos... ¿por qué? No podía creer que fuesen tan imbéciles, no se habían dado cuenta de que llevaban consigo a un agente doble. Tenía que encontrarles antes de que esa niñata acabase con ellos.

Levanté entonces la mirada, observando las huellas que se introducían en el espeso y característico bosque de la isla. Me introduje en el mismo con el fusil en mis manos, esperando no encontrarme con las mismas bestias que me hicieron despeñarme por un precipicio la última vez que visité la isla.

Por suerte, el viaje fue tranquilo y acabé llegando a otra ciudad diferente de la que ya había visitado. Su articulación y edificios eran muy parecidos, pero esta ciudad parecía algo más pequeña. Para mi desdicha, la ciudad estaba repleta de un extraño empedrado, donde las huellas de Sergio se desvanecieron, dejando tan solo un pequeño rastro de tierra durante unos pocos metros.

Atravesé la ciudad poniendo atención al detalle, pues la más mínima pista podría conducirme a Sergio. Me introduje por las más recónditas calles de la ciudad hasta que finalmente abandoné su perímetro sin encontrar nada más que desolación y abandono.

Me llevé ambas manos a la parte trasera del cuello, intentando pensar. Había algo que se me escapaba... En ese momento, al girar la cabeza, pude ver la distintiva estatua de un dragón con las alas abiertas, cuyos ojos se iluminaban por una brillante luz. Comencé a caminar hacia la estatua, atraído casi mágicamente por ella. Justo en su vientre, encontré una entrada a lo que parecía ser un túnel y, frente a él, estaban las mismas huellas que me habían conducido a la ciudad. Era evidente que Sergio había entrado en aquel oscuro agujero.

Acoplé una linterna a mi fusil y encendí la que llevaba en el cinturón, comenzando así a bajar las escaleras que se encontraban a la entrada del túnel. La escalera terminó en un profundo y oscuro abismo, al que me asomé confirmando que tan solo era oscuridad lo que reinaba en aquel lugar. Sin embargo, mi instinto me decía que Sergio había pasado por aquí, así que dirigí la linterna de mi fusil hacia el vacío, alcanzando así a ver vagamente el fondo del hoyo. Aun así, no me fiaba de lo que podría encontrar ahí abajo, pues un agudo y tenebroso quejido destacaba en la oscuridad, a la vez que penetraba en mis oídos. El olor a pescado podrido, la humedad, el resbaloso verdín sobre las porosas paredes... Tan solo pensar en seguir caminando por aquel lugar me daba náuseas.

Decidí encender una de mis bengalas y arrojarla al vacío. Vi que el fondo se encontraba totalmente despejado, pero frente a mí había una enorme caída que debía sortear. Miré a mi alrededor intentando buscar la forma de bajar. Afortunadamente, pude encontrar una viga de madera que cruzaba el techo del túnel. Lancé el gancho de uno de mis brazaletes hacia la viga, descolgándome así hasta llegar sano y salvo al suelo. Al menos, esa era la idea, pues a un par de metros del suelo, la mohosa viga acabó quebrándose y dejándome caer al encharcado suelo, golpeándome además en la cabeza.

—Me sobran unos kilitos —pensé en voz alta, mientras me frotaba la cabeza intentando aliviar el dolor del golpe.

Rápidamente, abrí los ojos y eché mano a mi fusil, pues ante el fuerte golpe, los agudos quejidos comenzaron a sonar cada vez más alto, dándome la impresión de que algo se acercaba. En ese momento, el silencio invadió el túnel. Di un paso hacia adelante, apoyando mi pie sobre otra bengala ya consumida, que probablemente habría sido arrojada por Sergio. Estaba en aparente buen camino, pues, aunque atravesando el túnel podría encontrar a Sergio, mi sentido común me decía que no lo hiciera. Sin embargo, pensándolo bien, mi única salida ahora era avanzar y rezar por que al otro extremo del túnel encontrase la luz, pues me era imposible volver sobre mis pasos.

Comencé a caminar con paso firme y constante sin bajar el fusil. El sonido de las pisadas en los charcos, exceptuando el nauseabundo olor a pescadería abandonada, era lo único perceptible entre el silencio y la oscuridad.

No era el único que caminaba por ese enorme túnel. Poco después de echar a andar, vi cómo un gigantesco crustáceo fijaba sus grandes y redondos ojos en mí, mientras caminaba a lo largo del

techo. Apunté con mi linterna hacia la lejanía, pudiendo ver así a un grupo de monstruosos crustáceos que parecían avanzar algo enfadados hacia mí. No pensaba permitir que esos engendros se me acercasen, así que disparé al que se situaba sobre mí, que cayó fulminado, para justo después lanzar una granada cegadora hacia delante. Aparté la vista por un momento y, justo después del fuerte destello, comencé a disparar a los crustáceos, que, asustados y aturdidos, corrían sin sentido, subiéndose al techo y colándose entre los poros de las húmedas paredes.

Segundos después, la gran mayoría del grupo yacía frente a mí con un tiro quebrando y atravesando sus fibrosas cabezas. Otros pocos habían escapado, pero el efecto de la granada se prolongaría el suficiente tiempo en ellos como para permitirme cruzar el túnel.

Comencé a caminar sorteando cadáveres y vigilando los poros de las paredes, que eran fácilmente atravesados por los crustáceos. Poco tiempo después, el túnel comenzó a iluminarse con una distintiva luz anaranjada. Frente a mí, encontré gran cantidad de crustáceos o, al menos, sus restos. Cuerpos por un lado, patas por otro y sus entrañas esparcidas por las paredes y el techo de túnel, del que caían finos hilos de agua que comenzaban a encharcar la superficie y a sumergir algunos restos. Parecía la mariscada de una bestia sin compasión que, a costa de los cangrejos, se había dado un buen festín.

Más adelante, otra viga tirada en el suelo ardía en llamas sobre una pequeña montaña de cadáveres. La sorteé intentando evitar las llamas, que se extendían a lo largo de la viga. Al llegar al otro lado, encontré un charco, dándome cuenta más tarde de que era un pequeño orificio por el que continuaba el túnel.

Hinqué la rodilla en el suelo y eché mano a mi respirador para introducirme de cabeza en el orificio. Una vez dentro, observé cómo el túnel continuaba hacia delante, inundado por el agua. No tenía intención de estar ahí mucho tiempo, pues no sabía qué podría encontrar; bueno, en realidad sí. Por eso quería salir cuanto antes de allí, así que atravesé el túnel nadando rápidamente.

A los pocos minutos, llegué a un callejón sin salida. Mi única escapatoria era nadar hacia arriba durante bastante tiempo para llegar más tarde a una gran cámara, ya fuera del agua. Salí por otro pequeño orificio y guardé mi respirador antes de echar un vistazo y encontrar el cuerpo de un enorme crustáceo tendido sobre la superficie de la cueva. No se movía lo más mínimo, parecía muerto, aunque no quise dar nada por sentado y comencé a dar un rodeo. Tras dar tan solo un par de pasos, el crustáceo comenzó a moverse, quedando yo paralizado. Pero había algo raro en él: se movía arrastrándose, sin patas, que vi se encontraban cortadas por la mitad junto al inerte cuerpo del crustáceo. En ese momento, un enorme tentáculo rodeó su cuerpo, quebrando su exoesqueleto y arrastrándolo hacia otro agujero aún mayor, que parecía conducir a los dominios de la bestia que había hundido mi barco y que parecía haber acabado también con el de Dimitri.

Observé inmóvil la escena hasta que la bestia se retiró completamente, dejando la cueva vacía y arrastrando el cadáver del crustáceo a las profundidades.

Comencé a andar lentamente a través de la cueva, observando lo que parecía ser una salida adornada por la luz del día, que comenzaba ya a disiparse. Vi que una escalera conducía a la salida, así que, sin pensarlo dos veces, me dirigí a ella y comencé a ascender, intentando no

resbalarme con el verdín que enfundaba los peldaños de la escalera.

Llegué a un breve y luminoso túnel, que me condujo al exterior, donde una desoladora imagen me esperaba: toda la vida que anteriormente había poblado la isla se encontraba ahora desolada por el paso del tiempo bajo las profundidades del océano. El lejano sonido de numerosos disparos me sacó de mi asombro, parecía que una guerra se libraba en las inmediaciones del ancho monte.

Sergio debía de estar en peligro, pues las balas tienen la extraña manía de intentar atravesar a los miembros de mi familia, así que comencé a atravesar la isla, guiado por el sonido de los disparos y las explosiones.

Sorteando árboles caídos y llenando mis botas con el espeso barro que cubría el húmedo suelo de la isla, llegué a una enorme ciudad, totalmente desolada, que parecía rodear una enorme montaña. Cuando entré en la ciudad, los disparos habían cesado, aunque me mantuve alerta. Me encontraba en el escenario perfecto para una emboscada: numerosos callejones, edificios, escondrijos, plazas...

Mientras atravesaba uno de los mencionados callejones, escuché las voces de tres soldados que avanzaban hacia el monte. Caminaban relajados, mientras charlaban en su ruso materno. Salí agachado de los callejones para intentar acercarme un poco más a ellos. Mientras los seguía oculto en las sombras, llegamos a un lugar donde parecía haberse librado recientemente una batalla. Numerosos casquillos, algunos aún un poco calientes, se encontraban entre los charcos de la derruida ciudad. Obviamente, había llegado al emplazamiento donde se habían producido los disparos que me atrajeron hasta aquí.

A medida que avanzábamos, me di cuenta de que esos tres soldados no eran los únicos que caminaban por la ciudad. Dimitri había montado un sistema de patrullas, lo que me hizo pensar que Sergio pudo haber escapado al tiroteo.

Volviendo a la oscuridad de los callejones e intentando evitar a las patrullas, vi a dos soldados que avanzaban hacia mí. Me eché a un lado con la intención de dejarlos pasar de largo, pero rápidamente cambié de idea: volvía a tener la oportunidad de infiltrarme en el ejército de Dimitri, lo que probablemente me daría información sobre el paradero de Sergio y los demás. Lo malo era que, si Dimitri me volvía a pillar, esta vez me metería una bala en la cabeza sin mediar palabra.

Activando el láser integrado en los nudillos del guante del traje, avancé hacia los soldados electrocutando a uno de ellos y noqueando al siguiente. Los arrastré hacia el interior de un edificio para, una vez allí, robar el uniforme a uno de ellos.

Una vez volví a enfundarme el uniforme de las fuerzas de Dimitri sobre el mío propio, avancé a través de la ciudad. Camuflado por unas anchas gafas de sol, una oscura braga y un grueso casco, caminé por los callejones con el fusil en mis brazos, simulando que, efectivamente, patrullaba la inerte ciudad.

Llegué rápidamente a las afueras para encontrar al ejército de Dimitri, casi en su totalidad, ante las puertas de lo que parecía ser un enorme muro. Bueno, a ver, vamos a dejarnos de rodeos: era

un muro. Miré a mí alrededor y vi tres tanques T-90, parados detrás de los edificios que marcaban el límite de la enorme ciudad. Comencé a caminar lentamente hacia Dimitri, intentando mezclarme entre sus hombres, moviéndome entre ellos como si fuera un borracho a las tres de la mañana en un pub con aforo completo al que sigue entrando gente. En ese momento, la enorme puerta, que parecía formada por numerosos cubos, comenzó a girar mostrando un mapa del mundo muy bien definido. Los hombres de Dimitri observaban impactados, como si estuviesen viendo una película en un cine de verano.

Seguí avanzando entre las filas de Dimitri hasta que llegué casi a primera línea, donde vi a Martín y a Hugo de espaldas a la enorme puerta, mientras apuntaban con sus fusiles hacia nosotros, que los observábamos con los brazos cruzados.

Segundos después, la puerta comenzó a abrirse mágicamente. Dimitri y algunos de sus hombres comenzaron a acercar sus manos hacia sus armas. Martín y Hugo caminaban de espaldas cubriendo al resto, que avanzaban hacia el otro lado de la puerta. Una vez al otro lado, podrían escapar, pero antes siquiera de acercarse a la puerta, los hombres de Dimitri ya los habrían abatido. Rápidamente, corrí hacia los T-90, llamando la atención de los soldados y despertando sus dudas.

—Но что происходит с этим? —dijo uno de ellos a mi paso.

Alcanzando a los tanques, escalé a lo alto del primero y golpeé la escotilla de entrada, esperando que alguien saliera a abrirme. Efectivamente, segundos más tarde un enfadado ruso abrió la escotilla y asomó su cabeza, la cual aticé contundentemente para después introducirme en el interior del tanque mientras desenfundaba mis dos pistolas para abatir al comandante y al artillero de un solo disparo. Volví a disparar al conductor, que yacía en el suelo, para asegurarme de que no fuera un problema. Rápidamente, me dirigí hacia el puesto del artillero. Giré el cañón hacia la ubicación de los hombres de Dimitri, quienes, levantando sus armas, parecían dispuestos a abatir a Martín y Hugo para después hacer lo propio con los demás. Sin dudarlo, disparé el cañón haciéndolos volar por los aires y creando una humareda y un estado de confusión que Sergio podría aprovechar para escabullirse de las tropas de Dimitri. Y funcionó: los soldados se fijaban ahora confusos en mí, al igual que los otros dos T-90 comenzaban a girar sus torretas.

Y ahí me di cuenta del lío en el que me había metido. Un T-90 operativo necesita de al menos dos integrantes, conductor y artillero, así que tenía dos opciones: quedarme inmóvil y luchar hasta que me hicieran saltar por los aires o correr como el mismísimo Bolt en unos Juegos Olímpicos. Claramente, escogí la segunda opción. Sentado en el lugar del conductor, pisé a fondo hacia la enorme puerta, mientras oía las balas rebotar en el pesado blindaje del tanque, los proyectiles antitanque pasar rozando y los T-90 estaban listos para aniquilarme. Agaché la cabeza, sabiendo que lo inevitable acabaría sucediendo. Y así fue: poco antes de llegar al umbral de la puerta, uno de los proyectiles alcanzó el tanque, levantándolo bruscamente del suelo. Todas las alarmas saltaron, una luz roja iluminó todo el interior del T-90, un impacto más y acabaría calcinado en un horno blindado. Vale que me sobrasen unos kilitos, pero de ahí a querer cocinarme como mamá cocinó el pavo de Navidad...

Al atravesar la puerta mientras cruzaba los dedos, la humareda levantada por los proyectiles se desvaneció y pude ver un amplio barranco frente a mí. Dos estrechos caminos se abrían a cada

lado del barranco, el cual cercaba otra inmensa jungla. De nuevo, volvía a tener una difícil decisión frente a mí: parar el tanque e implorar a la inexistente piedad de Dimitri o saltar al vacío, esperando que el tanque no se desmoronase tras el impacto.

Obviamente, intento ser sarcástico: jamás pensé en parar ese tanque. Segundos después, estaba volando sobre la vegetación, pensando que quizá debería haber pensado que Sergio ya era mayorcito y que debería estar bebiendo cerveza para pasar la resaca de Año Nuevo. Debería haber vuelto a casa y haberme preparado, un buen pelotazo para sintonizar El chiringuito y ver, como viene siendo habitual, llorar al patético Cristóbal Soria. Pero no, tuve que venir al culo del mundo para acabar inconsciente tras un accidente aéreo de tanque. Tener un hijo es precioso, la mejor experiencia posible, un regalo de Dios... ¿Dónde está el que me dijo eso? Tener hijos, la mejor decisión de mi vida.

Capítulo XXIII

Al otro lado de la puerta

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

jueves 4 de enero 22:15)

Laura Ascanio

He de confesar que, cuando la puerta se abrió, el corazón me dio un vuelco. Por lo poco que había llegado a conocer a Dimitri, sabía bien que Martín tenía razón: Dimitri nos dispararía y tendríamos suerte si uno de nosotros llegaba al otro lado con vida y no acababa pereciendo después, por las seguras heridas que recibiría en el tiroteo. Aun así, comenzamos a andar, pues no teníamos otra opción más que esa. Sergio me empujó levemente hacia adelante, interponiéndose él mismo entre el ejército de Dimitri y yo.

Avanzábamos lentamente, casi esperando el momento en el que las balas comenzaran a pasar sobre nuestras cabezas, rezando para que ninguna de ellas consiguiera acertar.

—Se están preparando para disparar —dijo Martín, al ver cómo los hombres de Dimitri cargaban sus armas y las apuntaban hacia nosotros, esperando tan solo la orden de Dimitri, que parecía disfrutar dejando que nos acercásemos a la gran puerta que acabábamos de abrir.

—Nos llevaremos a unos cuantos antes de caer.

Hugo clavó sus pies en la tierra, dispuesto a disparar primero, lo que quizá cogería de imprevisto a Dimitri, que seguía mirándonos como si estuviera enseñando un caramelo a un niño para después arrancárselo de las manos.

Vi cómo Sergio echaba mano a su fusil, mientras Schrödinger comenzaba a correr. Justo cuando el mortal enfrentamiento iba a comenzar, un proyectil de uno de los T-90 rompió la tensa escena, haciendo volar por los aires a los soldados que estaban ya listos para acribillarnos.

—¡Corred! —grité tirando de Martín y Hugo, que comenzaron a disparar a través de la humareda levantada por el proyectil.

Salimos a correr aprovechando la confusión que ahora reinaba entre los hombres de Dimitri. Casi todo su ejército disparaba, pero solo una pequeña parte de esas balas parecían dirigirse hacia nosotros. Cuando atravesamos la puerta, llegamos a un alto acantilado que cercaba una espesa jungla. Miré hacia abajo, casi creyendo que nos tendríamos que volver a lanzar al vacío. Hugo llegó corriendo y me arrastró hacia la izquierda, donde bajamos a toda mecha por un estrecho y empinado camino, esculpido en la pared del acantilado.

Volví a ver la agilidad de Schrödinger, la misma que ya conocí en Madrid. El viejo recorría el camino como una cabra montesa temerosa de las balas, motivado sin duda por la segura muerte que tenía a sus espaldas.

—¿¡Que cojones!? —gritó el doctor al mirar hacia arriba, escuchando, como nosotros, un revolucionado motor que se acercaba.

Casi de forma instintiva, también levantamos la cabeza para ver cómo un T-90 en llamas se lanzaba al vacío, saltando desde el punto más alto del acantilado. Confusa por la imagen y aun tambaleándonos por la caída del tanque, que nos hizo temblar en el acantilado, terminamos de bajar el empinado camino para acabar introduciéndonos en la oscura jungla.

Pasamos minutos apartando ramas y atravesando matojos, dejando atrás los restos del descontrolado tanque, mientras esquivábamos grandes troncos. Lo que no esperaba es que una escena como la que acabábamos de vivir, en un momento de tanta tensión, cuando todo estaba a punto de acabar y el destino del mundo podía decidirse... sucedería lo que sucedió: «A-wimoweh, a-wimoweh, a-wimoweh, a-wimoweh, a-wimoweh, a-wimoweh, a-wimoweh, a-wimoweh, a-wimoweh, a-wimoweh, a-wimoweh, a-wimoweh».

Martín había comenzado a cantar. haciendo que Sergio y Hugo empezaran a bailar entre las ramas, para luego seguirle.

—Weeheeheehee, dee heeheeheehee, weeoh bam-bam, bueh, a-wimoweh, a-wimoweh.

—Weeheeheehee, dee heeheeheehee, weeoh bam-bam, bueh, a-wimoweh, a-wimoweh.

—En la jungla, la negra jungla, dormido está el dragón. En la jungla, calmada jungla, dormido está el dragón. Dee heeheeheehee, weeoh bam-bam, bueh, a-wimoweh, a-wimoweh —cantaron al unísono.

—¿¡De verdad os parece el momento!? —exclamé.

—Oye, si vamos a morir, mejor hacerlo con sentido del humor —dijo Martín, entre carcajadas.

Por suerte para mí, llegamos a la estrecha entrada de una húmeda cueva antes de que pudiesen retomar su canción.

—Bien, ahora en serio: ¿puede alguien explicar qué cojones ha pasado ahí arriba? —preguntó Martín de forma general, aunque clavando sus ojos en mí.

—Estamos vivos, no le des más vueltas —contestó Hugo mientras encendía una potente linterna, que reveló un pequeño pasadizo al final de la cueva.

—Acabamos de ver un tanque en llamas volar sobre una jungla que, a pesar de llevar sumergida miles de años, sigue rebosando vida... ¿y pretendes que no me pregunte qué coño pasa?

Hugo tan solo le ignoró, acercándose a la grieta y pasando su mano ante ella.

—Ahí dentro hay una cavidad mayor.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Schrödinger.

—El aire frío es fácilmente perceptible. Con la cantidad que se desprende, podría decir que a un par de metros hay una cueva más grande y mejor protegida; quizá deberíamos pasar la noche allí.

Sergio se acercó entonces a la grieta.

—¿Y si encontramos un agujero?

—No perdemos nada por echar un vistazo. Quedarnos aquí sería una trampa mortal, en el caso de que algo nos encontrase, de forma que tampoco deberíamos pasar la noche ahí fuera —contestó Hugo a Sergio.

—Bien, Martín, deja de dar vueltas como un imbécil y ve con Hugo

—¿De verdad estás tan solo pensando en pasar aquí la noche? ¿Tenemos lo que sea que busque Dimitri a tiro de piedra y tú quieres darle toda una noche de ventaja? —argumentó Martín, mientras se acercaba lentamente a la grieta.

—Dimitri será testarudo, difícil de llevar, desalmado y todo lo que queráis, pero sé perfectamente que no es imbécil.

Sergio, que ya parecía dispuesto a contestar a Martín, cerró la boca y tornó su mirada hacia a mí.

—Dimitri quiere al dragón, ha venido preparado para someterlo si es necesario: tanques, helicópteros, misiles, morteros y cantidad de tropas. Los tanques están arriba, no pueden bajar sin transporte aéreo. Todavía tiene que encontrar la tumba, lo que no será complicado, pero no la atacará sin antes estar totalmente preparado para cualquier imprevisto.

—Me duele decirlo, pero tiene razón —afirmó Schrödinger mientras se levantaba lentamente de la piedra sobre la que descansaba.

—Esta vez podríamos ser nosotros los que ataquemos por la retaguardia. Cada vez que nos hemos anticipado a Dimitri, ha utilizado nuestro trabajo para avanzar aún más rápido de lo que lo habría hecho sin nosotros. Si lo dejamos prepararse, si lo dejamos traer todo su arsenal, quizá podamos tomar ventaja.

—¡O quizá podamos facilitarle la labor de matarnos! —replicó Martín ante la afirmación de Schrödinger

—¡Arrgg! ¡Siempre tan impulsivo! ¡Te convendría un poco usar la cabeza de vez en cuando!

—Es exactamente lo que quiero: ¡sacar la cabeza de este agujero al que nos has arrastrado para poder seguir usándola!

Sergio agarró del brazo a Martín, que salió lanzado hacia Schrödinger.

—¿Y tú eras el que cantaba ahí fuera? —pregunté.

—¡Si no lo hago de vez en cuando, pierdo la cabeza! —contestó Martín.

—Martín, sabes que, en realidad, tienen razón. Si encontramos ahora a Emplubik, podríamos acabar envueltos en una lucha, a elegir entre una bestia mitológica o un ejército preparado no para matarla, sino para someterla. Laura, ¿cuánto tardaría Dimitri en estar listo?

—Si encuentra rápido la tumba y pone a todos sus efectivos a trabajar, lo que seguro hará, podría estar listo al amanecer.

Martín se dio entonces la vuelta y caminó hacia Hugo.

—Más vale que no encontremos más cangrejos en esa cueva.

—No, para nada —dijo Hugo, deslizándose por la grieta.

—Mientras discutíais, ya he echado un vistazo: está desierta y parece el lugar idóneo para pasar la noche.

—Vamos pues, necesito comer algo e intentar autoconvencerme de no acabar sufriendo una embolia, un infarto o cualquier cosa que acabe matándome como aún no ha podido hacer Dimitri —dijo Schrödinger mientras se agachaba para introducirse en la grieta.

—¡Ay!

—La cabeza... —musitó Hugo, levantando la mirada mientras el resto nos disponíamos a atravesar el estrecho paso.

Efectivamente, unos metros después acabamos llegando a una cavidad mayor.

—Bien, comida, fueguecito y a dormir. Y mañana, ¿qué? —pregunto Martín.

—A las siete, todos en pie; vamos detrás de Dimitri, los dejamos entrar e intentamos rearmarnos. A ver hasta dónde llegan sin nosotros. Esperaremos el momento oportuno y entonces acabaremos tanto con Emplubik como con el ejército de Dimitri.

—Ese es un plan muy optimista —señaló Martín.

—Y arriesgado —remató Schrödinger mientras reía, saboreando una lata de conservas.

—¿Algún voluntario para la primera guardia? Porque esta vez yo haré la última. —preguntó Sergio mirando a Schrödinger, que levantó los hombros como si realmente hubiese olvidado su última guardia soñolienta.

—Voluntario para dormir —dijo Martín, alejándose de nosotros.

Viendo que tan solo quedábamos Hugo y yo, levanté la mano ofreciéndome para la guardia. Hugo comenzó a caminar hacia mí, pero Martín se puso justo delante de él con la mano en alto.

—¡Yo, yo, yo, yo, yo! —repitió una y otra vez.

Sergio lanzó entonces una pequeña carcajada mientras levantando la mano se marchó, preparándose para dormir.

—Todo tuyo.

Comimos algo para reponer energías y, entonces, todos cayeron en los brazos de Morfeo. Me senté en una pequeña roca, mirando hacia la grieta mientras pensaba en mi hermana. Justo entonces, Martín me agitó la botella de Jack Daniel´s en la cara.

—¿Aún queda?

—¿Tan borrachos crees que somos? —preguntó Martín haciéndome reír.

—¿Sabes? Esto estaría mucho mejor en una terracita con una cachimba. Podrías contarme tranquilamente algo sobre ti.

—¿Qué quieres saber? —pregunté.

—Todo —dijo él antes de darle un profundo trago a la botella.

—Creí que querías sobrevivir mañana.

—Disparo mejor borracho.

—¿En serio? —pregunté crédulamente.

—Hay muchas cosas que hago mejor borracho, aunque sea bueno sobrio —respondió él volviendo a hacerme reír—. Lo cierto es que disparar no es una de ellas, pero ya me entiendes. Además, si nos van a matar mañana... ¡Que no se diga que no disfrutamos de nuestra última noche! —dijo acercándose lentamente a mí con una pícara mirada.

Lo miré algo preocupada y, colocando la palma de mi mano en su frente, cogí la botella y luego continué con la conversación.

—¿Qué crees que ocurrirá mañana?

—No lo sé, yo me fijo más en disfrutar del presente.

—Pero, bueno, ¿es que tú no te das por vencido? —pregunté.

—Ya deberías saber que no —contestó él, acercándose cada vez más a mí.

—Ahora en serio, Martín, ¿qué crees que sucederá mañana?

Solo entonces, él pareció entender la seriedad de mi pregunta y se acomodó para responder.

—Puede que este sea el peor lugar al que haya ido con Sergio. Lo creas o no, hemos luchado

contra dioses. Pero no sé qué nos espera mañana; solo sé que, si alguien puede hacer esto, somos nosotros.

Di un trago a la botella y miré hacia atrás, donde dormía Sergio, el cual, aunque estaba dormido, parecía estar al tanto de todo.

—¿Cómo os conocisteis? —pregunté mientras devolvía la botella.

—¿Sergio y yo? Se me pinchó la bici.

Sonreí mientras lo miraba, esperando una mejor explicación.

—Nací en Italia, ¿sabes? Mi madre era española y maestra, así que acabé aprendiendo el español incluso antes que el italiano. Cuando tenía siete años, mi padre falleció y mi madre me trajo a Madrid, con su familia. Entré en el colegio y para todos era: «El italiano». En mi primer día de clase, un matón ya se acercó a mí, pero me salvó la campana, la del colegio. Nunca olvidaré lo que me dijo: «Mañana te partiré esa cara italiana».

Martín me arrebató la botella y le dio un trago antes de devolvérmela y proseguir con la historia.

—Esa misma tarde, encontré una bici en el garaje del piso al que me arrastró mi madre. La cogí y me fui. Por momentos, pensaba en volver a Italia en bici, en plan Marco, pero sin mono.

Di otro trago y miré de nuevo a Martín.

—Después de horas y horas pedaleando, ya en la otra punta de Madrid, pinché la cámara de la bici. Tiré esa mierda al suelo y, casi llorando, me di la vuelta. No sabía dónde estaba, ni cómo volvería. Me giré para levantar la bici y ahí estaba Sergio, mirando la rueda pinchada.

Pude ver cómo se dibujaba entonces una cómplice sonrisa en su cara.

—«Esta jodida la cosa, ¿eh?», me preguntó levantando la bici. Sin dudarlo un momento, me llevó a su casa, abrió el garaje y nos pasamos la tarde buscando cámaras para la bici y, más tarde, intentando montarlas. Horas después, la puerta del garaje se abrió. «¿Qué hacéis, subnormales?», preguntó su padre, Jaime. Le explicamos lo sucedido y acabó sacándonos a patadas del garaje. Nos llevó a la cocina, cogió una cuchara y volvió al garaje, dejándonos allí. Entonces, apareció su madre, algo más amable, y acabamos comiendo crepes con Nutella hasta reventar.

Martín hizo entonces un inciso.

—No creas ahora que su padre es un ogro, tan solo es su modo de ser gracioso, supongo.

Tras una breve sonrisa, continuó con la historia.

—Cuando no podíamos más, Jaime salió del garaje: «Hala, ¡a la puta calle!», gritó mientras dejaba la cuchara en el fregadero. Sergio y yo fuimos al garaje a por las bicis, pero cuando intentamos salir, su madre nos devolvió a la cocina. Ya había oscurecido, así que Jaime iba a llevarme a casa. El único problema era que yo no sabía dónde vivía. Acabamos montados en el

coche, conduciendo por las calles de Madrid hasta que pude reconocer algunas calles y llegar finalmente a casa. Mi madre me echó la bronca de mi infancia ese día.

—¿Y ya está? ¿Así empezó todo?

—Así nos conocimos, amigos nos hicimos al día siguiente. Como te he contado, iban a pegarme la paliza de mi vida. Aunque podía defenderme, cuando salimos al patio acabé en la parte de atrás del colegio, rodeado por los cuatro machacas de aquel matón que el día anterior me había dejado claro que iba a hacer de mi vida escolar un infierno.

—¿Cómo se llamaba?

—¿El matón? Eliot, pero si vas a interrumpirme, que sea para darme la botella —dijo alargando el brazo.

Le di la botella y, tras dar un buen trago, siguió contándome la historia.

—Iban a partirme la cabeza entre los cinco y, entonces, cuando estaba ya tirado en el suelo, oí una voz: «Sigues siendo el mismo cobarde del año pasado». Eliot se dio la vuelta y yo incliné la cabeza, intentando ver de quién era esa voz.

—Sergio.

—Este, por interrumpirme —dijo justo antes de volver a llevarse la botella a la boca—. Eliot se olvidó por unos momentos de mí. Ese puto gordo respiró hondo antes de acercarse a Sergio. Hablar lo que es hablar, hablaron poco. Los niños no somos de hablar, resolvemos nuestros problemas de otro modo. Sergio le llamó cobarde por estar en quinto e irse a buscar a uno de primero, Eliot le empujó y se lio. Rodillazo a la boca del estómago y gancho a la mandíbula, Eliot cayó al suelo con las manos en la cara. Me levanté y le di un puñetazo a uno de sus machacas, y así empezó nuestra primera pelea juntos. Dos de esos machacas fueron a por Sergio. A uno de ellos le partió la nariz de una patada y al otro le perforó el tímpano, aunque no pude ver cómo, pues estaba ocupando, golpeando a los que habían venido a por mí. Lo siguiente que recuerdo es al jefe de estudios quitándome de encima de uno de ellos y llevándonos a mí y a Sergio a dirección.

—Pobrecillos —dije riéndome.

—Obviamente, esos cobardes dijeron que nosotros habíamos ido a por ellos. Llamaron a mi madre y al resto de padres y, después de una fuerte discusión, todos salieron. Mi madre, por suerte, estaba trabajando, así que delegó responsabilidades en mi hermana, quien tan solo me dijo un par de cosas y volvió a clase.

Yo estaba pensando más en la bronca que se llevaría Sergio después de haberme salvado el culo. El último en salir fue Jaime, que se acercó a nosotros colocándose en cuclillas a nuestra altura. «Martín, ¿no? He hablado con tu hermana; coge tus cosas, que te vienes con nosotros».

Bajé a la clase algo confundido y cogí mis cosas. Me monté en el coche de Jaime y unos minutos más tarde acabamos en casa de sus padres. Jaime nos bajó del coche, nos hizo soltar las maletas

y nos sentó en el sofá. «¿Qué mierda han hecho para que los hayáis dejado así?», nos preguntó con una sonrisa y levantando la mano para chocar los cinco. Se lo explicamos todos y, la verdad, se lo tomó muy bien. Ojalá, mi madre hubiera hecho lo mismo horas después. «Prefiero tener que recogeros del colegio por darle una paliza a unos matones que tener que recogeros del hospital».

—Bueno, viéndolo así, tiene lógica, pero os pasasteis un poco, ¿no? ¿O lo estás exagerando? ¿Con ocho años partió una mandíbula, una nariz y perforó un tímpano? ¿Era un niño o una máquina de matar en miniatura?

Martín sonrió.

—A él, a su familia, les enseñan a hacer eso desde que nacen. Y sí, nos pasamos, pero ya no volvieron a darnos por culo.

—Hombre, no iban a volver a por otra.

—Pues ya sabes cómo empezó todo; después de eso, Jaime me dijo que Sergio no siempre iba a estar ahí, así que me entrenó. Karate, capoeira, taekwondo, boxeo... Jaime y su familia nos enseñaron cualquier arte marcial que exista. Años después, descubrí a qué se dedicaban y, casi sin darme cuenta, acabé aquí.

Miré de nuevo a Sergio.

—Coincidisteis con mi padre, le llamasteis capitán. Esto de buscar tesoros no es más que un hobby, ¿verdad? ¿A qué os dedicáis?

—Cada respuesta a su debido tiempo, Laura. Podría decírtelo, pero por juramento, estaría obligado a matarte —contestó Martín mirándome fijamente.

—Es como de la familia entonces, ¿no? —pregunté, volviendo a mirar a Sergio.

—¿Familia? Somos más que familia, somos hermanos.

—Los hermanos son familia —puntualicé.

—Tú me entiendes.

La alarma que sonó indicaba el cambio de guardia. El tiempo había pasado volando.

—Antes de despertarlos, si yo fuera tú, le diría algo. Es el tío más valiente que conozco, pero un negado para estas cosas.

—¿Cómo?

—Yo siempre he sido el ligón del grupo y él el romántico, pero le cuesta arrancarse. Si te digo la verdad, tenía pensado salir de aquí con tu número de teléfono como mínimo, pero se ve que no soy tu tipo, que prefieres el suyo —dijo dándome un pequeño trozo de papel.

—No prefiero el de nadie.

—Vale, vale, pero créeme: aunque le cueste decir lo que siente, cuando lo siente, lo siente con más fuerza que ninguna otra persona que conozca. Puede pasar meses sintiéndolo y por miedo, no sé a qué, porque no es que no lo valga, no dice nada. Tú, dale un empujoncito —dijo despertando a Hugo antes de irse a dormir.

—Tú, levanta —pateó Hugo a Schrödinger.

—¿Y eso? —me preguntó en referencia al trozo de papel, frotándose sus soñolientos ojos.

—Esto, nada, no te preocupes —contesté guardando el pedazo de papel.

—Lo ha intentado, ¿verdad? —preguntó.

—¿Cómo?

—Lo hace con todas las mujeres que le gustan a mi primo. Se acerca a ellas e intenta ligárselas para ver qué clase de mujer es. Sergio es duro, pero para estas cosas, no tanto —explicó Hugo—. Pero tú le has mandado a la mierda. Tiene que estar jodidísimo —dijo riendo antes de que Martín le lanzase una bota a la cabeza.

—¡Ay!

—Que te sigo escuchando, gilipollas —indicó Martín.

—Buenas noches —dije riendo antes de patear a Schrödinger para acabar de levantarle y luego, acostarme. Cerré después los ojos, preparándome así para lo que se avecinaba con un nuevo amanecer.

Capítulo XXIV

El resurgir de Emplubik

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

viernes 5 de enero, 7:00)

Martín Rossetti

—¡Siete de la mañana, todos en pie y listos en cinco minutos! —gritó Sergio mientras vaciaba una cantimplora de agua en mi cara

—¿Pero por qué a mí? —pregunté mientras me levantaba muerto de frío.

—Porque es la única manera de levantarte después de una borrachera. —respondió Sergio enseñándome la botella de Jack Daniel´s vacía.

Schrödinger se levantó entonces como un resorte.

—¿¡Os habéis bebido mi botella de emergencias!?

—Sí, pero por tu bien, que ya estás mayor y hay que cuidar el hígado.

Todos me miraron sin creerse mi inútil excusa, la primera que se me vino a la cabeza.

—¡Pero dejamos, como mínimo, un cuarto de botella!

—¿Dejamos? ¿Pero quién más ha bebido? —preguntó Schrödinger mientras miraba a través del cuello de la botella, buscando una última gota que garrapiñar

Laura levantó entonces la mano a la vez que Hugo.

—¿¡Y el cuarto que se supone que dejasteis!?

—Me lo bebí yo, no iba a ser el único abstemio del viaje —dijo Sergio justo antes de que Schrödinger reventase la botella contra el suelo y comenzara a recoger sus bártulos mientras farfullaba palabras no muy agradables en su alemán natal.

—Bueno, pues vámonos, que hemos perdido un tiempo valiosísimo.

—Y que Schrödinger con el mono te da miedo —dijo Hugo palmeando la espalda de Sergio.

—A él y a todos —con estas palabras me dirigí hacia la grieta para abandonar la cueva que nos

había dado cobijo.

Rápidamente, llegamos al exterior y, una vez estuvimos todos reunidos, comenzamos a caminar a través de la espesa selva.

—¿Cómo creéis que han sobrevivido todas estas formas de vida? —preguntó Schrödinger mientras se paraba cada dos metros a examinar una nueva y distinta planta, hoja o matojo.

—¿No eres tú el doctor?

—Sí, pero esto es increíble.

—¿Esto es increíble? Vamos camino a resucitar a un Dragón milenario, el cual acabó con la primera civilización de nuestro mundo ¿Y a ti cuatro plantitas te parecen increíbles? —puntualizó Hugo.

—Mirad: a partir de ahora, cualquier duda, cualquier cosa increíble que encontréis, lo sea o no, es culpa del meteoro. Y haced el favor de centraros en salir vivos de aquí, en vez de catalogar plantas.

—La verdad es que hay algunas muy bonitas —dijo Laura observando una bonita flor.

Sergio cambió entonces de idea.

—Quizá podríamos parar un momentito. Al fin y al cabo, puede que estas flores sean las últimas bellezas que veamos —dijo acercándose a la flor mientras miraba a Laura, quien inevitablemente me buscó con la mirada.

—Te lo dije.

Sergio se lanzó entonces hacia mí.

—¿De qué te ríes? ¿Decirle que?

—Nada, nada —dije riéndome aún más, mientras miraba a Laura, quien comenzaba a sonrojarse.

—Lo que sea que te ha dicho este, yo no tengo nada que ver —dijo Sergio excusándose.

—¡Cagón!

Justo después, recibí un codazo.

Seguí caminando, aún un poco doblado por el codazo. A cada poco, miraba a Laura, la cual tenía una permanente sonrisa dibujada sobre sus sonrojadas mejillas. Supe que tenía que hacer algo más, habitualmente usaba mis dotes para mi propio beneficio, pero sabía que, sin un pequeño empujón, Sergio no se lanzaría a por Laura... aunque quizá sí que no era el momento idóneo para intentar montar una escena romántica a lo Hollywood.

Sergio levantó entonces el puño dando el alto. Apartó un par de ramas del camino, mostrando a

un grupo de cinco soldados que descargaban un camión repleto de armas. Hugo y yo avanzamos junto a Sergio, clavamos la rodilla en el suelo, intentamos acoplar los silenciadores a las armas y nos dimos cuenta de que las armas que Dimitri nos dio no venían con silenciador incluido.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sergio.

—A tomar por culo el sigilo.

—No.

Intentamos agarrar a Hugo, que se levantó y dirigió hacia dos soldados que miraban cómo los otros tres descargaban las cajas de arsenal.

—Aquí nos matan —dije sacando el cuchillo.

Al acercarse a esos dos soldados, dos de los que descargaban las cajas las dejaron caer al suelo para intentar sacar sus armas. Sergio y yo lanzamos los cuchillos al cuello de los dos soldados, que cayeron ahogándose en su propia sangre mientras Hugo estampaba las cabezas de los otros dos, quebrando una contra la otra para después dirigirse hacia el soldado restante y propinarle una fuerte patada en las costillas, justo cuando intentaba volver al camión tras dejar una de las cajas. Me acerqué al soldado y me aseguré de dejarlo incomunicado mientras miraba asombrado cómo tosía llevándose las manos a las costillas.

—Acabas de provocarle un paro cardiaco, joder.

—¿No queríamos matarlos?

—De forma sigilosa y sin alertar a nadie —especificó Sergio.

—No se ha enterado nadie.

—Por el canto de un duro, Hugo; al menos podrías avisar —dijo Sergio.

Pero bien sabía que yo que no iba a ser así: Hugo siempre tenía esos impulsos que lo llevaban a quitarse a la gente de en medio de la manera más bruta y ruidosa posible. Mientras intentábamos hacerle ver lo peligroso de su acción, Laura comenzó a abrir las cajas de armas. En ese momento, un jugoso Barret de calibre cincuenta, que antaño nos amenazó, llamó mi atención.

—Ya está el tonto de los francotiradores.

—¿Tengo que recordarte a lo que nos enfrentamos? Esto podría salvarnos la vida, Sergio.

—Haz lo que quieras, pero con eso encima solo conseguirás ser más lento y torpe.

Estuve bastante tiempo intentando decidir si coger el Barret o no, aunque supuse que, si los estaban trayendo, dentro habría un par más como mínimo, así que cogí un par de fusiles y avancé junto a los demás hacia lo que parecía ser un enorme anillo de piedra con grandes arcos que permitían la entrada al recinto.

Avanzamos a través de los anillos, que parecían formar un intrincado laberinto, mientras eliminábamos a las patrullas, una por una. A medida que progresábamos por el laberinto, encontrábamos escaleras que llevaban hacia otros laberintos superpuestos que se complementaban formando uno solo. Mientras más nos acercábamos al centro del laberinto, mejor podíamos ver orificios excavados en las paredes por el ejército de Dimitri, donde habían colocado varias Browning M2 a lo largo del perímetro.

—Media vuelta, Dimitri gana; no tenemos nada que hacer —dijo Schrödinger al detenerse en seco.

—¿Has visto el tamaño de esas armas?

—Por eso mismo quiero sacar mi inteligente y temeraria cabeza de aquí, tal y como sugirió Martín —contestó Schrödinger tras la pregunta de Sergio.

—No. Si han montado todo esto es porque lo que hay ahí dentro es aún peor. No podemos dejar que lo despierten, Schrödinger.

—Exacto, no podéis. Vosotros, no yo. Sois soldados, los mejores. Sé que iréis allí y luchareis, pero ¿y yo? Solo puedo esconderme y, por mucho que lo haga, acabaran matándome.

—¿Entonces prefieres explicarle a Jaime cómo nos abandonaste en esta isla? —preguntó Hugo.

—Eso ya no funciona. Ya no sé qué me da más miedo, Jaime o esto.

Tras un incómodo silencio, Sergio sacó una pistola y se la dio a Schrödinger.

—Si vas a ser un lastre, será mejor que te vayas. Apáñatelas como puedas.

—Sergio, os ayudaría, pero sabes que no hay nada que pueda hacer. Ni siquiera imaginaba que esto fuera a llegar tan lejos.

Sergio se dio la vuelta, al igual que Schrödinger, que aún con remordimientos, se marchó separando así nuestros caminos.

—Necesitamos un plan de ataque antes de entrar ahí —dijo Laura acertadamente.

—Necesitamos cobertura. Martín, ¿ves esas torres? Allí arriba probablemente tengan armas de larga distancia que puedas usar para darnos cobertura.

—Dame cinco minutos —dije levantando mi fusil, mostrando estar preparado para llegar a la torre.

—Bien, nosotros nos quedaremos aquí abajo, intentaremos inutilizar el máximo de torretas posible y buscaremos el momento exacto para atacar. Mantén la comunicación.

Asintiendo con la cabeza, me separé del resto y salí corriendo hacia la torre.

—Te dije que el Barret nos vendría bien —fueron mis últimas palabras.

Mientras ascendía por las escaleras, podía escuchar a los demás plantar algunos C4 en las solitarias Browning M2. Al llegar a lo alto de la torre, me quité de en medio a cuatro soldados que operaban las armas allí montadas.

—¿Que cojones? —pregunté al aire sorprendido.

—¿Qué pasa, Martín??

—Estos cabrones tienen baterías en las torres.

—¿Baterías? ¿Qué baterías? —preguntó Hugo.

—Cuatro Browning de calibre 50 fijas en una batería de un solo operario y dos Barret con trípode para rematar.

—Mejor, más cobertura podrás darnos.

—El problema es que ellos tienen el mismo arsenal en las otras tres torres, de modo que debería acabar con ellos antes de poder serviros de apoyo allí abajo —dije mientras utilizaba la mira de uno de los Barret para observar las otras tres torres que ascendían alrededor del laberinto.

—No se nos pone nada de cara, joder —dijo Sergio quejándose.

—Estamos al final del laberinto. ¿Podrías echar un vistazo ahí abajo?

Bajé la mira del Barret, viendo así la posición de Dimitri y sus tropas.

—Esto no es bueno.

—¿Qué pasa? —preguntó Hugo, preocupado.

—Estamos encima de un enorme charco de lava.

—No hay tiempo para pausas, Martín.

—Vale, vale. La superficie parece suelo volcánico y hay varios orificios en el interior de la circunferencia, probablemente todas las tropas de Dimitri y vosotros estéis sobre la lava. Tienen tanques ahí, es demasiado; el más mínimo movimiento podría mandaros a una muerte cálida, más bien ardiente.

—¿Dónde está Dimitri? —preguntó Sergio.

—En el centro hay un orificio mayor, la lava esta solidificada en el fondo. Dimitri está sobre un puente construido en forma de circunferencia alrededor del orificio, es como una especie de hoya.

—¿Puedo llegar hasta él?

—Su ejército está a vuestra izquierda, necesitaríamos una distracción. Sería más fácil si me lo

cargo aquí y ahora —respondí a Sergio.

—Entonces, su ejército se nos echaría encima y a ti te fundirían las Browning. Le estaríamos haciendo el trabajo sucio a Víctor.

—Joder, Sergio, ahí hay un altar y este tío se está acercando: va a hacer algo.

—Deshazte de los operarios de las baterías. Hugo, Laura, necesito una distracción.

No tenía ni puta idea de que quería hacer Sergio, pero me monté en la batería y, al ver cómo Hugo y Laura hacían estallar los C4 y lanzaban granadas de humo mientras disparaban para llamar la atención del ejercito de Dimitri, comencé a disparar a las tres torres, casi derribando la posición de las otras baterías.

Dejé la batería a un lado y volví junto al Barret para ver a Sergio, que estaba disparando a Dimitri. Las balas impactaban en lo que parecía ser una especie de escudo que protegía a Dimitri. Sergio llegó al escudo y, al ver que era imposible pasar, comenzó a golpearlo en un acto de desesperación

—¡Dimitri! ¿¡De verdad crees que podrás controlar algo capaz de destruir el mundo!?

Dimitri se dio la vuelta y levantó el brazo, haciendo que su ejército dejara de disparar.

—No necesito controlarlo, solo que desate un Armagedón sobre este enfermo mundo.

—Pero ¿por qué?

—Locura, poder, venganza, pregúntale a tu padre.

—¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto?

—Si consigues salir vivo de aquí, quizá durante el Armagedón, quizá mientras yo me enriquezca vendiendo armas para combatir a este monstruo, él pueda confesarte las cosas que me han traído hasta aquí.

Dimitri volvió a mirar entonces hacia al altar y, colocando un libro sobre el mismo, levantó los brazos mirando al cielo.

—Cighak kentich pumber, Emplubik!

Un fuerte temblor azotó la isla, quebrando el suelo y mandando a uno de los tanques de Dimitri a lava. El escudo que protegía a Dimitri y sobre el que Sergio se había dejado caer al notar el temblor, acabó por desaparecer, tirándolo al suelo justo al borde del orificio. Desde la torre pude verlo todo perfectamente: la base petrificada del orificio central comenzaba a resquebrajarse dando paso a la ardiente lava. Desde las profundidades comenzó a elevarse Emplubik, aquel monstruoso y enorme dragón de cornamenta dorada, que acabó cara a cara con Dimitri.

Yo seguí observando al rojizo y fibroso dragón: abriendo sus alas, se deshizo de la lava para bañar a los hombres de Dimitri. En su alargada cabeza vi dos filas de cuernos que descendían

hasta su humeante nariz. Abrió los ojos, mostrando en ellos una oscuridad solo rota por un ardiente iris.

Tras una larga y maligna carcajada, Dimitri volvió a dirigirse a Sergio.

—Aquí acaba tu aventura, niño. ¡Emplubik, yo, tu salvador, te pido que acabes ahora con mis enemigos para ejecutar después nuestras vendettas contra el mundo!

Sergio comenzaba a incorporarse a la vez que sacaba aquellas espadas azules que ya le ayudaron a derrotar al resto de dragones, pero Emplubik era diferente, más grande, más fuerte y mucho más terrorífico. Un dragón ennegrecido por el carbón y tintado por la lava, cuyos ojos de pura llama iluminaban sus oscuras escleróticas en las que parecía vislumbrarse ya el Armagedón, el fin del mundo... y de nuestras propias vidas.

Emplubik levantó entonces su enorme y afilada garra.

—¡Sergio, sal de ahí! —grité justo antes de disparar el Barret a la cabeza de la bestia, que ni se inmutó y siguió levantando su brazo.

Hugo y Laura comenzaron a disparar, intentando inútilmente llamar su atención. Cuando Emplubik elevó totalmente su brazo, para nuestra sorpresa arrasó con Dimitri y el altar, llevándolos a la ardiente lava.

Por un momento, su ejército quedó paralizado al ver cómo antes de caer a las llamas, Dimitri pudo solo cubrir su rostro y gritar, al ver su muerte en las rojizas garras de Emplubik.

—¡Disparad! —ordenó Víctor después de unos segundos de incertidumbre para que todo el ejército se enfrentase ahora al dragón.

Las balas volaban junto a los proyectiles de tanque en dirección a Emplubik, que se elevó volando del agujero para plantarse frente a las tropas. El tanque que le quedaba a Víctor comenzó a disparar y las Browning que habían instalado a lo largo de las paredes del laberinto fijaron a Emplubik como objetivo. Pero, aun así, no fue suficiente: el fuego elevado de las baterías no cumplía su objetivo.

Sergio corría alejándose del dragón, mientras yo me montaba de nuevo en la batería. Disparé a Emplubik, que comenzaba ya a quejarse por el daño recibido. Craso error. En tan solo segundos y tras un fuerte rugido, Emplubik lanzó una bocanada de lava ardiente que terminó por petrificar al impotente ejército de Dimitri. Hugo y Laura, al igual que Víctor, consiguieron salvarse escalando a la segunda planta del laberinto antes de que la lava llegara a ellos. El tanque volvió a disparar a Emplubik, que esquivó el proyectil para después levantar el tanque y lanzarlo hacia mí como si de una simple pelota de béisbol se tratase. Salté de la batería tirándome al suelo con las manos en la cabeza. El tanque pulverizó la parte superior de la torre, arrancando la batería y desmontando los Barrets. El techo cayó sobre mí, dejándome totalmente inmóvil.

—¡Martín! ¿Sigues ahí? —preguntó Hugo.

—Sigo vivo, pero no consigo levantar las piedras —contesté mientras empujaba con todas mis

fuerzas los escombros de la torre.

—Id a ayudar a Martín, yo me encargo del dragón.

—¿¡Cómo!? ¡No puedes enfrentarte a eso, Sergio! No es como el resto, es el dragón del apocalipsis, joder, el puto demonio.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Sergio irónicamente.

—¡Llama a Alpha! Que se ocupe el Ejército, que saquen las reservas nucleares, nosotros solos no tenemos nada que hacer.

—¿¡Crees que no lo habría hecho ya si pudiésemos comunicarnos con el exterior!?

En ese momento, llegó Hugo, quien me ayudó a quitarme de encima las piedras. Me acerqué al borde de la torre y vi a Sergio en pie, acercándose con paso firme y seguro a Emplubik, mientras empuñaba las espadas.

—Si lo dejamos salir, morirán millones, será una masacre si es que no lo reduce todo a cenizas —dijo justo antes de lanzar dos rayos que sí que consiguieron penetrar la piel de la bestia, justo antes de que echara a volar.

Ahora, Emplubik se dirigía a Sergio, que buscaba algún lugar donde esconderse.

—¿Qué haces?

—Llamar su atención, no podemos dejar que se vaya.

Emplubik cargó contra Sergio, que consiguió esquivarlo una primera vez lanzándose al suelo. Justo cuando Emplubik se preparaba para cargar una segunda y última vez, Ichak bajó del cielo empujándolo contra las paredes del laberinto.

—Tú ya estuviste la primera vez, ¿cómo le derrotasteis? —preguntó Sergio levantándose en busca de la ayuda de Ichak, que se agachó preparándose para el combate.

—La última vez lo engañamos. No se le puede derrotar. ¡Vuestro objetivo era evitar esto!

—¡Ha de tener un punto débil!

En ese momento, Emplubik se levantó y ambos dragones comenzaron una peculiar conversación en su idioma propio. Sin Schrödinger, fue imposible traducirla, pero podía imaginármela.

—Tú, otra vez aquí, otra vez intentando detenerme. Esta vez no lo conseguirás.

—Sabes bien que no puedo permitirlo, Emplubik; no puedo permitir que acabes con el mundo.

—Puedes unirte a mí y reducirlo a cenizas como un día soñamos.

—¡Jamás!

Algo así se dirían antes de enzarzarse en su peculiar combate.

—Tenemos que buscar una forma de ayudar a Sergio —dije intentando encontrar alguno de los Barrets que estaban instalados en la torre.

—Aquí —dijo Hugo mientras levantaba una enorme pila de escombros.

Me lancé hacia allí y alargué la mano hacia el Barret para después plantarlo en el borde de la derruida torre y echar un vistazo más detenido a Emplubik. Mientras el dragón se levantaba sacudiéndose el polvo después de uno de los golpes de Ichak, pude ver cómo en su pecho lucía un distintivo objeto azul: el meteoro.

—Sergio, ese bicho lleva el meteoro en el pecho.

—De ahí su fuerza —aseguró Hugo.

—Extrae poder del meteoro permanentemente —teorizó Sergio justo antes de que Emplubik se lanzara hacia Ichak para que ambos dragones continuasen su épica batalla.

—No podrá aguantar mucho tiempo solo —puntualizó Hugo, viendo cómo Emplubik se imponía a Ichak.

—Si su poder se nutre del meteoro, quizá también pueda ser un punto débil —indicó Laura.

—Tiene razón. Las espadas pueden atravesar su piel; si pudiera llegar allí arriba, quizá podría dañarle.

—O quizá podría matarte —dije al oír el alocado plan de Sergio.

—Tenemos que intentarlo, tú céntrate en no fallar el tiro.

Sergio echó a correr hacia a Ichak y Emplubik, que luchaban ahora junto al orificio del que acaba de salir Emplubik. Cada golpe, cada paso que daban, quebraba el suelo por el que Sergio corría, forzándole a saltar para evitar caer a la lava.

—¿Qué intenta hacer? —preguntó Laura.

—Esto —dije mientras apuntaba al pecho de Ichak, esperando que Sergio acertara a la primera.

Emplubik golpeaba una y otra vez a Ichak hasta que consiguió clavar sus afiladas garras en su pecho y cuello, estaba dispuesto a matarle.

—¡Ya! —gritó Sergio.

Disparé el Barret hacia el meteoro, el cual generó un pequeño escudo que repelió la bala. Sin embargo, este imprevisto provocó un leve mareo a Emplubik, que clavó su rodilla derecha justo al borde del agujero.

—¡Ichak! —gritó Sergio justo antes de apoyarse en la cola del dragón, el cual lo lanzó por los

aires en dirección a Emplubik, antes de caer derrotado.

Sergio clavó sus espadas en el meteoro y, tirando con fuerza a la vez que soltaba un grito de rabia, consiguió arrancárselo del pecho, saliendo las espadas y el meteorito despedidas de sus manos, para acabar en el petrificado suelo. Emplubik clavó entonces su otra rodilla en la débil base que los separaba de la candente lava y en ese momento la roca cedió, precipitando al dragón al vacío. Sergio, que ya debía de poder notar el calor de la roca fundida que circulaba bajo nosotros, comenzó a correr a través del cuerpo del dragón que se precipitaba de cabeza hacia su derrota.

Todos nos levantamos expectantes, viendo cómo Sergio corría sobre la bestia, desde el pecho hasta el extremo de sus zarpas inferiores, buscando volver al petrificado suelo que nos sostenía. Cuando el cuerpo de Emplubik desapareció, Sergio saltó lanzando su gancho en busca del borde del orificio, en busca de un lugar al que sostenerse. El gancho voló casi a cámara lenta para finalmente quedarse a escasos centímetros del borde del orificio. Al ver cómo Sergio caía hacia una ardiente muerte, alargué mi brazo intentando sostenerlo, pero lo hice inútilmente, pues mi brazo no alcanzaba a sujetarlo. Sentí la impotencia al verlo caer y, como él, lentamente aceptaba que compartiría el destino de Emplubik.

—¡No!

Capítulo XXV

El final del camino

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

viernes 5 de enero, 10:27)

Jaime García

Desperté al día siguiente en el interior del tanque, totalmente inutilizado y rodeado de vegetación. Salí apartando de la escotilla las derruidas ramas de los árboles con los que había arrasado a mi paso al caer desde lo alto del precipicio. Una vez salí, eché un rápido vistazo. El impacto me había pasado factura: algún que otro corte y unas cuantas contusiones, quizá alguna costilla fisurada. Comencé a caminar a la vez que intentaba acostumbrarme al entumecimiento general que sentía después del accidente. Miré al cielo y vi cómo el Sol estaba ya algo elevado sobre el horizonte; las diez y media, confirmé con mi reloj. Sin duda, Sergio y Dimitri me habrían vuelto a aventajar bastante, así que sin mirar atrás comencé a atravesar el espeso bosque que ante mí se levantaba.

Mientras apartaba de mi camino los distintos tipos de vegetación autóctona de la isla, imaginaba cómo era posible que todas estas formas de vida hubieran sobrevivido sumergidas en el océano, cuando incluso la vegetación que se encontraba fuera de aquel gigantesco muro había perecido. Estas islas encerraban demasiados misterios y, para ser honestos, mis ganas de descubrir el porqué de estas cosas crecían a cada paso que daba, a cada reto que afrontaba y a cada nuevo misterio que encontraba. Sin embargo, algo llamó mi atención: me encontraba inmerso en una oscura jungla que carecía de vida animal. No había rastro alguno, ni huellas, ni madrigueras, ni siquiera insectos revoloteando entre las flores... nada. Aunque viendo el no amigable carácter de los seres que habitaban el archipiélago, quizá eso fuera una ventaja.

Tras un largo rato caminando, la jungla dio paso a un claro sobre el que se alzaba otro muro, que parecía cercar un espacio circular. Fusil en mano, comencé a rodear el perímetro quedándome siempre cerca del muro. Llegué entonces a un convoy que parecía transportar parte del arsenal del ejército privado de Dimitri. Entré al convoy y accedí al punto donde amontonaban las cajas de arsenal. Cinco cuerpos yacían sin vida en el suelo, dos de ellos rodeados por un charco de sangre, desangrados por una herida en el cuello, otros dos con un claro traumatismo craneoencefálico bastante severo y un último abatido junto a las cajas, con lo que parecían ser un par de costillas rotas. Inspeccioné las cajas y vi que parte de las armas habían sido saqueadas. Viendo la forma de matar a esos soldados, tenía claro que Hugo había pasado por aquí. Me quedé más tranquilo, sabiendo que habían sido capaces de rearmarse antes de entrar en el perímetro.

Siguiendo su ejemplo, decidí rearmarme rápidamente para después entrar a buscarlos. Justo cuando ya me acercaba a la entrada, para mi sorpresa Schrödinger apareció corriendo, a la vez que miraba hacia atrás.

—¡Ah! —gritó al verme, levantando la pistola que llevaba en la mano.

—¡Baja eso, imbécil! ¿Dónde están los niños? —pregunté mientras me acercaba a él.

—En el laberinto —contestó titubeando por el miedo.

—¿Y qué haces tú aquí fuera?

—Vamos, Jaime, sabes que solo les estorbaría luchando contra eso —contestó casi intentando omitir que volverían a enfrentarse a un dragón mientras evitaban a Dimitri.

Movido por la rabia al verle corriendo despavorido, le agarré por el cuello y lo levanté mientras caminaba hacia el laberinto.

—¿Los traes aquí a enfrentarse a un ejército preparado para matar seres mitológicos y los dejas tirados? ¡No sé qué busca Dimitri ahí dentro, pero si lo que pretende es vengarse del mundo con eso, eso no es nada bueno!

—Cuando Hugo me dio a elegir entre el dragón o tú, no esperaba encontrarte aquí —dijo Schrödinger mientras se asfixiaba, en un intento por apartar mi mano de su cuello.

Tiré a Schrödinger al suelo, dándole un respiro y entonces eché a correr.

—¡Mas te vale que, cuando salga, estés ahí sentado como la cobarde rata de laboratorio que eres! —con estas palabras dejé a Schrödinger y me introduje en el laberinto.

Al doblar literalmente la esquina, escuché explosiones y tiros que precedieron una fuerte sacudida que me arrojó al suelo. Fuera lo que fuera aquello que estaba sucediendo, ya había comenzado.

Me levanté y atravesé los pasillos del laberinto a toda prisa hasta que acabé llegando a unas escaleras. El laberinto era toda una obra de arte, pues constaba de distintos niveles que formaban un solo dédalo. Mientras me planteaba si subir de nivel o mantenerme en el mismo, empecé a notar un fuerte calor que se acentuaba por segundos. En ese instante, un río de lava apareció ante mis ojos, arrasando con todo lo que encontraba a su paso. Me libré in extremis, subiendo a la segunda planta del laberinto y comencé a recorrerlo mientras veía cómo la lava se petrificaba rápidamente.

Mientras corría entre las paredes de aquel enredo mental en el que me encontraba inmerso, podía escuchar distintos rugidos. No eran de un mismo ente, por lo que pensé que Sergio se estaba enfrentando no a uno, sino a dos dragones.

Cuando ya estaba exhausto, cuando ya mis piernas me pedían parar, vi a lo lejos un enorme agujero, provocado seguramente por una de las explosiones que oí. Me planté juntó al agujero,

donde parecía que originalmente se había instalado una torreta. Al levantar la mirada, vi que me encontraba ya en el último anillo del circular laberinto, que daba paso a un carbonizado y ennegrecido campo de batalla, donde dos dragones se enfrentaban en una encarnizada lucha.

Eché un vistazo, intentando desesperadamente encontrar a Sergio, pero cuando apenas había oteado vagamente el horizonte, un fuerte disparo llamó mi atención: giré rápidamente la cabeza, identificando que el disparo provenía de una de las cuatro torres que se alzaban alrededor del campo de batalla. Otro ruido, precedido de un pequeño temblor, llamó mi atención. Al volver a centrar mis ojos en la encarnizada batalla de los dragones, vi cómo uno de ellos, el más pequeño, yacía casi inmóvil en el suelo mientras que el otro clavaba su rodilla en el suelo, justo al borde de un enorme y candente agujero. Y entonces, justo en ese peligroso e incierto momento, un hombre cruzó ese inhóspito campo de batalla con dos espadas en las manos: Sergio.

—¡No puede ser tan gilipollas! —exclamé justo antes de lanzarme al ruedo y salir a correr detrás de Sergio mientras atravesaba el carbonizado suelo, observando cómo dejaba atrás al petrificado ejército de Dimitri, que parecía ahora sacado de la mismísima Pompeya.

—¡Ichak! —gritó Sergio antes de que el inmóvil dragón usara su último aliento para lanzarle con su cola hacia el torso del otro dragón.

¡Sí, mi hijo podía ser tan imbécil como para atacar cuerpo a cuerpo al mismísimo demonio!

Al aterrizar en su pecho, clavó en el mismo las dos espadas provocando que el dragón cayera de cabeza al agujero. Mis cansadas piernas intentaron de cualquier forma ser más rápidas, veloces, pues a cada segundo que pasaba podía ver cómo Sergio caía a lo que parecía una muerte inevitable. Las espadas con las que había atacado al dragón salieron despedidas al extirpar del pecho del propio dragón una especie de gigantesca roca azulada.

Dejé a un lado el tesoro y las armas, mi único objetivo era Sergio, que se ocultaba ya bajo el suelo por el que yo mismo esprintaba en un desesperado y aparentemente inútil intento por salvarlo. Aun así, seguí corriendo a la vez que sacaba uno de los piolets de mi equipo de escalada. Al llegar junto al enorme cráter, me lancé al suelo arrojándome al vacío y clavando el piolet al borde del abismo para lanzar a la vez el gancho de mi mano derecha, que casi por arte de magia coincidió con el de Sergio, dejándonos a ambos colgando sobre una candente hoya en la que se hundió aquel enorme dragón.

Recogiendo tanto Sergio como yo las cuerdas de los ganchos, conseguí darle la mano y entre los dos volvimos a lo alto del abismo para observar cómo el ardiente lago donde se hundió el dragón se petrificaba en cuestión de segundos, encerrando a la bestia en una prisión eterna.

—¡Gilipollas, imbécil, subnormal! —grité justo antes de que el suelo comenzara a quebrarse y ambos echásemos a correr evitando caer al abismo, esquivando las grietas y boquetes que surgían aleatoriamente en el suelo. Sergio, sin embargo, echó a correr hacia las espadas. Mientras alargaba sus brazos hacia ellas, estas volaron del suelo hasta sus manos. Puso las espadas a su espalda y recogió la azulada esfera del suelo para luego volver junto a mí y saltar en dirección al laberinto... en el momento en el que el suelo cedió dando pasó a un enorme cráter volcánico.

Ya con los pies en tierra firme, observamos cómo la lava del cráter comenzaba a solidificarse,

dando paso a una fina capa de roca que acabó por sellar la candente piscina.

Nos tumbamos en el suelo para luego soltar un profundo suspiro, asumiendo así que acabábamos de salvarnos de lo que parecía una muerte ardiente. Justo en ese instante, Martín, Hugo y la chica que los acompañaba aparecieron recorriendo los pasillos del laberinto.

—¡Puto loco! —gritó Martín mientras se lanzaba a los brazos de un exhausto Sergio, que intentaba incorporarse.

Hugo, por su parte, se acercó a mí para levantarme, intentando así suavizar la bronca, que al igual que a los demás, iba a caerle.

—¿Por dónde iba? —pregunté irónicamente mientras me levantaba.

—Ah sí, ¿¡sois subnormales?, ¿no pensáis las cosas o es que queríais superar vuestra gilipollez usual!? ¡Porque, de ser así, lo habéis conseguido!

—Y este es el que nos arreglaba las bicis —dijo Martín, contrastando mi enfado con una sonrisa que liberaba toda la tensión de la escena anterior.

—¡Si ríete, ríete! Que ya me reiré yo el día que no esté pasa sacaros las castañas del fuego.

—O sacarnos del fuego... literalmente —contestó Martín ignorando como la vena del cuello se me hinchaba a cada palabra que articulaba.

—Jaime García, encantado —dije presentándome a la guapa joven que los acompañaba, antes de dirigirme a Sergio—. ¿Se puede saber en qué pensabais para venir aquí ¡Solos!? —

—No teníamos tiempo, secuestraron a Schrödinger y le seguimos la pista.

—¿En lugar de volver a casa y venir de una manera más segura?

—Como ya sugirió alguien... —mencionó Hugo, levantando la mano intentando apuntarse un tanto.

—¿Y darle tiempo a Dimitri para que llevara eso a la puerta de casa? Tu habrías hecho lo mismo, papá.

Por muy enfadado que estuviera, Sergio tenía razón. Paré unos segundos y luego eché a andar, quitándole de mi camino con un pequeño empujón.

—¡Schrödinger! —grité, dispuesto a acabar con aquel desquiciado alemán.

Capítulo XXVI

Una nueva odisea

(Océano Atlántico, Triángulo de las Bermudas,

viernes 5 de enero, 12:47)

Doctor David Schrödinger

Y allí estaba yo, sentado en la parte trasera de uno de los camiones de Dimitri con una pistola en la mano, escuchando cómo al otro lado del intricado laberinto se libraba una batalla que decidiría el curso de la historia, el destino del mundo. Irónicamente, encendía un cigarro tras otro, preocupado no por los hombres a los que había conducido a enfrentar al mismísimo Lucifer en su propia madriguera, sino por las represalias que Jaime tomaría una vez hubieran acabado con aquella bestia.

El alboroto propio de la batalla se detuvo, había terminado y la ausencia de un enorme dragón que eclipsara el Sol me llevó a pensar que, como de costumbre, habían salido victoriosos.

Saqué otro cigarrillo y me lo llevé a la boca. Le di una buena calada, tomando así fuerzas para lo que se venía. Qué bien me habría sentado ahora esa botella de whisky...

—¡Schrödinger! —

Asustado por el grito, arrojé el cigarrillo al suelo, saltando acto seguido desde el camión. Desde algún punto del profundo laberinto, pude oír cómo Jaime me llamaba, reclamando mi presencia para acabar lo que se había visto obligado a posponer anteriormente. Casi podía oír sus enfadados pasos, a la vez que recorría el laberinto de vuelta a mí.

Recogí el cigarro para llevármelo nuevamente a la boca. Durante los minutos que Jaime tardó en aparecer ante mí, intenté calmarme y evitar que el cigarro temblase entre mis labios como un chihuahua en invierno, pero fue inútil. Justo cuando lo vi abandonar el laberinto precedido por los demás, di una última gran calada para rematar la colilla y la escupí al suelo.

—Jaime, amigo mío —dije abriendo los brazos mientras él se acercaba y justo antes de que me propinara un puñetazo que me dejó K.O. en el suelo.

—Lo ha matado —dijo Hugo mientras se acercaba para intentar levantarme.

—Vale, esa me la he merecido —admití, una vez recuperé el conocimiento.

—Y más que te vas a llevar si no encuentras soluciones. ¿Cómo salimos de aquí? Porque yo traje

un barco, pero una especie de Kraken me lo hundió al igual que ha hecho con el barco de Dimitri, así que tú me dirás, porque yo no pienso volver al agua —afirmó Jaime, señalando en dirección a Miami.

Levanté los hombros sin saber muy bien qué decir, porque no tenía ni idea de cómo íbamos a salir de allí. Craso error que me valió otro directo la mandíbula.

—¡Joder, Jaime! Todo el camino cuidándolo y ahora te lo vas a cepillar tú. —dijo Hugo en un intento por defenderme.

—Es verdad, mejor torturarlo en casa donde pueda matarlo, resucitarlo... ¡y volver a matarlo! —dijo frotándose los nudillos y desistiendo en su empeño de partirme la nariz, otra vez.

—Pero ¿se os ocurre alguna forma de salir de aquí?

Justo en ese momento, Ichak aterrizó detrás de Jaime, que levantó la cabeza observando al dragón.

—Antes de que aparezca otro de estos, preferiblemente —concluyó Jaime, señalando con ambos dedos índice al dragón.

—Tranquilo, este es de los nuestros —dijo Sergio justo antes de que Ichak comenzase a hablar.

—Parece que habéis conseguido vuestro objetivo.

—¡Hala! ¡Si habla y todo el dragoncito! ¿!Que mi hijo aparece en un archipiélago perdido en la otra punta del mundo rodeado de seres mitológicos que, además, hablan¡? ¡Pues nada, lo más normal del mundo! Y ahora me despierto, ¿no? —gritó Jaime mientras me quitaba la cajetilla de Chester para darle la vuelta, agitarla y después tirármela a la cara tras un decepcionado suspiro al ver que me la había fumado entera mientras aguardaba en el exterior del laberinto.

—¿Que pensáis hacer ahora con el meteoro? —preguntó el dragón, intentando esclarecer las intenciones de Sergio.

—Un poder así debería quedarse aquí escondido —respondió Sergio ofreciéndole el meteoro a Ichak.

Tras un breve silencio, el dragón se postró en el suelo, casi invitándonos a subir a su lomo.

—Los antiguos aprendieron mucho del artefacto, quizá tenga algo que revelaros —con estas palabras, el dragón levantó las alas dándonos acceso a su lomo.

—¿De verdad pensáis subiros a esa cosa? —pregunté junto a Jaime, mientras el resto se acercaba al dragón.

—¿Que pretendes que hagamos? —respondió Sergio.

—Bueno, total, de perdidos al río —dijo Jaime antes de avanzar hacia Ichak.

Con poca convicción, al menos por mi parte, subimos al lomo del dragón para que la bestia levantase el vuelo y nos sacara de la isla. Pudimos ver desde las alturas cómo esta volvía a hundirse lentamente en el océano para volver a esconder así la tumba de Emplubik.

Tras un cuidadoso vuelo, Ichak aterrizó junto a una ciudad que encontramos en la primera isla. Sin mediar palabra alguna, Ichak nos abandonó allí a nuestra suerte y volvió a despegar, alejándose en dirección al empinado volcán.

—Yo ya he estado aquí —dijo Jaime mientras caminaba como atraído mágicamente hacia la ciudad.

Una vez en su interior, pude ver la increíble fusión de culturas que presentaba la ciudad, ciudad que ya había atravesado con Hugo y Laura al separarnos tras la batalla del volcán. Ignorando los detalles, Jaime comenzó a recorrer los callejones y plazas de la ciudad hasta llegar a un lugar donde un altar se alzaba justo en el centro de una pequeña pirámide escalonada de tres caras levantada sobre el suelo de la plaza. Subimos los anchos escalones que llevaban a lo alto de la pequeña pirámide y nos dirigimos al altar, que descansaba sobre una triangular planicie que colmaba la pirámide. Una vez allí, Jaime pasó la mano sobre su superficie circunvalada y, tras mirar a Sergio, sin mediar palabra alguna, este se acercó y dejó reposar el meteoro sobre el altar.

Con un característico ruido propio de unos antiguos engranajes, giró el meteoro y lo introdujo en su interior hasta solaparlo casi como si de una pantalla de ordenador se tratase. Sergio colocó entonces la mano sobre el meteoro, que al notar el calor humano, comenzó a brillar, mostrando en su superficie diferentes tipos de información en un dialecto desconocido.

—Schrödinger, ¿puedes traducirlo? —preguntó Sergio.

—No es exactamente el mismo dialecto que el de los indígenas, pero creo que, con algo de estudio, podría extraer la información básica —contesté mientras me acercaba hipnotizado al meteoro.

Jaime puso entonces ambas manos sobre el meteoro deslizándolas rápidamente hacia su borde, lo que provocó que la información antes reflejada únicamente en la superficie del meteoro pasara a ser también un holograma interactivo sobre el que poder trabajar. Mientras aún estábamos impresionados por la imagen, otros tres altares se levantaron en los vértices del triángulo formado por la pirámide. Me quedé estudiando las letras del intricado dialecto mientras los demás se acercaban a los recién surgidos altares.

Laura, que se dirigió al mismo altar que Sergio, posó su fina mano sobre la circunvalada base del altar al mismo tiempo que Sergio, rozándose así y provocando que las miradas de ambos se cruzasen en una incrédula y profunda comunicación.

Un rayo de luz azul partió entonces del altar central en dirección al mismo que Sergio y Laura habían activado. Al llegar, un mensaje apareció brevemente sobre la base del altar para después revelar una imagen: el coliseo romano.

Al ver esto, los demás siguieron el ejemplo. Se acercaron así a los altares, haciendo que surgiesen imágenes de las pirámides egipcias y del templo y cementerio de Confucio.

—No es solo uno. Egipto, Roma, China...

—Hay más de un artefacto —concluí las palabras de Hugo al llegar a traducir un par de las frases que fueron reveladas por el meteoro. —La cantidad de información aquí contenida es asombrosa. Si hay distintos puntos de acceso es porque debe de haber más información oculta en los otros artefactos —continué.

—Así podrían comunicarse entre ellos —dijo Sergio volviéndose hacia a mí.

—Aprender de la misma fuente de conocimiento, usar ese conocimiento para construir cosas como esta. Estamos ante uno de los descubrimientos más relevantes de nuestra historia —concluí.

—Eran la civilización más antigua que conocemos y, aun así, aprendieron de otra aún más antigua... ¿Quién les enseñó? —preguntó Jaime.

—Parece que esto no ha hecho más que empezar —dijo Sergio justo antes de retirar el meteoro y apagar el antiguo ordenador.

Continuará

AMW.

Agradecimientos

A mi amor, con el que tanto me equivoqué y al que tanto fallé. Al amor que tanto quise, a aquella que miraba como a ninguna, porque era como ninguna. A aquella que ya solo veo en mis sueños, a aquella que ya solo escucho en mi mente.

Al amor que, por más que el tiempo pase, más sueño con volver a ver. Sueño con hacerlo todo bien, para que volvamos a mirarnos como nos solíamos mirar: con amor.

A ti, mi amor, que, si algún día lees estas letras, te veas entre ellas. Que si algún día lees alguna de mis obras, puedas entender que te perdí por el miedo a perderte.

Que, si el destino no vuelve a juntarnos, se asegure de que seas feliz. Y si en la distancia eres feliz, sin que vuelva a mirar tus ojos eres feliz, entonces por rota que quede mi alma, por quebrado que esté mi corazón, en mi ser siempre habrá una amarga felicidad.

Por ti, y por mí, pase lo que pase: sé feliz.

Sé feliz, pues en tu felicidad reside la mía.

Sé Feliz, Amore.

Índice

Capítulo I. El misterio de Schrödinger 7

Capítulo II. La desaparición de Schrödinger 11

Capítulo III. Niños fugados 19

Capítulo IV. Un barco indestructible 25

Capítulo V. Búsqueda de una vida mejor 33

Capítulo VI. Empieza la aventura 45

Capítulo VII. Un yate abandonado y un barco militar 61

Capítulo VII. El mundo perdido 65

Capítulo IX. La montaña de fuego 73

Capítulo X. De perdidos a secuestrados 79

Capítulo XI. El dragón de las arenas 89

Capítulo XII. Los achaques de la edad 95

Capítulo XIII. La fuerza del calor 101

Capítulo XIV. El castillo en la montaña 109

Capítulo XV. El helado infierno 119

Capítulo XVI. Fuego e hielo 127

Capítulo XVII. La isla flotante 137

Capítulo XVIII. Viejos enemigos 147

Capítulo XIX. Vientos de castigo 157

Capítulo XX. La caída de Dimitri 171

Capítulo XXI. La celda submarina 177

Capítulo XXII. La última esperanza 203

Capítulo XXIII. Al otro lado de la puerta 213

Capítulo XXIV. El resurgir de Emplubik 225

Capítulo XXV. El final del camino 237

Capítulo XXVI. Una nueva odisea 243

Agradecimientos 249